HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCÍA.

VII.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

Vda de Piñal

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCÍA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO VII.

EDUARDO PERIÉ.
SEVILLA.
Plaza de Santo Tomás, 13.

FÉLIX PERIÉ.
MADRID.
Calle de San Andrés 1, dup. 3.

R.I.101.016

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

I.

Reinado de Cárlos III.—Colonizacion de Sierra-Morena.

1770.

Habiendo muerto Fernando VI sin sucesion, recayó la corona de las Españas en su hermano Cárlos, rey de Nápoles; hijo de Felipe V y de su esposa Isabel de Farnesio.

El reinado de Cárlos III se inició con un error político de inmensas y funestas trascendencias para la renaciente prosperidad de España, cual fué romper la sábia política de neutralidad, que con tanto fruto habia mantenido su antecesor, y tender una mano amiga á la postrada Francia, cuyas escuadras en todos los mares, así como sus

armas en Europa y América, sufrian repetidas humillaciones, vencidas por los ingleses y los prusianos.

Arrastrado, pues, por sus afecciones de familia y por sus resentimientos *personales* contra Inglaterra, Cárlos III celebró con Luis XV de Francia el famoso tratado conocido con el nombre de *Pacto de familia* (15 de agosto de 1761) en virtud del cual quedó establecida entre los dos monarcas, una alianza ofensiva y defensiva, de modo que el pueblo que se declarase enemigo de uno de ellos los fuera de ambos simultáneamente.

Este tratado, que podemos llamar funesto, puesto que sus resultados lo fueron en alto grado para España, no habiendo sacado de él ninguna ventaja, sino pérdidas considerables, fué, sino la base, el compendio del sistema político que prevaleció en Europa durante todo el siglo XVIII; sistema falso, detestable que violaba todos los derechos de la humanidad, erijiendo en principio el monopolio comercial, sacrificando todos los grandes intereses políticos y morales á la teoría de las leyes prohibitivas, ocasionando largas y sangrientas guerras entre Inglaterra, España, Francia y Holanda, que se disputaron sobre los campos de batalla de Europa la supremacía como potencias coloniales.

«La teoria de las leyes prohibitivas está escrita con sangre, dice Mr. d'Hauterive *(Elementos de Economía política)* en la historia de to-

das las guerras que desde cuatro siglos hace mantiene en contínua pugna la industria y la fuerza, oprimiendo la una, corrompiendo la otra, degradando la moral política, infestando la moral social y devorando la especie humana.»

«El sistema colonial es la esclavitud, y esos ódios de la avaricia que se llaman ódios nacionales; las guerras de la codicia que se califican de guerras comerciales, han hecho salir de esa caja de Pandora un diluvio de errores, falsas máximas, riquezas escesivas, corruptoras y mal repartidas; miseria, ignorancia y crímenes que en algunas épocas de la historia moderna hicieron de la sociedad humana un teatro tan repugnante que no se atreve uno á fijar la vista en él por temor de lanzar un anatema contra el desarrollo de la industria y hasta contra los progresos de la civilizacion.»

Los funestos efectos de este sistema se dejaron sentir en España mas que en otro pueblo alguno, no solo porque fué nuestro país el que sirvió de modelo á las demás naciones en materia de monopolio comercial, sino tambien porque el deseo de mantenerlo á todo trance influyó no poco en la celebracion del *Pacto de Familia*, que sacrificó los intereses nacionales á los de la Francia; dicho se está con esto cuan lastimados quedarian los generales de Andalucía, siendo esta rejion, en aquellos tiempos la mas agrícola, industriosa y comercial de la Península y la que

mayores y mas directas relaciones mantenia con las colonias de América.

La paz firmada en París el 10 de febrero de 1763, puso término á la desastrosa guerra que costó grandes sacrificios á España, que aumentó considerablemente la importancia de la Inglaterra, y que no sirvió para que estas potencias, así como las demás de nuestro continente, cambiasen de sistema político-económico con respecto á sus colonias. Sin embargo, el tratado de París fué bien recibido por todas las naciones belijerantes, por mas que Francia tuviera que someterse á condiciones humillantes y que España tuviese que ceder á Inglaterra la Florida, los territorios al Este y Sudeste del Mississipi y el derecho de la pesca en Terranova, recobrando en cambio la Habana, parte de la Luisiana y Manila.

Pocos años despues (1766) tuvo lugar en Madrid la estraordinaria y grave sedicion popular conocida con el nombre de *motin de Esquilache*, promovida mas bien que por la irritacion que produjo el célebre bando sobre las capas y sombreros, por la carestía de los víveres y por el ódio con que en España se miraba la administracion de los dos ministros estranjeros Esquilache y Grimaldi.

Que la cuestion de subsistencias y no el bando para la reforma del traje nacional, que en realidad solo se referia á los habitantes de la Villa y Córte, fué la causa de aquellos desórde-

nes que tan mal parado dejaron el principio de autoridad, y ocasionaron el tumulto del dia 23 de marzo de 1766, lo prueba la rapidez con que cundió en diferentes ciudades y pueblos del reino el contajio de la sedicion, no eximiéndose de ella las provincias de Andalucía, donde se manifestó con carácter alarmante el mismo descontento y espíritu de rebelion. Afortunadamente el rey Cárlos III tuvo el acierto de encargar en aquellas azarosas circunstancias, de la presidencia del Consejo al conde de Aranda, sujeto de carácter afable y llano, pero discreto, entendido y á la par suficientemente enérjico para reprimir con prudente y vigorosa mano los desmanes que turbaban el público sosiego, restablecer la regularidad y buena administracion en el reino y salvar el principio de autoridad que tan lastimado y relajado andaba en todas partes.

La voz pública dió en acusar á los jesuitas de ser los instigadores y promovedores del motin de Madrid y alborotos ocurridos en las provincias, en cuya virtud mandó el rey que se procediera sin levantar mano á la pesquisa secreta de los promovedores de aquellos desórdenes, y de los autores de las sátiras y pasquines que se daban á luz con harta frecuencia. Encomendóse esta averiguacion á una Sala especial ó *Consejo estraordinario*, que se reunia en casa del presidente, conde de Aranda. Notóse que desde las primeras consultas se formulaban acusaciones contra una corporacion religiosa que el fiscal Cam-

pomanes calificaba de *cuerpo peligroso que intentaba en todas partes sojuzgar al trono*, y que todo lo *creia lícito para alcanzar sus fines.*

El Consejo estraordinario evacuó su informe y elevó al rey su célebre consulta de 29 de enero de 1767, proponiendo la estincion, estrañamiento y ocupacion de las temporalidades de todos los jesuitas, así del reino como de todas las posesiones ultramarinas de la corona de España. Un mes despues, esto es, en 27 de febrero, espidió Cárlos III la Pragmática-Sancion, de acuerdo con el informe y consulta del Consejo estraordinario, y encomendó su ejecucion al presidente del Consejo, conde de Aranda, revistiéndole al efecto de las mas ámplias facultades.

Procedióse en este asunto con tanta prudencia y sigilo por el conde de Aranda, que en Madrid en una misma noche, que lo fué la del 31 de marzo al 1.° de abril de 1767, y en provincias en la del 1.° al 2, ó del 2 al 3 del mismo mes, calculadas las distancias, se ejecutó la espulsion de los jesuitas de todas las casas profesas que tenian en el reino, y reunidos los regulares de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores ó legos que hubiesen hecho la primera profesion y aquellos novicios que quisieron seguirles, en los depósitos ó cajas respectivas que se formaron en los puertos de mar designados en la Instruccion, fueron embarcados en los buques preparados al efecto, y trasportados á los Estados de la Iglesia, en los que no fueron recibidos por el papa Cle-

mente, y hubieron de dirijirse á la isla de Córcega, donde los admitieron y alojaron.

Tenian los jesuitas casas y colejios en las siguientes poblaciones de Andalucía: Sevilla, Córdoba, Cádiz, Granada, Málaga, Jaen, Andújar, Antequera, Carmona, Ecija, La Laguna de Tenerife, Marchena, Osuna, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera, Ubeda, Utrera, Arcos, Orotaba de Tenerife, Higuera la Real, Trigueros, Fregenal, Guadix, Montilla, Baena, Moron, Carolina, Baza y Motril.

El gobierno español pidió dictámen á todos los arzobispos y obispos del reino acerca del estrañamiento y estincion de los hijos de San Ignacio de Loyola. Evacuaron los prelados sus informes, resultando de ellos que catorce opinaron por la no estincion, y treinta y cuatro aprobaron el estrañamiento y se mostraron partidariós de estincion total de los jesuitas. Entre los primeros aparecieron el arzobispo de *Granada*, D. Pedro Antonio Barroeta, y los obispos de *Málaga*, D. José Laso de Castilla; de *Cádiz*, fray Tomás del Valle, y de *Guadix*, D. Francisco Alejandro Bocanegra: entre los segundos, el arzobispo de *Sevilla*, D. Francisco Solís de Cardona, y el obispo de *Córdoba*, D. Martin Barrios.

«Uno de los caracteres que mas distinguen y

más honran el reinado de Cárlos III, dice el historiador Lafuente, es el impulso y fomento que recibieron todos los ramos que constituyen ó la riqueza ó el bienestar, ó el buen órden administrativo, ó la cultura y civilizacion de un pueblo; bienes todos que marchan aunados por la íntima cohesion que tienen entre sí, y á cuyo mejoramiento consagró sus desvelos aquel monarca, con una solicitud digna de encarecimiento y elogio. Desde los Reyes-Católicos Fernando é Isabel no hallamos una época ó período histórico de nuestra nacion, en que vuelva á verse, como se vió entónces, la mano benéfica y protectora del soberano en todas y en cada una de las materias cuyo conjunto forma la buena y concertada administracion de un pais, hasta el reinado de Cárlos III.»

Entre las grandes medidas y acertadas providencias que se dictaron en el reinado de este soberano para impulsar la pública prosperidad, merece particular mencion por su importancia para Andalucía, el célebre establecimiento de las nuevas poblaciones en Sierra-Morena; haciéndose muy digno de reparo, que en los mismos tiempos en que Cárlos III despoblaba en una sola noche centenares de conventos españoles hacía venir del extranjero seis mil labradores y artesanos para colonizar y cultivar los incultos desiertos de Sierra-Morena, convirtiendo en fértiles y amenas campiñas unos lugares que hasta aquel entonces habian sido guaridas de

bandoleros terror de viajeros y de laboriosos traficantes.

Es notorio, que en 1766, un oficial bávaro llamado Juan Gaspar Thurriegel, hombre activo y emprendedor que vino á establecerse en España, hizo la proposicion de traer seis mil colonos católicos, alemanes y flamencos. El rey (Lafuente *Historia de España.* Parte III L. VIII) tomó en consideracion el proyecto, y lo mandó examinar en junta de ministros y pasarlo en consulta al Consejo de Castilla, sobre cuyo dictámen (26 de febrero, 1767) se dispuso que el fiscal Campomanes arreglara con Thurriegel las condiciones de la contrata, siendo una de ellas, que la colonia se habia de establecer en Sierra-Morena, punto á propósito para el objeto, por su situacion para las comunicaciones por la naturaleza de su suelo, y hasta por sus recuerdos históricos y tradicionales. Convenidas entre Campomanes y Thurriegel las bases del ajuste, aprobadas por el consejo con lijeras modificaciones, y elevadas en su virtud á contrato (30 de marzo, 1769) partió el empresario para Alemania á ponerlas en ejecucion por su parte, muy agradecido á la buena acojida que habia encontrado en la córte española.

A los pocos meses se publicaba la real cédula en que se prescribía todo lo que habia de observarse conveniente al establecimiento, régimen, administracion y gobierno de las nuevas colonias sobre la base de seis mil colonos que ha-

bian de venir, por mitad labradores y artesanos de ambos sexos, con determinacion del número que habia de corresponder á cada edad. Consta aquella provision de setenta y nueve capítulos, de los cuales es indispensable conocer los mas esenciales.

Despues de pescribir que el primer cuidado habia de consistir en que los sitios fuesen sanos, bien ventilados y sin aguas estadizas, se prevenía que cada poblacion hubiese de constar de quince, veinte ó treinta casas á lo mas, dándoles la estension conveniente, é inmediatas á la hacienda de cada poblador, para que la pudiera arar y cultivar sin perder tiempo en ir y venir á las labores.

A cada vecino poblador (decía el cap. 8.°) se le dará, en lo que llaman navas ó campos, cincuenta fanegas de tierra de labor, por dotacion y repartimiento suyo: bien entendido, que si alguna parte del terreno del respectivo lugar fuese regadío, se repartirá á todos proporcionalmente lo que les cupiere, para que puedan poner en él huertas ú otras industrias proporcionadas á la calidad y exijencia del terreno.

En los collados y laderas (Cap. 9.°) se les repartirá ademas algun terreno para plantío de árboles y de viñas, y les quedará libertad en los valles y montes para aprovechar los pastos con sus vacas, ovejas, cabras, etc.

Del valor de estas tierras ó suertes se tomaría noticia (al tenor del Cap. 10.°) para imponer-

les un corto tributo á favor de la corona, con todos los pastos enfitéuticos, debiendo permanecer siempre en poder de un solo poblador útil, sin poder empeñarse, cargar censo, vínculo, fianza, tributo ni gravámen alguno sobre estas tierras, casas, pastos y montes.

Las poblaciones habian de distar entre sí como un cuarto de legua, y cada tres, cuatro ó cinco de ellas formarian feligresía ó consejo, con un párroco, un alcalde y un personero comun para todas, y un rejidor para cada una. (Cap. 13.° y 14.°) En el centro de ellas, y en paraje oportuno se construiría la iglesia, con habitacion para el párroco, casa de consejo y cárcel.—El párroco ha de ser por ahora (decía el capítulo 18.°) del idioma de los nuevos pobladores; aplicándoles, además del situado, las capellanías que queden vacantes en los colegios que fueron de los jesuitas.

Se conceptuaban sitios á propósito para la nueva poblacion todos los yermos de Sierra-Morena, señaladamente en los términos de Espiel Hornachuelos, Fuenteovejuna, Alanis, el Santuario de las Cabezas, la Peñuela, la Aldehuela, la Dehesa de Martinmalo con todos los términos inmediatos, (Cap. 25.°) y generalmente donde quiera que en el ámbito de la Sierra y sus faldas juzgase aportuno el superintendente.

Habian de promoverse los casamientos de los nuevos pobladores con españoles de ambos sexos, para irlos identificando mas pronta y fácilmen-

te con la nacion: «pero no podrá ser por ahora «(Cap. 28.°) con naturales de los reinos de Córdo-«ba, Jaen, Sevilla y provincias de la Mancha, por «no dar ocasion á que se despueblen los lugares «comarcanos, en lo cual habrá el mayor rigor de «parte del superintendente y sus subalternos.»— Se daba al superintendente la facultad de sacar para estos enlaces los espósitos de los hospicios del reino, así como para colocar y proveer al alimento y crianza de los niños y niñas de tierna edad, ínterin se construian las viviendas.— Se prevenia cómo habian de suministrarse muebles, granos, aperos y ganados de labor á los labradores, instrumentos y utensilios de hierro y madera á los artesanos segun su oficio; de ropa de cama, y de vajilla tosca de barro, aplicándole tambien la que existia en las casas de la extinguida Compañía de Jesus. A cada familia se distribuirian ademas dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas, un gallo y una puerca de parir, y se les surtiria de granos y legumbres, en el primer año para su subsistencia y para sembrar.

Dos años se daban de plazo para que cada vecino pudiera tener corriente su casa, roturado y y cultivado el terreno de su repartimiento; y de no hacerlo así, se le reputaría por vago, y se le aplicaría al servicio militar, á la marina, ó á otro destino conveniente. En estos dos años no pagarían los colonos pension alguna ni cánon enfitéutico á la real hacienda, con exencion de

diezmo por espacio de cuatro años, y de diez para los tributos y cargas concejiles, con obligacion de permanecer en sus respectivos lugares y no trasladarse á otros domicilios, ni ellos ni sus hijos ó domésticos, ni dividir las suertes aunque fuese entre herederos, ni ménos enajenarlas en manos muertas, sino pasar íntegras é indivisas de padres á hijos ó parientes mas cercanos, «que no tengan otra suerte para que no se unan dos en una misma persona.» Obligábase á los pobladores de cada feligresía ó concejo á ayudar á la construccion de Iglesias, casas capitulares, cárceles, hornos y molinos como destinados á la utilidad comun, y cuyos productos quedarian aplicados para propios del Concejo.

«Todos los niños (decía el Cap. 74.°) han de ir «á las escuelas de primeras letras, debiendo ha«ber una en cada concejo para los lugares de él, «situándose cerca de la iglesia para que puedan «aprender tambien la doctrina y la lengua espa«ñola á un tiempo.»—«No habrá estudios de gra«mática en todas estas nuevas poblaciones, y «mucho ménos de otras facultades mayores en «observancia de lo dispuesto en la ley del reino «que con razon los prohibe en lugares de esta na«turaleza, cuyos moradores deben estar destina«dos á la labranza, cria de ganados, y á las artes «mecánicas como nérvio de la fuerza de un Esta«do (cap. 75.°)—«Se observará á la letra (cap. 77.°) «la condicion 45.ª de millones, pactada en Cór«tes, para no permitir fundacion alguna de con-

«vento, comunidad de uno ni otro sexo, aunque «sea con el nombre de hospicio, mision, residen-«cia ó granjería; ó con cualquier otro dictado ó «colorido que sea, ni á título de hospitalidad, «porque todo lo espiritual ha de correr por los «párrocos y ordinarios diocesanos, y lo tempo-«ral por las justicias y ayuntamientos, inclusa «la hospitalidad.»—Se podrian trasladar tam-bien á estas poblaciones algunas de las boticas que existian en los suprimidos colejios de los regulares de la compañía de Jesus.

Estas fueron en resúmen las instrucciones que se dieron para el establecimiento y gobierno de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, obra del ilustre fiscal del Consejo don Pedro Rodriguez de Campomanes. La superintendencia de las colonias, junto con la asistencia de Sevilla, se dió á don Pablo Olavide, con autoridad ámplia y facultad para subdelegar en una ó mas personas, con absoluta inhibicion de todos los intendentes, correjidores, jueces y justicias, y con sujecion únicamente al Consejo en la sala primera de gobierno, y en lo económico á la superintendencia general de la real hacienda.

Trasladóse Olavide á Sierra-Morena, con los injenieros, agrimensores y operarios correspondientes, enviados por el empresario Thurriegel, algunos colonos, y ayudado de comisionados ricos que se brindaron á auxiliarle desinteresadamente, dióse principio y se prosiguieron los trabajos de desmonte y construccion con tal ahin-

co, que muy pronto se vieron formadas once feligresías y trece poblaciones cerca del camino que de la Mancha desemboca en Andalucía, y del que de esta provincia conduce á Valencia, al tenor de la instruccion. Puso Olavide á una de ellas el nombre de *La Carolina*, en honra y memoria de su soberano. Y dando luego mas estension al plan, quiso poblar tambien el desierto de la Parrilla, no menos temible y peligroso que Sierra-Morena, y fundó las poblaciones de *La Carlota* y *La Luisiana*, aquella entre Córdoba y Ecija, y esta entre Ecija y Carmona, con otras ocho aldeas contíguas.

Concluidas unas poblaciones, comenzadas otras y otras á medio formar, en el breve trascurso de un año, el país presentaba ya un aspecto risueño, viéndose convertidos en él, ásperos jarales, en poblaciones regularizadas y en heredades divididas por arboledas tiradas á cordel. Y aunque aquello no fuese todavia sino una muestra de lo que podría ser en lo futuro, representábase en algunas imaginaciones con todo el ideal de la belleza, de la lozanía y del encanto, y se hacian de ello pinturas y descripciones seductoras, no faltando grandes elogios para el autor y director de aquella trasformacion. Mas tampoco faltó quien mirándolo bajo un punto de vista diametralmente opuesto, representó al rey (14 de marzo de 1769) que las labores iban mal dirijidas, que las casas se desmoronaban, que los colonos eran maltratados, que se carecia de pas-

to espiritual en varios pueblos, y que las colonias estaban en desórden pidiendo que se jirase una visita en averiguacion de los abusos que se denunciaban. El autor de esta representacion fué el suizo José Antonio Yanch, que habia traido de su país á la colonia doce familias, de ciento que tenia contratadas.

«Noticioso Olavide de este caso que tanto afectaba á su honra, escribió al ministro de Hacienda, Muzquiz, contradiciendo una por una las acusaciones de Yanch, y rogándole encarecidamente que se prohibiera al suizo salir de España hasta que el visitador examinara la conducta de cuantos habian intervenido en la formacion de las colonias; porque si hemos delinquido ó errado, decia, seremos dignos de castigo ó de desprecio; pero si los asertos de Yanch fuesen calumniosos, justo será tambien que se le escarmiente para que aprendan otros á no insultar á los buenos servidores del rey. Apesar de esto, la órden de visita se expidió, y lo que se hizo fué encargar tambien al obispo de Jaen, á D. Ricardo Wall y al marqués de la corona, inspeccionasen privada y reservadamente las nuevas poblaciones, é informasen sobre su estado y sobre los puntos que eran objeto de la acusacion.

«Aunque algunos de estos informes no fueron favorables á Olavide, porque la delacion de Yanch no era del todo infundada, volvió aquel, por nueva real órden, en que se elojiaba su acti-

vidad y celo (18 de agosto, 1769), á encargarse de la superintendencia. Pues si bien era cierto y y grave el cargo de la falta de sacerdotes alemanes, la causa de los demás abusos consistia en que el contratista Thurriegel habia enviado gran parte de gente viciosa, díscola y vaga, que hacia necesario el rigor por parte de los comisionados, y esto á su vez producia deserciones y daba ocasion á desórdenes. Llamado mas adelante Olavide á la corte, y oidas sus esplicaciones en junta de consejeros, estudiados y cotejados detenidamente todos los datos, noticias y opiniones, queriendo la junta cortar de raiz todos los abusos y quejas, acordó que se diesen al superintendente nuevas instrucciones, que aprobadas por el rey, en 16 de enero de 1770, fueron enviadas á Olavide para su cumplimiento y ejecucion. Del acierto que presidió á estas instrucciones y del buen desempeño del ejecutor certificaron los resultados, pues en el otoño de aquel mismo año pudo probar que la reciente cosecha habia producido ochenta y tres mil setecientas ochenta y seis fanegas de todos granos, dejándola íntegra á los que solo recolectaron lo necesario para su sustento, y comprando á los que cojieron mas para socorrer á los que carecian de lo necesario: que se habian distribuido mas de tres mil vestidos y mayor número de camisas; que así las casas de los colonos como los edificios públicos estaban concluidos, si bien los corrales no se habian hecho por el mucho gasto,

ni completado todavía el número de ovejas y de vacas que se habian de distribuir á cada colono. En fin, el informe pareció tan satisfactorio al Consejo, que á propuesta del fiscal acordó se dieran las gracias á Olavide, por su actividad y celo, exhortándole á que continuara observando la misma conducta, cuya providencia se le comunicó con aprobacion de S. M. (16 de enero, 1771). Hasta el mismo delator Yanch concluyó por traer hasta el completo de las cien familias suizas á que se habia obligado, que fué como una retractacion tácita de sus anteriores acusaciones, ó por lo menos daba á entender que habian cesado los motivos de sus quejas.»

Cuatro años despues, en el de 1775, á pesar del notorio progreso en que marchaban las nuevas colonias bajo la acertada direccion y administracion de Olavide, este hombre notable se vió envuelto en una nueva persecucion bastante mas grave que la primera puesto que fué delatado al tribunal del Santo Oficio por herege, ateo y materialista, y condenado en tal concepto á ser recluido en las cárceles de la Inquisicion.

«Aprovecharon este suceso los enemigos de las colonias, que los habia de varias clases, para propalar la voz de que en el próximo verano iban á ser despedidos todos los extranjeros á peticion de los pueblos comarcanos, entre los cuales se distribuirian las tierras, casas y ganados. Produjo esto el desaliento que era natural entre los colonos, y era lo que buscaban sin duda los ene-

migos del establecimiento: suspendiéronse todas las faenas y muchos enajenaron ó malvendieron sus quiñones, ganados y haberes. Supo con indignacion el rey que se propalaban rumores tan mal intencionados y tan ofensivos á su real persona y palabra, y en una real órden que sin demora se hizo comunicar á los colonos (23 de mayo, 1776), y que se mandó leer por tres dias de fiesta consecutivos en todas las iglesias de las nuevas poblaciones al concluir la misa, se amenazaba con terrible castigo á los autores de tan abominables calumnias en el momento que fuesen descubiertos; con lo cual se tranquilizaron en parte los pobladores, bien que ya no pudieran remediarse el perjuicio y atraso que habia sufrido la colonizacion.»

Entretanto habia seguido el proceso formado á Olavide por la Inquisicion; y concluido que fué se señaló para su vista la mañana del 24 de noviembre de 1778. El Tribunal de la Fé, declaró por herege formal al calumniado Olavide, y le condenó á ocho años de reclusion en un convento. A los dos años de encierro, el prisionero halló una ocasion que aprovechó para fugarse á Francia.

«Muchas fueron las vicisitudes por que pasó en su expatriacion este hombre célebre, pero en sus satisfacciones como en sus amarguras, que fueron mas, tuvo el consuelo de saber que Cárlos III llevaba adelante la grande obra de la colonizacion de Sierra-Morena y la Parrilla en que

él habia tenido una parte tan principal. Andalucía debe, pues, conservar los mas gratos recuerdos del ilustre Olavide, por el grande impulso que supo dar á su agricultura, industria y poblacion.

II.

Sitio de Gibraltar.

1782.

En tanto que el gobierno de Cárlos III daba con patriótico é infatigable celo un vigoroso impulso al desarrollo de la riqueza moral y material de España y al buen órden administrativo de sus pueblos, protejiendo la agricultura, la industria y el comercio; tendiendo á debilitar los fueros militares y eclesiásticos; mejorando todos los ramos de la administracion económica del país; moralizando el pueblo, reformando la primera, segunda y superior enseñanzas y creando, en fin, las Sociedades de Amigos del pais, preparabánse grandes y trascendentales acontecimientos exteriores que habian de ser manantiales fecundos de nuevas contrariedades y sensibles desastres para la riqueza y preponderancia de España.

Las colonias inglesas de la América del Nor-

te habian crecido tanto en riqueza y poblacion, que comenzaban á inspirar celos á su misma metrópoli; asi es, que el deseo de independencia estaba profundamente grabado en el corazon de todos sus pobladores. Además «la situacion del »país, y las costumbres de las colonias mantenian »vivo aquel espíritu de independencia. Era aque»lla la tierra de la igualdad; todos sus habitan»tes ocupaban el mismo rango. Allí no habia po»der real, nobleza, obispo, nada de esa jerarquia »de jentes dependientes de superiores, que incli»nan la cabeza delante de estos, y que se hacen or»gullosos con sus inferiores á medida que se sienten »humillados por el que les manda. Ningun re»cuerdo de servidumbre, ni de gloria adquirida »ni de servicios prestados que turbase aquella »completa igualdad de condiciones.» (Laboulaye. *Historia de los Estados-Unidos.*) Asi es que el colono no solo era libre, sino que todo en su derredor le hablaba de libertad.

Inglaterra celosa de lo que llamaba sus derechos y recelosa de la rivalidad de que se veia amenazada por parte de sus colonias, quiso hacerlas sentir todo el peso de su superioridad, y esplotarlas descaradamente para detener la marcha ascendente de su increible engrandecimiento; no comprendiendo que si bien en los comienzos de la colonizacion (por los años de 1620) aquel puñado de emigrados aceptó, por que la necesitaba, la proteccion de la metrópoli, pasado mas de un siglo de no interrumpida prosperidad, convertidos

en un pueblo rico y laborioso de mas de tres millones de hombres, no era fácil que estos se sometieran sin protestar, á los caprichos de un gobierno lejano que los esplotaba, y á las trabas que les ponía una administracion atenta solo á proteger los intereses de la metrópoli.

Así es que para obligar á Inglaterra á renunciar al privilegio que se había adjudicado de esplotar las plantaciones en su solo particular beneficio, y para hacerle renunciar á su desastrosa política comercial, concertáronse las colonias y se reunió en junio de 1751 el Congreso de Albany, en el que quedaron asentados los cimientos de la definitiva union é independencia de todos los Estados de la América del Norte.

Mas tarde, en 1765, la ley del timbre, invencion fiscal que Inglaterra había tomado de Holanda, y los impuestos sobre el vidrio, el papel, los colores y el té, colmaron la medida del sufrimiento de aquel pueblo maduro ya para el ejercicio de sus derechos de libertad é independencia, que rechazó á su vez y como un solo hombre los nuevos impuestos, fundándose en que no habian sido decretados con su consentimiento al tenor de los principios de la constitucion inglesa. El descontento público caminó en tan rápida progresion, que en el mes de octubre de aquel mismo año reunióse un nuevo Congreso en Nueva-York, en el que se hizo una solemne declaracion de los derechos del pueblo americano. El célebre Franklin se puso al frente de la oposicion que se de-

claró contra la metrópoli, y el motin de Boston (16 diciembre 1773) que tuvo eco inmediatamente en todos los Estados, hizo necesaria la convocacion de un Congreso nacional (setiembre de 1774.) El 14 de Octubre el Congreso votó por unanimidad una declaracion de derechos, en la cual invocaba los derechos naturales, los principios de la constitucion inglesa y las Cartas coloniales; y en él se comprometieron los diputados en su nombre y en el de sus constituyentes, á interrumpir todo comercio de importacion y exportacion con Inglaterra. El acta de *no importacion* fué acompañada de un edicto que se publicó en todas las poblaciones, imponiendo como un deber á los patriotas la frugalidad, la economía y la industria nacional, conminando con penas severas á los contraventores. Las hostilidades contra los ingleses empezaron con el combate de *Lexington* y terminaron con una memorable batalla en la que el general *Cornwallis* fué completamente derrotado por *Washington*.

El dia 4 de Julio de 1776, fué solemnemente proclamada la independencia de la América del Norte. «Aquel dia vió nacer un nuevo imperio, »mejor dicho, una república cual nunca conoció »la antigüedad; aquel acto que puso los cimien»tos á una política nueva, abrió para los ameri»canos la era de la libertad. El 4 de Julio es una »gran fiesta nacional; desde aquel dia, se llaman »*Americanos*, y *Estados-Unidos*; el nombre de »*Colonias* quedó borrado.»

El grito de independencia de América debia encontrar necesariamente grandes simpatías en Europa, puesto que abría un rico y estenso mercado á las potencias de nuestro continente, y les ofrecia una poderosa alianza contra el monopolio y la insaciable ambicion de Inglaterra. Así lo comprendieron desde luego España y Francia, que además tenian que vengar la humillacion que les hizo sufrir Inglaterra en 1763, arrojando á la una de las Floridas y á la otra del Canadá. Francia la primera se apresuró á reconocer la independencia de los Estados-Unidos, despues de haber ayudado secreta y eficazmente á su triunfo, por lo que Inglaterra le declaró la guerra.

Era consiguiente, dada la naturaleza de los intereses comprometidos en aquella contienda, que las dos naciones beligerantes solicitasen á porfía la amistad de España, y tambien lo era que Cárlos III, fiel á su política de familia obtáse por la alianza francesa. (1779) Abandonado otra vez el sistema de neutralidad, única política que hubiera convenido á los intereses españoles, nos vimos de nuevo comprometidos en una guerra con Inglaterra, cuya declaracion ¡cosa estraña despues de la triste experiencia adquirida! fué recibida con el mayor entusiasmo en España, distinguiéndose entre todas las provincias las de Andalucía en generosos ofrecimientos para sostener el honor de nuestras armas.

En efecto; en prueba de lo popular que se hizo aquella guerra, viéronse dos ciudades tan im-

portantes como Sevilla y Granada dirijir al rey exposiciones en que ponian á su disposicion personas, caudales particulares y los de sus ayuntamientos, ejemplo que imitaron los cabildos eclesiásticos con no menos entusiasmo que los civiles. La villa de Alcalá de los Gazules, Sanlúcar de Barrameda y Jerez ofrecieron dar gratuitamente las maderas de sus términos para construir buques. El consulado y comercio de Cádiz armó veinte naves para el corso, y hasta las damas gaditanas pidieron permiso para armar y mantener á su costa un navío de gran porte para hacer el corso contra los ingleses. En Málaga, el marqués del Vado ofreció al rey su persona, familia, y todos sus bienes; finalmente, no hubo ciudad, villa, corporacion, clase del estado ó de la sociedad, ni particular que con arreglo á sus facultades no hiciese donativos para acudir á los gastos de la guerra, los unos de maderas de sus haciendas y los otros de vinos, aceites, reses vacunas y dinero.

Resuelta la guerra, convínose en que se unieran las escuadras española y francesa, fuerte la primera de 34 navíos y de 32 la segunda con número proporcionado de fragatas, trasportes y buques menores. En julio de 1779, llegó á Cádiz, procedente de Brest la escuadra francesa al mando del almirante Orvilliers, donde se incorporó á la española mandada por D. Luis de Córdoba.

En agosto entró la escuadra aliada en el Canal de la Mancha, y se puso delante del puerto de Plymouth, que el almirante francés se negó

á combatir por que así convenia á la política de su gobierno, limitándose á un crucero tan ostentoso como inútil, dando lugar á «que viniese el otoño con sus temporales; que las escuadras hubiesen de retirarse de Brest sin fruto, y que picase una epidemia tan grande en los equipajes y tropas de las escuadras, que pasasen los enfermos de la francesa de doce mil y los de la nuestra de tres mil. El *mayor aseo y cuidado de los buques españoles*, aunque mas en número que los franceses, contuvo los progresos de las enfermedades en los términos que llevo dicho.» (Memoria de Floridablanca.)

Estos deplorables reveses cuyas cáusas solo á los franceses deben atribuirse, enfriaron un tanto las buenas relaciones entre las dos cortes, viniendo á aumentar el disgusto de la de Madrid la negativa de la Francia para ayudar á España en sus proyectos de recuperacion de Gibraltar, Menorca y las Floridas. No se apartaba un momento de la mente de Cárlos III, la idea de la reconquista de aquella importante fortaleza, llave del Estrecho; así que desde fines de Julio habia mandado establecer su bloqueo por mar y tierra. En estremo apuro tenian ya los españoles la guarnicion inglesa, y habia logrado nuestro gobierno vencer la resistencia de la córte de Francia para que le prestase su auxilio en aquella empresa, cuando una série de funestos contratiempos y la derrota de la escuadra española mandada por D. Juan de Lángara (16 de enero 1780) entre Cádiz y el ca-

bo de Santa María, malograron los sacrificios hechos por España para recuperar Gibraltar.

Siete meses despues, (9 de agosto 1780) quedó reparado, hasta cierto punto, el desastre de Lángara, con la sorpresa y apresamiento verificado por D. Luis de Córdoba, á la altura de las Azores, de dos flotas inglesas que se dirigian con un rico cargamento á las Indias. Buques, soldados, tripulaciones, armamento, vestuarios, víveres y mercancías, todo cayó en poder de los españoles, que entraron triunfantes con tan rica presa en el puerto de Cádiz.

Haremos caso omiso por ser poco pertinente á nuestro asunto, de la série de acontecimientos políticos, diplomáticos y marítimos que se sucedieron sin interrupcion en España en sus relaciones de todos géneros con las potencias de Europa y con las colonias de América, desde la frustrada tentativa contra Gibraltar en los últimos dias del año 1779 y primeros del siguiente, para llegar lo mas antes posible á la descripcion del último y mas formidable sitio de aquella plaza.

Despues de perseverantes aunque inútiles negociaciones entabladas por el Gabinete de Madrid para obtener de Inglaterra la devolucion de Gibraltar; despues de porfiadas y desastrosas campañas marítimas; despues de ajustado el célebre pacto conocido en la historia con el nombre de *Neutralidad armada*, por el cual obligábanse las potencias firmantes, entre otras cosas, á respetar

los buques neutrales que navegasen por las costas de los paises que estuviesen en guerra, ó sea la libertad del pabellon neutral, principio de derecho que jamás habia sido observado por la marina inglesa, y despues de conocidos los tratos secretos que movia Inglaterra para ceder á Catalina II de Rusia la isla de Menorca, tan codiciada por la Czarina como medio de realizar sus designios de apoderarse un dia de los Dardanelos, Cárlos III resolvió terminar de una vez la costosa y mortal contienda que hacía tantos años mantenía España con Inglaterra, destruyendo la insolente preponderancia que esta última nacion habia adquirido en el Mediterráneo haciendose dueña del Estrecho y de una de las Baleares.

Al efecto, Floridablanca dispuso con tanto sigilo como habilidad la empresa de la reconquista de la isla de Menorca, que puede decirse que Inglaterra sintió el golpe antes que el amago. En 23 de julio de 1781, salió de Cádiz la escuadra aliada franco-española, y en 19 de agosto echó en tierra ocho mil hombres de tropas escojidas, que sorprendieron á los ingleses y se apoderaron á poca costa de Mahon, de su ciudadela y del castillo de Fornell. Encerráronse los ingleses en el de San Felipe, y en él sufrieron por espacio de seis meses todos los horrores de un estrecho bloqueo y los estragos que le causaban ciento once cañones y treinta y tres morteros, hasta que la falta de víveres, las enfermedades y la ninguna esperanza de recibir socorro obligaron al gober-

nador de la fortaleza, general Murray, á pedir capitulacion, (15 de febrero, 1781) que le fué concedida bajo las mas honrosas condiciones.

Reconquistada Menorca, resolvió Cárlos III utilizar las tropas y escuadras que se habian cubierto de laureles en Mahon, á fin de convertir en sitio formal el bloqueo que hacía tres años mantenía sobre Gibraltar.

Era llegada, al fin, la hora de que España pensase seriamente en recobrar aquel funesto peñon, padrastro de Andalucía desde los primeros años del siglo VIII de nuestra era, y que á la sazon llamaban los ingleses la *llave de los mares de Europa*, con el mismo fundamento que los musulmanes le habian llamado la *llave de España*. Gibraltar «cuya recuperacion habia sido objeto de tan repetidas como costosas y malhadadas tentativas; perenne motivo de desavenencias, de negociaciones, de promesas nunca cumplidas, de condiciones ó de ofrecimientos nunca aceptados entre Inglaterra y España,» era la eterna pesadilla de Cárlos III y de su honrado gobierno, que suspiraban por borrar aquella fea mancha que señaló el advenimiento del primer Borbon al trono de España.

«*Gibraltar es un objeto por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de Familia ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia,*» dijo Floridablanca en 1780; al discutirse los preliminares de la paz con el ministro ingles. «*Si el rey de España me pusiera delante de los ojos el ma-*

pa de sus dominios para que buscara un equivalente de Gibraltar, dándome tres semanas para la decision, no podria en tan largo plazo encontrar entre todas sus posesiones ninguna que bastára á compensar la cesion de aquella plaza;» habia dicho lord Stormont, secretario del departamento del Norte, en una conferencia celebrada en Lóndres, á principios de aquel mismo año, para tratar de la devolucion de Gibraltar á España.

Estas breves y expresivas frases, síntesis del valor y la significacion que España é Inglaterra, cada una por su parte, daban á Gibraltar, son el mas elocuente preámbulo que podemos poner á la narracion de aquel memorable sitio.

«Tiempo habian tenido los ingleses (M. L. *Historia de España*) para hacer mas fuerte con las obras del arte aquella formidable roca, ya harto fuerte por la naturaleza. Erizada por todas partes de cañones y defendida á la sazon por 7,000 veteranos, con un general (Lord Elliot) de corazon, entendido y experimentado, á su cabeza, no sin fundamento era tenida por inexpugnable. Habíanse apurado los ingenios para inventar y discurrir proyectos, sistemas y planes diversos para ver de rendir y recuperar la terrible fortaleza, y cada cual habia presentado el suyo al rey y á los ministros como el mas hacedero y aceptable.

«Proponia el conde de Aranda que á la entrada de los fondeaderos se pusieran escollos ar-

tificiales, donde tropezaran los buques que iban en socorro de la plaza. El valeroso marino don Antonio Barceló aseguraba que batiendo los muros un dia y otro llegaria á rendirla, siempre que se le dieran para ello lanchas cañoneras cada una con un mortero de á placa. El almirante francés, conde de Estaing, era de opinion que se debería de construir orilla del Mediterráneo y costeando todo la posible el Peñon una línea de aproches con baterías de morteros, cuyas bombas pasaran por encima de la montaña y estragaran el puerto y la ciudad, y con esto y un espaldon construido muy al alcance de la plaza, y con soltar brulotes contra los navíos y arrojar bombas y balas las barcas cañoneras, no podrian los ingleses resistir acampados al raso y entre peñas. Diferente de todos estos era el sistema del director del real cuerpo de ingenieros, don Silvestre Abarca, y tambien mas complicado, pues consistia por una parte en el incendio y ruina de las casas y almacenes de la ciudad, no habiendo parage que se viese libre de las bombas y de los rebotes de las balas, y por otra en la destruccion de la escuadra inglesa que viniese en socorro de los sitiados por las fuerzas navales reunidas de España y Francia. Por este órden se habian presentado al gobierno otros proyectos, entre ellos uno que consistia en rellenar las bombas de una materia mefítica y tal que al reventar afixiaran con su pestilencia á los sitiados, ó los emponzoñara, ó ahuyentara por lo menos.

«Ninguno de estos proyectos habia sido aceptado por parecer todos, cual más cual menos, ó quiméricos y fantásticos ó llenos de dificultades é inconvenientes de ejecucion. Y en tanto que menudeaban planes sin ponerse en práctica ninguno, alentado Lord Elliot con los refuerzos y socorros que á pesar del bloqueo recibia, hacia frecuentes salidas nocturnas de la plaza, para destruir las obras de los sitiadores. En este estado se hallaban las cosas cuando sucedió la toma de Menorca y se resolvió poner formal sitio á Gibraltar.

«Para los ataques por tierra se reunieron en el campo de San Roque cerca de cuarenta mil hombres, que incesantemente se ocupaban en construir obras de ataque y defensa, y sostenian diarias refriegas con los de la plaza. Nombróse general en gefe de todo el ejército sitiador al duque de Crillon. Para combinar las operaciones de mar con lás de tierra se adoptó un nuevo plan, diferente de todos los anteriores proyectos, idea del caballero de Arzon, ingeniero francés de gran capacidad y renombre, que recomendado de Francia por el rey, el ministro y el conde de Aranda, y prohijado aquí por Cárlos III y su primer ministro, fué el que prevaleció, y que con el nombre de sistema de las *baterías flotantes*, ha adquirido una inmortal celebridad, aunque funesta para España. Consistian las baterías flotantes en unos enormes buques de tal construccion y solidéz que fuesen invulnerables

á los proyectiles, y que al mismo tiempo no pudieran irse á fondo. Construyéronse en número de diez y se emplearon en ellos doscientos mil piés cúbicos de madera. Sus costados tenian vara y media de espesor y estaban defendidos por sacos de lana prensada entre corcho, la cubierta forrada de planchas de hierro bombeadas de modo que los proyectiles enemigos que cayesen sobre ella rodasen al mar. Entre todas las baterías se contaban doscientos veinte cañones. Cada una tenia una sola vela pero numerosas anclas y cables para hacerla avanzar, detenerse ó retroceder cuando fuese necesario. Todas estas gigantescas moles habian de lanzar una espesa lluvia de balas y metralla á distancia de 400 varas entre el muelle Viejo y el Baluarte Real, en tanto que los navíos de línea, las lanchas cañoneras y las baterías de tierra arrojarian un diluvio de bálas y de bombas contra la plaza, y que el resto de la escuadra defendria á la entrada del Estrecho la espedicion que viniera de Inglaterra; finalmente, numerosas tropas embarcadas en balsas estarian esperando á que se abriese la brecha para dar el asalto. El equipo de las baterías flotantes se hizo en Algeciras con prodijiosa actividad y acierto.

«Entre las obras de tierra que se ejecutaron fué la mas notable un espaldon de doscientas treinta toesas, de nueve piés de altura y diez de espesor, con un millon y seiscientos mil sacos de tierra; inmenso trabajo que se llevó á cabo en

una sola noche (la del 14 al 15 de agosto, 1782) y en el increible espacio de cinco horas, en cuya operacion se emplearon diez mil hombres; de forma que cuando al romper el dia lo vieron los de la plaza quedáronse maravillados y absortos, pareciéndoles obra de májia.

«Todo el mundo esperaba con confianza el mas feliz resultado de tan gigantescos aprestos, escepto el duque de Crillon, que varias veces manifestó no tenerlas en las tan ponderadas baterías flotantes; pero se resignó á ponerse al frente del ejército sitiador. La Europa entera tenia fija la vista en esta formidable lucha empeñada por la posesion de un enorme peñasco. Príncipes y personages franceses, entre ellos el duque de Borbon y el conde de Artois (despues rey con el nombre de Cárlos X); magnates españoles de la primera nobleza acudieron á presenciar funcion tan famosa. Muchedumbre de gentes de todas clases pasó la estacion del verano en las poblaciones y campiñas inmediatas, para presenciar las sorprendentes peripecias de aquel magnífico espectáculo guerrero.

«Terminada ya la construccion de todas las baterías españolas, en la mañana del dia 8 de Setiembre el gobernador Elliot mandó romper el fuego contra ellas, disparando desde la montaña, plaza y muelle viejo, balas, bombas, granadas, metralla, balas rojas y carcasas con que no dejaron de experimentar algun daño los nuestros. A su vez, al amanecer del dia 9, mandó el

duque de Crillon comenzar el fuego general de todas las baterías y de la línea, jugando á un tiempo ciento noventa y tres piezas de todas clases. Al cuarto dia, 13 de Setiembre, púsose en movimiento desde Puenta-Mayorga, el soberbio aparato de las baterías flotantes, y antes de las diez se hallaban colocadas á ciento cuarenta toesas de distancia de la plaza. Cinco mil hombres de servicio iban en ellas. El viento y la marejada eran fuertes, así que ni las lanchas cañoneras ni las bombarderas de la escuadra pudieron cooperar convenientemente al ataque. Lord Elliot vió acercarse aquellas imponentes máquinas de destruccion, admirando el arrojo de los que las dirijian, pues conocía que ellos mismos no podian dejar de conocer lo temerario de su empresa.

«Apenas anclaron las embarcaciones cuando empezó un nutrido fuego que sostenía toda la artillería y los morteros de las trincheras en todas direcciones, y sin cesar un solo instante. Tambien la plaza rompió el fuego sin pérdida de tiempo, y es imposible describir el estruendo que causaron tan horrorosas descargas, porque cuatrocientas piezas de grueso calibre maniobraban á un tiempo, lo cual no se habia visto jamás desde la invencion de la pólvora. A muchas leguas de distancia se dió aquel infernal estruendo que agitaba los mares y hacía retemblar el mismo Peñon. Largas horas contaba de empeñado aquel terrible combate, y la noche vino á au-

mentar mas y mas con sus sombras el horror de la jigantesca contienda, sin que ni el ataque ni la defensa aflojaran ni se notara de una y otra parte indicio alguno de superioridad. «¿De qué son esas máquinas, preguntaba lord Elliot asombrado, que no logran destruirlas las balas rojas?» Pero se acercaba el momento fatal de su destruccion. Cerrada era ya la noche cuando comenzó á arder una de las monstruosas baterías flotantes que se tenian por incombustibles, yéndose á pique apesar de los grandes esfuerzos hechos por su tripulacion para salvarla.

Hé aquí como el parte oficial de aquel terrible suceso y de los demas de la misma naturaleza que fueron en consecuencia precisa, publicado en la Gaceta del 24 de Setiembre de 1782.

«Bien entrada la noche, volvió á incendiarse con mucha fuerza la flotante del príncipe Nassau en términos de no poderse cortar, sucediendo de allí á poco lo mismo con la de D. Buenaventura Moreno. En este conflicto, y el de no poderse usar de las velas ni del remolque, se trató de estraer la jente, de retirar ó arrojar al mar la pólvora para precaver que volasen, y dejarlas arder, de modo que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas: en cuyo caso se fueron ballando los demas buques por iguales motivos y circunstancias inevitables; tanto mas que las baterías enemigas tiraban ya sin riesgo ni contradiccion á puntos determinados muy visibles. Informados de esta situacion así el general del ejército du-

que de Crillon como el de la armada D. Luis de Córdoba, dieron las mas oportunas providencias para que pasasen todas las lanchas, faluchos, esquifes y demas pequeñas embarcaciones que hubiese á recoger toda la gente de las flotantes, y auxiliar en cuanto se pudiese ejecutar con ellas; en cuya brillante y arriesgada maniobra se hicieron prodigios de valor, despreciando el intensísimo fuego de metralla que hacian todas las baterías enemigas con el acierto que les permitía la claridad de la noche. Logróse en efecto retirar la mayor parte de la gente de aquellas embarcaciones, poner en algunas el fuego bien estendido para que se consumiesen, y dejar en otras competente repuesto de pólvora para que á su tiempo se volasen. Á pesar de toda la actividad con que se procedió por nuestra parte, consiguió el enemigo con su fuego echar á pique alguno de estos barcos, bien que mucha gente de ellos se salvó á nado y fué recogida por otros botes.

«Luego que los ingleses se aseguraron de que ya no podian hacer fuego las flotantes, echaron al agua algunas cañoneras y barcos armados con los cuales se apoderaron de varios de nuestros yentes y vinientes, haciéndose dueños en los mismos términos de los últimos restos de tropa ó marinería que quedaba todavía en las flotantes para esperar su turno de ser socorridos: de suerte que por este medio al amanecer del dia siguiente hicieron prisioneras trescientas treinta y cinco personas (inclusos varios heridos) á quienes

se sabe que el general Elliot trataba con la mayor humanidad y agasajo. Las flotantes se fueron volando de allí á poco á escepcion de tres que quedaron consumidas del todo hasta las planchas de la superficie del agua.—«De resultas, añadía el parte, del incesante fuego enemigo durante este dia y noche, asi contra las baterías flotantes y sus tripulaciones, como contra el crecido número de chalupas y otras embarcaciones empleadas en el trasbordo, hubo la pérdida que manifiesta el estado que sigue á esta relacion, la que no debemos concluir sin expresar que en los de los citados generales de mar y tierra, en los del señor conde de Artois como testigo ocular, y en todas las demas cartas particulares se hacen singularísimos elogios del valor, serenidad é inteligencia con que se han conducido en todos los lances y maniobras ocurridas en todo aquel dia y noche, tanto los sujetos distinguidos que mandaban las baterías flotantes, como todos los demas oficiales de mar y tierra de ambos ejércitos y armadas que tuvieron diferentes cargos y comisiones.»

A pesar de lo inmenso del desastre, ni se tuvo este por irreparable, ni decayó el ánimo de los sitiadores; por el contrario, haciendo un nuevo alarde de la proverbial constancia española, continuaron con vigor las operaciones del sitio, construyéndose nuevas obras y haciendo jugar diariamente la artillería así de tierra como de las lanchas cañoneras. Así continuaron sitiados

y sitiadores hasta mediados de Octubre (1782) en cuya fecha se supo que estaba próxima á llegar en socorro de la plaza, una escuadra inglesa fuerte de treinta navíos de línea con un considerable convoy de trasportes, al mando del almirante Howe. Dispúsose la armada franco-española para combatir á la enemiga en la misma boca del puerto; pero en la noche del diez sobrevino tan deshecho temporal que los buques aliados se vieron obligados á ganar puerto dejando expedito el Estrecho que pasaron los ingleses formados sus buques en dos líneas y haciendo rumbo á la costa de África no sin haber enviado cuatro buques de carga que lograron entrar en Gibraltar.

La escuadra inglesa se engolfó en el Mediterráneo seguida de la hispano-francesa mandada por D. Luis de Córdoba, que la dió caza durante algunos dias, hasta que la fuerza de los temporales dispersó la nuestra muchos de cuyos buques tuvieron que refugiarse en Málaga con avería; en tanto que la enemiga mas afortunada ó mas diestra, logró no solo evitar el combate, sino volver á embocar el Estrecho y salir al Océano, dejando abastecida la plaza de Gibraltar de provisiones de todas clases y reforzada su guarnicion con mil cuatrocientos hombres.

Siguióla la aliada, hasta que el dia 20 logró darle alcance y empeñar con ella un combate que duró algunas horas sin resultado decisivo, retirándose en órden la inglesa y retrocediendo

la aliada á Cádiz (22 de octubre).

Ni la destruccion de las baterías flotantes, ni el considerable refuerzo que la armada británica habia conseguido introducir en Gibraltar, influyeron para que se desistiese de la continuacion del sitio; antes bien se adelantaron las trincheras, se construyeron nuevas obras de ataque y se hizo jugar incesantemente la artillería. Ideáronse nuevos planes para rendir la plaza, entre otros uno adoptado por el duque de Crillon, que consistía en practicar debajo de la enorme roca una mina á mas de doscientos piés de profundidad de cuya voladura se esperaban grandes resultados. Trabajóse en ella con grande actividad, mas no llegó el caso de experimentar sus efectos en razon á haberse firmado en 30 de enero, 1783, los preliminares para la paz entre las naciones beligerantes, una de cuyas condiciones fué la devolucion de Gibraltar á España; con lo cual se levantó el sitio. Desgraciadamente ocho meses despues los manejos y veleidades de la diplomacia de un lado, y del otro la imperiosa necesidad que tuvo el gabinete de Madrid de ceder á consideraciones de alta política, modificaron aquella condicion para la paz, sustituyendo la devolucion de Gibraltar con la reintegracion á España de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, con cuyas devoluciones «se veia libre el Mediterráneo del mayor y mas útil abrigo de nuestros enemigos en tiempo de guerra, cerrado el seno

mejicano á dominaciones extranjeras capaces de destruir é inutilizar el gran reino de Nueva-España, el mas útil de nuestras Indias, y redondeado y sin riesgo el dilatado continente en que se reunen nuestras dos Américas, (*Memoria* de Floridablanca.)

Sí; pero España perdió Gibraltar, y Andalucía siguió teniendo el triste privilegio de mantener sobre su suelo una nueva raza estranjera, cuya presencia como la de todas que la precedieron ultraja la dignidad nacional ejerciendo señorío en el territorio español. La política colonial continuaba sobreponiéndose á la continental.

Sin embargo, mucho sintieron España y su monarca la cesion de aquel reducido pedazo de la nacion, que les habia costado ochenta años de continuos esfuerzos y de jigantescos sacrificios deseosos de reparar la pérdida de una hora desgraciada. La de un mundo, dice el historiador Lafuente, nos ha sido menos costosa y menos funesta que la de esa enorme y descarnada roca enclavada en nuestro propio suelo, para ser torcedor y mortificacion de un pueblo bizarro, altivo y pundonoroso, desde el momento fatal que pasó á extraño dominio, Dios sabe hasta cuando. Manejos diplomáticos hábilmente conducidos, promesas solemnes con frecuencia arrancadas, tratados y convenios sobre la base de la restitucion cimentados, cambios y equivalencias ofrecidas, largos y costosos bloqueos con

perseverancia sostenidos, sitios y ataques dirijidos con intelijencia y dados con asombroso valor, caudales con profusion empleados y sin cortedad consumidos, escuadras poderosas y numerosos y aguerridos ejércitos de tierra rejidos por generales de fama y por almirantes renombrados, famosas batallas campales, y combates navales maravillosamente heróicos, hasta el último y mas prodigioso esfuerzo del injenio del hombre y del poder de una nacion, el de las baterías flotantes, todos los medios que esta nacion, señora de dos mundos, empleó por cerca de ochenta años, diplomacia, ofertas, conciertos, cambios, bloqueos, sitios, caudales, ejércitos, escuadras, artificios, inventos, combates todo se estrelló contra ese fatídico Peñon, cuyo circuito marítimo y terrestre parecia destinado para sepulcro de hombres y de naves españolas.»

Cinco años despues de haber sufrido aquella dolorosa y todavía no curada herida el seno de la madre pátria, falleció en la madrugada del catorce de diciembre de 1788, á los veinte y nueve años de reinado y setenta y tres de su edad, el rey Cárlos III, uno de los monarcas españoles mas ilustrado y mas amante de su pueblo, y que mas celo mostraron por todo cuanto interesaba al bien y á la pública prosperidad, en términos que bajo su reinado España recobró gran parte de la consideracion é importancia que habia tenido en el mundo, merced á los grandes progresos que hizo en el camino de la civilizacion.

III.

Reinado de Cárlos IV. Combate de Trafalgar.

1805.

El dia 23 de Diciembre de 1788, fué solemnemente proclamado rey de España el príncipe D. Cárlos, como inmediato y reconocido heredero de la corona.

Cárlos IV, príncipe de edad madura cuando ascendió al trono de sus mayores, daba las mas fundadas esperanzas al pueblo por su notorio buen juicio, y por el esmero con que su padre le habia educado á fin de prepararle dignamente para la gobernacion del reino que estaba llamado á rejir.

Lisonjera era, en verdad, en aquellos dias la situacion de España. Cárlos III dejaba á su hijo: «Un ejército de mas de cien mil hombres, una marina como nunca habia tenido España ni en

la época de la *Armada Invencible*, compuesta de *setenta* navíos de línea y un número proporcionado de buques menores; la monarquía, aunque se habia visto empeñada en guerras que comprometian sus posesiones de Ultramar, señora, por un acaso feliz, de todo su territorio despues de la paz de 1783; el soberano gozando de la mas alta consideracion personal con los reyes de Europa, y *árbitro de las contiendas de todos*, por sus virtudes, por su edad y por su probidad; la Hacienda en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administracion interior; abolidas muchas de las trabas que agoviaran la agricultura, la industria y el comercio; la autoridad civil no oprimida por el poder eclesiástico; los privilejios de la córte romana notablemente modificados: las prerogativas del poder real fijadas y definidas clara y terminantemente; la inquisicion, tan atroz y cruel en otro tiempo, flexible ya, y hasta amedrentada ante el poder de la corona; las ciencias y las letras honradas, recordando los bellos dias de la literatura del siglo XVI, y ofreciendo en algunas obras que producía, un modelo de esquisito gusto, una perfeccion que jamás habian podido alcanzar los mas de los autores antiguos; las artes alentadas con la proteccion de un gobierno bastante ilustrado para conocer cuanto valen; finalmente, una perspectiva de poderío, de paz y felicidad para los pueblos de la Península, á la sombra de un poder paternal y

tutelar; tal era el estado floreciente de España en 1789.» (Wiliam Coxe *España bajo el reinado de la casa de Borbon.*)

Por desgracia el prudente y demasiado bondadoso Cárlos IV dilapidó vergonzosa y rápidamente esta magnífica herencia.

Tranquilo, pues, y bonancible como pocos anunciábase para España el reinado del hijo de Cárlos III, sin que apareciera en los horizontes de nuestra pátria síntoma alguno que anunciase perturbaciones de ningun género interiores, ni de complicaciones esteriores que tragesen conflictos á la nacion; cuando en el primer año de su advenimiento, estalló la grande y memorable revolucion francesa, que hicieron fatalmente inevitable la inmoralidad del gobierno de la regencia, la de la nobleza y del alto clero; el desmedido poder de la autoridad real; el desórden de la Hacienda que comenzó con Luis XIV; los escritos de Montesquieu, Voltaire y Rousseau; la tenaz oposicion á plantear las reformas exigidas por los progresos de la ciencia, y los profundos resentimientos que contra las clases altas abrigaban la media y las inferiores.

Este inmenso, este trascendentalísimo acontecimiento histórico que conmovió profundamente á la Europa, destruyendo casi de un golpe en Francia los cimientos de la antigua sociedad y preparando entre grandes crímenes y rasgos sublimes de virtud heróica el porvenir de los pueblos, fué mirado en España, en un princi-

pio, acaso con menos inquietud y sobresalto que en otra nacion alguna; no porque dejara de abrigarse el temor de que el contajio revolucionario penetrase en nuestro suelo, sino que por una feliz casualidad los lazos de concordia que unian á los dos pueblos, en vez de aflojarse se estrecharon mas, á virtud de la cooperacion que Luis XVI y la Asamblea Nacional ofrecieron á España para vencer la grave complicacion que un accidente marítimo produjo entre el gabinete de Madrid y el de Lóndres; llegando á tanto la generosidad y desinterés de aquellos dos poderes que decretaron el armamento de cuarenta y cinco navíos con el correspondiente número de fragatas para auxiliar al rey de España (de mayo á agosto, 1790). Las negociaciones diplomáticas dieron una solucion pacífica al conflicto, y España agradecida al proceder de la Asamblea Nacional, no debió por propio decoro manifestarse hostil al nuevo órden de cosas establecido en Francia.

Esta cordial inteligencia no fué por desgracia de larga duracion entre las dos naciones, á consecuencia de la conducta que muy luego comenzó á observar el conde de Floridablanca respecto á la revolucion francesa de la que se declaró enemigo intransigente; pero la actividad conciliadora del gobierno francés, la caida de aquel ministro y su reemplazo (febrero, 1792) con el conde de Aranda, amigo de D. Manuel Godoy, considerado por muchos como adicto á

la causa de la revolucion de Francia, resolvieron pacíficamente las graves cuestiones que la inflexibilidad de Floridablanca habia provocado entre ambos gobiernos.

No muchos meses despues (agosto, 1792) el desenfreno de la revolucion y los sanguinarios excesos de Marat, Robespierre y el del club de los Jacobinos, dieron lugar á un cambio radical en las ideas del conde de Aranda, si nó respecto á la libertad, respecto á sus abusos y violencias; y en su virtud, prévia consulta al Consejo de Estado, declaró la guerra á Francia, tomando parte en la coalicion formada por las principales potencias de Europa contra el gobierno francés.

Suprimimos por larga y ajena al plan de nuestra obra la narracion de los estraordinarios acontecimientos que con rapidez vertijinosa se sucedieron en Europa durante el período mas ardiente de la Revolucion, y en los que se vió complicado nuestro gobierno por la fuerza de las circunstancias, tomando en todos ellos una parte mas ó menos activa así guerrera como diplomática. Haremos, pues, caso omiso, de la proclamacion de la república en Francia (22 de setiembre, 1792): del suplicio de Luis XVI: de la indignacion que la noticia de este gran crímen causó en España, cuyos ejércitos, prévia declaracion de guerra, penetraron en Francia por Cataluña, cubriéndose de gloria en la campaña de 1793: de las pérdidas que sufrieron nuestras armas en los Pirineos Orientales y Occidentales,

en las campañas siguientes: del suplicio de Robespierre, y del cambio político que fué su consecuencia en Francia; de la paz firmada en Basilea (22 de julio, 1795) entre España y la república francesa, y del título de *Príncipe de la Paz* que en recompensa de este servicio dió Cárlos IV á su primer ministro D. Manuel Godoy, llamado por todo el mundo favorito de la reina y valido del rey: del funesto tratado de San Ildefonso (18 de agosto, 1796) por el cual se estipuló una *perpétua* alianza ofensiva y defensiva entre S. M. C. el rey de España y la república francesa: de la desastrosa campaña marítima de 1797; de la disolucion de la convencion nacional, y creacion del directorio; del atentado del 18 de *brumario* que erijió la dictadura de Bonaparte; del dominio que adquirió este hombre estraordinario sobre la corte de Madrid; de la espedicion franco-española á las órdenes del Príncipe de la Paz contra Portugal; de la situacion bonancible en que se encontró España despues de la paz de Amiens; del consulado de Napoleon y de su proclamacion como emperador; de la declaracion de guerra de Inglaterra á España, y finalmente del convenio secreto entre Francia y nuestro gobierno contra aquella potencia; convenio que dió por resultado el glorioso desastre de Trafalgar, que arruinó nuestra marina, dió á la Gran Bretaña el señorío absoluto de los mares, y tuvo por magnífico escenario las aguas que bañan las costas oceánicas de Andalucía, en las inmedia-

ciones del Estrecho, teatro en todos los tiempos de las insignes glorias y memorables catástrofes de la marina castellana.

El alevoso acto de piratería cometido á la altura del cabo de Santa María, sin prévia declaracion de guerra, por cuatro fragatas inglesas contra otras tantas españolas que venian conduciendo seis millones de duros, levantó un grito general de indignacion en toda Europa y principalmente en España contra la perfidia inglesa, y obligó al gabinete de Madrid, falto de enerjía y sobrado de miserables intrigas á echarse completamente en brazos de Napoleon, quien otorgó gustoso la proteccion que se le pedia, creyendo que por este medio se le facilitaria la ejecucion del proyecto que meditaba de hacer un desembarco en Inglaterra para emprender la jigantesca obra de su conquista. Mas dejó frustrados sus proyectos la derrota de la escuadra aliada sobre el cabo de Finisterre (22 de julio, 1805) causada por la *impericia y escesiva pusilanimidad*, ya que no por la *traicion*, del almirante francés Villeneuve, que dejó abandonados á los recursos de su pericia y valor, los marinos españoles que *solos* sostuvieron el combate contra la escuadra inglesa, mandada por el almirante Calder.

Faltando á las órdenes terminantes del emperador que le mandaba ir inmediatamente á Brest, Villeneuve se dirijió con su escuadra á Cádiz, donde á pocos dias fondeó la española al mando de D. Felipe Gravina el héroe del desgra-

ciado combate del cabo de Finisterre. Irritado Napoleon con la desobediencia de su almirante, ordenó su separacion del mando, é hizo insertar en el *Moniteur* aquella terrible frase que produjo el desastre de Trafalgar: *Solo falta á la marina francesa un hombre de arrojo y sangre fria.* Desesperado Villeneuve se propuso borrar estas palabras con *un suceso del mayor lustre.*

Entretanto el ilustre Nelson, que desde las Antillas se habia trasladado, haciendo fuerza de vela al Estrecho de Gibraltar temeroso de que la escuadra aliada se posesionase del Mediterráneo, al saber que aquella se encontraba en los puertos de Galicia, pasó á Inglaterra, de donde muy luego tuvo que hacerse de nuevo á la mar, noticioso de la entrada de la escuadra franco-española en el puerto de Cádiz.

A mediados de octubre súpose con sorpresa en Cádiz que la escuadra combinada iba á hacerse á la mar, precisamente en los momentos en que se anunciaba como inminente un ataque de los ingleses contra la plaza; y el dia 19, á las seis de la mañana, contrariando el dictámen de todos los marinos españoles, el almirante Villeneuve, salió de Cádiz al frente de quince navíos españoles y diez y ocho franceses con cinco fragatas y dos bergantines de la misma nacion; no en busca de un combate glorioso, ni por servir los intereses de las dos naciones coaligadas, sino arrebatado por la desesperacion que le causaba el descrédito en que habia caido á re-

sultas de sus anteriores desaciertos.

Recordando sin duda su insigne torpeza en el combate sobre el cabo de Finisterre, el almirante francés mandó que los buques de las dos naciones marchasen interpolados, formando cinco divisiones mandadas la de vanguardia por Alava, la del centro por Villeneuve, la de retaguardia por Dumanoir y la de reserva por Gravina. El dia 21 la escuadra coaligada encontró á la inglesa sobre el cabo de Trafalgar formada en dos columnas, mandada la de vanguardia, compuesta de 18 navíos, por el mismo Nelson, y la de retaguardia, que contaba quince, por Collingwood. Las treinta y tres naves enemigas montaban dos mil cuatrocientos veinte y cuatro cañones, y las franco-españolas cuatrocientos sesenta mas; empero los aliados solo contaban cuatro navíos de tres puentes para resistir á siete que los ingleses pusieron á la cabeza de sus columnas. Cuando estas estuvieron en órden de combate, el grande almirante dió á su segundo esta última instruccion: «Yo atacaré la vanguardia para cortarle el paso á Cádiz; Vd. corte la retaguardia por el undécimo navío.» Y enseguida dirijió á los marinos ingleses aquella sencilla y majestuosa arenga de que tanto se envanece la nacion británica: «*Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber.*»

A eso de medio dia, el Royal Sovereign, navio de tres puentes que mandaba Collingwood, se dirijió á toda vela contra el Santa Ana, del mis-

mo porte, en el que tenia su insignia el general Alava. Empeñóse entre los dos colosos un combate desesperado del que salieron desmantelados y sin gobierno el primero y completamente destrozada la arboladura del segundo. Entretanto el combate se habia generalizado en toda la línea, llegando Nelson con intento de cortarla por la proa del navío Bucentaure en el que tenia su insignia el almirante Villeneuve; mas salióle al encuentro el poderoso *Trinidad*, cuyas formidables andanadas causaron tales destrozos en la arboladura del *Victory*, que sin la oportuna interposicion del *Temerary* hubiera tardado muy poco en quedar sin gobierno. Esta atrevida maniobra no solo salvó á Nelson, sino que le permitió realizar su proyecto, cortando la línea por la popa del Bucentaure dónde habia el claro de uno de los navíos sotaventeados, por donde penetró el intrépido almirante seguido de la mitad de su division.

A partir de este momento no fué dudoso para nadie que la victoria se inclinaría del lado de los ingleses, sin que por eso decayese el ánimo de los marinos españoles ni diesen la menor señal de flaqueza. Por el contrario, la perspectiva de una fatal derrota enardeció su espíritu varonil hasta el estremo de acometer innumerables acciones verdaderamente heroicas. El Bucentaure y el Temible, navíos franceses, el Santísima Trinidad, español, de ciento cuarenta cañones, mandado por el contra-almirante Cisneros; el

príncipe de Asturias, de ciento diez, mandado por el almirante Gravina; el Bahama, el Argonauta y el San Juan Nepomuceno, mandado por D. Cosme de Churruca, y el San Ildefonso fueron los navíos que mas se distinguieron en aquella titánica lucha. Cada uno de ellos tuvo que combatir contra dos navíos enemigos cuando menos. El Santísima Trinidad combatiendo contra cuatro navíos ingleses echó dos de ellos á pique, y el príncipe de Asturias hizo frente y rechazó á tres de aquellos. El San Juan Nepomuceno fué uno de los que mas brillaron en aquel funesto dia; por espacio de algunas horas resistió el ataque de seis navíos ingleses que lo envolvieron en un espeso granizo de balas y le pusieron *quinientos* hombres fuera de combate. Aquella fué una lucha única en los anales marítimos del mundo. Su ínclito comandante; el héroe Churruca, cayó herido mortalmente sobre cubierta, y esclamó, incorporándose sobre el brazo izquierdo: «Esto no es nada.... ¡Siga el fuego!» Mandó clavar la bandera y encargó que no se rindiese el navío mientras él viviera.

No hubo un solo navío español cuya conducta en aquel dia manchase en lo mas mínimo el honor del pabellon. Mas ¿qué podia el valor individual de aquellos héroes mandados por un gefe nulo para contrarrestar la táctica superior de la escuadra inglesa? Tambien los buques franceses pelearon con intrepidez deseosos de lavar el borron que sobre su honra habia echado en Finis-

terre la impericia de su almirante. Solo el contra-almirante francés Dumanoir, abandonó cobardemente el combate con cuatro navíos de su nacion.

El resultado inmediato de este memorable combate en el que la gloria se repartió por partes iguales entre vencedores y vencidos, fué la pérdida de diez y ocho navíos de la escuadra combinada, la mas sensible de mil veinte y dos muertos y mil trescientos ochenta y tres heridos, entre ellos y mortalmente el ilustre general de la armada española, Gravina.

Las pérdidas de los ingleses no fueron menos considerables. Sus relaciones contemporáneas, declararon mil seiscientos hombres fuera de combate entre muertos y heridos; cuatro navíos echados á pique durante la batalla, y uno despues; dos quemados por sus mismos comandantes por no poder ser remolcados; tres arrastrados á la costa; uno en bándolas; otro perdido con doscientas mil libras esterlinas; trece completamente desarbolados y acribillados sus cascos que pudieron ser remolcados para quedar fuera de servicio, arrimados en bahía, y la mas sensible entre todas las pérdidas que sufrieron, la muerte del primer marino de la Gran Bretaña el ilustre Nelson.

Pero Inglaterra conservó el señorío de los mares, y Francia encontró una cumplida compensacion de aquel desastre en la célebre campaña de Austerlítz. Solo España se vió realmente sacrificada con la pérdida total de su marina de guerra. Tal fué el resultado de la funesta alianza

de San Ildefonso, negociada entre el hombre que tres años despues habia de pagar á la generosa España, con la mas negra ingratitud, y el valido á quien la debilidad de Cárlos IV y las liviandades de su esposa habian constituido de hecho en rey de España.

Aquella inmensa desgracia que privaba á la nacion de todos sus recursos marítimos y daba un golpe mortal á su poder colonial y á su comercio con las Américas, sublevó muy luego la conciencia pública contra sus causantes, y el país se levantó como un solo hombre para protestar contra la desastrosa guerra sostenida mas bien por defender intereses franceses que españoles, con la Gran-Bretaña. Uniósе á la irritacion del pueblo la que produjo en la córte la noticia de haber destronado Napoleon la familia real de Nápoles, y sentado en aquel trono á su hermano José Bonaparte. En su virtud el gabinete de Madrid, deseoso de la paz, entró en secretos tratos con el de Lóndres; tratos que por el momento fueron infructuosos para nosotros y que dieron pretesto al emperador para comenzar á poner en ejecucion los proyectos que meditaba contra la monarquía española.

Al intento concluyó con Godoy un convenio secreto por el cual el Portugal debia ser dividido en tres partes, una de las cuales, la provincia de entre Duero y Miño, se daria á la reina de Etruria en cambio de la Toscana; otra, los Algarves y el Alemtejo debia darse á Godoy con

título de soberanía, y el resto del reino debia ser ocupado por las tropas imperiales hasta la paz general. En 18 de Octubre de 1807 un ejército francés pasó el Vidasoa, y marchó acompañado de algunas tropas españolas hácia Portugal, á fin de poner en ejecucion el convenio secreto. España permaneció silenciosa á la espectativa de los graves acontecimientos que veia fatalmente llegar.

Entretanto la familia real y la córte eran semilleros de torpes intrigas y de actos de la mas repugnante inmoralidad. Un valido que deshonraba al trono y precipitaba la ruina de la nacion; un príncipe de Asturias que en ódio al favorito de su madre y por afan de reinar, conspiraba por destronar á su padre; un rey que no tenia mas ocupacion que la caza, y una reina licenciosa que solo se cuidaba de sus devaneos, este era el cuadro que presentaba la familia real y la córte de España, cuando un ejército frances cruzaba la Península, penetraba en Portugal, se apoderaba de Lisboa sin encontrar resistencia, y asistia al embarque de la real familia portuguesa para el Brasil.

No el génio de Napoleon, sino las torpezas y desaciertos de nuestra córte y hombres de Estado, abrieron de par en par las puertas de España á la insaciable ambicion del gran capitan del siglo, quien juzgando ser llegado el momento oportuno de poner en ejecucion sus planes, dió órden á principios de enero de 1808, á las nume-

rosas tropas que tenia reunidas en la frontera, de penetrar en España. Moncey lo verificó por Irun (29 de enero) y se apoderó por astucia de la ciudadela de Pamplona, y de San Sebastian de Guipúzcoa: Duheme penetró por la Junquera, hízose dueño de Barcelona, de su ciudadela y del castillo de Monjui, y del de Figueras, sin disparar un tiro: La España oficial quedó agarrotada á los piés de Napoleon.

En 17 de marzo corrió la noticia de que la real familia trataba de abandonar la Península, y hacia para ello preparativos en Aranjuez donde se encontraba á la sazon. Sublevóse el pueblo, y volvió todas sus iras contra el favorito Godoy á quien acusaba de ser el autor de todos los males que afligian á la pátria y de haber aconsejado la fuga del monarca. La plebe amotinada allanó la morada del valido, y buscóle inutilmente por todas partes sedienta de su sangre. Al dia siguiente publicóse un decreto de Cárlos IV exhonerando al primer ministro, con lo cual se calmó la irritacion popular. Descubierto pocas horas despues en su propia casa, Godoy debió su salvacion á un piquete de guardias de la real persona que llegó á toda brida, y á la presencia del príncipe de Asturias que contuvo á la insubordinada multitud. Godoy fué conducido en calidad de preso al cuartel de guardias de corps, y el príncipe regresó á palacio, donde sus amigos abultaban los peligros de la situacion, exajerando el carácter del motin á fin de inducir al

monarca á que abdicase en favor de su hijo. Como el débil Cárlos IV vacilase en adoptar tan grave resolucion, hicieron correr el rumor de que Godoy iba á ser conducido á Granada, con lo que volvió á amotinarse el pueblo, en términos de que el rey y la reina llenos de mortal congoja, no por su propia suerte sino por la vida de su *amigo*, consintieron en la renuncia á condicion que no le fuera hecho ningun daño al favorito, antes que se le dejase en libertad. (19 de marzo.)

Fernando VII entró á reinar bajo los peores auspicios. Los malos antecedentes de su advenimiento al trono de sus padres y la entrada de un ejército frances en Madrid (23 de marzo) acaudillado por Murat no eran ciertamente anuncios de paz ni esperanzas lisongeras para el porvenir. Sin embargo, el pueblo español se entregó á los mas delirantes trasportes de entusiasmo al saber que su *adorado Fernando* ceñia su frente con la corona de España.

Aquella alegria, aquel delirio universal en Madrid y en todas las provincias fué de corta duracion. Murat se adelantaba sobre Madrid donde entró el dia 23 de marzo. La nueva córte y los reyes destronados hicieron puja de bajeza para captarse su voluntad y atraerlo cada uno á su partido. El gran duque de Berg se mantuvo neutral hasta recibir instrucciones de Napoleon. Llegaron estas, siendo su portador Savary, ayudante del emperador. Con arreglo á ellas y usando de una cautelosa per-

fidia que solo engañó á aquella dejenerada familia de príncipes y á sus torpes é ineptos favoritos, Fernando VII fué conducido á manera de prisionero á Bayona, donde llegó en 20 de abril, reuniéndosele allí, diez dias despues, Cárlos IV. La primera entrevista del padre y del hijo dió lugar á una escena indigna y vergonzosa en la que las recriminaciones y amenazas fueron tantas y de tal naturaleza, que impresionaron vivamente al mismo Napoleon que asistia á ella, exijió de aquellos desdichados reyes una completa renuncia de la corona de España en su favor. Cárlos y Fernando la firmaron.

El levantado trono de España; ese trono que habia atravesado durante catorce siglos las mas espantosas crisis sin deshonrarse jamás á los ojos del mundo, rodaba cubierto de infamia á los pies de un soldado de fortuna estranjero. La indignacion que esta noticia produjo en el pueblo español solo puede medirse por los asombrosos resultados que tuvo. Desde luego se manifestaron síntomas muy marcados de la pública irritacion en algunas ciudades importantes de la península, pero estaba reservado al pueblo de Madrid, que á pesar de hallarse en contacto inmediato con la córte no se habia dejado contajiar con la corrupcion de la familia real y de los altos dignatarios, dar el primer grito de la venganza nacional.

El dia 2 de mayo de 1808, habia sido el señalado para trasladar á Francia los príncipes que

quedaban de la real familia. Desde muy temprano habia acudido á las puertas de palacio la aflijida muchedumbre pará despedir á los prisioneros de Napoleon. La ajitacion crecía por momentos; hombres, niños, ancianos y mujeres, llevaban alternativamente la mano á sus ojos y debajo de sus vestidos para acariciar la empuñadura de un arma. La ira hace estremecer todos los corazones, y solo se necesita un accidente fortuito, un pretesto cualquiera para que haga terrible esplosion. Este accidente, este pretesto fué el grito desgarrador de una mujer del pueblo, que al saber que el tierno infante don Francisco bajaba la escalera de palacio llorando porque no queria entrar en el coche, esclamó con la enerjía de la desesperacion: *¡Que nos los llevan!* Aquel grito fué la mecha encendida aplicada á la mina. El pueblo se arroja á cortar los tiros de los carruajes y á impedir que los infantes sean entregados á la escolta. Crecen las voces, el tumulto y el desórden que apagó momentáneamente una descarga hecha por un batallon francés enviado por Murat para sofocar el motin. Al oirla, al contemplar sus estragos, huye el pueblo; mas no para ocultarse cobardemente, sino desparramándose por las calles que ensordece á los gritos de *¡A las armas! ¡Guerra á los traidores!*

Novicio todavía el pueblo español en el arte de las sublevaciones no sabe ofender al enemigo ni defenderse á sí mismo. Ni una casa convertida en

valuarte, ni una barricada, ni una sola cortadura, se vé en todo el recinto de Madrid; el pueblo pelea á pecho descubierto mal armado, sin jefes, sin plan y sin saber mas que matar ó morir. La artillería francesa barre las calles; su caballería las alfombra de muertos y heridos, y por todas partes durante las primeras horas de la refriega el pueblo se vé arrollado y diezmado por la fusilería. Ya muy entrada la mañana, algunos hombres esforzados, entre ellos Daoiz y Velarde, intentaron dirijir la sublevacion. Seguidos del pueblo y de algunos soldados españoles, hiciéronse dueños del parque de artillería, donde tomaron posiciones y organizaron militarmente la resistencia. Tres horas duró el combate en aquel punto, durante las cuales jugó el cañon á bala y metralla por ambas partes, cubriendo de cadáveres las calles inmediatas y dando lugar á hechos de estraordinaria bravura por parte del pueblo español, hasta que muertos gloriosamente al pié de sus piezas los dos héroes de aquel memorable episodio de la historia pátria, tuvieron que capitular los patriotas.

Pero en tanto que el pueblo derramaba su sangre por el honor, y la independencia nacional, ¿qué hacía su Junta de Gobierno, su nobleza, su alto clero, sus generales y sus soldados encerrados en los cuarteles? Nada; ver impávidos correr la sangre de los que no tenian otra cosa que sacrificar en holocausto sobre el altar de la pátria.

Muy luego veremos á este pueblo convertido en Gobierno, en nobleza, en alto clero y en ejércitos, volver por el honor de las clases que le abandonaron en el momento supremo de romper las hostilidades, reconquistar su independencia, y lo que es mas, dar el trono á un rey que lo habia renunciado cobardemente en manos de un soldado de fortuna que sacrificaba á su ambicion los tronos de los reyes y las libertades de los pueblos que encontraba en su marcha providencial al través de la Europa, aletargada todavía á pesar del inmenso sacudimiento que la hizo sentir la revolucion francesa de 1793.

IV.

Guerra de la Independencia.—Primera campaña de los franceses en Andalucía.—Batalla de Bailen.

1808.

La noticia del trájico acontecimiento del 2 de Mayo en Madrid cundió con la rapidez del relámpago por todos los ámbitos de la monarquía, arrancando un grito universal de indignacion y guerra en ciudades, villas, aldeas y en los campos.

Una feliz casualidad proporcionó á Andalucía, y en particular á Sevilla, la gloria de ser la primera provincia del reino que respondiera al grito de venganza lanzado el dia 2 de Mayo en las calles de Madrid. Algunas personas que huyendo de la córte en lo mas récio de la pelea, se refujiaron en Móstoles, contaron allí el suceso con la exajeracion propia del terror reciente. El alcalde de aquella villa hizo circular la nueva

por los pueblos mas cercanos, y así corriendo de unos en otros llegó á Talavera ya tan desfigurada, que todos sus habitantes creyeron de buena fé que Madrid estaba ardiendo por los cuatro costados y que su vecindario habia sido pasado á cuchillo por los franceses sin perdonar á niños, ancianos ni mujeres. El administrador de correos de aquella localidad expidió avisos con la mayor celeridad, uno de los cuales llegó ganando horas á la capital de Andalucía. Tan general y profundo fué el sentimiento de indignacion que se apoderó de todo su vecindario, harto sobrescitado ya con los sucesos del motin de Aranjuez y de la abdicacion de Cárlos IV, que se reunió apresuradamente su Ayuntamiento, y en la primera sesion trató de poner en armas la ciudad, y nombró una comision de su seno para que redactase un plan de armamento y defensa de la provincia. La llegada de órdenes espedidas de Madrid contuvieron la prosecucion del plan, mas no lograron tranquilizar al pueblo que dió en reunirse en el Blanquillo á discutir los medios de llevar á cabo la sublevacion.

Crecia la intranquilidad de los ciudadanos á medida que se iban recibiendo noticias relativas á las mudanzas acordadas en Bayona, y á la renuncia de la familia real de España en la persona del emperador Napoleon, hasta que colmada la medida del sufrimiento se convino en dar el grito insurreccional al anochecer del 26 de Mayo, dia de la Ascencion. Comenzaron la

sublevacion algunos soldados del regimiento de Olivensa, que seguidos de un numeroso jentío se apoderaron de las armas encerradas en la maestranza y de la pólvora de los almacenes, sin que ocurriese otro desórden ni desgracia alguna. Cundió con celeridad la sublevacion hasta los mas apartados barrios, visto lo cual, aquella misma noche se trasladó el Ayuntamiento al hospital de la Sangre, para deliberar mas desembarazadamente. En la mañana del siguiente dia (27) el pueblo se apoderó de las Casas Consistoriales, y congregó una Junta Suprema compuesta de las personas mas notables de la ciudad.

Instalada la junta, nombró por su presidente á D. Francisco Saavedra, antiguo ministro de Hacienda, confinado en Andalucía por el príncipe de la Paz, y tomó desde luego el nombre de *Suprema de España é Indias*. Una de sus primeras medidas fué mandar que se erijiesen juntas subalternas en toda poblacion de dos mil ó mas vecinos y formar un alistamiento de todos los mozos desde diez y seis hasta cuarenta y cinco años. Sus órdenes fueron inmediatamente cumplidas, señalándose entre otras ciudades y villas por su entusiasta adhesion á la causa de la independencia nacional, Jerez, Arcos, Lebrija, Carmona y Ronda.

Solo un crimen tan odioso como indisculpable manchó la bandera de aquella patriótica sublevacion. «El Ayuntamiento al trasladar al hospital de la Sangre el sitio de sus sesiones, dió

lugar con este paso á hablillas y rencores. Para calmarlos y obrar de concierto con la Junta Creadora, envió á ella en comision al conde del Aguila, procurador mayor en aquel año. A su vista se encolerizó la plebe, y pidió con ciego furor la cabeza del conde. La Junta para resguardarle prometió que se le formaria causa, y ordenó que entre tanto fuese enviado en calidad de arrestado á la torre de la puerta de Triana. Atravesó el del Aguila las calles entre insultos, pero sin ser herido ni maltratado de obra. Solo al subir á la prision que le estaba destinada, entrando en su compañía una banda de gente homicida, le intimó que se dispusiese á morir, y atándole á la barandilla del balcon que está sobre la misma puerta de Triana, sordos aquellos asesinos á los ruegos del conde y á las ofertas que les hizo de su hacienda y sus riquezas, bárbaramente le mataron á carabinazos. Fué por muchos llorada la muerte de este inocente caballero, cuya probidad y buen porte eran apreciados en general por todos los sevillanos. Hubo quien achacó imprudencias al conde; otros, y fueron los mas; atribuyeron el golpe á enemiga y oculta mano.» (Toreno. *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.)*

Infatigable y previsora la Junta Suprema de Sevilla en el desempeño de la alta y patriótica mision que le habia confiado Andalucía, comprendió que el alzamiento que dirijía carecía de verdadera importancia y de base sólida en tanto

no contase con San Roque y Cádiz, donde estaba reunido un cuerpo de ejército el mas numeroso y mejor disciplinado que en aquellos dias contaba la nacion. Para atraerlo á la defensa de la causa comun, comisionó á aquellos puntos dos oficiales de artillería de su confianza. El enviado á San Roque desempeñó con tanto acierto y fortuna su delicada comision, que al poco tiempo de su llegada pudo oficiar á la Junta Suprema, que el general D. Francisco Javier Castaños, con los 8941 hombres de tropa que mandaba se adheria al alzamiento, y se ponia á las órdenes de la Junta.

No fué ciertamente tan afortunado en el desempeño de la suya el comisionado enviado á Cádiz. Residia habitualmente en aquella plaza el capitan general de Andalucía, que lo era á la sazon D. Francisco Solano, marqués del Socorro, militar bizarro y entendido, partidario de los franceses, y que calificaba de locura cualquier intento que se hiciere para resistirles. En tal virtud mostróse sumamente reservado con el enviado de la Junta Suprema, y con propósito de eludir el compromiso de honor á que era llamado, remitió el negocio á una junta de generales, que acordó publicar un bando en el que fundados en razones militares los convocados declaraban temeraria la resistencia á los franceses. Pregonóse este bando con grande aparato militar á altas horas de la noche por todas las calles de la ciudad, produciendo una irritacion tal entre los que

habian acudido atraidos por la novedad, que muy luego dejeneró en motin popular. Los mas atrevidos y bulliciosos acudieron á la capitanía general, y exijieron tumultuariamente la derogacion del bando, que se declarase la guerra á los franceses y que se intimase la rendicion á su escuadra que estaba fondeada en el puerto. Intimidóse el bizarro Solano y ofreció convocar al dia siguiente una nueva junta de generales, para cumplir en todas sus partes lo que pedia el pueblo.

Diéronse por satisfechos los amotinados y se retiraron, pero sin disolverse. De allí fueron á la casa del cónsul francés, la allanaron, y luego al parque de artillería donde se proveyeron de armas, excitados y ayudados por los mismos soldados de la guardia.

A la mañana siguiente (29 de mayo) celebróse la ofrecida junta de generales, en la que se acordó acceder á las peticiones del pueblo. Sin embargo, presentóse por la tarde en la plaza de San Antonio, que estaba llena de jente, un ayudante anunciando que segun dictámen de los oficiales de marina no se podia atacar la escuadra francesa sin peligro de destruir la española todavía interpolada con aquella. Irritada la multitud se dirijió á casa del general, á cuya presencia pasó una comision compuesta de tres individuos, uno de los cuales se parecia á Solano. Era tanto el estrépito de las voces que gritaban á la puerta de la capitanía general, que no era posible entenderse dentro. En este conflicto, el

citado jóven se asomó al balcon é hizo señas con la mano para imponer silencio. Aturdida la multitud tomóle por el mismo general Solano, y sus jestos como una negativa á acceder á las peticiones del pueblo. Un grupo de sesenta hombres que estaban armados, hizo fuego sobre el balcon, y como la guardia cerrase la puerta de la casa, los amotinados fueron á buscar cañones al parque, y apuntaron uno de á 24 sobre el edificio. Huyó Solano por la azotea y se guareció en la casa de un vecino y amigo suyo. Descubriéronlé al fin las turbas, y lo sacaron con violencia de su asilo, y entre golpes é insultos que sufrió con notable entereza, lo condujeron por la muralla con propósito de suspenderlo de la horca. Librólo de la ignominia una herida que recibió al pasar por la plaza de S. Juan de Dios, golpe que puso término á su vida y á su tormento.

Los patriotas nombraron en reemplazo del sinventura marqués del Socorro, al gobernador de Cádiz; nombramiento que fué aprobado por la Junta Suprema. El 31 se juró solemnemente á Fernando VII y se instaló una junta dependiente de la de Sevilla. En el mismo dia el gefe de escuadra D. Enrique Macdonnell y el oidor D. Pedro Creux parlamentaron con el gefe de la escuadra inglesa anclada á la boca del puerto, quien reconoció la Junta Suprema sevillana, y ofreció 5000 hombres, que á las órdenes del general Spenser iban destinados á Gibraltar.

Poco tardó la poética Granada en seguir el

ejemplo de Sevilla y Cádiz. El dia 29 de mayo llegó á la ciudad un comisionado de la Junta Suprema con pliegos para el capitan general, que lo era á la sazon D. Ventura Escalante, hombre falto de talento y escaso de resolucion. Súpose muy luego que habia recibido con frialdad al enviado de la Suprema, y el pueblo comenzó á tumultuarse, censurando con dureza la conducta del general. A la mañana del dia siguiente, que fué de S. Fernando, reuniéronse los patriotas delante de la chancillería pidiendo con insistencia que se proclamase á Fernando VII. Limitóse el general á hacer una parodia de proclamacion, con lo que irritado el pueblo, exijió con entereza el nombramiento de una Junta de Gobierno que tomase á su cuidado el inmediato armamento de los patriotas. Cedió el general, y el mismo dia se nombró la junta, cuya presidencia se le dió. El entusiasmo de los granadinos no tuvo límites, llovieron los ofrecimientos, los donativos, y fué tan crecido el número de voluntarios que se presentaron para entrar inmediatamente en campaña, que se hizo necesario despedir una gran parte.

Careciendo de tropas regulares para sostener la declaracion de guerra á Bonaparte, la junta llamó de Málaga á su gobernador militar, D. Teodoro Reding, y le confió el manda y organizacion de los voluntarios. Todos los pueblos de la provincia imitaron el ejemplo de la capital, y el alzamiento tomó desde luego un carácter impo-

nente. Uno de los primeros actos de la junta fué enviar en comision á Gibraltar á D. Francisco Martinez de la Rosa, catedrático de la universidad, para comprar armas y pertrechos de guerra. Opúsole dificultades el gobernador de aquella plaza, sir Hugo Dalrimple, porque prevenido en favor de la Junta Suprema de Sevilla, temia ver estallar una funesta desunion, si todos no reconocian la autoridad de un poder central. Mas vencidos al fin sus recelos por la fácil elocuencia del comisionado, suministróle cuanto pedia, y Granada pudo armar y equipar una numerosa division que al mando de Reding se incorporó á las demás fuerzas de Andalucía.

Murat, como todos los caudillos que en cualquier tiempo entraron en son de guerra en España, consideró de la mayor importancia para la conquista del país la ocupacion de las provincias de Andalucía, y en su consecuencia trató de realizarla inmediatamente. Al efecto, á mediados de mayo envió órdenes al general Dupont, que estaba acantonado en Toledo, para que se dirijiese sobre Cádiz. En su cumplimiento púsose en marcha Dupont al frente de un cuerpo de ejército compuesto de dos regimientos suizos al servicio de España, 6000 infantes franceses, 500 marinos de la guardia imperial y 3000 caballos. Tan sin tropiezo caminó el ejército espedicionario y tal abundancia de mantenimientos encontraron á su paso por la Mancha, que el general Dupont señaló de antemano el dia que habia de

entrar en Cádiz. El 2 de junio penetraron los franceses por los desfiladeros de Sierra-Morena; y solo al llegar á la Carolina concibieron algun recelo, encontrando la poblacion completamente desierta. En Andújar supieron el alzamiento de Sevilla y la formacion de su Junta Suprema de gobierno; mas no por eso detuvieron la marcha.

Noticiosa la Junta Suprema de Sevilla del movimiento que estaba operando el general Dupont, en vez de dejarse intimidar por el peligro que amenazaba á Andalucía, no solo se preparó bizarramente para arrostrarlo, sino que arrojó el guante á los franceses, declarándoles solemnemente la guerra el dia 6 de junio, y comprometiéndose á no soltar las armas de la mano hasta que el emperador Napoleon no restituyese á España el rey Fernando VII y demás personas de la familia real.

De la prudencia que presidió á todos los acuerdos de aquella célebre Junta, y del espíritu altamente liberal é ilustrado que reinaba en ella, nos dará una idea, un documento que con el nombre de *Prevenciones*, publicó en aquellos dias. Despues de dar en él reglas para organizar la guerra de partidas, única conveniente, dadas las condiciones de las fuerzas de que podia disponer para hacer frente á soldados disciplinados y aguerridos, y de encargar especialmente que se evitasen las acciones generales, concluia con las siguientes notables palabras: «se cuidará de «hacer entender y persuadir á la nacion, que li-

«bres; como esperamos, de esta cruel guerra, y «restituido al trono nuestro rey Fernando VII, «bajo él y por él se *convocarán Córtes*, se refor- «marán los abusos y se establecerán las leyes «que el tiempo y la experiencia dicten para el «público bien y felicidad; cosas que sabemos ha- «cer los españoles, que las hemos hecho como «otros pueblos sin necesidad de que vengan los.... «franceses á enseñárnoslas.....» En estas nobles y patrióticas palabras se encerraba el gérmen de la Constitucion de 1812.

La noticia de la declaracion de guerra á la Francia lanzada por la Suprema de Sevilla, produjo un entusiasmo indescriptible en Córdoba y en Jaen, cuyos ciudadanos reconocieron sin vacilar la junta central de Andalucía, y crearon otras para su gobierno particular en las que entraron personas de todas clases. La primera de aquellas ciudades armó crecida muchedumbre de paisanos y los envió con algunas tropas regulares, bajo el mando de D. Pedro Agustin de Echavarri á disputar el paso del puente de Alcolea á las tropas del general Dupont. La Suprema aprobó el destino dado á aquella fuerza y el nombramiento de su gefe, y completó sus trabajos referentes á poner el país en estado de defensa, nombrando general de todo el ejército de Andalucía á D. Francisco Javier Castaños.

Entre tanto el general Dupont continuaba su marcha, y llegó al amanecer del dia 7 de junio delante del puente de Alcolea.

Los españoles habian construido en pocas horas una fortificacion pasajera á la estremidad y parte exterior del puente, y colocado en ella 12 piezas de artillería para impedir al enemigo el paso del Guadalquivir y cubrir la ciudad de Córdoba. Las fuerzas con que contaban serian unos 3000 hombres de linea, alguna caballería, un destacamento de ouizos y un número considerable de paisanos armades, mandadas todas por Echavarri oficial valeroso pero poco práctico en el arte de la guerra. Los franceses dieron principios á la accion cargando á la caballería española que se habia situado á la izquierda del rio, con intento de acometer al enemigo por el flanco y la espalda al tiempo que este comenzase el ataque de frente. Sostuvieron gallardamente los nuestros dos vigorosas cargas de los ginetes franceses, en tanto que sus columnas de infantería avanzaban sobre el puente donde se vieron detenidas por el fuego certero de los cañones de la obra de campaña y por el de las tropas de línea que mantuvieron algun tiempo con firmeza sus posiciones. Pero el paisanaje falto de organizacion y de disciplina militar se desbandó muy luego, lo que permitió á los franceses concentrar sus ataques sobre la posicion que ocupaban los soldados y desalojarlos de ella. La caballería española intentó un postrer esfuerzo acometiendo á la francesa para protejer la retirada de la infantería, que la verificó en órden perdiendo solo un cañon cuya cureña se habia roto. El ataque duró dos horas y costó doscien-

tos hombres á los franceses, y próximamente el mismo número á los españoles.

Franqueado el paso marcharon los franceses sin darse un momento de descanso sobre Córdoba al pié de cuyos muros llegaron á las tres de la tarde de aquel dia. Habíala abandonado Echavarri no conceptuándose con medios ni fuerzas suficientes para defender la ciudad, que en su vista se dispuso á capitular. Discutiendo estaban sus autoridades con el general enemigo las condiciones de la capitulacion, cuando algunos tiros disparados desde una de las torres del muro, dieron pretesto á los franceses para lanzarse espada en mano dentro de la poblacion hiriendo y matando cuantas personas encontraban á su paso por las calles. «Saquearon, dice el conde de Toreno, las »casas y los templos, y hasta el humilde asilo del »pobre y desvalido habitante. La célebre cate»dral fué presa de la insanciable y destructora »rapacidad del estranjero. Destruidos quedaron »entonces los conventos del Cármen, San Juan de »Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar »la iglesia de Fuensanta y otros sitios no menos »reverenciados de los naturales. Córdoba, ciudad »de 40,000 almas, opulenta de suyo y con templos »en que la devocion de los fieles habia acumula»do muchas joyas y plata, fué gran cebo á la »codicia de los invasores. De los depósitos de teso»rería y consolidacion sacó el general frances »mas de 10 millones de reales y otros muchos to»mados en arcas públicas ó robados á los parti-

»culares. Y no satisfechos con la ruina y desola»cion causada acabaron de oprimir á los desdicha»dos moradores con una crecida contribucion de »guerra. Mas tan injusto y cruel trato alcanzó en »breve el merecido galardon, siendo quizá la prin»cipal causa de la pérdida posterior del ejército »de Dupont el codicioso anhelo de conservar los »bienes mal adquiridos en el saqueo de aquella »ciudad.»

La victoria de Alcolea y la ocupacion de Córdoba empeoraron mas bien que favorecieron la situacion del ejército frances invasor de Andalucía. Levantóse en armas el paisanaje tan numeroso y decidido, que cortó las comunicaciones de Dupont con Madrid, y lo mantuvo bloqueado, hasta cierto punto, dentro de la ciudad. Los paisanos de Andújar, de Montoro y de Puerto del Rey, formaron numerosas partidas que acosaban sin cesar al enemigo, le cojian convoyes y le interceptaban todas las comunicaciones.

Entre tanto el pueblo de Cádiz irritado al ver tremolar tan cerca de sus muros el pabellon frances despues de levantada toda Andalucía y proclamado en ella el rey Fernando, pedia sin cesar que se intimase la rendicion al almirante Rossilly; paso aventurado que el general Morla difería, dudoso acerca del partido que le convenia tomar. Por último, abriéronse conferencias para la rendicion de la escuadra francesa, cuyo almirante propuso abandonar la bahía de Cádiz si una division naval inglesa que cerraba la boca del

puerto consentia en no molestarle durante la retirada; ó en defecto de este partido, ofreció desembarcar todos sus cañones, conservar á bordo las tripulaciones y arriar la bandera. Morla negóse á dar oidos á toda proposicion que no fuese la entrega sin condiciones de la escuadra.

Rotas las negociaciones y creciendo por momentos y de un modo amenazador la irritacion popular, se hizo fatalmente necesario comenzar las hostilidades. Abrió el fuego (9 de junio) el cañon del Trocadero en combinacion con las fuerzas sutiles del arsenal y las del apostadero, fondeadas frente de Fort-Luis. Contestó la escuadra francesa, y pasóse todo el dia jugando la artillería, sin que ninguno de los belijerantes tuviese pérdidas sensibles. Continuó el fuego el dia 10 hasta las tres de la tarde, en cuya hora el navio frances el *Héroe*, que montaba el almirante Rossilly puso bandera española en el palo trinquete; á su vista, el *Príncipe*, navio á cuyo bordo estaba el comandante de la escuadra española, D. Juan Ruiz de Apodaca, afirmó la de parlamento. Abriéronse de nuevo las conferencias que duraron hasta la noche del dia 13 sin que de ella se obtuviese fruto alguno. A las siete de la mañana del siguiente dia, el navio *Príncipe* izó la bandera de fuego, que no llegó á romperse, por haber hecho los franceses señal de entregarse á discresion, verificándolo en el acto cinco navios y una fragata que componian la escuadra francesa. Este

triunfo fácil y poco costoso, preludio de otro mas espléndido y que tanto habia de influir en los resultados de la primera campaña de la guerra de la independencia, fué un resarcimiento de las pérdidas que el ejército de Dupont nos habia causado siete dias antes en Alcolea y en Córdoba.

Dos dias despues de este fausto acontecimiento, el general Dupont viéndose completamente aislado en Córdoba, sin noticia alguna de lo que pasaba allende los montes, y sin esperanza de recibir los auxilios que con tanta instancia habia pedido á Madrid, determinó abandonar la ciudad. En su consecuencia el 16 de Junio, diez dias despues de la batalla de Alcolea, salió de Córdoba, y retrocedió sobre Andújar donde llegó el 19, y tomó posiciones. La necesidad de abastecer su ejército y el deseo de castigar aquellos pueblos que mas se habian distinguido en el alzamiento contra los franceses, le movieron á enviar inmediatamente algunas columnas volantes á recorrer el país con el propósito indicado. Una de estas llegó en la tarde del dia 20 á Jaen donde entró sin encontrar resistencia. No obstante, los franceses saquearon y maltrataron ferozmente la poblacion. «Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo inhumanas crueldades con los enfermos de los conventos de Santo Domingo y de San Agustin: tal fué el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía antes de rendirse á las huestes españolas.»

El mismo dia de la llegada de Dupont á Andú-

jar, salió de Toledo, por órden del general Savary, nombrado Lugar-teniente de Napoleon en España en reemplazo de Murat á quien una enfermedad grave y pertinaz obligó á regresar á Francia, á mediados de junio, el general Vedel con un cuerpo de ejército que ascendia á 6000 infantes, 700 caballos y 12 piezas de artillería, destinado á reforzar el de Dupont, cuya suerte, por ignorada, causaba la mas viva inquietud al gobierno francés de Madrid.

Las tropas de Vedel solo encontraban en su camino, pueblos, aldeas y caserios desiertos, sufriendo frecuentes y certeros disparos de los paisanos ocultos en los accidentes del terreno ó en lo espeso de la vejetacion. Hostilizadas sin cesar, pero sin haber sufrido ningun notable descalabro llegaron á Despeñaperros. Ocupaban aquel estrecho y célebre desfiladero de Sierra-Morena, el coronel D. Pedro Valdecañas, con fuerzas bastante numerosas, si bien compuestas de paisanos en su mayor parte, y seis piezas de artillería. Para defenderlo habia atajado el camino en lo mas angosto, con gruesos troncos de árboles, ramas y peñascos, á cuyo abrigo puso sus cañones en batería, y en esta posicion, destruida la carretera del lado del despeñadero, esperó la llegada del enemigo. Presentóse este en la mañana del 29 de Junio, y sin dejarse intimidar por lo formidable de la posicion que ocupaban los españoles, ni por las inmensas dificultades que tenia que vencer para franquearse el paso de Andalu-

cía, atacó con tanto empuje y pericia militar, que el coronel Valdecañas, que no habia sabido aprovechar las ventajas que le ofrecia la fortaleza natural del terreno, tuvo que abandonar su posicion y retirarse perdiendo toda la artillería. Merced á esta fácil victoria, Vedel destacó algunas fuerzas con órden de ocupar los puntos que estimó convenientes para mantener espeditas las comunicaciones con Madrid, y operó su conjuncion con la tropas del general Dupont sin hallar tropiezo alguno en el camino.

Mientras los españoles sacrificaban en holocausto sobre el altar de la pátria, vida, familia y hacienda, Cárlos IV y Fernando VII renunciaban en Bayona la corona de España en el emperador de Francia, y este la cedia á su hermano José, por el siguiente decreto fechado en aquella ciudad á 6 de junio: «Napoleon, por la gracia de Dios etc. »A todos los que la presente vieren, salud. La »Junta de Estado, el Consejo de Castilla, la vi»lla de Madrid etc., etc., habiéndonos por sus ex»posiciones hecho entender que el bien de la »España exijia que se pusiese prontamente un »término al interregno, hemos resuelto proclamar »como Nos proclamamos por las presentes, rey de »España y de las Indias á nuestro muy amado »hermano José Napoleon, actualmente rey de Ná»poles y de Sicilia, etc.»

Estas escenas de perfidia y vergonzosa flaqueza, fueron muy luego seguidas de otras de incalificable abyeccion. Comisiones en representacion

de la grandeza de España, del Consejo de Castilla, de la Inquisicion y del ejército; los infantes, la servidumbre de Fernando y el mismo *Fernando* VII, á nombre suyo y de su hermano y tio, se apresuraban en 7, 22 y 30 de junio, á felicitar y jurar obediencia y fidelidad al *Rey de España* José I..... Y esto, repetimos, mientras los patriotas veian incendiadas sus casas, talados sus campos diezmada su familia y derramaban su sangre al grito de viva Fernando, fuera pérfidos estranjeros!

En 9 de julio entró José Napoleon en España, confiado en que algunas victorias recientemente adquiridas por las armas francesas en la mayor parte de las provincias de la monarquía, habian de dar inmenso prestijio á su nombre, é intimidar al mismo tiempo á los *descontentos* que con las armas en la mano se negaban á reconocerle.

Diez dias despues, un acontecimiento militar verdaderamente estraordinario, trocó en profunda consternacion aquella confianza de los Bonapartes. Nos referimos á la memorable batalla de Bailen, cuyos antecedentes y pormenores vamos á tomar del historiador de la guerra de la Independencia, el Conde de Toreno, quien vino á Sevilla á fines del verano de 1809, donde debió adquirir precisos y verídicos detalles del suceso.

«Despues de abandonar á Córdoba el general Dupont se habia replegado á Andújar y establecido allí su cuartel general, donde se le incorporaron los refuerzos que le llevaron los generales

franceses Vedel y Gobert. Dias antes de esta retirada y para impedirla habíase formado un plan de campaña por los españoles. Don Francico Javier de Castaños le negaba su aprobacion, pensando, acaso no sin fundamento, que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado formado delante de Cádiz. Entre tanto Dupont con su movimiento de retirada frustró el proyecto que habia habido de rodear su ejército. Alentáronse los nuestros, pero Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. La Junta Suprema de Sevilla se inclinaba á adoptarlo; pero la presion del clamor público y la noticia de haber recibido refuerzos Dupont, obligáronla á decretar que se atacase al enemigo en Andújar.

Desde que Castaños habia tomado el mando en gefe del ejército de Andalucía, no habia cesado de trabajar en su organizacion y en disciplinar los innumerables paisanos que se alistaban voluntariamente en él. En Utrera estableció su cuartel general, y en esta villa y Carmona juntáronse unas en pos de otras todas las fuerzas, así las procedentes de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que al mando de Echavarri habian peleado en Alcolea, y las que se habian organizado en Granada.

Puestos de acuerdo los jefes españoles distribuyeron el ejército de Andalucía en tres divisiones, con un cuerpo de reserva. Dióse el mando de la primera á D. Teodoro Reding, el de la segunda al marqués de Coupigny, y el de la tercera á

D. Félix Jones que debia obrar de concierto con la reserva acaudillada por D. Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25,000 infantes y 2,000 caballos. Púsose á las órdenes de don Juan de la Cruz una brigada formada con las compañías de cazadores de algunos cuerpos, paisanos y otras tropas lijeras, total 1,000 hombres contando alguna caballería. Don Pedro Valdecañas, el vencido en Despeñaperros, se le dió el mando de varios pequeños destacamentos formados de paisanos.

Los españoles avanzando, se fueron estendiendo desde el primero de Julio por el Cárpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses así para aproximarse como para cubrir su flanco habian enviado á Jaen al general de brigada Cassagne con 1.500 hombres. A las once del mismo dia, al acercarse los franceses á la ciudad tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el dia 3 que la desampararon, estuvieron en contínuo rebato y pelea, ya con los paisanos, ya con el regimiento suizo de Reding y voluntarios de Granada. Sabedor Dupont del movimiento del general Castaños, juzgó prudente reconcentrar sus tropas, y al efecto habia ordenado á Cassagne que retrocediese sobre Andújar.

Los jefes españoles reunidos el 11 de Julio en Porcuna, celebraron un consejo de guerra en el que se acordó el plan de batalla que paisanos y soldados pedian todos á una voz. Conforme á lo convenido debia Reding cruzar con su division el

Guadalquivir por Menjibar y dirijirse sobre Bailen, sostenido por la de Coupigny que debia pasar el rio por Villanueva. Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y la reserva para atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho sería hostilizado por las tropas ligeras y cuerpos francos al mando de D. Juan de la Cruz, que atravesó por el puente de Marmolejo y se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El dia 13 se empezó á poner por obra el plan aprobado en consejo de guerra, y el 15 hubo varias escaramuzas. Inquieto Dupont al ver la actitud y número de las tropas que venian á atacarle pidió refuerzos á Vedel; mas este no queriendo desmembrar las suyas, se puso en marcha con toda su division, dejando un cuerpo de 1,300 hombres para guardar el paso de Menjibar. En el mismo dia los franceses atacaron la brigada de D. Juan de la Cruz, quien despues de haber combatido bizarramente se trasladó á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. El 16 hubo por el frente un vivo cañoneo sostenido por las tropas de Castaños; pero fué sério y glorioso para las armas españolas el combate en que se vió empeñado el mismo dia el general Reding.

Segun lo dispuesto, trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaban en su posicion de Menjibar, á las cuatro de la madrugada cruzó el rio á media legua por el vado nombrado del Rincon, y atacó tan impetuosa-

mente á los franceses que les obligó á abandonar todas sus posiciones y á retirarse hácia Bailen. Batallones de nueva creacion como el de Antequera y otros, recibieron el bautismo de fuego en aquel dia, con la serenidad de los cuerpos veteranos. Nada embarazaba ya la marcha hácia adelante del ejército de Andalucía; mas el prudente y estratégico Reding suspendió la persecucion del enemigo, y repasando por la tarde el rio, esperó la llegada de la division que mandaba Coupigny.

Pareció ser de buen agüero la fecha de aquel dia, pues en aquellos mismos sitios, el 16 de julio de 1212 dióse la célebre batalla de las *Navas de Tolosa*, que salvó á España y acaso á la cristiandad toda de la mas formidable invasion africana. Es digno de notarse que en el paraje donde mayor carnicería hicieron los cristianos en los moros del Emir Al-Mumenin, y que aun conserva el nombre de *Campo de la matanza*, fué muerto de un balazo en la cabeza el general Gobert que acudiera en socorro de Vedel vencido en Menjibar.

Para aminorar los efectos de aquel descalabro, dispuso el general Dupont que Vedel retrocediese sobre Bailen á fin de obligar á los españoles á repasar el rio. El sobresalto que se iba apoderando de los franceses aumentóse con las noticias que á la sazon recibian del imponente levantamiento de todas las provincias de España; así fué, que Doufour, sucesor de Gobert y el general de brigada Liger-Belair, escarmentados con

la derrota de Menjibar y temerosos de que los españoles mandados por D. Pedro Valdecañas, que habian sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen despues sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailen retrocedieron á Guarroman tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha, cuando Vedel, de vuelta de Andújar, llegó al primer pueblo, y sin esperar noticia ni aviso alguno, recelando que Doufour y su compañero pudiesen ser atacados, prosiguió su marcha, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al dia siguiente de su victoria de Menjibar, movió Reding su campo, repasó de nuevo el rio en la tarde del dia 17, é incorporándosele al amanecer del 18 la division Couligny, entró poco despues en Bailen. Sin dar á su gente mas descanso que el estrictamente necesario, disponíase á revolver sobre Andújar con intento de cojer á Dupont entre sus batallones y los que habian quedado en los Visos, cuando inesperadamente se encontró con las tropas enemigas que caminaban silenciosas y aceleradamente. Habia salido Dupont de Andújar al anochecer del 18, despues de dejar destruido el puente y las obras que para su defensa habia levantado. Escojió la oscuridad para encubrir su movimiento de retirada y salvar el inmenso y rico botin que llevaba su ejército.

Abria Dupont la marcha con 2,600 hombres,

y Barbon mandaba la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles creian estar tan cercanos del enemigo; así es que les sorprendieron los primeros tiros que se oyeron en los puntos avanzados. Nuestros generales que estaban reunidos en un molino de aceite situado á la izquierda del camino de Andújar, paráronse con la duda de si serian fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Sacóles de ella el estallido de una granada que cayó casi á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche y principios de la del 19. Eran en efecto disparos de los cuerpos franceses, que habiendo los primeros y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para acercarse á aquellos parajes. Reding mandó hacer alto, y D. Francisco Venegas Saavedra que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo, en tanto que el resto de la tropa ya puesta en camino volvió á situarse en los puntos que antes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. La batalla no comenzó á trabarse formalmente hasta cerca de las cuatro de la mañana del dia 19. Aunque las dos divisiones en que se habia distribuido el ejército español allí presente estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido este al primero, ambos jefes acudian indistintamente con lo mas escojido de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mu-

cho para el acierto la inteligencia del mayor general Abadia.

La batalla comenzó atacando los franceses las posiciones que ocupaba la division de Coupigny; rechazáronlos vigorosamente los guardias walonas, suizos, regimiento de Bujalance, Ciudad-Real, Trillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España, devolviéndoles luego la carga con tanto empuje, que los desalojaron de las alturas de que se habian posesionado. Roto el enemigo se acojió al puente y retrocedió largo trecho; mas el general Dupont logró rehacer sus batallones y volvió á la carga hasta recuperar parte del terreno perdido, estendiendo luego su ataque contra el centro y costado derecho español donde se encontraba D. Pedro Grimarest. Flanquearon los nuestros de aquel lado, pero auxiliados oportunamente por D. Francisco Venegas, fueron los franceses completamente rechazados y obligados á replegarse. Muchas y porfiadas veces repitió el enemigo su tentativa por toda la línea, mas siempre fueron rechazados con igual denuedo. Nuestra artillería mandada por los coroneles Juncar y de la Cruz estuvo admirable por lo certero de los disparos. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada se disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento, que la posesion de una noria situada mas abajo del molino de aceite mencionado.

A las doce de la mañana el general Dupont ébrio de coraje púsose con todos los generales á

la cabeza de las columnas, y juntos acometieron denodadamente al ejército español; intentando sobre todo romper el centro donde se encontraban los generales Reding y Abadía, llegando los marinos de la guardia imperial, tanto fué su arrojo, á tocar nuestros cañones. Pero todo el ardimiento y maestría de aquellos veteranos, se estrelló contra la serenidad y bravura de nuestros noveles soldados. Finalmente, postrados los franceses por la fatiga, el escesivo calor, y la sed que los devoraba, diezmados sus batallones y no pudiendo romper el círculo de hierro que los tenia aprisionados, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding, porque tambien sus soldados la necesitaban.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, D. Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento que habia operado Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y situándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo no cesó un momento de molestarle. Castaños debió tardar mas en saber la retirada de los franceses puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á D. Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en jefe. Peña llegó en los momentos en que se estaba capitulando; si bien antes habia tirado algunos cañonazos para advertir á Reding su aproximacion. Quizás estas señales

aceleraron la rendicion de los franceses.

Vedel que en su correría no habia encontrado tropas españolas, unióse á Dufour y permaneció el 18 en la Carolina despues de haber dejado para guardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros, dos batallones y algunas compañías. Allí estaba, cuando á la hora de alba del dia 19, oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió la marcha, si bien lentamente, hácia el punto donde sonaban los disparos. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada trégua. Advertido, sin embargo, Reding envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaría ó nó la suspension convenida, mas al fin comisionó uno de sus oficiales para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina se habia situado un batallon de Irlanda, y el regimiento de órdenes militares al mando de su valiente coronel D. Francisco de Paula Soler; enfrente y del otro lado, se hallaba otro batallon del citado regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizás con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase la posicion de los españoles últimamente indicada. Des-

cansando nuestros soldados en la fé de los tratados, dejáronse sorprender y fuele fácil al francés desbaratar el batallon de Irlanda y cojerle muchos prisioneros y los dos cañones. Mayor resistencia encontró el enemigo en las fuerzas situadas en la ermita de San Cristóbal, bizarramente defendida por Soler. Interesando mucho aquel punto porque le facilitaba la comunicacion con Dupont, dispúsose Vedel á atacarlo en persona, cuando recibió una órden de su general en jefe mandándole suspender las hostilidades.

Abriéronse conferencias para ultimar el armisticio propuesto anteriormente. Pidieron los franceses la suspension de armas y permiso para retirarse libremente á Madrid. Concedióles Reding la primera demanda, pero en cuanto á la segunda, dijo que tenia que consultar con su general en jefe D. Francisco Javier Castaños. Acudióse á él autorizando los franceses al general Chabert para firmar un tratado. Dispuesto se mostraba Castaños á dejar repasar al enemigo la Sierra-Morena; pero la arrogancia francesa disgustando á todos, movió al conde de Tilly á oponerse á aquella condicion, y su dictámen arrastró muchos votos, como el de un individuo de la Junta Suprema de Sevilla, y hombre que tanta parte habia tomado en el alzamiento de Andalucía. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary en el que se prevenía á Dupont que se retirase inmediatamente á Madrid en ayuda de las tropas que iban á salir al

encuentro de los generales Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la vieja. Leido el despacho, Tilly insistió en que se negase á Dupont la libertad para repasar Despeñaperros. Sus palabras exasperaron á los negociadores franceses, que mal aconsejados por la ira, se propasaron á insultar los paisanos españoles por los muchos escesos que se les atribuian. Replicóles Tilly echándoles en cara sus escandalosos saqueos, profanaciones y perfidias. Con esto se rompieron las comenzadas negociaciones.

Empero los franceses no tardaron en renovarlas. La situacion de su ejército se hacia cada dia mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habian acudido enjambres de paisanos armados los cuales y los soldados vencedores tenian estrechamente bloqueado al enemigo á quien la escasez de mantenimiento, el calor canicular, la sed y la falta de reposo tenian profundamente desmoralizado. Los jefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la vista que ofrecian sus afijidos soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botin que les acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Renováronse las conferencias; mas no faltaron oficiales franceses que escuchando mas los ímpetus de su adquirida gloria, que lo comprometido de su situacion y la palabra empeñada, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance.

Aturdido y desorientado Dupont dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en salvo con su cuerpo de ejército. Vedel se creyó desligado de todo compromiso, y en su virtud comenzó á retirarse aprovechando la oscuridad de la noche. Advertidos los españoles de su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y todos los suyos la palabra empeñada, serian pasados á cuchillo hasta el último. Considerando posible el cumplimiento de tan terrible amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen la marcha de Vedel, el cual, aunque cercado de un enjambre de paisanos armados y hostigado por las tropas españolas, vaciló si habia ó no de obedecer. Convocó un consejo de guerra en el que de 23 jefes, solo 4 opinaron porque debia continuarse la comenzada retirada. Vedel tuvo que someterse al parecer de la mayoría.

Terminóse, pues, la capitulacion que se firmó en Andújar el 22 de julio por D. Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly por los españoles; y los generales Marescot y Chabert por los franceses.

Al dia siguiente desfiló el cuerpo de ejército del general Dupont por delante de la tercera division y reserva del español, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que menos habian contribuido á alcanzarla. Componíase el

cuerpo de ejército francés de 8248 hombres que rindieron las armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse Castaños á Bailen, donde las divisiones de Vedel y Dufour, que constaban de 9393 hombres, dejaron sus fusiles poniéndolos en pabellon sobre el frente de banderas. Además, entregaron ambos ejércitos las águilas, los caballos y la artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que posteriormente se fueron entregando en la Sierra y en la Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos se calculó en 2,000, con proporcionado número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243 hombres y mas de 700 quedaron heridos.

El 19 de julio de 1809, Andalucía demostró al mundo que los veteranos de Arcola, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz y de Jena, no eran invencibles.

Con arreglo á los términos de la capitulacion, los franceses emprendieron inmediatamente su viaje á la costa de Andalucía caminando de noche y á cortas jornadas. No poco tuvieron que sufrir durante su penosa marcha. La autoridad española falta de la necesaria fuerza no podía enfrenar el ódio que había contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon calificó alguna vez de sacrílega. El modo pérfido con que habia sido

comenzada, los escesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto mas pesados cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, exitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto la junta suprema de Sevilla consultó con los generales Moria y Castaños acerca del asunto del embarque de los franceses; pero ambos emitieron distintos pareceres.

Pequeños incidentes fueron agravando poco á poco la aflictiva situacion de los vencidos en su marcha hácia los puertos de Sanlúcar y Rota designados para su embarque. En Lebrija descubrieron casualmente en las mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondía á su estado y situacion; irritóse al saberlo el pueblo é insultó á los franceses quienes para libertarse de las consecuencias del enojo popular, acusaron á sus oficiales. El alboroto dejeneró en pendencias de las que resultaron muertes y desgracias. Propúsose á los prisioneros que para evitar nuevos disgustos se sujetasen á un prudente rejistro, depositando los equipajes en manos de la autoridad. Negáronse á ello, y otro incidente mas grave vino muy luego á justificar lo acertado que hubiera sido el aceptar el consejo de la autoridad. Al embarcarse el dia 14 de agosto en el Puerto de Santa Maria para pasar á bahia, cayóse de la maleta de un oficial

una patena y la copa de un cáliz. Fácil es adivinar la impresion que causaría la vista de aquellos sagrados objetos; porque además de faltarse á la capitulacion en que se había expresamente estipulado la restitucion de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan gran veneracion tenía aquellas alhajas. Irritados los ánimos procedióse á un escrupuloso rejistro de los equipajes, se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.»

La rendicion de la escuadra francesa en Cádiz (14 de junio) y la victoria de Bailen, (19 de julio) produjeron un entusiasmo indescriptible en toda la nacion y sobre todo en Andalucía que había obtenido tan señalado triunfo con sus solos propios recursos, y produjeron tal pánico en el gobierno de Madrid, que no bien se supo con certeza por la llegada (29 de julio) de un oficial francés, portador de los despachos del general Dupont, que anunciaban la capitulacion de su ejército, José Napoleon, que había hecho su entrada en la córte de los reyes de España nueve dias antes, congregó apresuradamente un consejo de personas las mas calificadas, les expuso toda la gravedad de la situacion y les pidió su parecer acerca de lo que convenía obrar en tan críticas circunstancias. La mayoría del consejo opinó por retirarse inmediatamente hácia el Ebro, dictámen que no solo aprobó José Napoleon, sino que dió órdenes para que se pusiese luego en ejecucion.

En su vista, el dia 30 de julio, es decir, unas veinte y cuatro horas despues de haberse tenido noticia oficial del desastre de Bailen, salió de Madrid fujitivo el hermano del emperador Napoleon, ex-rey de Nápoles cuyo reino habia gobernado en paz y con acierto durante dos años, y entró en Burgos, el 9 de agosto, donde le precediera el general Bessieres replegado allí desde tierra de Leon.

V.

La junta central en Sevilla.

1809.

La precipitada salida de José Napoleon, y su retirada con el ejército francés hácia el Ebro, dejó á Madrid huérfano de toda autoridad, y á España en una situacion enteramente escepcional. Para acudir á la necesidad de gobierno y hacer frente á los peligros que amenazaban al pais, tanto mas tremendos cuanto que eran desconocidos, instalóse en el palacio de Aranjuez (25 de setiembre,) un gobierno provisional, que tomó el nombre de *Junta Suprema Central Gubernativa del Reino*, compuesta de 35 individuos nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, que resignaron en aquella sus poderes. Tomaron asiento entre sus vocales como diputados por Sevilla Don Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, y el Conde de Tilly; por Córdoba, el marqués de la

Puebla de los Infantes y Don Juan Gutierrez Rabé; por Granada D. Rodrigo Riquelme, rejente de aquella chancillería y D. Luis de Túnez, y por Jaen D. Francisco Castanedo, canónigo de la Santa Iglesia de Jaen, y D. Sebastian de Jócano del Consejo de S. M.

En 10 de noviembre, pero con fecha del 26 de Octubre, la *Junta Central* dió un manifiesto á la nacion, en el que trazaba un cuadro acabado del estado de la cosa pública, y anunciaba la conducta que se proponía seguir en el gobierno.

Si bien la victoria de Bailen, la heróica defensa de Zaragoza, y los triunfos y proezas de los patriotas en Cataluña y Valencia daban grande aliento á la *Junta Central*, amenazábala uno de los mas grandes peligros, cual era, la realizacion de los proyectos que formaba el emperador para vencer en poco tiempo la heróica resistencia de un pueblo, cuyo ejemplo temia cundiese á las demas naciones y reyes que arrastraba encadenados al carro de sus triunfos.

Poco tardó en tener cumplimiento aquella amenaza, pues en 29 de octubre salió Napoleon de Paris, en 3 de noviembre llegó á Bayona, y el dia 8 cruzó el Bidasoa al frente de 250,000 combatientes, entre ellos 50,000 caballos, divididos en ocho cuerpos de ejército mandados por sus mas renombrados generales.

Una série no interrumpida de derrotas sufridas por los ejércitos españoles de la izquierda,

de Extremadura y del centro, permitió á Napoleon avanzar sin riesgo sobre Madrid, y obligó á la Junta Central á abandonar su residencia de Aranjuez, de donde salió en la noche del 1.° al 2 de diciembre con propósito de trasladarse á Badajoz. En la mañana del dia 2 aparecieron las divisiones francesas sobre las alturas del norte de Madrid. El 3, rompieron el fuego 30 piezas de artillería contra la poblacion que capituló en la mañana del 4. Pocos dias despues pasó á Madrid dasde Chamartin, donde habia establecido su campo, el emperador Napoleon, y el 22, salió para combatir al ejército inglés acaudillado por el general sir Juan Moore que operaba en la provincia de Valladolid.

Por este tiempo las Juntas de los cuatro reinos de Andalucía ignorantes del paradero de la *Central*, y alarmadas al saber que los franceses despues de haber dispersado todos los ejércitos españoles se habian hecho dueños de la Mancha y amagaban aproximarse á las gargantas de Despeñaperros, convinieron en reunirse, por medio de delegados de su seno, en la Carolina, para atender mas inmediatamente á contrarrestar la invasion que amenazaba á Andalucía. No llegó á realizarse este pensamiento por haberse anticipado la Junta Central (residente á la sazon en Trujillo) á enviar al marques de Camposagrado, individuo suyo, á Sierra-Morena con órden de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre llegó Camposagrado á Andújar, así

como el marqués del Palacio nombrado para el mando en gefe del ejército que se reunia en Despeñaperros. Sevilla envió los cañones y el material necesario para fortificar la sierra, de suerte que á mediados de diciembre aquellas gargantas estaban en un regular estado de defensa contando con un cuerpo de ejército de 6,000 infantes y 300 caballos.

Entretanto la *Junta Suprema Central*, que abandonara en 1.° de Diciembre su residencia de Aranjuez, continuaba su viaje sin mas interrupcion ni descanso que el estrictamente necesario para el despacho de los negocios. En Talavera celebró dos sesiones, y de aquí pasó á Trujillo donde permaneció cuatro dias despachando asuntos importantes y expidiendo órdenes á los generales y juntas locales para que activasen los armamentos y la defensa del pais; finalmente acordó fijar su asiento en Sevilla como ciudad más populosa, más abundante en recursos que Badajoz y mejor situada por su proximidad al mar.

La *Junta Central* entró en la capital de Andalucía el dia 17 de Diciembre siendo recibida con estremos de entusiasmo y alegria por su numeroso vecindario. Abrió sus sesiones el 18 en el real alcázar; «y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo.» El estado de las cosas era en realidad angustioso y profundamente desconsolador. De los ejércitos solo quedaban tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias,

Cuenca, Badajoz y Sierra-Morena. Algunos restos se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y en Cataluña, aunque presentase una division importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés acantonado y sin menearse en Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que la necesidad de lanzarlo fuera de la Península empeñase á Napoleon en su seguimiento, dejando así en paz por algun tiempo las provincias de levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos con que contaban estos paises, sino tambien con los que arribaron á sus costas procedentes de las provincias de América y Asia.

En efecto; á la inmensa y patriótica satisfaccion que debió esperimentar la *Junta Central,* viéndose desde los primeros dias de su instalacion en el alcázar de Sevilla, acatada y obedecida por todos los pueblos que la reconocian como la única autoridad legítima de España, unióse muy luego la llegada de las entusiastas felicitaciones de los habitantes de Cuba, Puerto-Rico, el Yucatan, reino de Nueva-España, Santo-Domingo, Tierra-Firme, Buenos-Aires, Chile, Perú, Nueva-Granada, islas Filipinas y Marianas, que prorumpieron en gritos de indignacion al saber los acontecimientos de

Bayona, y de patriótico entusiasmo al tener conocimiento del alzamiento en masa de la Metrópoli; indignacion y entusiasmo que expresaron elocuentemente con un donativo de 281 millones de reales que vinieron para el gobierno de la Central.

Tan generosa manifestacion de amor á la pátria movió á la *Junta Suprema Central* á publicar el memorable decreto de 22 de enero de 1809, en el que se declaraba que los vastos dominios españoles de Indias no eran propiamente colonias, sino *parte esencial é integrante de la monarquía*, y en tal virtud se convocaba para representarlos á indivíduos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos.

En Sevilla, pues, comenzáronse á labrar los cimientos del edificio constitucional moderno de España.

La satisfaccion que esperimentaban los buenos patriotas de Andalucía con aquella série de fáustos sucesos, vióse turbada muy luego por un acontecimiento grave, que por fortuna pudo ser conjurado merced á la prudencia de la Central. Noticioso el gobierno inglés de la derrota y dispersion de los ejércitos españoles temió que los franceses invadiesen las Andalucías y pusiesen en peligro la plaza de Gibraltar. En evitacion de tales riesgos, ideó ocupar la plaza de Cádiz con un cuerpo de tropas suyas, que la pusiesen al abrigo de un golpe de mano. Advertida la Junta Central de los proyectos del inglés,

y temerosa de que se intentase hacer una segunda edicion de la sorpresa de Gibraltar, pidió explicaciones al ministro inglés Mr. Trere, y previno al marqués de Villel, su representante en Cádiz, y al gobernador que de ningun modo y bajo ningun pretesto permitiesen á las tropas británicas, ocupar la plaza, recomendándoles al mismo tiempo que usasen de mucha prudencia en el cumplimiento de la órden atendido al carácter de aliados que distinguia á aquellas.

A principios de febrero llegaron dos regimientos ingleses á la bahia de Cádiz. Pidió la Central nuevas esplicaciones al ministro acreditado de aquella nacion. Siguiéronse largas conferencias sobre este asunto, en las que la Junta mantúvose firme y con decoro hasta que terminó tan espinosa cuestion por medio de una juiciosa nota pasada en 1.° de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz.

Durante los dias que permanecieron aquellas en bahia ocurrió un alboroto en la plaza que á no haberse atajado con celeridad hubiera dado ocasion á graves disgustos. Fueron autores del motin las personas interesadas en conservar los añejos abusos que existian en la administracion de la aduana, y que el marques de Villel se habia propuesto extirpar de raiz. Vióse este funcionario en grave riesgo de perecer de la misma manera que el capitan general Solano, y solo debió su vida á los esfuerzos del go-

bernador de la plaza D. Felix Torres y de fray Mariano de Sevilla, guardian de Capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. Un bando del gobernador publicado al dia siguiente, los ruegos de las personas principales y la intervencion de los voluntarios de Cádiz, consiguieron calmar el tumulto y devolver el sosiego al atribulado vecindario.

Durante el mes de marzo la inconstante fortuna de las armas dió nuevos motivos de graves inquietudes á la Junta Central. Un ejército francés fuerte de 12,000 hombres de infantería y caballería á las órdenes del general Sebastiani, marchó dividido en dos columnas por la Mancha hácia Andalucía. El dia 27 alcanzó al del general español Cartoajal en los campos de Ciudad-Real, lo derrotó completamente, se apoderó de varias piezas de artillería y de muchos prisioneros, y ocupó el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela. Las reliquias de nuestro destrozado ejército se refugiaron en la Sierra y tomaron posiciones en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situó Cartoajal su cuartel en Santa Elena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz, aguardando noticias del mariscal Victor, que á la sazon operaba en Extremadura.

El descalabro de Ciudad-Real, fué seguido inmediatamente (dia 28) de la importante derrota de Medellin, accion campal en la que nuestra infantería se cubrió de gloria, y de vergüenza la caballería, que poseida de un terror

pánico en los momentos en que la victoria se inclinaba decididamente del lado de las armas españolas, volvió grupas y abandonó el campo huyendo á la desbandada.

La dolorosa noticia de ambas derrotas no abatió el ánimo de la Junta Central, á pesar del peligro que de cerca le amenazaba. Sin embargo, corrieron rumores en Sevilla de que á sus resultas pensaba trasladarse á Cádiz y embarcarse allí para América; rumor que llenó de consternacion á todos los patriotas, y que la Junta se apresuró á desvanecer publicando en 18 de abril un decreto en el que declaraba que «nunca mudaria su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese en peligro ó alguna razon de utilidad pública lo exijiese.» Desde aquella fecha hasta el malogro de la campaña de Talavera, puede decirse que aquel alto cuerpo obró con tanta dignidad como acierto en su gobernacion suprema.

Tan estéril como fué el año 1809 en las Andalucías en lo que se refiere á acontecimientos militares, fué fecundo en victorias y en desastres en el resto de la Península. Las batallas de Uclés, de Medellin, de Talavera, de Tamames, el espantoso desastre de Ocaña, con los memorables sitios de Zaragoza y Gerona y otro sin número de acciones, reencuentros y sucesos militares cuya relacion prolija no es de este lugar, le llenaron cumplidamente, y acercaron el terrible momento en que las Andalucías, libres hasta en-

tónces de las armas extrangeras se convirtieron en centro del movimiento guerrero de España, despues de haberlo sido en aquel período de tiempo del movimiento político y diplomático de la nacion armada, en sus relaciones con todas las potencias extrangeras, en sus medidas de economía y administracion y sus reformas políticas y sociales.

La por tantos títulos funesta batalla de Ocaña (19 de noviembre) abrió las puertas de Andalucía á los ejércitos franceses, y sumió en la mayor consternacion á la Junta Central, entre cuyos individuos, por aquellos tiempos, cundia la cizaña, convirtiendo aquel poder único y generalmente respetado en la nacion, en un semillero de chismes, pequeñeces y enredos impropios de un gobierno supremo, con lo cual cayó aun mas en tierra su crédito y se anticipó su ruina.

Acercábase entre tanto el dia señalado para convocar las Córtes, al tenor de lo dispuesto en el decreto de la Junta de 22 de mayo, que anunciaba «el restablecimiento de la representacion «legal y conocida de la monarquía en sus anti«guas Córtes, convocándose las primeras en el «año próximo, ó antes si las circunstancias lo «permitiesen.» Expidiéronse las convocatorias, pero solo las que iban dirigidas al nombramiento de los individuos que habian de componer la Cámara electiva, reservando las de la alta Cámara para mas adelante.

Multiplicábanse los anuncios de la próxima invasion de los franceses en Andalucía. La Junta Suprema Central en evitacion de una sorpresa semejante á la de fines de noviembre en Aranjuez dió un decreto (17 de enero de 1810) anunciando que el dia 1.° de febrero deberia hallarse en la isla de Leon, á fin de arreglar la apertura de las Córtes que se había señalado para el dia primero de marzo; advirtiendo que permaneceria algunos dias en Sevilla un número suficiente de vocales para atender al despacho de los negocios pendientes ó urgentes. Este decreto dado en tiempos exentos de peligros hubiera parecido prudente y aun necesario; pero en aquellas circunstancias de una gravedad que nadie podía desconocer, fué considerado como hijo de la falta de valor cívico, escitó la pública indignacion y atrajo sobre la cabeza de los centrales los contratiempos y sinsabores que precedieron y acompañaron la caida de aquel gobierno.

Bonancible era en aquellos dias la situacion de los franceses en España, en cuanto que las recientes victorias conseguida sobre el Austria, y la dispersion de los ejércitos españoles les hacia esperar que con un solo y supremo esfuerzo bien dirijido, dominarian la insurreccion general del pais sumamente debilitada con la falta del elemento militar y la de la mayor parte de las plazas fuertes y ciudades importantes de la península. Al efecto, el emperador Napoleon reforzó sus ejércitos en España hasta alcanzar la cifra

de 300,000 hombres, formidables fuerzas que tenian por objeto ocupar militarmente el pais, y combatir á los ingleses situados ya en Portugal á la derecha del Tajo.

Sin propósito de contrariar los proyectos del emperador, pero creyéndose en mejor situacion que este para apreciar la verdadera situacion de España, el gobierno de José en Madrid tenia formado un plan menos vasto, mas en su sentir de mejores y mas inmediatos resultados; cual era invadir las Andalucías principal foco de la insurreccion española como asiento de la Junta Suprema Central, cuya autoridad reconocian todos los patriotas de España y América. En su virtud trabajó con infatigable celo por llevar á cabo el plan que tenía formado, y muy luego se halló en estado de disponer para la empresa de tres cuerpos de ejército el 1.°, 4.° y 5.° con la reserva de algunos regimientos españoles de nueva creacion, que en verdad no inspiraban mucha confianza á aquel gobierno.

Organizado ya el ejército invasor, cuyas fuerzas ascendian á unos 55,000 hombres, púsose á su frente José Napoleon, llevando por su mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo, y llegó en 19 de enero (1810) á Santa Cruz de Mudela donde estableció su cuartel general. Situóse á su derecha en el Almaden del Azogue el mariscal Victor, con el primer cuerpo, que debia penetrar en Andalucía por el camino llamado de la Plata, y á su izquierda el general Sebastiani con el 4.° que se preparaba á

tomar la ruta de Montijon. El 5.° cuerpo al mando del mariscal Mortier, situado en el centro de la línea cuya estension era de unas veinte leguas, debia atravesar la sierra partiendo del cuartel general de Santa Cruz, seguido de la reserva capitaneada por el general Desolles.

Pocos, cuando no nulos, atendida la magnitud del empuje que tenian que resistir, fueron los preparativos hechos por los españoles para cerrar el paso al enemigo; tal cual cortadura, algunas minas y pocas baterías, hé aquí todo su sistema de defensa. Verdad es que anteriormente se habia pensado en protejer la línea con un sistema completo de fortificaciones permanentes y de campaña, las unas con objeto de embarazar la marcha de un ejército invasor y las otras para que sirviesen de base á las operaciones de la guerra y á la insurreccion general del país; á cuyo efecto una comision general de ingenieros visitó las cordilleras y dió su informe facultativo; mas este pensamiento así como otros planes de la Central se quedó en proyecto; de la misma manera que el de formar en Jaen un campo atrincherado, del cual se desistió por respetos á las preocupaciones del vulgo que consideraba las cordilleras de los montes Marianos como el mas inexpugnable baluarte de Andalucía.

No contribuyó poco á esta indecision la escacés de fuerzas regulares con que podia contarse. Despues del desastre de Ocaña habian podido reunirse con gran dificultad unos 25.000 hombres

de tropas disciplinadas que hubieron de distribuirse en los puntos principales de la Sierra. Una division al mando de Terain, se habia situado en Almaden, de donde fué desalojada por el cuerpo de ejército del mariscal Victor; otra á las órdenes de D. Francisco Copons cubria la izquierda ocupando los puntos en Mestanza y San Lorenzo: colocáronse tres divisiones con la vanguardia en el centro de la línea; de ellas la tercera en el puerto del Rey, y la vanguardia con la 1.ª y 4.ª en la venta de Cárdenas, Despeñaperros, collado de los Jardines y Santa Elena; por último, en Venta-Nueva, á una legua de Montizon tomó posiciones la segunda á las órdenes de Vigodet.

En estas posiciones elegidas poco menos que atropelladamente, y mal fortificadas; estando relajada la moral del soldado por sus recientes funestas derrotas y careciendo de un verdadero plan de defensa, el ejército español esperó no sin inquietud el ataque de un ejército inmensamente superior en número, provisto de un abundante material de guerra, y acaudillado por generales que figuraban entre los mas ilustres del ejército del emperador Napoleon.

VI.

Invasion de Andalucia por los franceses. Sucesos políticos. Segunda campaña.

1810.

El dia 20 de enero, 1810, se pusieron en movimiento por toda la línea las divisiones francesas. En las primeras horas de la mañana salió del Viso el general Desolles al frente de la reserva y de un rejimiento de caballería, dirigiéndose á paso acelerado al puerto del Rey, defendido por D. Pedro Jiron general de la tercera division del ejército español. Lo impetuoso del ataque no dió lugar á una prolongada resistencia, y los nuestros se retiraron en desórden hácia las Navas de Tolosa. Simultáneamente el general Gazan acometió el puerto de Muradal con una de sus brigadas y con la otra entró por entre este paso y el de Despeñaperros, viniendo á salir ambas á las Correderas, esto es, á espalda de los atrincheramientos y puestos españoles. En tanto el mariscal Mortier con la division Girord, nume-

rosa caballería, artillería ligera y los cuerpos españoles de nueva creacion avanzaba por la calzada de Despeñaperros, en combinacion con el movimiento que por su derecha estaban operando las brigadas del general Gazan. Los franceses avanzaron con extraordinario arrojo y rapidéz, y los nuestros, temiendo ser cortados abandonaron todas sus posiciones hasta el atrincheramiento del collado de los Jardines. A pesar de la brevedad del combate y de la poca resistencia que hicieron, nuestras tropas dejaron muchos prisioneros y 15 cañones en poder del enemigo. Las reliquias de aquel cuerpo de ejército huyeron precipitadamente á ponerse en salvo del otro lado del Guadalquivir. En la noche del mismo dia llegaron los franceses á la Carolina, y al siguiente á Andújar pasando por Bailen. En esta villa José Napoleon y el mariscal Soult establecieron su cuartel general. A ella llegó tambien muy en breve el mariscal Víctor, que desde Almaden no habia encontrado grandes tropiezos. Las divisiones españolas de Terain y Copons tuvieron que abandonar sus respectivas posiciones, y el mariscal Víctor despues de practicar algunos reconocimientos sobre Santa Eufemia, y Belalcazar, se dirijió por Torrecampo, Villanueva de la Jara y Montoro á Andújar, donde se unió á las divisiones que habian pasado por el puerto del Rey y Despeñaperros. El mariscal Soult envió la reserva de Desolles con una brigada de caballería por Linares sobre Baeza, para que se

diese la mano con el general Sebastiani que debia pasar la sierra por Montizon.

Aunque no menos afortunado en su ataque este general que sus compañeros, encontró sin embargo mayor resistencia. Defendió aquel paso desde las posiciones de Venta-Nueva y Venta-Quemada, D. Gaspar Vigodet, por espacio de dos horas con pocas fuerzas y estas no muy aguerridas, hasta que los franceses apoderados de la altura llamada Matamulas, y otra defendida con teson por el comandante Brax, obligaron á los nuestros á retirarse, lo que efectuaron en un principio con órden y por escalones, si bien no tardaron en desbandarse disolviéndose así toda la division. Vigodet se replegó sobre Jaen en cuya ciudad encontró á los generales Areizaga, Jiron y Lais, todos desamparados de sus tropas y en la mas aflictiva situacion.

Sebastiani continuó su marcha victoriosa sin tropiezo hasta las inmediaciones de Arquillos donde encontró las fuerzas que mandaba Castejon. Tras una corta pelea cedieron los nuestros el campo dejando gran número de prisioneros entre ellos el mismo Castejon en manos del enemigo. Acto contínuo Sebastiani se puso en comunicacion por su derecha con el general Desolles, destacó fuerzas por su izquierda para que ocupasen Ubeda y Baeza, y él tomó posiciones por aquel lado sobre la márgen derecha del Guadalquivir. Lo mismo hicieron por los suyos los otros generales, con lo cual se terminó el paso

de la Sierra, que los franceses verificaron con tanto valor como sábia estratejia. Bien es verdad que lucharon contra tropas mal organizadas y contra un general en gefe poco prevenido como lo era Areizaga.

El 23 entró el general Sebastiani en Jaen, en donde cojió muchos cañones y el material de guerra que se habia ido acopiando para formar un campo atrincherado en las inmediaciones de la ciudad. El mismo dia entró en Córdoba el mariscal Victor y al siguiente llegó José Napoleon. El *rey intruso* fué recibido en la antigua corte de los califas de Occidente con públicos regocijos y felicitaciones de las corporaciones de la ciudad. Esmeróse el clero en agazajarle y cantó un *Te-Deum* para celebrar sus triunfos. No poco se admiró José Napoleon al verse «mejor tratado en aquella insigne ciudad que lo habia sido en ninguna otra de España.» En ella permanecieron los franceses algunos dias hasta saber noticias de las operaciones del ejército español al mando del duque de Alburquerque, y tenerlas fidedignas de la manera con que serian recibidos en Sevilla; cosas ambas que los tenian un tanto preocupados.

No fué su inquietud de larga duracion con respecto á estos dos particulares, como á seguida veremos. El duque de Alburquerque, grande de España y uno de los generales que mas se distinguieron en la guerra de la independencia, se habia retirado con su cuerpo de ejército á las

riberas del Guadiana despues del desastre de Ocaña. Al tener noticias la Junta Central de la próxima invasion de Andalucía por los franceses, expidió órdenes á Alburquerque para que acudiese en auxilio de estas provincias; obedecióla el general dirijiéndose con su ejército, fuerte de 8,000 infantes y 600 caballos por Guadalcanal, cruzando el Guadalquivir por Cantillana y avanzando hasta Carmona y Ecija donde estableció su vanguardia. Lo reducido de sus fuerzas no podia dar grande aliento á la Central, que noticiosa de los progresos de los franceses y temiendo caer en sus manos apresuró su salida de Sevilla, que verificó en la noche del 23 y madrugada del 24 de enero, hácia la isla de Leon.

La salida de la Junta Central fué la señal de una sedicion en Sevilla, que segun parece estaba preparada de antemano. Es así que no bien se hubieron alejado los centrales de la capital, los instigadores y fautores del pronunciamiento amotinaron al pueblo y se constituyeron á sí mismos en *Junta Suprema Nacional*, que empezó desde luego á dictar providencias soberanas. Entre otras, fué la de nombrar al marqués de la Romana general del ejército de la izquierda y encargar del mando del que se llamaba del centro, á D. Joaquin Blake. Se esforzó por alentar á los vecinos de Sevilla á fin de que se defendieran de los franceses, y dió proclamas para excitar el fanatismo de los clérigos y los frailes, que en lo general se hicieron sordos al llamamiento.

Duró aquella parodia de gobierno central hasta que se tuvo noticia de la aproximacion de los ejércitos enemigos, en cuyo dia comenzaron á desaparecer los principales instigadores de la sublevacion, dejando sin gefes á los sediciosos y la ciudad entregada á sus solas fuerzas, que eran harto menguadas para oponer una formal resistencia á los franceses.

Veamos qué movimientos habian operado estos durante aquellos contados dias. El general Sebastiani, dueño de la márgen derecha del Guadalquivir, prosiguió su marcha por Jaen en busca de las reliquias del ejército español del céntro, que se retiraban aceleradamente hácia Granada, en número de 1,500 caballos y un parque de artillería, pero sin tropas de á pié, que todas se habian dispersado por el país. El dia 27 alcanzó el general Sebastiani la caballería española en las inmediaciones de Alcalá la Real, y la derrotó despues de un empeñado combate: pocas horas despues caia tambien en manos del enemigo en Ismallos el parque de artillería del ejército del centro, cuyos artilleros, por falta de infantes y ginetes que los protejiesen, tuvieron que abandonar las piezas, salvándose en los caballos de tiro.

Prosiguió el general Sebastiani su marcha victoriosa, hasta llegar al pié de los muros de la ciudad de Granada (dia 28) cuyo pueblo trató de defenderse; mas fué disuadido de tan patriótico intento por los ciudadanos prudentes ó so-

brado tímidos ayudados por el clero «que en estas Andalucías mostróse sobradamente obsequioso con los invasores.» (Toreno.) Salió una diputacion á entregar las llaves de la ciudad al general francés, quien las recibió con ceño, y dirijió palabras airadas á la diputacion. Desde el primer momento de su entrada, Sebastiani impuso á la ciudad una crecida contribucion de guerra.

El mismo dia de la ocupacion de Granada las avanzadas del 1.° y 5.° cuerpo del ejército francés se tirotearon en Ecija con las guerrillas de caballería del duque de Alburquerque. Noticioso este general que el enemigo avanzaba por entre el Arahal y Moron, para situarse en Utrera y cortarle la retirada sobre la isla Gaditana, levantó el campo en Carmona y emprendió su marcha retrógada hácia la costa, dirijiendo la artillería y caballería por el camino real, y la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija para reunirse todos en Jerez. Verificó Alburquerque este movimiento con tanta oportunidad y diligencia, que al llegar la cabeza de su vanguardia á Utrera, encontrábase ya cerca de Moron un destacamento del ejército enemigo. Si los franceses hubieran marchado con su celeridad acostumbrada, es indudable que se hubieran interpuesto entre el único ejército español que á la sazon se encontraba en Andalucía, y la Isla Gaditana, en cuyo desgraciado caso aquel inexpugnable baluarte de la independencia española se

hubiera visto gravemente comprometido. La actividad y acierto del duque de Alburquerque le salvó de caer en mano de los invasores.

Frustrado su plan de campaña por aquella parte, el primer cuerpo del ejército francés al mando del mariscal Victor, movióse desde su línea de Ecija, Osuna y Moron sobre Sevilla, presentándose el dia 30 á la vista de los muros de la opulenta capital de Andalucía. Ibase ya á romper el fuego contra la ciudad el dia 31, cuando recibió el mariscal una diputacion de la misma, proponiéndole la capitulacion bajo honrosas y humanitarias condiciones. Aceptólas el general francés, y en su virtud entraron los fraceses en Sevilla el dia 1.° de febrero de 1810, á las tres de la tarde; habiendo salido en la noche anterior la escasa guarnicion hácia el Condado de Niebla, á las órdenes del vizconde de Gaud.

Dueño sin contra tiempo de la ciudad donde cojió un rico material de guerra, el mariscal Víctor dejó en ella una numerosa guarnicion y se encaminó con el grueso de su cuerpo de ejército sobre la Isla Gaditana, á cuya vista llegó el dia 5 de febrero. El buen estado de defensa en que la habia puesto el duque de Alburquerque burló la tentativa de sorpresa que habia proyectado Víctor, quien tuvo que limitarse á bloquearla por tierra.

Entretanto el mariscal Mortier con el 5.° cuerpo y la reserva al mando de Desolles, salió de Córdoba y marchó sobre Sevilla, donde de-

jó una brigada, y se dirijió contra Badajoz, sobre cuya plaza hizo una inútil tentativa, retrocediendo luego sobre Llerena, donde estableció su cuartel general.

Mas afortunado Sebastiani en sus operaciones militares que los mariscales Víctor y Mortier contra Cádiz y Badajoz, salió de Granada y marchando por Loja y Antequera, llegó el dia 5 de febrero delante de Málaga, en ocasion en que esta importante plaza comercial estaba en manos de una faccion popular que cometia todo género de tropelías con los vecinos acaudalados de la misma. Vencida por los franceses la resistencia que fuera de la ciudad quiso oponerles un crecido tropel de gente allegadiza y mal armada, entró en ella el general Sebastiani, quien en castigo de su temeraria resistencia le impuso una contribucion de guerra de doce millones de reales, de los cuales cinco habian de ser pagados al contado.

Mientras los franceses se apoderaban de todas las Andalucías y ocupaban sus principales ciudades sin encontrar séria resistencia en ninguna, ocurrian graves y trascendentales sucesos en la Isla de Leon y en Cádiz. La Junta Suprema-Central no conceptuándose con bastante prestijio ni fuerzas para hacer frente á deshecha borrasca que rujia y todo lo asolaba en su derredor, propuso que se nombrase una regencia de cinco individuos que ejerciese el poder ejecutivo en toda su plenitud. Vencidas las naturales difi-

cultades que se habian de producir necesariamente para plantear esa reforma de tanta significacion política, el dia 29 de enero la Junta procedió al nombramiento de los individuos de la Regencia. Cuatro debian ser españoles europeos, y uno de las provincias marítimas. La eleccion recayó en D. Pedro de Quevedo y Quintano, Obispo de Orense; en D. Francisco de Saavedra, Consejero de Estado; en el general de tierra D. Francisco Javier Castaños; en el de marina D. Antonio Escaño, y en D. Miguel de Lardizabal y Uribe, natural de Nueva-España. En la noche del 31 de enero la Junta puso á los regentes en posesion de sus cargos, y se disolvió inmediatamente, dando cuenta en una proclama de todo lo sucedido.

Dueños los franceses, como dejamos dicho anteriormente, de todas las Andalucías, escepto de la Isla de Leon, que, sin embargo consideraban como suya, fácil le fué á José Napoleon recorrer sus principales pueblos y ciudades, en tanto que el mariscal Soult dirijia con mando supremo las operaciones del ejército de ocupacion, que llamaban del Mediodía, y que constaba de las fuerzas que dejamos enumeradas al describir el paso de la Sierra-Morena. En lo general acojieron los andaluces al *rey intruso* con mas benevolencia de la que le habian dispensado los habitantes de otras provincias, por lo cual ofreció en Sevilla convocar las Córtes del reino en todo aquel año de 1810, y al efecto dió un decreto en 18 de abril

para que se hiciese el recuento de la poblacion de España. Este ofrecimiento hecho en Sevilla y los muchos premios y condecoraciones que distribuyó, dieron lugar á que en las demás provincias se motejara á los andaluces de falta de patriotismo. «Censura injusta, porque las Andalucías, y señaladamente el reino de Granada, no solo habian hecho grandes sacrificios en favor de la causa comun, sino que al tiempo de la invasion estuvieron muy dispuestos á repelerla.» Los vencedores de Bailen, los que habian conservado á España el único gobierno nacional durante mas de un año, los que en este tiempo habian mantenido al extranjero alejado completamente de su suelo, y los que se aprestaban en aquellos mismos dias á organizar una resistencia que en nada le cediera á las provincias que con mas varonil denuedo combatian á los invasores, no merecian ciertamente ser tratados con tanta dureza por sus hermanos.

En efecto, muy luego, esto es, desde principios de marzo el distrito de Ronda y Condado de Niebla comenzaron á hostilizar sin tregua y con suerte varia á los enemigos; sobre todo el primer punto cuya poblacion robusta y belicosa en todos tiempos, emprendió una lucha porfiada y duradera con el francés. Ya desde los primeros dias de la invasion de Andalucía, aquellos serranos habian dado señales de su disposicion a la resistencia. Fueron tan marcadas, que José Napoleon estimó prudente pasar de Sevilla á Ron-

da, á fines de febrero, para tranquilizar con su presencia la serranía. Poco se detuvo en aquella ciudad, dejando en ella al regresar á la capital de Andalucía alguna fuerza y un gobernador con ámplios poderes para obrar segun las circunstancias. El regreso de José Napoleon fué la señal de un levantamiento general en toda aquella tierra, en términos que ya el dia 12 de marzo se presentaron delante de Ronda numerosas bandas armadas, cuya imponente actitud obligó á la guarnicion á evacuar aceleradamente la ciudad, de que se hicieron dueños los patriotas.

Retiráronse los franceses á Campillos, desde donde reforzados con una brigada procedente de Málaga y mandada por el general Peyremont, revolvieron el dia 21 sobre Ronda, y se posesionaron de nuevo de la ciudad. Una sublevacion de los patriotas malagueños hizo necesario el regreso de aquel general, y Ronda volvió á verse libre de la presencia del enemigo. La guerra se hizo entonces general por toda la serranía, y los franceses no tuvieron un dia de reposo. En aquellos mismos dias los franceses intentaron un ataque contra la plaza de Tarifa, (11 de abril) donde se encontraba una corta fuerza de soldados ingleses mandados por el mayor Brown; estos y el paisanaje rechazaron con pérdidas al enemigo y le obligaron á desistir de la empresa.

Los franceses tuvieron una compensacion del descalabro de Tarifa con la toma del castillo de Matagorda, (22 de abril) por el cuerpo de ejérci-

to del mariscal Víctor, que bloqueaba á Cádiz. La pérdida de aquel castillo, defendido con heroismo por las tropas auxiliares inglesas, fué considerada como un insignificante contratiempo, que en nada mejoraba la posicion de los franceses ni empeoraba la de los defensores de la Isla de Leon. El mismo dia de la rendicion de Matagorda fondeó en bahía procedente del reino de Murcia, el general D. Joaquin Blake, nombrado por la Regencia para suceder en el mando de la Isla Gaditana al duque de Alburquerque. Contaba la isla, á la sazon, para su defensa de 17 á 18,000 hombres de tropas españolas, 5,000 ingleses al mando del general Sir Tomás Graham, y una numerosa y brillante milicia urbana. La llegada de Blake y el nombramiento que le dió la Regencia motivaron él que se considerasen las fuerzas que guarnecian la Isla Gaditana, como parte integrante del ejército denominado del Centro.

No debieron formar los franceses tan mal juicio del patriotismo de los andaluces, cuando á resultas de la formacion del ejército en la Isla y en vista de la tenaz resistencia que les hacia el paisanaje armado, el mariscal Soult publicó en 9 de mayo un decreto en el cual se contenía, entre otras la siguiente bárbara disposicion: «No «existiendo ningun ejército español fuera del de «S. M. C. don José Napoleon, todas las partidas «que existan en las provincias, cualquiera que «sea su número y sea quien fuere su comandante

«serán tratados como reuniones de bandidos. To-«dos los individuos de estas compañías que se co-«jieren con las armas en la mano serán al punto «juzgados por el preboste y fusilados; sus cadáve-«res permanecerán expuestos en los caminos pú-«blicos.» A este brutal decreto que confundia al soldado con el foragido, contestó la Regencia con otro en el que anunciaba que por cada español que sufriese aquel género de muerte serían ahorcados tres franceses; y que «mientras el duque de «Dalmacia no reformase su sanguinario decreto, «seria considerado personalmente como indigno «de la proteccion del derecho de gentes, y trata-«do como un bandido si cayese en poder de las «tropas españolas.»

A principios de Mayo salió de Andalucía José Napoleon para Madrid donde llegó el 13, llamado por el anuncio de ciertas graves resoluciones que se disponía á tomar el gabinete de París. En 29 del mismo mes, trasladóse el Consejo de Regencia de la Isla de Leon á Cádiz, instalándose en el vasto edificio de la Aduana.

Vista la decision con que se hacía la guerra á los franceses en muchas comarcas de Andalucía, y principalmente en el Condado de Niebla y en la Serranía de Ronda, dispuso el gobierno nacional de Cádiz auxiliar á los patriotas con todo género de recursos, siendo los mas eficaces las expediciones marítimas que envió en su socorro. Salió la primera el dia 17 de junio compuesta de suficiente número de buques para tras-

portar 3200 hombres de buenas tropas, que á las órdenes del general Lacy desembarcaron en Algeciras, desde donde se dirigieron á la Serrania para apoyar y fomentar la insurreccion. Encaminóse desde luego Lacy á Ronda, donde se habian fortificado tan sólidamente los franceses que no le fué posible atacar la ciudad; limitando sus operaciones á inquietar de contínuo al enemigo, maniobra en que le ayudaron con eficacia la multitud de guerrillas que pululaban por el pais. Sin embargo, los generales Víctor y Sebastiani dieron tanta importancia á esta espedicion, que el uno por el levante y el otro por el poniente destacaron fuerzas respetables del 1.° y 4.° cuerpos de ejército para caer sóbre Lacy, quien no juzgando las suyas suficientes en número para mantener la campaña contra un enemigo notoriamente superior, retrocedió sobre la fuerte posicion de Casares.

Al dia siguiente de la salida de Lacy de la bahia de Cádiz, la Regencia cediendo al clamor del pueblo, ó mas bien diremos, amedrentada al ver el descontento que su conducta opuesta á las reformas políticas habia producido, se resolvió á promulgar el decreto convocando las Córtes del reino, que debian haberlo sido en 1.° de mayo de 1810, y mandando que se procediese á la mayor brevedad hacer las elecciones de diputados, á fin de que en todo el próximo mes de agosto estuviesen todos reunidos en la Isla de Leon donde se daría principio á las sesiones.

Entre tanto el general Lacy habíase visto obligado á continuar su retirada desde Casares hacia Estepona y Marvella donde se embarcó para Aljeciras. De aquí se dirigió de nuevo por San Roque hacia Marvella para socorrer la guarnicion de su castillo acometida por los franceses. Llegaron estos con fuerzas tan superiores que el general español se vió en la necesidad de embarcarse definitivamente para Cádiz donde tomó puerto el dia 22 de julio. No se sacó de esta espedicion marítima otra ventaja que la de molestar al enemigo, y divertirle de otras operaciones que intentaba particularmente en Extremadura. Las pocas ó malas inteligencias que hubo entre las tropas de línea y los paisanos armados fueron la causa del malogro de la empresa.

Pocos dias despues salió de nuevo el general Lacy con otra espedicion marítima para la costa de Huelva, á fin de auxiliar al general Copons que operaba en el Condado de Niebla. Constaba la expedicion de 3000 hombres y escoltábala una escuadrilla sutil anglo-española. El dia 23 de agosto desembarcó Lacy á dos leguas de la barra de Huelva. La escuadrilla se entró por la ría que forma la conjuncion del rio Odiel y Rio Tinto, con objeto de atacar á Moguer que ocupaban los franceses con 500 infantes y 100 caballos, cuyo jefe se retiró de la poblacion antes de ser atacado.

Por no haber recibido á tiempo el general

Copons el pliego que le remitió Lacy anunciándole su desembarco, no pudo acudir á la costa con la debida puntualidad para cojer á los franceses entre dos fuegos. Mas tarde ligó Copons y se puso en comunicacion con Lacy. Este fué recibido con grande entusiasmo por los pueblos, que con su auxilio hostilizaron terriblemente á los franceses. Mas como la expedicion no tenía mas objeto que distraer al enemigo de sus operaciones en Extremadura obligándole á enviar crecidas fuerzas al Condado, conseguido aquel, Lacy se reembarcó para Cádiz donde llegó á fines de agosto.

El 29 de Setiembre el general espedicionario en cumplimiento de las órdenes del gobierno, verificó una salida de la plaza, y en el camino del puente de Suazo destruyó algunas obras del enemigo. Esta fué la única operacion militar de importancia que hasta fines de 1810 practicaron las tropas de tierra de la Isla Gaditana.

Comprendiendo el mariscal Soult que sin fuerzas de mar ordenadas no le seria posible activar el sitio de Cádiz, mandó aparejar en Sanlúcar y Sevilla una flotilla de cañoneras. Listos ya y en número de 26 hiciéronse á la mar, y en la noche del 31 de Octubre anclaron los unos en el Puerto de Santa María y los otros en Rota donde permanecieron bloqueados por los aliados todo el tiempo que duró el sitio.

Conformándose la Regencia con el acuerdo tomado anteriormente por la Junta Central, tras-

ladóse el dia 22 de Setiembre desde Cádiz á la Isla de Leon, punto señalado para la celebracion de las córtes y allí reunidos en la mañana del 24 los diputados presentes en las Casas Consistoriales, pasaron á la iglesia donde despues de celebrada la misa del Espíritu Santo, prestaron el juramento con la fórmula prescrita de antemano. Terminado el acto trasladáronse los diputados y la Regencia al coliseo de aquella ciudad, dispuesto para el efecto, donde celebraron su primera sesion pública. Concurrieron á ella unos cien diputados, cuyas dos terceras partes lo eran en propiedad y el resto nombrados en Cádiz con la calidad de suplentes.

Llegaron de todas partes entusiastas y espontáneas felicitaciones, sin que se levantara una sola voz á protestar de la lejitimidad de las córtes; antes por el contrario, ni la distancia ni el temor de los franceses fueron obstáculos para que se multiplicasen las pruebas de adhesion y fidelidad de que fué objeto aquella augusta manifestacion de la voluntad nacional.

Entre tanto continuaba activamente la guerra en todos los distritos de Andalucía que se habian levantado en armas contra los invasores. Aprovechando la ausencia de Sebastiani, que habia ido á la provincia de Murcia á perseguir al general Blake, el reino de Granada se insurreccionó auxiliado por los ingleses, que dispusieron en Ceuta una expedicion anglo-española de 2,500 hombres á las órdenes de lord Blayney,

que dió la vela en 13 de Octubre con direccion á Fuenjirola, entre Málaga y Marvella. Acometieron los aliados su castillo defendido por 150 polacos; mas dióse lord Blayney tan torpe maña que se dejó sorprender por el general Sebastiani que con 5,000 hombres acudió diligente al primer rumor de aquella acometida. Los ingleses se reembarcaron en desórden dejando á su gefe lord Blayney prisionero; solo un rejimiento español, el Imperial de Toledo, único de los nuestros que formaba parte de la expedicion, logró ganar los buques con el mayor órden.

En esto el general Blake avanzó con un cuerpo de tropas bien organizado y disciplinado desde la provincia de Murcia sobre las fronteras de la de Granada; ocupó la villa de Cullar, y dejando en ella 2,000 hombres de guarnicion se adelantó cuatro leguas sobre Baza, y tomó posiciones sobre las lomas que dominan la ciudad. Los franceses al mando del general Milhand, que habia salido á su encuentro, ocuparon el llano en las inmediaciones de Baza. Hechos los preparativos, el dia 3 de Noviembre se empeñó la batalla, en la que los nuestros sufrieron un serio descalabro y tuvieron que dejar el campo al enemigo perdiendo cinco cañones y 1000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Estos reveses y lamentables contratiempos guerreros no aminoraban el teson de los patriotas, que continuaban hostilizando á los franceses y causándoles males sin cuento en todas las

Andalucías. Cada derrota de nuestros ejércitos regulares aumentaba el número de los guerrilleros, cuyo arrojo llegaba á inquietar á los enemigos hasta el pié de los muros de las fortalezas y dentro de las grandes ciudades donde tenian numerosas guarniciones.

En 10 de Noviembre, pocos dias despues de saberse en Cádiz el descalabro de Baza, publicaron las Córtes el primer decreto que se habia dado en España sobre libertad de imprenta, de cuyo beneficio comenzaron á gozar inmediatamente los españoles, dando á luz todo género de obras y periódicos sin restriccion alguna, salvo en materias de relijion, que quedaban sujetas á la prévia censura de los ordinarios eclesiásticos.

A mediados de Diciembre la situacion del mariscal Soult era verdaderamente embarazosa ya que no comprometida. El emperador Napoleon proyectaba evacuar las Andalucías á fin de reunir el mayor número de tropas posible en Portugal, y Soult no podia condescender con abandonar un país que consideraba como conquistado por él, y propuso al emperador un plan de campaña en Estremadura y fronteras de Portugal, que conciliaba los dos extremos, y que fué aprobado. En su consecuencia, antes de dar comienzo á su expedicion que sacaba de Andalucía 19000 infantes, 4000 caballos y 54 piezas de artillería, el mariscal tomó sus precauciones para dejar asegurado el país. Al efecto envió á Córdoba al general Godinot en reemplazo de

Desolles que habia sido llamado á Madrid; situó una fuerte columna en Écija destinada á mantener las comunicaciones; fortificó por el lado de Triana la ciudad de Sevilla cuyo gobierno encargó al general Daricau, y envió un crecido refuerzo de tropas escojidas al condado de Niebla donde el general Copons operaba contra los franceses con infagitable celo.

Estos fueron en resúmen los principales acontecimientos políticos y militares que tuvieron lugar en las Andalucías en todo el año 1810; sucesos de inmensa trascendencia para el porvenir de España, que desgraciadamente se vieron complicados con el terrible azote de la fiebre amarilla, que se manifestó en Cádiz y otros pueblos de Andalucía en el mes de Setiembre, y duró hasta fines de Diciembre.

«Rodearon por tanto en su cuna á la libertad española la guerra, las epidemias y otros humanos padecimientos, como para acostumbrarla á los muchos y nuevos que la afijirian segun fuera prosperando, y antes de que afianzase en el suelo peninsular su augusto y perpétuo imperio.»

VII.

Sucesos políticos en Andalucía. Tercera campaña.

1811.

Rendida á los franceses, en 11 de Marzo de 1811, la fuerte plaza de Badajoz, el mariscal Soult regresó á Sevilla llamado por los graves cuidados que le ocasionaba el estado de las cosas en Andalucía.

En efecto, no bien el mariscal se habia ausentado de esta ciudad, cuando el gobierno de Cádiz trató de distraer las fuerzas establecidas en la línea sitiadora, á fin de obligarlas á levantar el campo. Pusiéronse de acuerdo españoles é ingleses, y salieron de Cádiz á fines de Enero algunas tropas que desembarcaron en Algeciras; estas con las que operaban en la serranía de Ronda, formaron la 1.ª division del 4.º ejército á las órdenes de D. Antonio de los Rios. Este general marchó sobre Medina-Sidonia, donde en 29 del mismo mes batió á los franceses y les cojió

150 prisioneros. El mayor inglés Brown, gobernador de Tarifa salió con la guarnicion de esta plaza y avanzó hasta Casas Viejas para auxiliar el movimiento de Rios. Sin embargo, limitóse la empresa á esta ventaja habiéndose retardado la ejecucion del plan principal.

Un mes despues estaba todo combinado para llevarlo á cabo. Preparóse una expedicion militar que debia componerse de las tropas de Rios y Brown, y de las que salieron de la Isla y de Cádiz al mando de los generales Graham y Peña. Las fuerzas británicas dieron la vela las primeras, siendo seguidas inmediatamente por las españolas en 26 de Febrero. Navegó la expedicion de mar, que se componia de mas de 200 buques, con el mayor órden, y llegó en la noche del 27 á Tarifa donde desembarcó el ejército espedicionario.

Reunidas en aquella plaza todas las fuerzas aliadas en número de 11,200 infantes entre ellos 4,300 ingleses, 600 caballos españoles y 200 británicos, el general Peña, que las mandaba en gefe, se puso en marcha el dia 28 con direccion al puerto de Facinas, desde donde podia dirijirse sobre Medina-Sidonia por Casas Viejas, ó sobre Sancti Petri y Chiclana por la costa siguiendo la vuelta de Veger. El dia 2 de Marzo, al aproximarse nuestras tropas, evacuaron precipitadamente los franceses esta poblacion, sucediendo lo mismo en Casas Viejas, donde dejaron algunos prisioneros, 2 piezas de artillería y un repuesto

de víveres. Allí permaneció el ejército aliado hasta la mañana del 3, en que emprendió la marcha por Vejer, orillas del mar, despues de destacar algunas fuerzas hácia Medina-Sidonia para distraer á los franceses. El plan del general Peña, que fué muy censurado, era ponerse en comunicacion con la Isla, creyendo así mas asegurado el éxito de la expedicion. El 4, por la tarde, tomaron los aliados el camino de Conil y continuaron la vuelta de Sancti Petri, engrosados con muchos patriotas y escopeteros de los pueblos inmediatos. Al amanecer del 5, llegó al cerro de la Cabeza del Puerco, desde donde despues de un corto descanso, continuó la vanguardia hasta la altura de la Bermeja. El resto de las tropas permaneció en el cerro del Puerco adelantando por el flanco derecho toda su caballería.

Las operaciones del ejército aliado causaban viva inquietud al mariscal Víctor, tanto porque ignoraba el punto por donde seria atacado, cuanto por que las fuerzas que tenia delante de la Isla y Cádiz no pasaban de 15,000 hombres, y de 5,000 las que ocupaban Medina, Sanlúcar y otros puntos cercanos. Sin embargo, despues de dejar guarnecidas las líneas con varios batallones entre los que figuraban algunos de españoles juramentados—*que unos de grado y otros por fuerza no dejaban de prestar auxilios á los franceses en estas Andalucías*—movióse con 10,000 hombres hácia Conil y Medina para salir al encuentro

de los aliados por cualquiera de los dos caminos que trajesen.

Al aproximarse los españoles retrocedió Víctor sobre los pinares de Chiclana y se preparó para dar la batalla. A este punto se dirigió nuestra vanguardia con propósito de atacar por la espalda los atrincheramientos enemigos, que impedian la comunicacion entre la Isla y el ejército expedicionario. La vanguardia española atacó gallardamente la derecha del enemigo, cargando con tanto ímpetu los regimientos de Murcia, Africa y tres batallones de guardias españolas, que rompieron á los franceses y se franquearon el paso hácia la Isla de Leon. Con deseo de sacar todo el partido posible de la ventaja adquirida, el general en gefe, Peña, dispuso que Graham abandonase el cerro del Puerco y se acercase al campo de la Bermeja para cooperar á la maniobra de la vanguardia, dejando en aquel punto una division española y un batallon inglés á las órdenes del mayor Brown.

Al ver el movimiento del general Graham, el mariscal Víctor se dirijió en persona con el grueso de sus fuerzas contra el cerro del Puerco, que tomó á la bayoneta con propósito de arrinconar á los aliados entre el mar y envolverlos por todos lados; pero el gefe inglés contramarchó rápidamente, en combinacion con el mayor Brown, y haciendo jugar con admirable acierto 10 cañones á las órdenes del mayor Duncan, recobró la posicion perdida, y puso en completa

fuga á los franceses. El mariscal Víctor hizo los mayores esfuerzos por contener la dispersion de sus tropas: pero el certero y sostenido fuego de los cañones de Duncan, desbarató sus intentos.

La batalla del cerro de la Cabeza del Puerco, solo duró hora y media; mas fué tan mortífera que los ingleses tuvieron mas de 1,000 soldados y cincuenta oficiales fuera de combate, y los franceses 2,400 dejando herido y prisionero al general Ruffin.

Temeroso el mariscal Víctor de las terribles consecuencias que pudiera acarrearle aquella derrota, preparó su retirada comenzando por enviar á Jerez sus heridos y bagajes, llamando de Medina-Sidonia la division mandada por Cassagne, y reconcentrando todas sus tropas en las cercanías de Puerto Real. Mas llegado el dia 8 sin que los españoles hubiesen dado señales de querer aprovechar la victoria del dia 5, el mariscal regresó tranquilamente á Chiclana y ocupó y reforzó todos los puntos de su línea.

Recobrados muy luego del pasado sobresalto, y ardiendo en deseos de tomar el desquite, los franceses redoblaron sus fuegos sobre la Isla, y arrojaron nuevos proyectiles que alcanzaron á Cádiz. Ya los habian ensayado en el mes de Diciembre del año anterior desde la batería de la Cabezuela junto al Trocadero. «Estos proyectiles lanzábanlos unos morteros que llamaban á la *Villantroys*, del nombre de un antiguo ingeniero

francés que los descubrió; mas el modelo de las bombas halláronle los franceses en el arsenal de Sevilla, invento antiguo de un español, que ahora parece perfeccionó un oficial de artillería tambien español en servicio de los enemigos, cuyo nombre no estampamos aquí en la duda de si fué ó no cierta acusacion tan fea.» (Toreno) Estos nuevos proyectiles causaron muy poco daño en la poblacion por no estallar el mayor número de ellos.

Como en Cádiz se murmurase mucho del poco fruto que se habia sacado de la victoriosa expedicion del general Peña, el Consejo de Regencia, dispuso, á fin de acallar el público clamor, una nueva expedicion al condado de Niebla, en número de 5,000 infantes, y 250 caballos que á las órdenes de D. José de Zayas, debia obrar en aquel distrito en combinacion con el general Ballesteros. Salió de Cádiz la expedicion en 18 de Marzo, el 19 desembarcó en las inmediaciones de Huelva y el 20 desalojó á los franceses de Moguer. Pero reforzado el enemigo, Zayas tuvo que trasladarse á la isla de Cascajera (23) en la desembocadura del Tinto, y acampar en ella durante algunos dias, hasta que no siéndole posible ponerse de acuerdo con el general Ballesteros hubo de reembarcarse el 31 para Cádiz sin haber obtenido otro fruto de su expedicion que el haber inquietado al enemigo.

La serranía de Ronda continuaba siendo uno de los puntos mas importantes de la insurreccion de

Andalucia, formando una invencible solucion de contiscidad entre el cuerpo de ejército francés sitiador de Cádiz y el del general Sebastiani que ocupaba á Granada. Dirijia las operaciones en aquellas montañas el general Valdenebro, presidente de la junta de partido; pero quien en realidad las llevaba á cabo eran los caudillos naturales del país. Peleábase en él sin tregua ni descanso, y sin que las fuerzas que el enemigo destacaba con frecuencia de Granada, de Sevilla y del sitio de Cádiz, fueran poderosas á dominar la insurreccion. Las guerrillas siempre en guardia, siempre en acecho se dispersaban cada vez que se veian atacadas por fuerzas superiores, tomando rápido y sangriento desquite en todas las ocasiones en que podian combatir con seguridad de éxito. Mil ardides inventaban los rondeños para hostilizar al enemigo, y no pocas acciones acometieron tan esforzadas como subir piezas de artillería á las mas enriscadas é inaccesibles alturas. Las mujeres se mostraban no menos denodadas que los hombres, y unos y otras continuaban con vigor la lucha empeñada desde principios del año 1811.

Disgustado el rey José de lo precario y embarazoso de la situacion en que se encontraba, acosado de un lado por el levantamiento general de España que no podian dominar las 400,000 bayonetas sobre que se asentaba su trono, y del otro por las exijencias del emperador que aspiraba á anexionar á Francia las provincias del Ebro, resolvió hacer un viage á Paris para conferenciar

con su hermano, aprovechando la ocasion de haber dado á luz la emperatriz su cuñada, el 20 de marzo un príncipe que recibió en la cuna el título de rey de Roma; viaje que realizó saliendo de Madrid el dia 23 de abril, acompañado del ministro de la guerra D. Gonzalo de Ofárril, y del de Estado D. Mariano Luis de Urquijo.

A partir de este dia comenzó á eclipsarse decididamente la estrella de los franceses en Andalucía y provincias limítrofes de levante y poniente. En el mes de febrero habian querido invadir la de Murcia, adelantándose el general Sebastiani hasta ocupar la ciudad de Lorca, que abandonó muy luego, volviendo á recobrarla el general Freire que habia reemplazado á Blake en el mando del tercer ejército que antes formára parte del que se llamó del centro. La retirada de los franceses dejó espedito el campo para que los nuestros renovaran sus atrevidas escursiones y correrías por el reino de Granada; ocasionando una série tal de contratiempos y descalabros parciales al enemigo, que el general Sebastiani se vió en la necesidad de reconcentrar sus menguadas tropas en las inmediaciones de Baza, acercándolas por último á Guadix en 7 de mayo. En su vista avanzó Freire con su vanguardia hasta la venta de Baul, entre Baza y Guadix, desde donde destacó por su derecha, camino de Ubeda y Baeza, una division y las guerrillas de la comarca al mando de D. Ambrosio de la Cuadra.

Este movimiento estratéjico que tenia por

objeto cortar las comunicaciones entre las provincias de Andalucía, causó tan viva alarma á los franceses que acudieron ejecutivamente fuerzas de Andújar, Jaen y otros puntos para atacar á Cuadra. Alcanzáronlo en la misma ciudad de Ubeda y le acometieron con ímpetu; mas fueron rechazados tres veces y obligados á huir cargados por la caballería española. Perdieron los franceses mucha jente y un rejimiento de juramentados que á los primeros tiros se dispersó.

Tambien el 24, atacó el enemigo al general Freire que se habia atrincherado en la venta del Baul, siendo rechazado como en Ubeda, y obligado á retirarse á Guadix. Alentado con la fortuna que sonreia á sus armas, el jeneral español ideó distraer por su izquierda al enemigo, enviando á las Alpujarras dos rejimientos al mando del conde de Montijo. Desplegó este jefe tanta actividad en el desempeño de su cometido, que llegó á hostilizar la guarnicion francesa de Granada hasta bajo los muros de la ciudad. Así es, que estrechado Sebastiani estuvo á punto de abandonar la poblacion de cuyo pensamiento le retrajo la oportuna llegada del general Drouet á Andalucía con un considerable refuerzo de tropas.

Pocos dias antes, esto es, el 4 de mayo, un ejército anglo-portugues, al mando del mariscal Beresford acometió á los franceses dueños de la plaza de Badajoz, y los puso en tal apriesto, que Soult se vió en la necesidad de acudir en su socorro. En su virtud el mariscal salió de Sevilla el dia 10,

despues de dejar bien fortificadas las avenidas de Triana y el convento de la Cartuja para poner la ciudad al abrigo de un golpe de mano, llevando consigo 30 cañones, 3,000 dragones, dos regimientos de caballería lijera y una fuerte division de infantería. Llegó el 11 á Santa Olalla donde se le incorporó el general Maransin, y finalmente el 13 el general Latour-Maubourg. El ejército frances ascendia entonces á 20,000 infantes y 5,000 caballos con 40 piezas de artillería. El 14 Soult estableció en Villafranca su cuartel general.

Noticioso de la llegada de Soult, Beresfort mandó levantar el cerco de Badajoz, operaciones que tuvo principio el dia 13. El 14 se le reunieron en Valverde de Leganés con sus respectivas divisiones los generales españoles Blake, Castaños, Ballesteros y conde de España, y convinieron todos en presentar la batalla á los franceses en las cercanías de la Albuera, lugar de corto vecindario, distante cuatro leguas de Badajoz en el camino que vá de esta plaza á Sevilla. En la tarde del 15 el ejército anglo-hispano-portugués, fuerte de mas de 27,000 infantes y 3,600 caballos, siendo los españoles en número de 15,000, tomó posiciones y se ordenó para la batalla, y el 16 se empeñó la célebre jornada de la Albuera, en la que si bien el mariscal Soult no fué derrotado, fué cuando menos rechazado, puesto que el ejército aliado quedó dueño del campo, y que el gran poeta lord Byron la cantó como una victoria.

Las pérdidas de los ejércitos belijerantes fue-

ron considerables por mas que la batalla no fuera de larga duracion; perdieron los franceses 8,000 hombres; 4014 los ingleses; 363 los portugueses, y 1365 los españoles, que fueron los verdaderos héroes de la jornada, puesto que el Parlamento británico declaró por un acto sin ejemplo en Inglaterra tratándose de tropas extranjeras, «admirar altamente el distinguido valor é intrepidez con que se habia conducido el ejército español del mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera.»

Retiróse el mariscal Soult durante la noche del 19 hacia Llerena sin ser apenas molestado por los aliados, y llegó á esta última villa el 23 sin mas contratiempo que un combate de caballería verificado en Usagre donde los ginetes franceses sufrieron un descalabro que les costó mas de 200 hombres.

Detúvose el mariscal en Llerena hasta que se le hubieron incorporado todas las tropas disponibles de Andalucía que llamó hacia aquel punto; y una vez reunidas púsose en movimiento el dia 12 de junio hácia Badajoz, en cuya plaza entró permaneciendo en ella hasta el 27, dia en que salió apresuradamente de ella y tomó la vuelta de Sevilla noticioso de que el general Blake se habia puesto en marcha hácia la capital de Andalucía que contaba en aquel tiempo con una corta guarnicion de tropas francesas y algunos juramentados españoles, gente que no inspiraba mucha confianza á los extranjeros.

El 15 de julio entró de regreso en Madrid José Napoleon, poco satisfecho del recibimiento que le hizo su hermano en Paris, y profundamente alarmado con las pruebas que adquirió durante su estancia en la capital de Francia, de que el emperador estaba resuelto á apoderarse de las provincias del Ebro. Movido del despecho que semejante conducta le causaba, trató de avenirse con los españoles á fin de sacudir la vergonzosa tutela en que le tenia el gabinete de Paris. Al efecto comisionó á un canónigo de Búrgos llamado D. Tomás la Peña, para que conferenciase en su nombre con las Córtes y la Rejencia de Cádiz, ofreciendo que se echaria sin reserva alguna en brazos del gobierno nacional á condicion que este le reconociese por rey. El Gobierno de Cádiz rechazó una proposicion tan desatentada, cuidando de que no se trasluciese en el público, ni dar cuenta oficialmente de ella á las Córtes.

Frustrado el proyecto de apoderarse de Sevilla en ausencia del mariscal Soult, por la lentitud con que obró Blake en el Condado de Niebla, determinó este general acudir en socorro de Valencia sériamente amenazada por las armas francesas. Dióle la Regencia los mas ámplios poderes y el mando de las fuerzas del 2.° y 3.° ejércitos con los de las partidas que dependian de ambos, y además las tropas espedicionarias. Esta fuerza, en número de 9,000 hombres, salió de Cádiz y tomó puerto en Almeria el dia 31 de julio. Acto contínuo, y de paso para su des-

tino, el cuerpo espedicionario se incorporó momentáneamente con el tercer ejército, que al mando del general Freire se mantenia atrincherado en la venta de Baul, teniendo fuerzas destacadas por su derecha é izquierda. Allí permaneció Blake hasta el 7 de agosto, en que rompió la marcha para el punto de su destino.

Delante de Freire habia tomado posiciones el general Leval, que mandaba el 4.° cuerpo francés, y que se encontraba bastante apurado por el incremento que en su derredor habian tomado el ejército español y las guerrillas que á su sombra pululaban en la comarca. Noticioso el mariscal Soult del movimiento del ejército expedicionario y de lo comprometido de la situacion de Leval, determinó acudir en auxilio de Granada, maniobrando de modo que pudiese envolver y aniquilar el ejército español. Al efecto expidió órdenes el general Godinot para que en la noche del 6 al 7 de agosto cayese con su division, fuerte de 4,000 infantes y 600 caballos, sobre Baza, y envolviese la derecha de los españoles, que al mando de D. Ambrosio de la Cuadra permanecia en Pozohalcon; y de la misma manera ordenó á Leval que el dia 7 atacase el centro del ejército enemigo, ofreciéndole encontrarse el 8 en el lugar de la accion.

Si bien el general Freire comprendió desde luego el plan de Soult, no juzgó conveniente abandonar la fuerte posicion de Baul; y hecho sus preparativos de defensa, envió una division

por su derecha para que operase en combinacion con la de Cuadra, para contener y aun atacar á los franceses: mas este último general no habiendo recibido á tiempo las órdenes de Freire, se habia retirado hácia Castril. Los franceses, pues, atacaron con fuerzas superiores en Zaujar, el dia 9, la division destacada de la venta del Baul, y la derrotaron, causándole 433 muertos y heridos, y unos 1,100 prisioneros y extraviados.

Felizmente el vencedor no supo aprovecharse de la victoria, permaneciendo en el teatro de la batalla con temor de ser acometido por las fuerzas de D. Ambrosio de la Cuadra. A la inaccion de Godinot debió Freire poderse mantener en la posicion del Baul hasta el 9, resistiendo los ataques del enemigo; mas sabedor del descalabro de Zaujar, resolvió abandonar el campo y replegarse á Murcia, lo cual verificó en un principio con fortuna; pero andados pocos dias, su retirada se convirtió casi en un desastre.

El dia 18 de agosto, la comision nombrada en el mes de diciembre anterior, dió lectura á las Córtes de los primeros trabajos del proyecto de Constitucion que le habia sido encomendado. Estos se referian á todo lo concerniente al territorio, religion, derechos y obligaciones de los españoles, y á la forma y facultades de los poderes lejislativo y ejecutivo. Terminada la lectura, señalóse para dar principio á los debates el dia 25 del mismo mes; plazo demasiado corto, pero

que la impaciencia y el impulso de la opinion no permitió alargar todo lo que se debiera.

La derrota de Zaujar hubiera ejercido un funesto influjo en la insurreccion de la serranía de Ronda, sin la oportuna llegada del general Ballesteros á Algeciras (4 de setiembre) al frente de una division espedicionaria, y su marcha por el país hasta sentar su campo en Jimena, desde donde, y á beneficio de las prudentes medidas que tomó, logróse muy luego ver reanimado el espíritu de los serranos. A fin de detener los progresos del general español, envióse desde Sevilla un crecido refuerzo de tropas, que con las existentes á las órdenes del coronel Rignoux se dirijieron contra el campo español de Jimena. Al aproximarse el enemigo, Ballesteros abandonó el pueblo, y maniobró de manera á atraerle á una celada, en la que cayó el francés, perdiendo en el encuentro mas de 600 hombres.

Alarmado Soult con las malas noticias que recibia de Ronda, mandó al general Godinet que avanzase desde Prado del Rey con unos 5,000 hombres, y á los generales Semelé y Barroux que marchasen el primero hácia Veger, y el último del lado de Málaga. A 10,000 hombres, poco mas ó menos, ascendian las fuerzas enviadas contra Ballesteros, á quien contaban envolver y exterminar. Pero el dilijente general maniobró con tanta destreza, que burló al enemigo, poniéndose bajo el cañon de Gibraltar (14 de octubre.) Los franceses invadieron el campo de San Roque y se

corrieron por la derecha hasta Aljéciras, cuyos habitantes se refujiaron en la isla Verde.

El general Godinot quiso compensar el mal éxito de su espedicion contra Ballesteros, apoderándose por sorpresa de la plaza de Tarifa, ignorando sin duda, que su guarnicion acababa de ser reforzada con 1,200 ingleses, 900 infantes y 100 caballos españoles á las órdenes de Copons. Al efecto se dirijió secretamente por el Boquete de la Peña, orilla del mar. Pero al atravesar aquel angosto paso, encontróse atajado por el fuego de los buques británicos que le dominaban y que obligaron á los franceses á retroceder aceleradamente sobre Aljeciras. (18 de octubre.)

Alentados los rondeños con los reveses que acababan de sufrir los franceses, y con la presencia de Ballesteros, comenzaron á molestarlos de nuevo con su acostumbrada audacia, ya inquietando sin cesar su campo, ya cortándoles los víveres, que llegaron á faltarles hasta el extremo de obligarles á retirarse. Regresó el general Godinot á Sevilla, donde fué tratado con tal severidad por el mariscal Soult, que perdió el juicio y se suicidó. Habia cometido este general tales desmanes y tropelías en Córdoba durante el tiempo de su mando, que los españoles le tenian por loco.

Pocos dias despues, el 5 de noviembre, Ballesteros sorprendió en Bornos al general Semelé, dispersó sus tropas y le tomó 100 prisioneros y todos los bagajes de su division. Preludio fué la

sorpresa de Bornos de uno de los acontecimientos militares de mas importancia que tuvieron lugar en Andalucía en toda la campaña de 1811. Aquel suceso y un movimiento que en apoyo de Ballesteros hicieron el general Copons y el coronel inglés Skerret, cuyas tropas habian reforzado, como dejamos dicho anteriormente, la guarnicion de Tarifa, alarmaron al mariscal Soult, quien deseoso de lavar ejecutivamente la afrenta de aquellos reveses, dispuso, á falta de otras tropas, que las del reino de Granada, hiciesen un movimiento tan impetuoso como estratéjico contra Ballesteros y la plaza de Tarifa. Al efecto, envió órdenes apremiantes al general Leval para que entrase en la serranía de Ronda al frente de 6,800 hombres de infantería y caballería, al general Barrois, para que con 4,200 operase en combinacion con Leval, y á Víctor, para que destacase un cuerpo de 3,000 hombres del ejército que sitiaba á Cádiz, para que ocupase á Facinas y otros puntos inmediatos.

Noticioso Ballesteros de la aproximacion de fuerzas tan considerables, retrocedió de nuevo bajo el cañon de Gibraltar, dejando algunas fuerzas en las montañas á las órdenes de D. Antonio Solá, para que en union con los paisanos armados hostilizase al enemigo, cortándole las comunicaciones ó interceptándole los víveres. Cumplió este gefe con tanto acierto las instrucciones que se le habian dado, que hasta llegó á sorprender la guarnicion francesa de Estepona, obligóla

á huir y le cojió todos sus equipajes, hasta las mochilas de la tropa. Por su parte el general Copons y coronel Skerret hicieron algunos movimientos por el distrito de Aljeciras, á fin de distraer las fuerzas del enemigo; mas al saber que este se disponia á atacar la plaza de Tarifa, acudieron diligentes á cubrir sus muros.

No eran ciertamente infundados los temores ni las noticias que tenian estos gefes, pues el dia 19 de diciembre se presentó el general Leval delante de la plaza. Contaba Tarifa para su defensa 12 piezas de artillería, 2,500 soldados españoles é ingleses, 300 marineros tarifeños, algunas fuerzas sútiles españolas y buques de guerra ingleses, y tenia el mando y gobierno militar de la plaza D. Francisco Copons y Navia, ayudado de los intelijentes consejos del coronel Skerrèt. El mismo dia de su llegada los franceses dieron principio á los trabajos de sitio, adelantáronlos el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 rompieron el fuego con seis cañones de á 18 y tres obuses de á 9 pulgadas. En la tarde del mismo hallábase ya practicable una ancha brecha, é intimaron á los sitiados la rendicion. Rechazada por el general que mandaba la plaza preparóse el enemigo para el asalto.

A las nueve y media de la mañana del dia 31, lanzáronse con denuedo á la brecha 23 compañías al mando del general Chassereaux; mas á penas hubieron salvado sus escombros, viéronse detenidas por una escarpadura interior hecha

en la muralla y varios parapetos de colchones, levantados detrás, así como por el nutrido fuego de fusilería que hacían los sitiados desde todos los puntos que dominaban la brecha. Fueron tan mortíferas las descargas y debieron parecer á los franceses tan insuperables los obstáculos que se habian levantado para cerrar la brecha, que retrocedieron en desórden, dejando mas de 500 hombres entre heridos y muertos entre los escombros. Pidieron los franceses un armisticio para recojer los primeros, que no solo les fué concedido, sino que los soldados y paisanos españoles les ayudaron generosamente en tan triste faena.

Duramente escarmentado el enemigo no se atrevió á repetir el asalto, limitándose á mantener un simulacro de sitio delante de la plaza. Verdad es que vinieron en auxilio de los cercados récios temporales de viento y agua que anegaron las trincheras, los caminos y los campos, no dejando al enemigo ni un palmo de terreno enjuto donde sentar los piés. Tantas penalidades y la briosa resistencia de Tarifa, obligaron al general Leval á levantar el sitio, (5 de enero) verificando su retirada, que fué desastrosa, por Veger y Medina-Sidonia. Esta expedicion costó á los franceses cerca de 2,000 hombres, entre muertos, heridos, enfermos y desertores, toda su artillería gruesa y la mayor parte de sus municiones y bagajes, que dejaron sembrados por los caminos.

Esta derrota sufrida por 10,000 hombres de

tropas veteranas delante de una débil fortaleza, que si en lo antiguo fué tenida por inexpugnable, en los tiempos que historiamos no podian oponer una séria resistencia á los adelantos del arte militar moderno, terminó gloriosamente para los españoles la campaña de 1811 en Andalucía, y fué el anuncio de la próxima emancipacion de estas provincias del yugo extranjero.

VIII.

JURA DE LA CONSTITUCION EN CÁDIZ.—CUARTA CAMPAÑA.—SALEN LOS FRANCESES DE ANDALUCIA.

1812.

Nos acercamos al término de esta breve, pero gloriosa epopeya militar de la guerra de la independencia española en las Andalucías, en cuyo resultado tuvo una parte principal el país, no considerado oficialmente, sino como elemento espontáneo de resistencia al invasor.

A principios del año 1812, en tanto que los patriotas armados continuaban sus incesantes hostilidades contra los franceses en la mayor parte de los distritos de Andalucía, y sobre todo en el Condado de Niebla y en la serranía de Ronda, la mayor parte del ejército regular español se mantenia en la Isla de Leon aumentando sus fuerzas y siendo un modelo de disciplina y órden. Escasas y de poca entidad fueron las expediciones militares que verificó en este tiempo. El general Ballesteros continuó maniobrando

con acierto y fortuna en Ronda. En una de sus correrías, alcanzó y derrotó (16 de febrero) en Cartama al general francés Marransin, que fué retirado del campo gravemente herido de dos balazos. A la noticia de este descalabro acudieron sobre el vencedor numerosas fuerzas enemigas, que este burló como siempre amparándose bajo el cañon de Gibraltar.

Tiempo hacía que se sentia en España una de las grandes calamidades que son compañeras inseparables de la guerra. Nos referimos al *hambre* que el año 12 afligió todas las provincias sometidas á los franceses, haciendo sentir sus horribles estragos, principalmente en Madrid, donde en el mes de marzo llegó á pagarse la fanega de trigo á 530 y á 540 reales, produciéndose una miseria tan espantosa, que hasta los desperdicios que en otros tiempos se arrojaban á la basura, en estos tomaron valor en los cambios y permutas, y fueron buscados con famélica ansiedad.

No se libró Andalucía de esta terrible plaga, si bien no alcanzó en ella las grandes proporciones que en otras provincias, debido en esta ocasion, como siempre, á la fertilidad de su suelo, á sus grandes recursos naturales, y á sus puertos, que siendo los ingleses dueños de los mares, recibian sin tropiezo y dirijian al interior los cereales y semillas que venian del extranjero. Solo una ciudad en las Andalucías dejó de esperimentar los estragos de aquel cruel azote, á pesar de verse sitiada durante muchos meses y bom-

bardeada con harta frecuencia. Esta ciudad fué Cádiz, donde reinaba la alegría y cundia la satisfaccion general, debido todo á los cargamentos de géneros y especies que procedentes de América y del extranjero llegaban á su puerto, convirtiendo su mercado en el mejor surtido y mas abundante de la península: y hay más, no se interrumpieron durante el sitio las fiestas, las diversiones, los teatros y las corridas de toros á pesar del incesante tronar de las baterías del ejército francés. Puede decirse, que la libertad española se meció en su cuna acariciada por los alhagos del público bienestar. Desgraciadamente no fueron tan dichosos los primeros pasos que dió recien salida de ella, ni los que posteriormente anduvo hasta llegar á nosotros.

En medio de aquella envidiable prosperidad, y cuando la fortuna sonreia á las armas de Andalucía, proclamóse solemnemente en Cádiz, en la tarde del dia 19 de marzo de 1812, la primera Constitucion política de la monarquía española.

El dia estaba lluvioso; las bombas de los franceses menudearon durante él y alcanzaron á la plaza de San Antonio, amenazando los edificios en que celebraban sus sesiones las Córtes del Reino y la Regencia. Aquellas contrariedades en vez de moderar la espansion del sentimiento público, lo estimularon hasta hacerlo degenerar en frenética alegría, que se manifestaba sin rebozo en calles y plazas con nutridos aplausos, prolongados vivas, canciones patrióticas, abrazos y ben-

diciones que á porfia dábanse unos á otros los ciudadanos.

«Para perpetuar la memoria de la publicacion del Código fundamental, acuñáronse medallas, y hubo á este fin donativos cuantiosos. Tambien los injenios españoles celebraron en prosa y verso acontecimiento tan fáusto; brillando en muchas composiciones el talento y el buen gusto, y en todas el patriotismo mas acendrado.»

«Con igual alegria y fiestas que en Cádiz, se promulgó y juró la Constitucion en la Isla, y sucesivamente en las otras provincias y ejércitos de España, tratando á cual más todos de manifestar su gozo y adhesion cumplida. Lo mismo hicieron las corporaciones, ya civiles, ya eclesiásticas; lo mismo la muchedumbre de particulares, que todos á porfía enviaban al Congreso sus parabienes y felicitaciones. Los diarios, las gacetas y los papeles del tiempo comprueban la verdad del hecho, y dan por desgracia, sobrado testimonio de la frágil condicion humana y sus vaivenes. Cundió en seguida el ardor á Ultramar, y prodigáronse á las Córtes desde aquellas apartadas rejiones, comprendidas todavía bajo el imperio español, reiteradas alabanzas y sentidos encómios.»

Aparecia, pues, asentada de firme la Constitucion. Pero si bien la libertad echó raices, que al cabo es do esperar den fruto; aquella ley, aunque planteada entonces en todo el reino, y restablecida años despues con general aplauso,

derribada siempre, parece destinada á pasar, como decia un antiguo de la vida, á manera de *sombra de sueño.*» (Toreno).

El memorable acontecimiento político del 19 de Marzo en Cádiz, fué inmediatamente seguido de una série de fáustos sucesos militares en Andalucía y Estremadura, cual si las armas hubiesen querido contribuir á la solemnizacion de aquel majestuoso acto.

El dia 16 de Marzo Lord Wellington puso sitio á la plaza de Badajoz, defendida por una numerosa guarnicion francesa al mando del general Philippon. En primeros de Abril salió Soult de Sevilla en socorro de los sitiados, llegando el 8 á Villafranca de los Barros, á 10 leguas de aquella plaza; mas noticioso de que habia sido tomada el dia 6 por los ingleses, y que el general Ballesteros, aprovechando su ausencia, se habia adelantado desde el campo de Gibraltar hasta la villa de Utrera, donde entró el 4 de Abril, retrocedió aceleradamente de Extremadura para contener al infatigable general español. Este, sin saberse por qué, detúvose mas tiempo del que deberia en aquella villa, malogrando con su inaccion un atrevido golpe de mano que el conde de Penne Villemur, al frente de un cuerpo de tropas del 5.° ejército español, intentó sobre Sevilla, con cuya guarnicion peleó en las inmediaciones del convento de la Cartuja; teniendo al fin que retirarse por no haber recibido el auxilio que esperaba de Ballesteros, con quien estaba en

combinacion para entrar en Sevilla.

Al saber la retirada de Villemur, y el regreso de Soult, Ballesteros dispuso retroceder sobre la serranía de Ronda. Mas antes de poner en ejecucion su plan, hizo un rápido movimiento sobre su izquierda y sorprendió á los franceses en Osuna, (14 de Abril) en cuyas calles los batió y persiguió hasta encerrarlos en un fuerte que habian construido, cuyo primer recinto expugnó el regimiento de Siguenza al mando de su bizarro gefe D. Rafael Cevallos Escalera. Desde Osuna penetró Ballesteros por la serranía hasta Alora, donde derrotó una division francesa, á la que cojió buen número de prisioneros, 2 cañones y algunos bagajes, terminando aquella venturosa correría con una nueva victoria alcanzada, el dia 23, por su vanguardia mandada por Cruz Murgeon, sobre una columna de tropas francesas á la que arrollaron los nuestros con una vigorosa carga á la bayoneta.

Las frecuentes y venturosas espediciones de Ballesteros, y en particular la última del mes de Abril, llegaron á causar viva inquietud al mariscal Soult, quien temeroso de que el afortunado general, reforzado con nuevas tropas, se interpusiese y cortase las comunicaciones entre Cádiz y Sevilla, de donde recibia todos los auxilios el ejército francés sitiador, dispuso asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad y como punto estratéjico muy importante la villa de Bornos, donde estaba acantonada una division

de 4,500 hombres al mando del general Conroux.

No eran ciertamente infundadas las aprehensiones de Soult; pues el infatigable Ballesteros habia salido del campo de Gibraltar á tentar de nuevo la fortuna, y precisamente por el punto de que se recelaba el mariscal.

Así fué que el dia 1.° de Junio, llegó á la vista de Bornos y atacó con impetuoso arrojo la division Conroux. En un principio la suerte favoreció su denuedo; pero en lo mas recio de la accion el costado izquierdo de los españoles se vió arrollado por los franceses, sembrando el desaliento ya que no el pánico en el resto de las tropas. Una vigorosa carga de la caballería enemiga muy superior á la nuestra, acabó de decidir el éxito de la jornada. Rechazada de todos los puntos la division española, repasó el Guadalete con dificultad y no poco desórden, dejando el campo cubierto de cadáveres. Hubo en medio de la derrota rasgos heróicos que mitigaron su vergüenza, siendo uno de los mas dignos de recordarse el de Cevallos Escalera, de quien hicimos mencion en el ataque de Osuna. Este valiente oficial, que en la accion de Bornos mandaba el regimiento de granaderos del general, sostuvo con valor, aunque herido, la retirada, no solo defendiendo palmo á palmo el terreno, sino avanzando en un momento dado para recobrar un cañon que los nuestros dejaron en manos del enemigo. Recobrado que lo hubo y viéndose en

peligro de perderlo de nuevo por la muchedumbre de enemigos que cargaban sobre su reducida gente, asióse á una de las ruedas de la cureña y defendió gallardamente la pieza hasta que cayó muerto de un balazo al pié de su trofeo. Las córtes agradecidas tributaron merecidos elojios á la memoria de Cevallos, y concedieron premios á su inconsolable familia. La derrota de Bornos costó á Ballesteros 1,500 hombres, muchos de ellos estraviados.

En este tiempo el general Wellington, dueño de la fuerte plaza de Badajoz, y confiado en que las tropas y los patriotas de Andalucía darian bastante ocupacion al mariscal Soult para que no tuviese tiempo para pensar en empresa alguna contra la Extremadura, que, por otra parte, dejaba bien guarnecida, resolvió marchar adelante por Castilla y abrir una campaña importante y tal vez decisiva. Animábale mucho el estado á que la ambicion política del emperador Napoleon habia traido las cosas en el norte de Europa.

Un éxito rápido y completo coronó la atrevida empresa del ilustre general inglés. La entrada en Salamanca el 17 de Junio; la batalla de este nombre, (ó de Arapiles) empeñada el 22 de Julio, en la que el ejército anglo-portugués, al mando de Wellington, derrotó al francés fuerte de 47,000 hombres acaudillados por Marmont, y otros muchos sucesos prósperos, abrieron á los aliados las puertas de Madrid, de donde salió José Napoleon el dia 11 de Agosto, marchando con

parte de su ejército hácia el Tajo.

Compréndese el júbilo con que serian recibidos por los patriotas, y la radical trasformacion que esperimentaria la córte de los reyes de España. Es así que el dia 13, por órden de Wellington, conforme á lo dispuesto por la Regencia del reino, se proclamó la Constitucion hecha por las Córtes generales y extraordinarias de la nacion reunidas en Cádiz. Al dia siguiente mandóse prestar el juramento por parroquias al tenor de lo dispuesto en el decreto de 18 de Marzo de este mismo año. Los vecinos acudieron gozosos á cumplir con este deber, convencidos de que con ello daban una prueba de amor á la causa comun y á la independencia de la pátria.

Eran demasiado importantes los acontecimientos militares que se sucedian en Castilla la Nueva, y en lo general del resto de las provincias de la Península para que dejasen de influir directa é inmediatamente en la situacion de Andalucía. Los recientes reveses, la necesidad de concentrar sus cuerpos de ejército y la retirada de José Napoleon desde el Tajo hácia Valencia, tenian á los franceses en una situacion embarazosa que no les permitía comunicarse sino mal y tarde con sus fuerzas del mediodía. Hé aquí, pues, el estado de las cosas en este país: Despues de la derrota de Bornos nada digno de notarse habia ocurrido por la serranía de Ronda, por el Condado ni por Extremadura. En los primeros dias de Agosto regresó á Cádiz una espedicion

que el general Cruz de Mourgeon habia conducido en auxilio de Ballesteros, saliendo aquel á los pocos dias para Niebla; en tanto que un ejércitos de operaciones anglo-hispano-portugués comenzó á maniobrar desde la parte meridional de Extremadura para obligar al mariscal Soult á evacuar las Andalucías, donde ya no podia mantenerse en buenas condiciones despues de lo ocurrido durante el mes de Julio y principios de Agosto en las Castillas.

En efecto, desde el dia 20 hasta el 23 lanzaron los sitiadores una lluvia de balas y de bombas sobre la plaza de Cádiz, produciendo un ruido infernal y desusado, no tanto por el fragor de los disparos cuanto por lo extraordinario de las detonaciones que no parecia sino que el enemigo cargaba los cañones hasta la boca. Así era en verdad; los franceses hacian reventar sus piezas de sitio como el mejor y mas espedito medio de inutilizarlas. El 24 comenzaron á levantar su campo, operacion que practicaron con tanta celeridad, que el 25, quedaba enteramente libre y desembarazada toda la línea, despues de mas de dos años y medio que la habian ocupado.

Dicho se está con cuánto alborozo se recibiria en Cádiz tan fáusta nueva, que fué celebrada con repique general de campanas, fuegos artificiales, iluminacion y bandas de música por las calles.

Simultáneamente con el levantamiento de sitio de Cádiz, abandonaron los franceses to-

dos los puntos estratéjicos que ocupaban en las márgenes del Guadalete, y serranía de Ronda, destruyendo todo el material de guerra que no podian llevar fácilmente consigo. Claro y evidente es que abandonados aquellos puntos tenia que serlo tambien el que desde el principio de la guerra se consideraba como la base de operaciones del ejército francés en las Andalucías, esto es, Sevilla. Así lo comprendió el general Cruz de Murgeon, quien puesto de acuerdo con el coronel inglés Skerret, avanzó sobre esta ciudad. Los franceses habian abandonado á mediados de Agosto el condado de Niebla, dejando en observacion en Sanlúcar la Mayor un cuerpo de 500 á 600 hombres, contra el cual se dirigieron los gefes aliados. Los franceses no estimaron prudente esperar el ataque de fuerzas tan superiores y abandonaron la poblacion, donde entraron los nuestros el dia 27 con propósito de reconcentrarse y de refrescar la jente, á fin de marchar sobre Sevilla. Pero noticiosos en la hora de su llegada de que el mariscal Soult se disponia á evacuar la ciudad aquella misma noche dejando en ella una parte de su retaguardia y algunas fuerzas destacadas en los cerros que se extienden desde Tomares al de Santa Brígida, donde tenian un reducto, rompieron de nuevo la marcha, y llegaron á tiempo de sorprender al enemigo que no se recelaba de su venida.

El general Cruz se adelantó hácia Castilleja de la Cuesta en cuyos olivares estaban emboscа-

dos los franceses, teniendo 40 hombres en el reducto desartillado ya de Santa Brígida. Acometieron con tanto brío los españoles que desalojaron á los contrarios, y los arrollaron hácia la vega de Triana, donde fueron perseguidos por nuestra vanguardia mandada por el escocés don Juan Downie. Entre tanto el general, viendo la retirada del enemigo, temió que este cortase el puente de barcas de Triana dejando así, aunque por poco tiempo, infructuosa la victoria. Para salvar esta contingencia destacó algunos cuerpos para que yendo por el camino de San Juan de Aznalfarache se interpusiesen entre el puente y los fugitivos. Inútil fué la prevision de Cruz, pues no parando la vanguardia en seguimiento de los franceses no solo no dió lugar á que se rehiciesen los desalojados de los olivares de Castilleja, sino que tambien desbarataron las que habian reunido en la vega compuestas de 3 columnas con 2 piezas de artillería y 200 caballos que tenian formadas en batalla, delante del arrabal de Triana y apoyada su derecha en el rio.

Arrollados en todas partes los franceses refugiáronse en Triana seguidos de los aliados con quienes empeñaron una sangrienta refriega en la cabeza del puente. El héroe de este episodio lo fué D. Juan Downie, quien dos veces rechazado y otras tantas herido, cargó tercera vez siendo herido de nuevo y hecho prisionero; pues tan cerca y encarnizadamente se peleó en aquel punto.

Sin embargo, el certero fuego de la artillería española situada en el malecon de Triana, y el arrojo de las tropas lijeras que cruzaban el puente por las vigas sin dejar tiempo para acabarlo de cortar, obligó á los franceses á retirarse á la ciudad, en la que entraron por la puerta del Arenal. Habilitado sin tardanza el puente, pasaron todas nuestras tropas y penetraron por las calles de Sevilla persiguiendo á los soldados franceses, que aturdidos y sordos á la voz de sus gefes huian, arrojando muchos las armas, en direccion á las puertas de la Carne y de Carmona, por donde salieron á la desbandada tomando el camino de Alcalá de Guadaira. Antes de llegar á esta pintoresca villa dejaron en libertad al bizarro Downie.

Sevilla recibió á sus libertadores con sin igual regocijo; y el dia 29 de agosto, esto es, dos dias despues de la entrada de los aliados, se proclamó la Constitucion en la plaza de San Francisco, celebrándose el acto con las mismas fiestas y alegría que en las demas partes.

Entretanto continuaba el mariscal Soult su marcha en retirada de Andalucía hostilizado sin cesar por las guerrillas, y preocupado con los movimientos de Ballesteros, que engrosado con tres regimientos de infantería que le envió la Rejencia, habia salido de la serranía de Ronda y le amagaba sin cesar.

Desde la malhadada accion de Bornos hasta la evacuacion de Sevilla por los franceses, no

habia dejado este general de inquietar al enemigo ya amagando á Málaga, ya corriéndose hácia Osuna, distrayendo de todos modos la atencion de los generales franceses. No teniendo suficientes tropas para atacar de frente al mariscal Soult durante su trabajosa retirada, limitóse á inquietarle noche y dia ejecutando maniobras de flanco amparado de las breñas de la sierra de Torcal. Por fin halló la ocasion propicia para dar un buen golpe de mano, y lo ejecutó el dia 3 de Setiembre en Antequera, atacando la retaguardia del ejército francés mandada por el general Semelé, á quien cojió algunos prisioneros, tres cañones y muchos bagajes. El dia 5 le acometió de nuevo con igual éxito, y continuó tiroteándose con el enemigo hasta Santa Fé.

El mismo dia entró en Granada el mariscal Soult, donde se le incorporaron la guarnicion de Málaga, los destacamentos que estaban esparcidos por los pueblos y ciudades de aquella provincia y por último el quinto cuerpo del ejército francés, á las órdenes del general Drouet, que desde el mes de Mayo se habia mantenido acantonado en Extremadura hácia Llerena. Una vez reunidas todas sus fuerzas Soult evacuó á Granada el 16 y se encaminó á marchas forzadas al reino de Murcia.

Al dia siguiente, 17 de Setiembre, entró el ejército del general Ballesteros en la poética ciudad embellecida por Ben-Alhamar, donde fué

recibido por todos sus habitantes con las mayores demostraciones de cariño y patriótico entusiasmo.

Así, pues, al finalizar el mes de Setiembre de 1812, unos seis meses próximamente despues de proclamada en Cádiz la primera Constitucion política española, terminó de una vez la ocupacion de Andalucía por los franceses, que habia durado dos años y unos nueve meses, y dejado en este hermoso suelo, á diferencia de otras razas estranjeras que lo ocuparon, solo tristes y amargos ó sangrientos recuerdos de su pasagera dominacion. Verdad es, que durante todo aquel tiempo estuvieron constantemente sobre las armas acampados mas bien que asentados en el país, cuya hostilidad creciendo de dia en dia, exitada de un lado por la indignacion que le causaba la insolente altanería del francés como conquistador, y alentada del otro por la accion constante del Gobierno nacional establecido y funcionando libre y desembarazadamente en Cádiz, llegó á hacérseles insoportables faltos de médios para reducirla á la impotencia.

Ya sea esta la causa, ya fuera que el pueblo francés ha sido siempre y en todos los tiempos el que menos dotes ha tenido para colonizar, ó para hacer tolerable su dominacion en suelo extranjero, es lo cierto que su administracion en Andalucía fué «en general desastrada y ruinosa (Toreno), eran las contribuciones extraordinarias, como en casi todos los paises en que los enemi-

gos dominaban, de dos especies; una que se pagaba en frutos aplicada á la manutencion de la tropa y á los hospitales, otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribucion de guerra. Fija esta, variaba la primera segun el número de tropas estantes ó transeuntes, y segun la probidad de los gefes ó su venal conducta. Adolecian especialmente de este achaque algunos comisarios de guerra, quienes con frecuencia recibian de los ayuntamientos gratificaciones pecúniarias para que no hiciesen pedidos exhorbitantes de raciones, ó para que las distribuyesen equitativamente conforme á lo que prevenian los reglamentos militares.

«Con dificultad se podrá computar lo que pagaron los pueblos de Andalucía á los franceses durante los dos y mas años de su ocupacion. No obstante, si nos atenemos á una liquidacion ejecutada por el comisario réjio de José, conde de Montarco, la cual no debiera ser exajerada atendiendo á la situacion y destino del que la formó, aquellos pueblos entregaron á la administracion militar francesa 600 millones de reales, suma enorme respecto de lo que antes pagaban; siendo de advertir que no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de gefes y oficiales sin gran cuenta ni razon, como tampoco auxilios en metálico que venian de Francia destinados á su ejército.

«Para dar una idea mas cabal é individualizada de lo que estas provincias debieron satis-

facer, y para inferir de ahí lo gravadas que fueron las demas de España, segun la duracion mayor ó menor de su ocupacion, manifestaremos en este lugar lo que pagó la provincia de Jaen, de la que hemos podido haber á las manos datos mas puntuales y circunstanciados. Echósele á esta provincia por contribucion de guerra la suma de 1.800,000 reales mensuales, ó sean 21,600.000 reales al año. Y pagó por este solo impuesto y por el de subsistencias desde febrero de 1810 hasta diciembre de 1811, sesenta millones de reales: cantidad que resulta de las oficinas de cuenta y razon, y á la cual, si fuese dable, debería la de las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros gefes para su gasto personal; de las que no daban recibo considerándolas como cargas locales. Lo molesto y ruinoso de semejantes disposiciones aparece claramente comparando estos gravámenes con los que antes de la guerra pesaban sobre la misma provincia, y se reducian á unos ocho millones de reales en cada un año, á saber; mitad por rentas provinciales, mitad por ramos estancados. Así una comarca meramente agrícola, y cuya poblacion no es escesiva, aprontó en menos de dos años lo que antes pagaba casi en ocho.

«Las cargas llegaron á ser mas insoportables en 1811. Hasta entonces los ayuntamientos buscaban recursos para los suministros en los granos del diezmo, exigiéndolos de los Cabildos ecle-

siásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipo con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soult que los granos procedentes del diezmo se depositasèn en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército, órden que se miró como inhumana y algo parecida á los edictos sobre granos del pretor romano de Sicilia; principalmente entonces cuando el hambre producia los mayores estragos, y cuando el precio del trigo se habia encarecido á punto de valer á mas de 400 reales la fanega.

«Consecuencia necesaria de tamaña escasez el agolpamiento de muchas causas. Habia sido la cosecha casi nula; y despues del guerrear y de los muchos recargos, teniendo por costumbre el ejército enemigo embargar para acarreos y trasportes las caballerías de cualquier clase que fuesen, y robar sus soldados en las marchas las que por ventura quedaban libres, vínose al caso de que desapareciese casi completamente el tráfico interior, y de que las Andalucías, en el desconcierto de su administracion, ofreciesen una imájen mas espantosa que la de otras provincias del reino.

«A tanta ruina y aniquilamiento juntóse el desconsuelo de ver despojados los conventos y los templos de las galas y arreos que les daban las producciones del arte, debidas al diestro y delicado pincel de los Murillos y Zurbaranes. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió mas particularmente la solícita diligencia

de la codiciosa mano del conquistador, habiéndose reunido en el Alcázar una comision imperial con el objeto de recojer para el museo de París los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Cúpoles esta suerte á ocho lienzos históricos qué habia pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se practicaban. Aconteció lo mismo al Santo Tomás de Zurbarán, colocado en el colejio de relijiosos Domínicos, y al San Bruno del mismo autor, que pertenecia á la Cartuja de las Cuevas de Triana, con otros muchos y sobreexcelentes, cuya enumeracion no es de este lugar.»

Basta esta reseña hecha por un testigo tan abonado como el conde de Toreno, para darnos una idea bastante esacta de lo que fué la administracion francesa en Andalucía, y para esplicarnos los fundamentos de la aversion y saña con que fueron mirados y combatidos, no ya solo por los ejércitos regulares, sino por los patriotas armados, que veian en los soldados de Napoleon unos costosos y altaneros conquistadores enemigos de la independencia de la pátria, y como unos vándalos ilustrados, que si bien no arruinaban los monumentos de piedra, por el placer de destruirlos, los despojaban de esa riqueza artística, á la que tanto amor profesaban los hijos de Andalucía, despues de haberla poseido durante largos siglos.

Concurrió además para animar la resistencia y desprestijiar á los franceses, que se titulaban pomposamente los primeros propagadores de la luz que irradia la libertad, y de redentores políticos de Europa, la circunstancia notabilísima de estarse discutiendo en Cádiz durante la época del mayor áuje de sus armas en toda la rejion andaluza, una constitucion política calcada, hasta cierto punto, sobre *las francesas*, en la cual se consignaban los derechos inalienables y sagrados del hombre y del ciudadano; de manera que si en todas partes podian decir que llevaban *la libertad en la punta de sus bayonetas*, Andalucía les dió un solemne mentís, proclamándola á la faz del mundo y á despecho de aquellas bayonetas asestadas durante dos años contra el pecho de los constituyentes españoles, padres de la moderna libertad de la pátria. Los franceses, pues, no fundaron nada en Andalucía, y solo dejaron tristes recuerdos de su pasajera dominacion, que tuvo solo el carácter militar, y en manera alguna el de propagadora de las luces de la civilizacion. Verdad es, que nada podian enseñar en materia de cultura ni en materias políticas al país que fué cuna de los hombres mas esclarecidos de España, al pueblo que, en razon de sus grandes relaciones comerciales, estaba en contacto directo con Inglaterra y los Estados-Unidos de América, y conocia de muy atrás, por mas que no las practicase, las teorías del gobierno liberal, y por último, á los patriotas que

inauguraron la guerra con la célebre victoria de Bailen, en la que hicieron prisionero desde el general en gefe hasta el último soldado francés que entró en batalla.

IX.

Sucesos políticos y militares.—Reaccion absolutista.

1813 á 1820.

Terminada definitiva y victoriosamente la guerra de la independencia española en las provincias de Andalucía, si bien prolongóse todavía mas de un año en varias otras de la península, las Córtes generales y extraordinarias del reino pudieron continuar con toda holgura y sociego su improba y gloriosa tarea de regeneracion política, desde la *perla del Océano*, que cual otra Covadonga, y en circunstancias semejantes, lanzó el primer grito de libertad, cuyo májico acento dió aliento á los españoles para luchar sin tregua hasta espulsar de su suelo al estranjero que lo profanaba.

Uno de sus primeros actos desde el momento en que pudieron considerarse como único poder soberano dentro de la nacion, fué nombrar ge-

neral en gefe de todas las tropas españolas á lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, en premio de sus distinguidos talentos y relevantes servicios que habia prestado á España al frente del ejército anglo-portugués, convertido por sus victorias en principal centro de las operaciones activas y regulares de la guerra. (22 de setiembre, 1812.) La medida fué universalmente aplaudida, y lord Wellington mostró su profundo reconocimiento á las Córtes en una sentida carta (22 de octubre) en la que expuso que antes de admitir el mando con que se le honraba, tenia que obtener, á título de súbdito británico, el beneplácito del príncipe regente de Inglaterra, lo cual dió lugar á cierto retraso en la publicacion del decreto.

No faltaron personas, aunque pocas, que censuraron duramente aquel nombramiento, suponiendo que con él se inferia un ultraje al honor nacional y se comprometia la independencia de la pátria. Púsose á la cabeza de los descontentos el capitan general de Andalucía D. Francisco Ballesteros, resentido de que se hiciese tal agravio á la fama y gran popularidad de que gozaba como caudillo entendido, valeroso, sóbrio y que habia prestado los mas relevantes servicios á la causa de la independencia nacional. El disgusto de Ballesteros, residente á la sazon en Granada, se trasformó muy luego en manifiesta insubordinacion, (23 de octubre) con tendencias á una rebelion abierta. Las Córtes celosas de sus

prerogativas y lejítima autoridad, mandaron formarle causa, y le destinaron de cuartel á Céuta, en tanto aquella se sustanciaba.

Dos meses despues (24 de diciembre) trasladóse lord Wellington á Cádiz, á fin de concertarse con el Gobierno español acerca de la campaña que debia abrirse en la primavera del año siguiente, y arbitrar medios para restablecer la subordinacion entre los soldados ingleses, cuyos excesos rayaban ya en desenfreno, segun puede deducirse de una circular que poco tiempo antes habia pasado Wellington á todos los comandantes de las tropas británicas, y en la que se leian los siguientes duros y desconsoladores conceptos: «La disciplina del ejército de mi mando «en la última campaña, ha decaido á tal punto, «que nunca he visto *ni leido* cosa semejante. Sin «tener por disculpa desastres ni señaladas priva«ciones....» «Hánse cometido desmanes y excesos «de toda especie, y se han experimentado pérdi«das que no debieran haber ocurrido....»

¡Júzguese cual seria la situacion de los pueblos españoles dominados por los enemigos, cuando los amigos y aliados los trataban así!

No obstante, lord Wellington fué espléndidamente obsequiado por las Córtes, la Regencia, la grandeza de España casi toda ella reunida en Cádiz, y por los vecinos de la ciudad, que se extremaron á porfía por hacerle grata su estancia en ella; finalmente las Córtes le dispensaron la insigne honra de recibirle en su seno y conce-

derle asiento en medio de los diputados. Honor que Wellington agradeció vivamente á fuer de hijo de un país donde tan alta consideracion y profundo respeto se tributa á la representacion nacional. Este acto inusitado tuvo lugar en la sesion del dia 30 de diciembre, y en ella «leyó lord Wellington un discurso en castellano, sencillo, pero enérjico, realzando el vigor de las palabras el acento mismo aspirado y fuerte con que lo pronunció.» (Toreno.)

Rara coincidencia; el primer extranjero, Lucio Cornelio Balbo, que tomó asiento en el Senado romano, era natural de Cádiz; y en Cádiz tambien tomó asiento el primer extranjero en el Senado español.

Pasados aquellos dias de patriótica espansion, ocupóse el Gobierno nacional en dar impulso á la guerra que se sostenia en otras provincias y en simplificar la pública administracion. Refundiéronse por este tiempo los siete ejércitos españoles de operaciones, en cuatro y dos de reserva; llamóse el 1.° de Cataluña, y se dió el mando al general Copons y Navia; el 2.° se formó con el 2.° y 3.° antiguos, y quedó á su frente D. Francisco Javier Elío; el 4.° antiguo se trasformó en el 3.°, al mando del duque del Parque, y el 4.° moderno, formado con los 5.°, 6.° y 7.° se puso á las órdenes del general Castaños. En cuanto á los dos de reserva debia organizarse uno en Andalucía mandado por el conde del Abisbal, y otro en Galicia, por D. Luis Lacy; de estas fuerzas

50,000 hombres tenian que maniobrar á las inmediatas órdenes de lord Wellington.

En breve salió este ilustre general de Cádiz para Lisboa, donde fué recibido como un triunfador. Allí, puesto de acuerdo con los Gobiernos de la península, dispuso el plan de la próxima campaña contra los franceses, y preparó sosegadamente los medios para precipitar la caida de Napoleon, haciendo coincidir las victorias que obtuvo sobre las águilas francesas en España con las derrotas que sufrieron en el norte de Europa.

Es así, que al despuntar la primavera de 1813, comenzaron á salir tropas francesas de España, y con ellas el mariscal Soult, llamado por el emperador para la guerra de Alemania. En 17 de marzo abandonó José Napoleon definitivamente á Madrid, y en 21 de junio perdió la memorable batalla de Vitoria, en la que su ejército completamente derrotado, abandonó el campo, dejando en él 8,000 hombres, 151 cañones, bagajes, almacenes, las cajas militares llenas de dinero, un rico convoy, en el que se conducian los equipajes de los generales y de las personas de la córte fujitiva, el coche del mismo ex-rey, y hasta el baston de mando del mariscal Jourdan, que vino á parar á manos del vencedor Wellington.

De allí pasó este ilustre general (principios de julio) á emprender los sitios de San Sebastian y de Pamplona, el primero de los cuales encargó á sir Thomás Graham con la 5.ª division britá-

nica, y el segundo, que se redujo á un bloqueo, fué encomendado al conde del Abisbal con el ejército de reserva de Andalucía.

De esta manera en los meses de mayo y junio los franceses fueron lanzados del reino de Leon, de ambas Castillas y de las provincias Vascongadas y Navarra; campaña rápida y venturosa que justifica el acierto con que el gobierno de Cádiz dió á lord Wellington el mando en gefe de todos los ejércitos de operaciones de la Península.

En atencion á encontrarse libres de la dominacion estranjera las provincias del centro, presentóse en las Córtes la cuestion de trasladar á Madrid el asiento del Gobierno; cuestion que dió lugar á acalorados debates, acordándose por último, á propuesta de la Regencia, (9 de agosto, 1813) que se adoptase en principio la traslacion, mas que no se fijase dia para realizarla.

A mediados de setiembre, catorce dias despues de la gloriosa batalla de San Marcial (31 de agosto) dirijida por el general Freire, y en la que los españoles se condujeron, segun dicho de lord Wellington, que llegó una vez concluida la refriega «como las mejores tropas del mundo» las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española, instaladas en la Isla de Leon el 24 de setiembre de 1810, cerraron sus sesiones y se disolvieron. Cuarenta y ocho horas despues, dióse el anómalo y nunca visto espectáculo de

volverse á abrir de propia autoridad, ó cediendo á la presion de una circunstancia escepcional. Fué el caso, que el dia siguiente de disolverse las Córtes, la fiebre amarilla que hacia algun tiempo se habia presentado en Cádiz, tomó tal incremento, que alarmado el Gobierno resolvió trasladarse secretamente al Puerto de Santa María, para de allí alejarse muchas léguas de la costa. No fué tan secreto su acuerdo que dejara de traslucirse en el vecindario, cuya alarma y cuyas exijencias obligaron á la Regencia á dar el paso tan inconstitucional que dejamos indicado. Abriéronse, pues, de nuevo las Córtes estraordinarias, y celebraron sesiones en los dias 17, 18 y 20 para resolver el punto de la traslacion del gobierno. Promoviéronse acalorados debates acerca de este particular, resolviéndose por último dejar la resolucion de este espinoso asunto á las Córtes ordinarias, que debian reunirse de allí á muy pocos dias, con lo cual las extraordinarias se disolvieron definitivamente.

Constituyéronse aquellas el dia 26 de setiembre con arreglo á lo que prevenía la nueva ley fundamental, en cuanto lo permitian las circunstancias, y abrieron sus sesiones en Cádiz el 1.° de octubre, continuándolas hasta el 13, dia en que con la Regencia se trasladaron á la Isla de Leon para continuar sus tareas con menos riesgos y mas pacíficamente dado que la fiebre amarilla hacía menos víctimas en este punto que en la populosa Cádiz. Aquí continuaron hasta

fines de noviembre, época en la cual comenzando á ceder la epidemia, y habiéndose levantado en toda España un clamor muy vivo manifestando el deseo de que se restituyese el Gobierno á su capital antigua, condescendieron y decretaron las Córtes suspender sus sesiones en la Isla de Leon (29 de noviembre) para volverlas á abrir en Madrid; como así se verificó sin tardanza, poniéndose en camino las Córtes y la Regencia con todas sus oficinas, dependencias y largo acompañamiento, segun se lo permitian los acontecimientos de la guerra ya resueltamente favorable á los españoles, con la toma de Pamplona y el paso del Bidasoa por el ejército aliado.

El dia 15 de Enero de 1814, reanudaron sus tareas en Madrid. El 19 de febrero dieron por terminada su primer legislatura, y el 1.° de marzo, atendidas las anormales circunstancias que atravesaba el país, abrieron la segunda.

Entre tanto los triunfos conseguidos por la *Santa Alianza* aquende el Rhin, coincidiendo con las operaciones del ejército anglo-hispano-portugués allende los Pirineos, habian reducido á la impotencia á la Francia y á su emperador quien intentó hacer un postrer esfuerzo para sostener, ya que no recobrar su poder militar y político, proponiendo una transaccion diplomática á Fernando VII, á quien guardaba cautivo en el palacio de Valencey. Aquellas negociaciones dieron por resultado el tratado llamado de Valencey por el cual el emperador de los franceses

se obligaba á reconocer á Fernando y sus sucesores por reyes de España y de las Indias, y á restituir las provincias y plazas que ocupasen todavía sus tropas en la península (8 de diciembre 1813). En su virtud *Fernando el deseado*, salió de su dorada prision el 13 de Marzo; el 19 entró en Perpiñan; el 22 pisó el territorio español, y el 24, entre diez y once de la mañana fué recibido en la márgen derecha del rio Fluviá cerca del pueblo de Bascara, por D. Francisco Copons general del primer ejército, cuyas tropas formaron en gran parada para hacer los honores lo mismo que las francesas, al rey cuya ausencia habia durado seis años.

No bien cundió por España la noticia de la llegada del rey á su territorio, acudieron á rodear su persona todos los descontentos, todos los resentidos, todos los que se creian perjudicados con el nuevo órden de cosas que el sistema constitucional habia creado en España. «Animados de los mas ruines sentimientos una porcion de españoles, poco dignos de tal nombre, volaron al encuentro del Rey á fin de dirigirle al cumplimiento de sus particulares venganzas; en efecto, en Teruel, antes de llegar á Valencia, se verificó la primera junta—de los corifeos de la reaccion mas brutal y estúpida—en que decididamente se aconsejó á S. M. su conducta sucesiva. (*Apuntes Históricos-Críticos*, por el marqués de Miraflores.)

El 19 de abril llegó el rey á Valencia, y muy

luego comenzaron á tocarse los resultados de la junta de Teruel. Multiplicáronse las intrigas y maquinaciones para prevenir su ánimo contra el gobierno cuya legitimidad nadie hasta entonces se hubiese atrevido á poner en duda ostensiblemente, y el rey dejó al fin traslucir sus disposiones contra la Constitucion, la Regencia y las Córtes alentando á los que descaradamente le ofrecian los medios efectivos para destruir todo aquel sistema político. En Valencia fuéle entregada una representacion clandestina firmada por algunos diputados, que así faltaron á sus deberes y juramentos, para que no jurase la Constitucion y disolviese el Congreso. En esta representacion, conocida por la de los *Persas* por la cláusula pedantesca y risible con que comenza ba, hacian el elogio de la monarquía absoluta por ser obra de la *razon y de la inteligencia*.....

Este indigno documento que «envolvía en sí una verdadera bajeza y villanía,» y el ofrecimiento que hizo al rey el general Elío de poner el ejército que mandaba á su absoluta voluntad, decidieron la cuestion en la forma que apetecia el partido reaccionario. Pocos dias despues, el 4 de mayo, dió el rey un decreto en el que si bien declaraba S. M. que no juraría la constitucion y que desaprobaba altamente los actos de las Córtes, afirmaba que aborrecía el despotismo y que convocaría Córtes. Publicado este decreto salió Fernando VII de Valencia para Madrid, rodeado

de los corifeos de un partido fanático y vengativo que no representaba ciertamente la nacion que durante seis años habia luchado sin trégua por su rey y su independencia. Ya en el camino dió Fernando inequívocas muestras de lo que los defensores de sus derechos tenian que esperar de él, negándose á recibir la diputacion que las Córtes enviaron á su encuentro, y desterrando en el acto al Cardenal, presidente de la Regencia. En la noche del 10 al 11 de mayo rodearon la capital las tropas del general Eguia, y antes de amanecer fueron detenidos los regentes, los ministros y los diputados á Córtes extraordinarias y ordinarias, ocupáronseles los papeles y los encerraron en calabozos en la mas rigurosa incomunicacion.

Así concluyó por un acto en que la felonía y la ingratitud se disputaban el primer lugar, aquel gobierno de cuyas manos recibía Fernando VII la monarquía entera é independiente; un ejército brillante, aguerrido y disciplinado de 180,000 hombres, es decir, tres veces mayor del que tenía España el año ocho; un gobierno que se habia formado en Cádiz único rincon de la península que se librara del yugo francés; un gobierno que habia sido reconocido como legítimo por Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia, Suecia y Portugal; un gobierno, en fin, que dejaba casi pacificada la insurreccion que habia estallado en varias regiones de la América española, y que sobre todo, libró á Fernando VII de su cau-

tividad y le dió el trono que habia renunciado en Bonaparte.

El dia 13 de mayo hizo Fernando su entrada en Madrid pasando por debajo de árcos de triunfo y rodeado de un inmenso pueblo que le victoreaba con frenético trasporte. Mas aquella alegria tornóse en breve en amargo desconsuelo. Destruido el gobierno constitucional y triunfante el absolutismo *neto*, estableciéndose un sistema de intolerancia y feroz persecucion contra todos los hombres y todos los partidos que habian trabajado mas ó menos directamente por hacer entrar al pais en las vias del progreso ordenado y sensato, é imposibilitados los ministros, de buena intencion, de salir del cenagal en que habian metido la cosa pública los primeros y malhadados consejeros que tuvo Fernando VII, empezó una nueva época infinitamente mas fecunda en errores que lo habia sido la anterior. No solo no se cumplió el decreto del 4 de mayo, que reaccionario y todo era al fin una tímida concesion al espíritu del siglo, sino que se restablecieron las cosas al ser y estado que tenian en 1808. Reapareció el Consejo de Castilla, los Capitanes Generales presidentes de las Chancillerias, los Alcaldes Mayores y Corregidores que administraban justicia y cuya autoridad era meramente discrecional, y dependientes de instrucciones que se les comunicaban por cualquier ministerio, en fin, todo el órden político, judicial, administrativo y económico que habia abierto de par en par las

puertas de España á la invasion francesa.

«¿Y cuales fueron los resultados? Sin instituciones; sin leyes fijas; acostumbrado el pueblo al desórden y á la inobediencia consecuencia precisa de los seis años de la guerra de la independencia, era preciso esperimentar ó las consecuencias de una verdadera disolucion social, ó establecer al menos una administracion pública vigorosa que restableciendo el órden acostumbrase de nuevo al pueblo á la subordinacion y obediencia: adoptóse el primer término de esta inalterable disyuntiva, como medio indispensable para que la faccion dominante asegurase su triunfo, y los efectos fueron los que precisamente deben tocarse cuando se quebrantan los principios en que estriba la organizacion social.

«El gobierno estaba en manos de hombres ineptos, el rey solo daba oidos al lenguage de la pasion política, y el Estado caminaba á pasos de gigante al abismo donde debía sumergirse. El ejército estaba descontento viendo premiadas las exajeraciones políticas con preferencia á las gloriosas heridas recibidas en los campos de batalla. La marina abandonada hacia irrealizables todos los planes dirigidos á pacificar las Colonias disidentes. La Hacienda completamente arruinada dejaba en descubierto todas las atenciones del Estado. El crédito no existía. La industria nacional arruinada por los sacudimientos de una guerra larga y desoladora dejaba en la ociosi-

dad multitud de brazos que ni en la agricultura ni en el comercio podrian hallar ocupacion, por manera que los manantiales de la riqueza pública, ya escasos, llegaron á secarse enteramente.

«Consecuencia del establecimiento en toda su integridad del órden de cosas que existiera en 1808 fué la reinstalacion del Santo Oficio, que la faccion que se habia apoderado del trono no podía dejar en olvido dado que era el mas firme baluarte de su existencia en el poder. En pos de la Inquisicion vino el restablecimiento de la Compañía de Jesús, expulsada del reino por el juicioso y cristianísimo Cárlos III, despues del mas maduro y detenido exámen.» (Marqués de Miraflores)

Esta interminable série de error; este funesto sistema político basado en la ignorancia hasta de los primeros elementos de la ciencia del gobierno; esta tenacidad en tener los ojos cerrados á la luz de la razon y de la experiencia produjeron una situacion tan insostenible, un descontento público tan profundamente marcado que á nadie sorprendieron las primeras manifestaciones que de una manera ruidosa se hicieron contra aquel órden de cosas, que deshonraba y empobrecia á la nacion. Y no fué solo en la península donde se sintieron los funestos efectos de la ineptitud de la mayor parte de los hombres que rodeaban al rey, que tambien alcanzaron á nuestras posesiones de América casi enteramente su-

blevadas desde que, como los Estados-Unidos en la segunda mitad del siglo anterior, perdieron la esperanza de un arreglo con la metrópoli.

Así es que á raiz de la caida del sistema constitucional en 1814, y durante los seis años de absolutismo estallaron en España cinco conjuraciones para restablecer el sistema, que aunque ahogadas en la sangre de Porlier, en Santiago de Galicia (1815) de Richard en Madrid (1816) de Lacy en Cataluña (1817) y del coronel Vidal en Valencia, (1818) retoñaron y dieron su fruto con una tremenda conspiracion, que al fin tambien acabó por malograrse tres años despues á resultas de una série de *errores liberales*, sino tan funestos como los absolutistas, al menos lo bastante para ocasionar una segunda solucion de continuidad en la obra de nuestra revolucion contemporánea iniciada en Cádiz en 1810.

Corria el año 1819, y Fernando VII que pretendia ser tan absoluto en América como en España, quiso hacer un supremo esfuerzo para dominar la insurreccion de las colonias. Faltaban buques; nuestros arsenales estaban vacios y despoblados, y en tal conflicto el ministro de Rusia M. Tatitscheff, los ofreció mejores y mas baratos que pudieran obtenerse en ningun otro pais. Aceptada por Fernando con gozo y reconocimiento esta prueba de amistad del emperador de Rusia, cuya alianza estimaba nuestro gobierno con preferencia á la de Inglaterra, considerada peligrosa en atencion al sistema constitucional

que allí rejía, y á la de Francia dado que Luis XVIII con su Carta otorgada tenia cierto sabor jacobino, vinieron á Cádiz varios navíos y fragatas que costaron sumas enormes; pero que eran tan viejos y estaban tan apolillados que solo uno de los primeros y otra de las segundas se encontraban en medianas condiciones para aguantar la mar. Fueron tan vivos los clamores que se alzaron contra un *negocio* en que el gobierno ruso aparecía como estafador y el español como engañado, que este último para acallarlos y volver por su honra asi como por la de su aliado dió un decreto prohibiendo que se hablase de aquel negocio bajo pena de ser *acusado de herejía quien maldijese* de la flota.

Entre tanto ibase concentrando en Cádiz y sus alrededores un numeroso cuerpo de ejército que á las órdenes del conde del Abisbal debía pasar á América á combatir la rebelion de aquellas vastas posesiones, *cuyas minas* y COMERCIO ESCLUSIVO *con la metrópoli* fueron la funesta base de la política española en América. «Los errores no interrumpidos del Gobierno presentaban cada dia mayores y nuevos elementos de destruccion; las lójias de la Masonería, ocupadas esclusivamente de la política, miraban al gobierno cada dia mas y mas débil y aprovecharon la oportunidad de hallar un pretesto para dar al soldado la constancia que le había faltado en las tentativas de Porlier y Lacy. Este pretesto fué no ir á América, á lo que el soldado

español ha tenido siempre y conserva una gran repugnancia y no menos el oficial.»

La *francmasonería*, una de las sociedades secretas mas antiguas en Europa, solo habia entrado en España á principios del siglo con la invasion francesa, y hecho desde luego numerosísimos prosélitos en los pocos años que contaba de existencia á pesar de las persecuciones de la Inquisicion y de la vigilancia de las autoridades. A esto debió sin duda el color político que tomó esa sociedad puramente filantrópica y fraternal que en un principio tuvo por objeto el ejercicio de la beneficencia y el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, y la práctica de todas las virtudes con sujecion á las leyes. Dicho se está el calor y entusiasmo con que el partido liberal en España aceptaría esa sociedad cuya organizacion le permitia combatir mejor á sus enemigos; haciéndose notar entre las clases que la aceptaron como un arma de partido para destruir el pasado y abrir al país las puertas del porvenir, el ejército, cuya mayor ilustracion práctica en aquéllos tiempos, le ponia en el caso de apreciar mas íntimamente el inmenso poder de esta sociedad.

Es así que los conspiradores estimando en lo que valian estas circunstancias, tomando en consideracion las profundas y dilatadas raices que las ideas liberales habian echado en el suelo donde acampaba el ejército espedicionario de América, y contando con el descontento que cundia en sus

filas, trabajáronle con tanta perseverancia y acierto que muy luego lo atrajeron á sus miras, todo hasta el general en gefe que se puso al frente de los trabajos revolucionarios. Mas el conde del Abisbal, hombre de carácter inconstante y á quien sus veleidades políticas habian dado cierta celebridad, mostróse en esta ocasion lo que siempre habia sido, y rompiendo de improviso con la insurreccion militar que habia fomentado, púsose al lado del gobierno ofreciéndose á combatirla. Ignoramos los móviles á que obedeceria su estraña conducta; pero es lo cierto que en la mañana del 19 de julio de 1819, presentóse brusca é inesperadamente á la division acantonada en el Puerto de Santa María y mandó arrestados á diferentes puntos á los jefes de todos los batallones y escuadrones con quienes poco antes habia conspirado contra el órden de cosas establecido. El gobierno agradecido, mas no atreviéndose á fiar en una fidelidad tan tornadiza, le separó del mando del ejército espedicionario y le nombró capitan general de Andalucía con el mando político y la presidencia de la audiencia de Sevilla.

Mas el gobierno, como ha acontecido siempre en España, y de ello tenemos ejemplos muy recientes, en vez de proceder con la actividad é inteligencia que su instinto de conservacion le aconsejaba, recurrió á paliativos que en vez de curar el mal lo exacervaron. Ya fuese porque careciese de hombres de suficiente enerjía y capacidad, que todos estos le abandonaban viendo cual se desmo-

ronaba la situacion, ó ya que sus errores lo tuviesen completamente fuera de tino, no supo tomar activas y vigorosas medidas para sofocar aquella conspiracion la mas imponente y amenazadora de todas cuantas se habian sucedido desde el año 1814, limitándose á separar los oficiales que se habian hecho culpables ó sospechosos y á nombrar para el mando del ejército, *que dejó reunido* al conde de Calderon, general anciano, sin experiencia y sin prestigio alguno entre los soldados que le desconocian.

Poco tardó el nuevo general en dar pruebas manifiestas de su incapacidad para desempeñar las comprometidas y delicadas funciones que se le habian confiado. La fiebre amarilla, ese cruel azote que periódicamente causaba estragos en Cádiz, presentóse de nuevo en la costa, y el conde de Calderon en vez de alejar los cuerpos de su ejército á conveniente distancia manteniéndolos en prudente separacion, los concentró en el Campo de las Correderas, en las inmediaciones de Alcalá de los Gazules, á nueve leguas de Cádiz, con cuya ciudad continuaban correspondiéndose fácilmente los conjurados. Reunidos estos de nuevo, y tan estrecha ó íntimamente como lo daba de si el aislamiento en que la epidemia los obligaba á encerrarse, reanudaron muy luego los lazos aflojados momentáneamente pero no rotos, de la conspiracion, y trataron de precipitar los acontecimientos no solo en interes de la pátria que veian humillada, escarnecida y postrada por los innumerables des-

aciertos de sus gobernantes, sino en los de sus compañeros de armas víctimas en todas partes de la suspicacia y fundados recelos de la faccion que rodeaba el trono y monopolizaba el poder.

Esperábase ya solo la ocasion ó un pretesto para dar el grito de libertad, cuando lo proporcionó inesperadamente la desaparicion de la fiebre amarilla y la órden de levantar el campamento de las Correderas y dirijirse los batallones á ocupar sus anteriores acantonamientos. Aquel dia fué el señalado para iniciar la primera revolucion popular contemporánea española; y abrir en nuestra historia una nueva época que viene desarrollándose desde entonces trabajosamente, y marchando en aparente desórden hácia los fines de la completa trasformacion de nuestra sociedad en el órden político, religioso, administrativo y económico.

En esta ocasion como en todas las grandes épocas de nuestra historia, Andalucía fué la cuna y la propagadora de una nueva civilizacion. Despues de haber aprendido de los Fenicios y Cartajineses y difundido por España la ciencia del comercio; de los Romanos la de la lejislacion y de las artes; de los Godos la unidad del poder y el amor á la familia; de los Arabes los medios de adelantar la cultura intelectual y material de los pueblos; de los Moros el fanatismo y la intolerancia en materias de religion, tenia que alimentar en su seno y difundir por la península, si habia de ser lójica y consecuente con su historia de mas de

dos mil años, la nueva idea política-social que nacida en Inglaterra, perfeccionada en los Estados-Unidos exajerada desmedidamente en Francia, llegó á tiempo á España para empezar su regeneracion.

X.

Segundo período constitucional.

1820, 21 y 22.

El dia 1.° de enero de 1820, D. Rafael del Riego, comandante del batallon de Astúrias acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan, formó su batallon á las ocho de la mañana y puesto al frente de banderas, proclamó la Constitucion de 1812, puso en el pueblo un ayuntamiento constitucional y se dirigió con sus tropas entusiasmadas á los Arcos, cuartel general del ejército espedicionario de América, mandado por el conde de Calderon.

Simultáneamente el batallon de Sevilla acuartelado en Villamartin, salió de sus cantones hácia los Arcos para incorporarse al de Astúrias y sorprender al general en gefe y demás oficiales superiores; mas estraviados los guias no pudo verificar su reunion, y entró solo el de Riego en

Arcos donde arrestó al general en gefe y á los generales Fournás, Salvador y Blanco abandonados por el batallon de su guardia que se unió á los sublevados. Al dia siguiente 2 de enero, se incorporó con el mismo propósito el batallon de Aragon, y en el acto fué proclamado en Arcos el Código fundamental de 1812, sin encontrar resistencia por parte de los oficiales del cuartel general, la mayor parte de los cuales se unió á los pronunciados, recibiendo los demás el pasaporte para distintos puntos.

Entre tanto el coronel Quiroga que con Arco-Aguero, San Miguel y O'Daly habia sido preso por el Conde del Abisbal á resultas de la frustrada conspiracion de julio del año anterior, y se hallaba encerrado en el convento de Alcalá de los Gazules, rompió su encierro, y al frente de los batallones de España y de la Corona, proclamó la Constitucion, y marchó sobre la isla Gaditana, apoderándose fácilmente del puente de Znazo, llave de aquella importante posicion. El plan era ocupar á Cádiz, donde los sublevados contaban con muchos amigos y hacer de esta plaza la base de sus primeras operaciones. Pero el teniente de Rey que mandaba en ella, desplegó tan extraordinaria actividad en habilitar las fortificaciones de la Cortadura y guarnecerlas con tropas de la escuadra surta en bahia, que burló el intento de Quiroga y le obligó á retroceder.

A pesar de este contratiempo, el dia 6 de enero estaban ya pronunciadas en favor de la Cons-

titucion las poblaciones de Jerez y del Puerto de Santa María y reunidos en la isla de Leon siete batallones al frente de los cuales se encontraban Riego, Quiroga en clase de general en gefe, O'Daly, Arco-Aguero, San Miguel, Labra, Marin y otros oficiales superiores. Ocupada la Carraca por los sublevados y habiéndose declarado por ellos la artillería y el batallon de Canarias, formaron un cuerpo de ejército bastante considerable, por ser acaso el único reunido á la sazon en España en aquella proporcion numérica.

Sin embargo, viéndose en la imposibilidad de entrar en Cádiz y que algunos cuerpos de los comprometidos tardaban ó se negaban á incorporárseles, tomaron posiciones y se fortificaron en la isla, resueltos á esperar, confiados en que la noticia de su alzamiento bastaría para sublevar toda la nacion. Así trascurrieron veinticinco dias, al cabo de los cuales, comprendiendo que una mas larga inaccion en aquellos supremos y contados momentos podia serles funesta, determinaron destacar una fuerte columna que recorriese el país para promover la insurreccion, atraerse los cuerpos indecisos y proporcionarse al mismo tiempo los recursos necesarios para el sostenimiento del ejército. Riego fué nombrado caudillo del cuerpo espedicionario, y San Miguel gefe de su estado mayor.

El dia 27 de enero, verificó su salida de la isla de Leon al frente de 1.500 hombres y marchó sobre Algeciras, donde permaneció hasta el 7 de

febrero. De aquí quiso regresar á la isla, mas encontrando el camino interceptado por los realistas, resolvió dirigirse á Málaga, donde creia ser bien recibido. No tuvo en aquella ciudad la acogida que esperaba y hubo de salir de ella batiéndose con las tropas realistas en las calles, y se encaminó hácia Córdoba. El 7 de marzo entró en Moron, despues de haber sostenido un encuentro, del que salió victorioso; sin embargo, las privaciones, la fatiga y la desercion habian dejado reducida su columna á trescientos hombres, con los cuales, perdido el rumbo á influjo de la desercion que continuaba y del desaliento que le causaba la indiferencia, ya que no la hostilidad, con que era recibido en todos los pueblos á su paso, Riego se enriscó en las asperezas de Sierra Morena con cuarenta y cinco hombres que muy luego se separaron de él.

La situacion del ejército que habia quedado en la isla, no era ciertamente mucho mas favorable, y hubieran sido inútiles todos sus esfuerzos para restablecer la Constitucion de 1812, si el descontento público que cundía por todos los ámbitos de la península, consecuencia de los desaciertos y funesta administracion del gobierno, no hubiera creado una situacion insostenible y hecho fatalmente necesaria la revolucion.

Así es que el 21 de febrero, la Coruña y muy luego el Ferrol, Vigo y toda Galicia, secundó el grito de Riego, haciendo huir á Castilla al teniente general conde de San Roman, que gobernaba

aquellas provincias en nombre del Rey. Astúrias siguió rápidamente el ejemplo. En Zaragoza reuniéronse en la plaza el dia 5 de marzo el pueblo, el Ayuntamiento, el Capitan general con toda la guarnicion, y muchedumbre de empleados públicos de nombramiento real, y proclamaron la Constitucion de 1812. En Barcelona el dia 10 del mismo mes el pueblo y la guarnicion con sus oficiales á la cabeza, hicieron que el general Castaños accediese á la proclamacion del Código de Cádiz, y el 11, la guarnicion de Pamplona á instancias del esforzado general Mina, se apoderó de la ciudadela al grito de viva la Constitucion.

Tanta fortuna como tuvieron aquellas populosas capitales para llevar á cabo el alzamiento nacional sin efusion de sangre, dado que no hubo resistencia por parte de nadie, abundando la inmensa mayoría de sus habitantes en un mismo pensamiento, tanta desgracia tuvo el pueblo de Cádiz, donde se abrigaban acaso mayores elementos que en otra ciudad alguna, para hacer tranquilamente su revolucion.

«Las noticias del estado en que se encontraba el interior del reino tenian ajitados los ánimos; deseosa una parte de la tropa de la guarnicion de que no estallase el movimiento revolucionario contrariaba los deseos del pueblo de Cádiz, el mas entusiasta por la Constitucion en toda la monarquia, y esta pugna producia un estado de verdadera alarma.

«Por otra parte las autoridades poco seguras

de la obediencia del mayor número de los individuos que componian la fuerza armada, y convencidas además del espíritu que reinaba en la poblacion, trataron de contemporizar con prudencia esperando que las noticias que de un momento á otro debian recibirse aclarasen el horizonte político y les marcasen la línea de conducta que debian seguir: tal era la incertidumbre del general Freyre y del general de marina Villavicencio cuya tropa conservaba tranquilidad, órden y subordinacion. Constantes estos gefes en su sistema de contemporizar, la noche del 9 de Marzo, en la plaza de San Antonio, trataron de sosegar los ánimos é inclinarles á esperar noticias del interior y de la Córte; mas sus exhortaciones fueron contestadas con un grito de viva la Constitucion lanzado por la multitud, con repique de campanas y con todos los signos de estar dispuestas las cosas para el levantamiento general en aquella noche. La situacion era crítica por demás y la negativa imposible. El general Freyre tuvo que prometer, á fin de restablecer el sosiego, que al dia siguiente se juraria la Constitucion. En esta confianza cesaron por aquella noche las ruidosas aclamaciones, y á la mañana siguiente reunióse un inmenso pueblo en la plaza de San Antonio, deseoso de asistir al acto de la jura prometido la noche anterior y anunciado por todos los periódicos de la plaza que se publicaron aquel dia. Empero la escena varió de repente y la alegría ge-

neral se convirtió en amargo llanto.

«Inermes los infelices habitantes esperando una fiesta, se ven acometidos de improviso por el batallon de Guías, que haciendo fuego con bala sobre la multitud sembraba por todas partes la muerte y el espanto: ancianos, hombres, niños, y mugeres corrian despavoridos á librarse de la muerte en el asilo de sus hogares, los que muchos fueron profanados, robados y saqueados por la soldadesca, pereciendo muchas víctimas. La causa de tamaño atentado no la conocemos; pero jamás podrá alegar, sea el que quiera el autor de semejante atrocidad, ninguna razon de lealtad ni de entusiasmo por el sistema de gobierno que caia. Este proceder lo juzgarán siempre los hombres honrados de todos los partidos como un verdadero asesinato, como un crímen de lesa humanidad.

«Mas sea como quiera, el pueblo de Cádiz permaneció tranquilo y temeroso, sin acontecimiento de importancia hasta el 15 de Marzo, dia en que se recibió el decreto del juramento, que tenia fecha del 7. Si la comunicaciones se hubiesen hecho con la celeridad que la importancia de aquellos acontecimientos exijía, Cádiz no hubiera tenido que llorar sus desgraciadas víctimas.» (Marqués de Miraflores).

El decreto de 7 de Marzo mandando jurar la Constitucion promulgada por las Córtes generales y extraordinarias en el año 1812, habia sido arrancado á Fernando VII no sabemos si por el

temor, ó por la ductilidad característica de aquel monarca, que le permitia acomodarse á todas las circunstancias, á reserva de esplotarlas en su propio particular beneficio. Verdad es tambien que toda resistencia por su parte hubiera sido completamente inútil, rodeado como se encontraba de hombres desacreditados, que en vez de esforzarse en cicatrizar las profundas llagas que la guerra de la Independencia y los años de gobiernos absolutos habian abierto en la nacion, las dilataban cada dia mas con sus torpezas administrativas, con su política estrecha y con su ódio á toda reforma en sentido espansivo ó liberal. Y si á esta causa inmediata agregamos el profundo malestar de la nacion fatigada con una série de desaciertos que la humillaban y empobrecian, nada estraño parecerá que el rey viéndose abandonado de la mayor parte del ejército, falto de hombres de suficiente prestigio para hacer frente á la borrasca que amenazaba destruir su poder absoluto y contemplando la secreta satisfaccion, cuando no la manifiesta alegría, con que en Madrid eran recibidas las noticias del triunfo de los constitucionales en Andalucía, Galicia, Asturias, Navarra, Aragon y Cataluña, es decir, en todas las provincias de ambos litorales, jurase y mandase jurar aquella Constitucion que le habia conservado el trono, y que se diera prisa en derogar no bien rompió su cautiverio en Francia.

La causa Constitucional venció, pues, acele-

rando su triunfo dos hechos de marcada significacion, que han venido desde entonces reproduciéndose con los mismos caracteres en todas las trasformaciones políticas que ha experimentado el país en estos últimos cincuenta años. Es el primero, que habiéndose confiado, por los atribulados consejeros de Fernando, al conde de Abisbal, el versatil conspirador de Julio de 1819, la comision de restituir á la obediencia algunos cuerpos de cuya fidelidad se dudaba, correspondió á la confianza depositada en él pronunciándose en Ocaña al frente del regimiento de infantería Imperial Alejandro, que mandaba su hermano, por la Constitucion de 1812; y es el segundo, que toda la guarnicion de Madrid inclusa la Guardia Real, cuerpo en el que la Córte tenia vinculada todas sus esperanzas, no solo simpatizaba con la revolucion, sino que tomó una parte activa en ella desde que se presentó con probabilidades de triunfo, proyectando tomar posiciones en el retiro y desde allí enviar diputados á S. M. suplicándole jurase la Constitucion, segun se lo manifestó al mismo rey, el general Ballesteros, que habia sido enviado para esplorar el espíritu que animaba aquellas tropas.

A la patriótica alegría que produjo el decreto de 7 de Marzo sucedió el dia 9 una escena tumultuaria que dió por resultado el nombramiento de una Junta Provisional Consultiva para sustituir al ministerio mientras este no se reorganizaba, compuesta de personas honradas,

respetables por su carácter, virtudes y saber, y merecedoras de la confianza del pueblo de Madrid.

«Desde el 9 de Marzo, dice el marqués de Mi-«raflores, testigo ocular de estos sucesos, hasta «el 9 de Julio en que se instalaron las primeras «Córtes, es una época cuya historia fijará la ad-«miracion de las generaciones futuras, cuando «se juzguen los hechos sin el acaloramiento de «las pasiones. No diremos por esto que no se co-«metieron en ella errores de trascendencia, pero «siempre presentará un cuadro grandioso el as-«pecto de una total variacion política, en la que «no se derramó ni una sola gota de sangre, ni «una lágrima; en que los perseguidos haciendo «ostentacion de una generosidad sin ejemplo, no «recordaban agravios, antes bien, proclamaban el «olvido de ellos. Los primeros momentos que «siempre van señalados de venganzas, fueron «tranquilos, tolerantes é indulgentes: y dijo bien «la Junta Provisional, que la revolucion y va-«riacion del Gobierno se habia hecho *con seis «años de paciencia, un dia de esplicaciones y «dos de regocijo.*»

Desgraciadamente no fué de larga duracion aquel estado de cosas que brindaba á España con un porvenir risueño, y que lejitimaba á los ojos hasta de los mas obcecados enemigos de toda reforma liberal, aquella revolucion sin ejemplo en los anales del mundo por su cordura, sensatez y generosidad. Desde las primeras sesiones

de la legislatura de 1820 comenzó á dividirse en dos grupos la familia liberal en el seno de las Córtes: denomináronse los unos *doceañistas* ó moderados, y liberales nuevos ó *exaltados* los otros. Ardiendo la tea de la discordia arrojada por la inexperiencia en el campo de los reformadores, faltó la cohesion indispensable á conservar unidas todas las fuerzas necesarias para levantar y fundar sobre bases indestructibles el grandioso edificio de la regeneracion de la pátria; y de esto se aprovecharon solapada y hábilmente los enemigos de la libertad para conspirar contra aquel órden de cosas. Así es que al terminar aquella legislatura (9 de Noviembre), yacian por tierra muchas esperanzas lisonjeras; la reaccion alentada por la libertad de accion en que se le dejara, ocupados los constitucionales en combatirse entre sí encarnizadamente, habia osado levantar la cabeza en Galicia y en Burgos, y ya no era dudoso para nadie que el rey trabajaba secretamente por destruir la Constitucion y renovar las escenas del año 14.

Al abrirse las Córtes en 1.° de Marzo de 1821, la situacion política de España lejos de presentar un aspecto lisonjero habia empeorado bastante, no solo á consecuencia del antagonismo cada dia mas acentuado que se habia establecido entre los dos poderes constituidos, el trono y la representacion nacional, y de la lucha obstinada y constante entre los dos grandes grupos en que se dividia el partido liberal, sino que tambien á re-

sultas de graves acontecimientos esteriores que tenian que influir fatalmente en los destinos de nuestro país.

La noticia de la revolucion española habia cundido rápidamente, como no podia menos de suceder en Europa, produciendo sérias inquietudes en las Córtes extranjeras, y despertando ardientes simpatías en todos los liberales en favor de la causa peninsular que consideraron como la de todos los pueblos oprimidos. Así es que antes de finalizar el año de 1820, habíase proclamado la Constitucion española de 1812 en Nápoles, Sicilia, en el Piamonte y en Lisboa, manifestándose en otros Estados señales muy marcadas de próxima insurreccion. Alarmada la Santa Alianza de las potencias del Norte, y especialmente el Austria cuyas posesiones en Italia, garantidas por el tratado de Viena, se veian amenazadas por el gran movimiento patriótico que se producia en aquel país, reunieron en 20 de Octubre de 1820, sus plenipotenciarios en Troppau, capital de la Silesia Austriaca, para tratar de los asuntos de España é Italia, trasladando aquel congreso en 12 de enero del año siguiente, á Laybach, en la Iliria, donde se resolvió, de acuerdo con el mismo rey de Nápoles, la intervencion en este reino y en el Piamonte para destruir el sistema Constitucional.

Dicho se está cuanto influirian en el país estos graves sucesos, y sobre todo en las primeras sesiones de la segunda legislatura de las Córtes

de 1821, en las que como verdadero y único campo de batalla legal se reflejaban con trazos de vivísima luz, los temores, las inquietudes, los ódios, los antagonismos y la obstinada lucha empeñada entre la revolucion y la reaccion, que habian malogrado, casi en su cuna, el grande alzamiento nacional. Así es que al saberse en España la entrada de los austriacos en Nápoles (23 de Marzo), y la derrota de los piamonteses en Novara (2 de Abril) sucesos á los que los constitucionales españoles no podian mostrarse indiferentes puesto que en ellos se veian amenazados de igual ó parecido ataque, creció la irritacion de los liberales y aumentóse el desconcierto político y administrativo de lo que se aprovecharon los partidarios del absolutismo para intentar en Galicia, en Burgos, en la Rioja, en Soria y en Cataluña una sublevacion, la primera que tuvo importancia desde el restablecimiento del gobierno constitucional. La actividad que desplegó el gobierno para reprimirla, y la efervescencia popular que se produjo en Barcelona, Sevilla, en la Coruña y en Madrid, donde fué asesinado en la cárcel (4 de Mayo) uno de los conspiradores mas notables don Matías Vinuesa cura de Tamajon y capellan de honor, contuvieron por entonces á los contrarevolucionarios; mas no aprovecharon como enseñanza á los partidos liberales que continuaron destrozándose en daño de la causa pública, ni sirvieron de leccion á los reaccionarios que en Galicia, Castilla y en las pro-

vincias de Sevilla y Cádiz, volvieron muy luego á conspirar contra el órden de cosas establecido.

En 30 de Junio cerraron las Córtes sus sesiones; volviéndo á abrirse el 24 de Setiembre congregadas en lejislatura estraordinaria. En el corto espacio de tiempo trascurrido entre aquellas dos fechas, ocurrieron en Barcelona en el mes de Julio, y en Zaragoza en el de Agosto dos ridículos motines republicanos, y en Madrid el 18 de Setiembre, un choque de gritos y amenazas entre los partidarios de Riego y la milicia urbana, que el sarcasmo de los absolutistas llamó la *batalla de las Platerías.*

Sin embargo, abriéronse tranquilamente las Córtes estraórdinarias; mas produjose al poco tiempo una animadversion tan general contra el ministerio, tachado de poco liberal, que las Córtes dirijieron un mensaje á S. M. pidiendo fuese relevado. En Cádiz se tradujo aquella oposicion al gabinete por actos de desobediencia que tocaban en los límites de la rebelion. El dia 24 de Octubre fué paseado tumultuariamente por las calles el retrato de Riego; y habiendo en consecuencia nombrado el gobierno al general Venegas en reemplazo del gefe político Jáuregui, reuniéronse los exaltados en la plaza de San Antonio, quemaron un número del periódico *El Universal*, porque contenia un artículo favorable al órden público, y redactaron una representacion á S. M. pidiendo la destitucion del Ministerio. Pocos dias despues, como el gobierno

no hubiese contestado á la representacion, el Ayuntamiento y la Diputacion Provincial dirijieron una nueva al rey y á las Córtes, clamando contra el Ministerio; y como este hubiese enviado en posta en relevo de Venegas al general baron de Andilla, los exaltados contando con la impunidad y teniendo las autoridades locales de de su parte negaron al nuevo general gobernador la entrada en la ciudad.

En la misma situacion se encontraba Sevilla en aquellos dias. El gefe político Escovedo, y el capitan general Velasco pusiéronse al frente de una Junta revolucionaria, negaron la obediencia al Gobierno Supremo, y no permitieron permanecer en la provincia á las autoridades que el ministerio designó para reemplazarlos.

El rey no pudiendo desentenderse de tantos clamores, y particularmente de un segundo mensaje que le dirijieron las Córtes, espidió un decrecreto exhonerando al Ministerio.

Triunfante la oposicion ministerial y sancionado el derecho de insurreccion por la adquiescencia de las autoridades así en Valencia como en Sevilla y Cádiz, nada estraño parece que el bando absolutista pretendiese hacer uso del mismo derecho en beneficio de sus principios. Así es, que á fin de Diciembre las provincias Vascongadas y Navarra estaban infestadas de facciosos, que se llamaban defensores del Altar y del Trono. En Aragon muchos pueblos se sublevaron en masa al grito de viva Dios, viva la Vírgen y viva

la religion; mas la prudente y á la par enérgica conducta del capitan general Alava, dominó casi por completo la rebelion. En Pamplona reñíanse batallas á pedradas en medio de las calles entre sus habitantes á las voces de viva Riego y viva el rey absoluto. En la Serranía de Ronda tambien se advertian síntomas muy marcados de reaccion absolutista; en suma, á fines de Diciembre de 1821, en toda España comenzaban á desenmascararse audazmente los enemigos de la Constitucion, contando con la impunidad que les ofrecia la encarnizada guerra que se hacian los partidos liberales, con el auxilio que les prestaba la córte, con las simpatías del gobierno francés y con la actitud amenazadora de las potencias del Norte.

En 14 de Febrero de 1822, cerraron las primeras Córtes posteriores al restablecimiento de la Constitucion, esta lejislatura extraordinaria la última de su vida pública, y el dia 1.° de Marzo abrieron sus sesiones las nuevas Córtes compuestas en su mayoría de diputados procedentes del partido exaltado y presididas por Riego. Dicho se está con esto á qué estremo de violencia llegaría la lucha que tendrian que sostener con el gobierno, con la córte y con el bando absolutista, que favorecido por un cúmulo de circunstancias contrarias á la consolidacion del sistema constitucional habian llegado á encender á la sazon la guerra civil en la mayor parte de las provincias de España.

Al cerrarse en 30 de Junio la lejislatura de aquel año, ya no era un secreto para nadie que el nuevo edificio Constitucional vacilaba sobre sus cimientos, batidos incesantemente en brecha por las exajeraciones de los unos, las contemporizaciones de los otros, las intrigas de la córte alentada por el rey y por el apoyo con que contaba en el extranjero; y por la audacia de los enemigos de las instituciones, que en todas partes hasta en las calles y plazas de Madrid y á la faz del gobierno y de las Córtes daban calurosos vivas al rey absoluto.

El encono de los partidos absolutista y liberal en Madrid habia llegado á un estremo tal de violencia, que se hacia cada dia más y más inminente una batalla formal entre ellos, que ambos consideraban como decisiva, y que sin embargo no lo fué, porque ni los vencidos debieron considerarse como tales, ni los vencedores supieron aprovecharse de la victoria. Esta batalla se dió en las calles de Madrid el dia 7 de julio, entre cuatro batallones de la guardia Real, que desde el dia 1.° se habian retirado pronunciándose al grito de viva el rey absoluto, al Pardo, y la milicia nacional, cuyo esforzado valor en tan memorable refriega, obtuvo una completa victoria sobre aquellos soldados veteranos, que seducidos por la jente palaciega, creyeron fácil la empresa de restablecer en un dia la obra toda de 1814.

«Desbaratado así el plan de los autores de semejante atentado, quedó triunfante el partido

constitucional, en que se veian entonces unidos los exaltados y los moderados; aquellos en fuerza del temor infundido por el aspecto de las cosas en los dias anteriores, y estos por su aversion á las demasías de todo género, y la indignacion que inspiraban los viles manejos de un partido frenético, sostenido por una sublevacion militar. El palacio real abandonado de los Guardias, la augusta persona del monarca, demasiadamente pronunciado contra el sistema constitucional, y demasiado poco para haber hecho triunfar á los que creia sus partidarios, la familia real, todo quedó á merced de los vencedores, pero nada peligró.... desde que cesó el fuego, desde que la victoria coronó las sienes de los vencedores no se cometió ni el mas lijero desman que empañase el brillo del triunfo.... y buen testimonio de ello es la manera con que los hechos, aun mas que la discreta nota del ministro de Estado, contestaron á la que el mismo dia 7 dirijieron á este los representantes de todas las córtes de Europa, haciendo responsable á la nacion entera de la seguridad personal del rey, desentendiéndose absolutamente de las tristes causas que habian conducido los sucesos á aquel estremo, y á las que ciertamente *no eran ajenos*. (Marqués de Miraflores.)

Larga y ajena al objeto de nuestra obra seria la narracion de los acontecimientos políticos y militares que con vertijinosa rapidez se fueron sucediendo en España á partir del 7 de julio

acercando la hora tremenda de la expiacion de los grandes errores cometidos por los constitucionales en este breve y estraordinario período de nuestra historia. Por entónces comenzáronse á sentir ya de una manera alarmante y angustiosa los efectos de la guerra civil y la intervencion todavía diplomática de las potencias extranjeras en nuestros negocios interiores. En Navarra, en Aragon, en Cataluña y en Valencia la audacia de los contrarevolucionarios no conocia límites, y todo hacia presentir el próximo triunfo de la reaccion, mientras que los partidos liberales se despedazaban olvidados del interés comun por atender solo á los de sus respectivas banderías.

Entretanto íbase condensando rápidamente del otro lado de los Pirineos la tremenda, la incontrastable borrasca que habia de convertir en escombros el edificio constitucional que veinte años de guerra estranjera, de guerra civil, de discordias intestinas y de funestos errores, hijos la mayor parte de la inesperiencia de los partidos políticos en España, habian levantado trabajosamente.

Despues del Congreso de Laibach, que tuvo por objeto sofocar la revolucion en Nápoles y en el Piamonte, habíase reunido otro, en Verona, de soberanos y plenipotenciarios para tratar de los asuntos de España, que á la sazon se miraban como cuestion europea. Abriéronse las conferencias diplomáticas en octubre de 1822, y España

no fué admitida en ellas, porque la Santa Alianza no pensaba en un arreglo con ella, si no en su absoluta é incondicional sumision. Así es que en una de las primeras sesiones el plenipotenciario francés presentó á las demás potencias la cuestion formulada con toda claridad, en las siguientes preguntas:

1.ª «Si en el caso que la Francia se viese en la necesidad de retirar su ministro de Madrid y cortar sus relaciones diplomáticas con España, las altas potencias estaban en ánimo de adoptar las mismas medidas y retirar sus ministros.

2.ª En el caso que estallase la guerra entre España y Francia, bajo qué forma y con qué hechos suministrarian las altas potencias á Francia aquel auxilio moral, que daria á sus medidas el peso y la autoridad de la Alianza, é inspiraria un temor saludable á los revolucionarios de todos los paises.

3.ª Cuál es, finalmente, la intencion de las altas potencias acerca de la extension y forma de los auxilios efectivos, ó socorros materiales que estuviesen en disposicion de suministrar á la Francia, en el caso que esta exijiese la intervencion activa, si la creia necesaria.»

En una conferencia provocada el 5 de noviembre por el príncipe Metternich, á la que asistieron los plenipotenciarios de las cinco grandes potencias, Francia, Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, se dió contestacion á las citadas preguntas: Austria, Rusia y Prusia se adhirieron á los

deseos expresados por la Francia, y se obligaron á prestarle todos los auxilios que pidiese; Inglaterra, por el contrario, se negó á tomar parte en una intervencion armada en España. Pero decididas á llevarla á cabo, las cuatro grandes potencias, acordaron pasar notas oficiales al gobierno español, y comunicaciones directas á sus respectivos encargados y ministros en Madrid. Esto acordado, disolvióse el Congreso de Verona; mas antes se previno á los ajentes diplomáticos en Madrid que pidiesen sus pasaportes si el Gobierno español no accedia á todo lo que se le pedia de un modo intencionadamente vago, indeterminado, pero amenazador.

En aquellos dias la situacion del Gobierno Constitucional habia mejorado un tanto en lo que respecta á los asuntos de la guerra civil, venciendo en diferentes encuentros á las facciones que se habian levantado en armas en las provincias del Ebro. Además, las Córtes habian votado una quinta de 29,000 hombres y un empréstito de 37 millones para poner sobre las armas las milicias provinciales.

XI.

El Rey y las Córtes en Sevilla.—Sitio de Cádiz.

1823.

En los primeros dias del mes de enero de 1823, fuéronle entregadas al Gobierno español las célebres notas de las cuatro potencias, Francia, Austria, Rusia y Prusia, como resultado del concierto de Verona. La nota francesa mas moderada que las otras, estaba firmada en París por el gran poeta Chateaubriand, con fecha 25 de diciembre de 1822, y terminaba con el siguiente párrafo: «Pero le declarareis (al gobierno de Madrid) que la Francia no suspenderá ninguna de las medidas que ha adoptado mientras que España continúe destrozada por las facciones. El gobierno de S. M. no titubeará en mandaros salir de Madrid y en *buscar sus garantías en disposiciones mas eficaces*, si continúan comprometidos sus intereses esenciales, y si pierde la

esperanza de una mejora, que se complace en esperar de los sentimientos que por tanto tiempo han unido á los españoles y franceses en el amor de sus reyes, y de una *libertad juiciosa.*» Las de las otras potencias estaban muy lejos de emplear tanta moderacion, y usaban de las ofensas, de las diatrivas, y hasta de las mas violentas amenazas contra el gobierno y contra todo el órden de cosas fundado en España desde la insurreccion militar de las Cabezas de San Juan.

Fácil es de adivinar la impresion que causarian en los miembros del Gabinete de Madrid, que sean los que fueren los errores en aquel primer ensayo de gobierno representativo parlamentario en España, eran todos hijos de una nacion altiva y pundonorosa que acababa de dar las mayores pruebas de energía y virilidad contra el gran capitan del siglo. Así que, se apresuraron á contestar á aquellas notas altaneras hasta la insolencia, con otra remitida para los efectos oportunos á sus ministros acreditados en las Córtes extranjeras, cuyas consideraciones terminaban con la siguiente expresiva frase: «Que el Gobierno de S. M. C. no se apartaria de la línea de conducta que le trazaban su deber, el honor nacional y su adhesion invariable al Código fundamental jurado en el año 1812.»

Esto hecho, los ministros se presentaron á las Córtes el dia 9 de enero para darles cuenta de lo ocurrido. La noticia oficial del agravio hecho á la honra española, y el conocimiento de la le-

vantada contestacion del ministerio produjeron en el seno de la representacion nacional un efecto indescriptible, en el que se mezclaban por partes iguales la indignacion provocada por aquella brutal infraccion del derecho público, y de entusiasmo delirante por la causa constitucional. Moderados y exaltados arrebatados por la efusion del patriotismo, se estrecharon las manos en prenda de reconciliacion y amistad, y decidieron tirar el guante á la Europa entera en defensa de la Constitucion.

Los ministros de Francia; Austria, Rusia y Prusia pidieron inmediatamente sus pasaportes, anunciando con este rompimiento de relaciones diplomáticas un próximo estado de guerra, que el gobierno español se manifestaba dispuesto á aceptar con mas entusiasmo que prudencia. En efecto, la situacion del país era por demás grave y desconsoladora. El Erario estaba exhausto, ejército apenas existia; el Gobierno sin administracion pública, y sin posibilidad en los pueblos para contribuir, carecia de fuerzas y dinero; el clero conspiraba abiertamente contra la Constitucion; la nobleza, que por una de las anomalías (?) de este país había aceptado las reformas políticas, movida solo del bien general, estaba empobrecida por la indiscrecion de las mismas reformas; las clases que mas habian ganado con ellas en la reduccion del diezmo, supresion de derechos y otras mil leyes benéficas, se habian declarado mas ó menos abiertamente contra el

órden de cosas á que debian estos beneficios; y finalmente, existian á la sazon en España cerca de 40,000 hombres armados que se titulaban defensores del Altar y del Trono.

A pesar de tantos elementos conjurados para su ruina, el Gobierno aceptó, repetimos, la guerra y se preparaba á ella con los pocos recursos de que podia disponer. Una de sus primeras medidas fué proponer á las Córtes la formacion de cinco grandes ejércitos, cuyo mando habian de tener en sus respectivos territorios, á saber: Mina en Cataluña; en Navarra, Aragon y Valencia Ballesteros; en Castilla la Vieja, Asturias y Galicia Murillo; el conde del Abisbal, famoso por sus veleidades, en Castilla la Nueva y Extremadura, y Villacampa en Andalucía. Empero la quinta que habia de llenarlos se estaba haciendo con suma dificultad á la sazon, y en los almacenes no habia con qué vestir á los reclutas, ni fusiles, *ni pólvora* apenas; es decir, que faltaban todos los recursos necesarios para sostener la lucha, pues las Córtes, y en ellas particularmente los exaltados, habian sido celosos en demasía, ó mezquinos en esta parte, hasta un grado increible.

Votadas estas medidas militares, votóse tambien la traslacion del Gobierno y de las Córtes á un punto lejano del teatro probable de la guerra, para que esta y el país no quedasen sin direccion (15 de febrero). Cuatro dias despues, dieron por terminados sus trabajos las Córtes extraordinarias del año de 1822.

El 1.° de marzo abrieron, segun lo dispuesto por la ley, sus sesiones las Córtes ordinarias de 1823; mas hubieron de interrumpirlas á los pocos dias alarmas, con las noticias que llegaban de la frontera, anunciando la próxima invasion del ejército francés, cuyo generalísimo, el duque de Angulema, saliera de París el dia 5 para emprender desde luego las operaciones en España. En su vista acordóse la inmediata traslacion del rey con el Gobierno y las Córtes á Sevilla, lo cual se verificó saliendo de Madrid, el dia 20, el rey con la real familia, y el 23, las Córtes del reino.

Marchando á cortas jornadas para acomodarse al paso de los 2,000 hombres de infantería entre tropas del ejército y milicianos de Madrid que le acompañaban, llegó Fernando VII á Sevilla el dia 11 de abril, sin haber esperimentado otro contratiempo en su viaje que las molestias que eran consiguientes y el sobresalto que le causaron los gritos en son de protesta con que fué acojido á su paso por los pueblos de Manzanares y Ecija.

El recibimiento que se hizo al rey en Sevilla fué puramente oficial, y este tan mezquino, que casi puede decirse que pasó desapercibido para la mayor parte del vecindario. «El real Alcázar á donde fué S. M. y Sres. infantes á hospedarse, estaba tan desprovisto, aun de los mas precisos muebles, (*Memorias* del general Copons) que quedó sorprendido el aposentador general, porque creyó que estaria alhajado, y no le quedó otro

arbitrio en las pocas horas que el rey debia tardar en llegar, que repartir en las salas de aquel grande edificio, lo que traia para suplir las faltas que podia encontrar en los alojamientos del tránsito. Esto hizo que se viera en la casa del rey reunida la poca decencia con la incomodidad; esta fué grande la primera noche y algunos dias despues, porque llovió bastante é hizo algunos dias frio; y para preservar los cuartos de él, ni habia suficientes alfombras ni cortinas. Despues de algunos dias se alhajó de cuenta del rey un cuarto con lo mas preciso, y lo mismo hicieron los Sres. infantes.»

Entretanto el ejército invasor, fuerte de 91,000 hombres, comprendidos los cuerpos de realistas españoles que se habian organizado en la frontera á las órdenes de los generales O'Donnell, conde de España y baron de Eroles, dió principio á las operaciones (6 de abril) en la península. El mismo dia se constituyó en Bayona una Junta Provisional Española, que dió su primer proclama aboliendo de propia autoridad todo lo hecho desde el 7 de marzo de 1820, y restableciendo las cosas en el ser y estado en que se encontraban en aquella fecha.

El ejército francés, compuesto de reclutas faltos de instruccion, penetró en España lleno de inquietud y desconfianza, temiendo ver renovadas en su daño las pavorosas escenas que tanta sangre costaron á los soldados veteranos de Napoleon durante los seis años de la guerra de la in-

dependencia española. Mas poco tiempo duraron sus alarmas, viéndose recibido en todas partes como amigo y aliado á los gritos de *viva el rey absoluto*, *viva la religion y la inquisicion*, de modo que el ejército francés, dividido en cinco cuerpos desde que cruzó el Pirineo, marchaba por todas partes dudando que fuera este el país donde pocos años antes hasta las piedras se levantaban contra él, en tanto que las tropas constitucionales retrocedian á su presencia viendo en las manifestaciones de los pueblos en favor del rey absoluto la imposibilidad de sostener la campaña contra fuerzas tan superiores continuamente engrosadas con los descontentos del país.

Mientras los invasores se dirijian sobre Madrid, las Córtes reunidas en Sevilla abrieron sus sesiones (23 de abril); siendo sus debates, como no podia menos de suceder atendida la gravedad de las circunstancias, sumamente borrascosos. Así continuaron hasta que se tuvo noticia de la entrada del duque de Angulema en la capital de la monarquía (24 de mayo) y la del fácil paso de Despeñaperros por dos divisiones francesas fuertes de 17,000 hombres, que se dirijian á Sevilla sin encontrar la menor resistencia en ninguna parte, dado que el ejército de reserva de Andalucía al mando del general Villacampa estaba en cuadro, «hallándose en sus casas los soldados por no tener para mantenerlos el Erario.» (Mem. de Copons.)

En su vista, el gobierno Constitucional im-

posibilitado de oponer ni una sombra de resistencia dispuso su traslacion con el rey y las Córtes á Cádiz, para lo cual se tuvo una junta (9 de Junio) compuesta de los ministros, algunos diputados y generales. En ella hubo diferentes pareceres, opinando unos porque el gobierno se dirijiese á Aljeciras, y otros porque el rey y su familia se refugiasen en Gibraltar. Prevaleció el parecer de la traslacion á Cádiz; y así lo puso en conocimiento del rey una comision de las Córtes, haciendo presente á S. M. que en virtud de las noticias que se tenian de la rápida marcha del enemigo, el gobierno y las Córtes habian resuelto emprender el viaje con su augusta persona dentro de las primeras veinte y cuatro horas inmediatas: á lo que contestó el rey, «que su conciencia y el amor que profesaba á sus súbditos no le permitian salir de Sevilla; que si bien como particular no hallaba inconveniente en la partida, como rey no se lo permitia su conciencia.»

Las Córtes que estaban en sesion permanente quedaron asombradas y silenciosas al oir tan terminante negativa; mas la enérgica voz del tribuno Alcalá Galiano las sacó de aquel estado de ansiedad presentando la siguiente proposicion: «Pido á las Córtes en vista de la negativa de S. M. á poner en salvo su real persona y familia de la invasion enemiga, que se declare ser llegado el caso de considerar á S. M. en el impedimento moral, señalado en el artículo 187 de la

Constitucion, y que se nombre una regencia provisional que, para el solo caso de la traslacion, reuna las facultades del Poder Ejecutivo.» Conmovióse profundamente la asamblea al oir esta temeraria é inconducente proposicion; aplaudieron entusiasmadas las tribunas, y puesta á votacion despues de un corto debate fué aprobada por considerable mayoría. Reunida inmediatamente una comision para designar las personas que habian de componer la Regencia Provisional, propuso á Valdes, Ciscar y Vigodet; quienes mereciendo la aprobacion de las Córtes, prestaron juramento y aquella misma noche se instalaron en el palacio arzobispal para disponer sin levantar mano los preparativos del viaje.

El nombramiento de la Regencia, que hemos llamado temerario é inconducente, puesto que solo resolvia un accidente transitorio de la cuestion capital dejando á esta en pié y con todas sus tremendas consecuencias, dió fundado motivo al partido reaccionario de Sevilla para que alentado por el rey, á quien se declaraba loco por *unos cuantos dias*, y apoyado por la pequeña Córte de Fernando VII y por el clero de la ciudad, intentase un atrevido golpe de mano para oponerse á la ejecucion de las medidas decretadas por las Córtes en la larga y memorable sesion del dia 11 de Junio.

Al efecto urdióse una conspiracion para libertar al rey, la que si bien se negó en un principio temiendo la venganza de los exaltados, mas

tarde fué confesada por sus autores haciendo mérito de ella para obtener mercedes del rey absoluto, como se deduce con toda claridad de las *Memorias* del general Copons, gefe en aquellos dias de Palacio, del *Manifiesto* de Sir Juan Downie,—el héroe de la jornada del 27 de Agosto de 1812, en el puente de Triana,—de la prision de este general que se efectuó en la noche del 11 de Junio con la de otros militares y paisanos en los mismos aposentos que ocupaba en el Alcázar, y finalmente de los grandes grupos contrarevolucionarios que se formaron en aquellas horas en el barrio de Triana, que hicieron necesaria la presencia de patrullas de caballería en la localidad, y el establecimiento de una media batería en la boca del puente de barcas.

Por último, deshecha aquella conjuracion por la vigilancia del gobierno y de sus autoridades, y sobre todo por la actitud que tomaron todas las tropas que guarnecian á Sevilla cuya adhesion al sistema constitucional era tan sincera como entusiasta, y vencidos el cúmulo de obstáculos que capciosamente se pusieron para la salida del rey y su familia á Cádiz, verificóse esta á las 6 de la tarde del dia 12 de Junio, escoltado por los milicianos nacionales de Madrid que habian acompañado á las Córtes, otros de Sevilla y algunas tropas de infantería, caballería y artillería al mando de un general. Una hora despues disolviéronse las Córtes.

El general Copons de Navia, que acompañó

al rey, como gefe que era de Palacio, nos ha dejado en sus *Memorias* una curiosa relacion de este triste viaje que creemos oportuno reproducir por lo interesante de sus pormenores.

«La compañía de alabarderos, dice, se adelantó una parte de ella, para que tuviera S. M. y real familia guardias en los alojamientos del tránsito hasta Cádiz; el resto siguió á S. M. y desde el capitan de ella hasta el alabardero mas viejo, fueron á pié, por no haber sido posible encontrar bagajes, servicio que todos hicieron gustosísimos, sin embargo que carecía de ejemplar que esta compañía, en las marchas que desde su creacion ha hecho sirviendo á sus reyes, haya ido á pié.

«El tránsito era á Utrera; pero como S. M. marchaba al paso lento de la infantería, era imposible que llegase á una hora regular de cenar, aun en el caso de que hubiera tenido S. M. que, porque el gefe de cocina no pudo verificar su marcha con la correspondiente tanda de cocineros por falta de carros, por lo que en el acto de salir el rey de Sevilla, avisó el mayordomo mayor al marqués de Gandul, que vivia en Alcalá de los Panaderos, que los reyes y los Sres. infantes pasarian aquella noche por la inmediacion del pueblo, y que dispusiera cena.

«Al llegar á Alcalá se dirijió S. M. á la casa del marqués; mas como hacia muy poco tiempo que se habia recibido el aviso, la cena aun no estaba pronta para servirla, y solo lo que estaba

puesto era la mesa para las reales personas en el mismo cuarto en donde entraron á descansar por que sin duda la casa no tiene otro mayor.

«Apenas acabada la cena, el general que mandaba las tropas se aproximó á S. M. y le expuso la necesidad de ponerse inmediatamente en camino. El rey obedeció y entró de nuevo en su coche.

«Seguimos para la villa de Utrera, donde llegamos entre cuatro y cinco de la mañana; y como aquellos vecinos esperaban á S. M. desde la noche anterior, estaba el pueblo aun iluminado, y en el alojamiento dispuesto para S. M. conservábanse todavía encendidas las velas de las arañas, lo que me hizo llamar la atencion de S. M., diciéndole que no tenia noticia de que á ningun rey de España le hubieran hecho obsequios de la especie que en aquella villa. *¿Y cuál es?* me preguntó—*Señor la iluminacion que hemos encontrado en este pueblo y casa habiendo salido ya el Sol.* S. M. se echó á reir. Despues me dió la órden de que la salida seria á las dos de la tarde; y á la hora acostumbrada pedí á S. M. el Santo, y me contestó: *¿Para qué? ¿Yo acaso mando?—Señor, dije, yo no reconozco mas poder que el de V. M.* Con lo que me dió el Santo el rey, y seguí tomándolo de boca de S. M.

«A la hora prefijada salimos para Lebrija, y á causa del paso lento de la infantería, no se pudo llegar hasta puesto el sol á una venta que en

el camino real se encuentra; en aquella venta se apearon los Reyes y Señores infantes, y se detuvieron algun tiempo esperando que se reuniera la infantería; así que lo estuvo, su gefe dió la órden de marchar por el camino de la Marisma. A poco tiempo empezó á oscurecer, haciéndose cada vez mas tenebrosa la marcha por efecto de la sombra del arbolado. Las sinuosidades del terreno en algunos parages pantanosos, impedia el que los cocheros pudieran gobernar los tiros, y los coches se iban separando unos de otros. El recurso de los faroles y hachas que se encendieron faltó á mucha distancia de Lebrija.

«La escolta que seguia era la de caballería, porque la infantería caminaba dispersa, atendiendo cada soldado á poder salir de los pantanos que encontraba, y así solo se oian voces muy propias de una tropa que caminaba sin formacion.

«Seguimos el viaje á Lebrija, á donde se llegó entre cuatro y cinco de la mañana del dia 14. S. M. fijó para su salida á Jerez la hora de las dos de aquella tarde. A esta última ciudad llegamos á las cinco de la misma; y despues de haber cenado salimos entre nueve y diez para el Puerto de Santa María, donde llegamos á las dos de la madrugada del dia 15.

«A las nueve de la mañana de aquel dia, emprendió S. M. el viaje y se detuvo á comer en la Isla de Leon. Merece referirse lo que oí de boca de S. M. despues que comió. Yo fuí el primero que

entró en la sala en que se encontraba el rey, que me dijo:—¿Sabes que ya no estoy loco?—¡Cómo loco, Señor!—Sí, porque ha estado un regente, y me ha dicho: «Señor cesaron nuestras facultades aquí, segun las instrucciones que tenemos de las Córtes.» Ya vés, como que éstas, el motivo que las impulsó á nombrar la regencia, fué el decir que solo habiendo perdido el juicio podia haber dado la contestacion que dí en Sevilla á la Diputacion para excusarme de salir, por esto fué por lo que dije: ¿Con qué ya no estoy loco?

«Salió S. M. aquella tarde para Cádiz. A la entrada de esta plaza el rey no fué victoreado como exijía su dignidad, y aun fué tratado con poco acatamiento por algunos vivas, dirigidos á otras personas, que resonaron por toda la carrera, y que no nombro porque no está bien que mi pluma llegue á la tumba del que ya descansa.»

Dijimos anteriormente que la noche que precedió al dia del viaje de Fernando VII á Cádiz fué descubierta una conspiracion contrarevolucionaria, presos sus principales gefes militares en el mismo Alcázar morada del rey, y contenidos los paisanos que debian producir la asonada, por la actitud que tomaron las autoridades y la tropa de la guarnicion. Pero el dia siguiente (13 de Junio), siendo como las nueve de la mañana, los conjurados, viéndose libres de la presencia de las tropas, reuniéronse en el barrio de Tria-

na grandes masas compuestas de una parte de los vecinos de aquel y de la gente procedente de los pueblos inmediatos á Sevilla, entraron en la ciudad, se apoderaron de la torre de la Catedral y echaron á vuelo sus campanas, á cuya señal alzadas en motin las turbas realistas se desparramaron por plazas y calles dando gritos sediciosos, saqueando diferentes casas, y rompieron la lápida de la Constitucion proclamando al rey absoluto. Las orillas del rio fueron el principal teatro de aquellas escenas de feroz vandalismo. Allí se maltrató sin piedad á las señoras y niños que componian las familias de los indivíduos que acompañaban al rey en su viaje á Cádiz; robáronse los equipajes de los particulares y los efectos de la real Hacienda que estaban embarcados ó en vías de embarque, cometiéronse, en fin, todo género de escesos por aquellas turbas desenfrenadas, que hubieran continuado sus horribles desmanes en aquel parajo y dentro de la ciudad, segun se anunciaba, sin la aparicion en la orilla del rio de una compañía de infantería que las dispersó con una descarga disparada al aire, y sin la horrible y casi providencial voladura del edificio de la Inquisicion donde existia gran número de armas y municiones de guerra, de que intentaron apoderarse los amotinados, cuyo mayor número quedó sepultado bajo los escombros del edificio.

Estas repugnantes escenas fueron solo el prólogo del sangriento drama á que dió principio

la reaccion en cuanto vió asegurado su triunfo con la presencia del ejército francés y su fácil y desembarazada marcha por las provincias del territorio español.

La Rejencia del reino nombrada en Madrid, en 25 de mayo, por el duque de Angulema, en reemplazo de la provisional que se formara en Bayona en 6 de abril, no bien supo el acuerdo tomado el 11 de junio por las Córtes reunidas en Sevilla, dirijió á la nacion una terrible proclama (19 de junio) y poco despues (23) un feroz decreto declarando traidores y condenándolos á la última pena, con solo la identificacion de la persona, á todos los rejentes, diputados, ministros, generales, y á cuantas personas habian prestado auxilio para llevar á cabo la traslacion del rey, de Sevilla á Cádiz.

A partir de la publicacion de aquel feroz decreto, tuvieron principio «las prisiones, asesinatos, tropelías inauditas y de todas especies, y el mas furioso demagojismo desarrollado á la sombra de lealtad, y de restauracion de las antiguas leyes, y de la religion de un Dios de paz y misericordia.

«En Zaragoza, 1,500 personas fueron llevadas á la cárcel pública por el populacho, conducido por frailes y cãras; en Navarra, el Trapense cometió escándalos de que se reciente la decencia, y tropelías que ultrajaban la humanidad y su carácter; en Castilla, la cárcel fué atropellada en Roa y sacrificadas algunas víctimas con hor-

rorosos detalles que estremece el describir; en Madrid, centenares de personas fueron conducidas á las cárceles por si tuvieron esta ó la otra opinion; en la mayor parte de los pueblos sucedia lo mismo, siendo las mas veces el mayor delito *el tener dinero con que comprar la libertad.*

«En la Mancha, el Locho y sus soldados cometieron los mayores escesos. Manzanares, Consuegra y otros pueblos fueron teatro de asesinatos, robos, saqueo de casas y violencia hecha á las mujeres. En Córdoba, á las voces de *viva el rey absoluto*, sucedia lo mismo; centenares de personas de carácter fueron llevadas á la cárcel pública, y dentro de ella arrojadas en un pilon lleno de agua, é insultados cínica y brutalmente.

«Tal fué el aspecto que presentó en sus comienzos la restauracion.» (Marqués de Miraflores.)

Mientras seguia tan funesto curso el nuevo órden de cosas creado en España por la *Santa Alianza*; mientras en la nacion respirábase solo la venganza y el esterminio, irritadas las pasiones, escitados los ódios por resentimientos nacidos de los agravios recibidos así en la persona como en los intereses y familia, llegó el general Bordesoulle con su cuerpo de ejército (24 de junio) á la vista de Cádiz, y estableció el bloqueo sin encontrar la menor resistencia. El 16 de agosto presentóse el duque de Angulema con su

cuartel general, é inmediatamente comenzaron á activarse las operaciones del sitio en la plaza.

En tanto se proseguia, el general Ballesteros pasó de Valencia y Murcia á Granada, siempre huyendo de tropezar con los franceses, y allí supo que el Gobierno Constitucional le habia separado del mando de las tropas del Sur de España, dando el de la Isla Gaditana á Vigodet, y el de Málaga, que desempeñara Villacampa, al pundonoroso Zayas. Este general se dirijió tambien á Granada, donde conferenció con Ballesteros acerca de representar al Gobierno sobre la situacion en que se encontraba el país y sobre la seguridad del rey y su familia. Acababan de ponerse de acuerdo los dos generales sobre estos graves asuntos, cuando se recibió la noticia de la próxima llegada de una division francesa á Granada. Púsose Ballesteros al frente de su ejército, y con él salió de la ciudad hácia las montañas de Jaen, en busca del enemigo, á quien batió gallardamente el dia 1.° de agosto en el Campillo de Arenas. A pesar de su victoria, el general español celebró un convenio el dia 4 con el francés, en virtud del cual reconocia esplícitamente la Regencia de Madrid, á condicion de que no fuera disuelto su ejército y de que le fueran reconocidos á él y á todos sus oficiales los grados, empleos y distinciones que obtuvieron del Gobierno Constitucional.

Zayas, en vista de la aproximacion de los franceses retrocedió de Granada sobre Alhama,

donde supo la capitulacion de Ballesteros, lo que le obligó á retirarse á Málaga. En 17 de agosto presentóse en esta ciudad el general Riego, quien poco satisfecho con su carácter de diputado en aquellas tremendas circunstancias, pidió y obtuvo un mando en el ejército al Gobierno de Cádiz, que se lo concedió, nombrándole en reemplazo del digno general Zayas. El primer uso que hizo del mando en Málaga el héroe de las Cabezas de San Juan, fué el mas inoportuno y arbitrario. Riego, hombre de carácter fogoso, vano y descontentadizo, mas no de condicion cruel, cometió, mal aconsejado, actos de verdadera demencia en aquellos graves y azarosos momentos, como fueron la prision de Zayas y otros generales á quienes envió embarcados á Cádiz, secuestró la plata de las iglesias y mandó ejecutar algunos suplicios. El anuncio de la marcha sobre Málaga del general francés Lubersdó, procedente de Granada, le obligó á salir de Málaga.

Puesto al frente de una corta division, se propuso reunirse á Ballesteros, que despues de la capitulacion del 4, se habia acantonado entre Montilla, Lucena y Priego. Al efecto, partió el 3 de setiembre por la costa de levante. Llegado á Nerja torció á la izquierda, atravesó la sierra, y pasando entre Loja y Granada, llegó á Priego el 10 del mismo mes. Al descubrirle las avanzadas de Ballesteros tomaron posiciones, y muy pronto se rompió el fuego de guerrillas. Acudió

presuroso aquel general; pero Riego le salió al encuentro, mandó cesar el fuego dando el grito de *¡viva la union!* y llegándose á Ballesteros: «Deteneos, mi general, le dice; tomad mi baston, volveos á sostener con mi ejército la libertad, yo seré uno de vuestros ayudantes, un soldado de vuestras filas.» Accedió conmovido Ballesteros, y ambos generales se dirijieron al pueblo. Pocos momentos despues, segun refiere el marqués de Miraflores, volvieron á desavenirse, y Riego lo puso preso en su propia casa. Cundió con la rapidez del rayo la noticia de aquel estraordinario suceso, y el general Balanzat se acercó con sus tropas é intimó á Riego que dejase en libertad á su prisionero y se alejase con su division. Este tuvo que ceder á la fuerza de las circunstancias, y marchó sobre Alcaudete, siendo abandonado en el camino por varios soldados y oficiales de infantería y dos escuadrones de Numancia y España.

En tan precaria situacion solo dos caminos tenia Riego para salvarse reuniéndose á tropas constitucionales; era el uno el de Estremadura, y el otro el de Cartajena. Decidióse per este último, y al efecto marchó hácia Jaen con 2,500 hombres escasos y en un estado verdaderamente deplorable. Pero el general francés Bonemaine, que procedente de Almeria se dirijia sobre Málaga en la fecha que Riego abandonara esta última ciudad para incorporarse á Ballesteros, sabedor de su cambio de direccion en Nerja, habia varia-

do tambien él la suya y marchado velozmente á la vega de Granada, donde noticioso del paso de Riego de Alcaudete á Jaen, precipitó su movimiento con tanta fortuna y acierto, que le alcanzó el dia 12 en Jaen, le obligó á empeñar un combate, en el que vencido Riego, tuvo que retirarse precipitadamente por Mancha Real á Jodar. Allí le sorprendió un cuerpo de caballería de la division francesa que cubria el camino real de Andalucía, dispersó completamente las cortas fuerzas que habia salvado de Jaen, y le obligó á buscar su salvacion en la fuga, seguido de solo cuatro de sus oficiales. Con ellos llegó rendido de fatiga al pequeño lugar de Arquillos, en Sierra-Morena, sin duda con el propósito de refujiarse en Extremadura; mas conocido por los vecinos del pueblo, fué preso y conducido á la Carolina, donde le reclamó el general Latour que mandaba la division á que pertenecia el cuerpo de caballería que dió el ataque de Jodar. Entregáronle el desgraciado prisionero; mas acudiendo las autoridades españolas al duque de Angulema, este mandó que se pusiera á su disposicion.

La prision de Riego, en quien se personificaba la revolucion de 1820, causó un júbilo indescriptible en todo el partido absolutista, creyendo derribado para siempre y de un solo golpe el edificio revolucionario, que á su pobre juicio tenia por única base al hombre que el dia 1.° de enero de 1820 dió el grito de viva la Constitucion en las Cabezas de San Juan.

XII.

Capitulacion de Cádiz.—Caida del sistema constitucional.

Estamos tocando ya al término del segundo período constitucional de España, menos grandioso, si se quiere, bajo el aspecto político y militar que el primero, pero infinitamente mas rico que el de enseñanza para el pueblo español, que, sin embargo no ha sabido aprovecharla hasta ahora, víctima siempre y en todos los tiempos modernos de las exajeraciones de los partidos, atentos solo, en el presente, los unos á reconstruir el pasado en toda su integridad, los otros á edificar sin cimientos el edificio del porvenir.

Cosa singular; España, madre en lo antiguo de todas las libertades, que hoy perfeccionadas por la ciencia constituyen el bello ideal de los pueblos modernos, cometió el funesto error de mendigar desde la aurora de su regeneracion política las bases de su libertad constitucional

en el código estranjero que menos respondia al orijen, á las tradiciones y á las necesidades políticas y morales del pueblo para quien se hizo. Nuestros constituyentes de 1812, espigando en la Constitucion francesa decretada por la Asamblea Nacional en los años 1789, 1790 y 1791, cometieron la misma falta que los constituyentes franceses espigando en la de los Estados-Unidos de 1789. La democracia americana era tan imposible en la Francia de fines del siglo pasado, como era imposible á principios del actual el planteamiento en España de los derechos y de los deberes del hombre y del ciudadano, tal cual estaban consignados en la Constitucion de la república francesa de 1795. ¿Cómo estrañar, pues, que el gran período revolucionario francés fuese segado por la espada de un soldado de fortuna, y que el segundo período revolucionario español desapareciese en 1823, ahogado entre los brazos del gigante de la reaccion que en 1814 habia hecho tan incontrastable ensayo de sus fuerzas?

Mas dejemos estas consideraciones por impertinentes á nuestro asunto, y reanudemos la narracion de los sucesos de que fué teatro Andalucía durante la segunda mitad del año 1823.

Desde el 15 de junio al 5 de agosto, que duró el primer período de las Córtes de Cádiz, nada, en realidad de provecho hicieron para salvar la causa constitucional que caminaba aceleradamente á su ruina, encerrada en el estrecho recinto de la ciudad que fué su cuna. Redujéronse

sus trabajos á decretar medidas que en circunstancias normales hubieran estado en su lugar; pero que en aquellos dias en que la reaccion auxiliada por cien mil bayonetas estranjeras y alentada por la intervencion diplomática de todas las grandes potencias de Europa, tenia encerrado en un círculo de hierro, cuyo diámetro se iba estrechando inexorablemente por momentos, al Gobierno constitucional, eran un cruel sarcasmo que hacia casi ridículos los últimos momentos de la revolucion de 1820. Acaloradas discusiones personales; el arreglo de las capellanías; la modificacion de la ley de imprenta; suspension de la ley orgánica del ejército, que no existia ó que estaba en completa disolucion; crísis ministeriales, y cuestion de empleos, tales fueron, poco mas ó menos, sus trabajos para salvar la pátria, cuando un ejército francés, cuya retaguardia cubria la mayor parte de España, tenia sitiadas en Cádiz al Gobierno, las Córtes y todos los poderes revolucionarios.

Ya hemos dicho que la llegada del duque de Angulema fué la señal para activar los preparativos del sitio. Sin embargo, antes de romper el fuego, el generalísimo dirijió desde el Puerto de Santa Maria una carta á Fernando VII, en la que á vueltas de algunas indicaciones políticas aconsejando al rey que concediese una amnistía, convocáse las antiguas Córtes del reino y diese garantías de órden, justicia y buena administracion, anunciaba que si dentro de cinco dias no

se ponia el rey en libertad, ó no recibia una respuesta satisfactoria, recurriria á la fuerza.

Diósela el dia 21 de agosto el Gobierno constitucional; mas no debió ser del agrado del duque de Angulema, cuando inmediatamente puso en ejecucion sus amenazas, rompiendo las hostilidades contra la plaza. El Gobierno habia hecho cuanto podia en medio de su falta de recursos para ponerla en estado de defensa, construyendo varias baterias, armando algunas lanchas cañoneras y distribuyendo el ejército en los puntos mas convenientes.

«El flanco izquierdo del ejército era, dice el general Copons en sus *Memorias*, el Trocadero, uno de los ataques señalados que tenia la isla, y de sumo interés para los franceses; porque apoderados de él, podian bombardear á Cádiz, como lo hicieron en la guerra de la Independencia.

«Este punto del Caño, cuando lo ocuparon los franceses (en 1810) era una prolongacion de terreno estrecho, que desde Puerto Real llega hasta la distancia de medio tiro de cañon frente del arrecife de Puerta de Tierra de Cádiz; y así que los franceses levantaron el sitio (en 1812) el gobierno dispuso que se cortara á cierta distancia aquella punta de tierra, para que quedase aislada por medio de la comunicacion del mar, y que se fortificara aquel frente.

La obra se realizó en cuanto á hacer la cortadura; con lo que quedó aquella parte de tierra

aislada: pero despues no se fortificó, y el fango y las arenas que se sacaron de las escavaciones quedaron amontonadas formando un parapeto paralelo á la cortadura de bastante espesor. En este estado se encontraba aquel importante punto cuando los franceses volvieron á presentarse en 1823. A haber sido mas activos é intelijentes, hubiéranlo ocupado el mismo dia de su llegada, porque, además de no tener artillería, estaba defendido por muy pocos soldados. Los sitiados aprovecharon el descuido del enemigo, y construyeron varias obras de campaña bien artilladas; mas tambien cometieron un error por su parte.

«Dejo dicho que el fango y las arenas sacadas de la cortadura se habian colocado en línea paralela á la del trabajo, pero amontonado todo á unas ocho ó diez varas del cantil inmediato. Sobre estas arenas formóse el terraplen, y resultó una cortina fortificada que no tenia en sus estremos caras que la flanqueasen, por faltar terreno para construir medios baluartes; defecto que los injenieros encargados en esta obra no enmendaron; y así solo se veía un frente de muchas varas, atronerado, por donde se presentaban piezas del mayor calibre de fuegos rectos y curvos. Me parece que habia mas de cuarenta piezas montadas.

«Los franceses no hicieron por oponerse sériamente á la construccion de aquella defensa, pues solo trataron de impedir los trabajos con el

fuego de una bateria de piezas de grueso calibre, pero situada á tanta distancia, que sus disparos no producian resultado alguno. Así que fuéles preciso aproximarse por medio de caminos á cubierto; lo cual realizaron con suma facilidad, por ser todo el terreno arenisco. Llegados que fueron los trabajos de zapa frente á la fortificacion, estendieron un ramal paralelo á ella, á la orilla de la cortadura, y en él se pusieron tan á cubierto, que ni la fusilería podia incomodarlos.

«Yo tuve mucha curiosidad—prosigue el general Copons testigo ocular de los dos sitios puestos á Cádiz por los franceses—de ver aquel punto; lo que verifiqué cuando los trabajos del sitiador estaban concluidos, tanto que la fusileria causaba daño á los defensores, y ademas las granadas que arrojaban sus obuses colocados á cubierto de la artillería. Lo recorrí con mucha precaucion acompañado de algunos oficiales, y no me quedó duda de lo que harian los franceses para tomarlo. Reparé en la calidad de la tropa que lo defendia y ví que era mala y en corto número; fatigadísima por los penosos trabajos que tenía, pues en las horas de baja marea toda la guarnicion se ponía sobre las armas; y por la noche el enemigo no le dejaba un momento de sosiego haciendo fuego de fusil y amagando asaltos. Como militar español sentí ver unos trabajos tan mal entendidos.

«Al inmediato dia los franceses realizaron el proyecto de apoderarse del Caño del Trocadero,

valiéndose de una estratagema. Por la noche debia relevarse parte de aquella guarnicion, y aprovechándose del aviso, se anticiparon, embarcándose en dos lanchones en el muelle de Puerto Real unos cien hombres, que favorecidos por la oscuridad de la noche llegaron frente de un molino construido á espaldas de la bateria y á corta distancia; punto por el que debian desembarcar las tropas del relevo y en el que había una guardia. El centinela dió el *¿quién vive?* asi que divisó los lanchones, y le contestaron en español: *El relevo.* Parece que el centinela no les mandó hacer alto ni avisó á la guardia; y si lo hizo el comandante de ella fué víctima de su poco celo en no haber mandado reconocer los que se anunciaban como amigos. Lo cierto es, que las lanchas atracaron á tierra, y que los primeros franceses que desembarcaron sorprendieron la guardia y la pasaron á cuchillo. Los tambores que estos traian tocaron calacuerda y dispararon algunos tiros. En tales momentos toda la guarnicion de aquel punto (componíase de 1,700 hombres, entre ellos muchos milicianos locales y los mandaba el coronel Grases, diputado á Córtes y reputado con razon por oficial bizarro) descansaba rendida del ímprobo trabajo del dia anterior, y aun que en la bateria habia retenes, estos ó dormian, ó no estaban con la debida vigilancia, confiados en que no era la hora de la baja mar. Tampoco tenian escuchas al pié de la bateria por la parte

exterior» pues á tenerlas hubieran advertido el movimiento del sitiador, el que comenzó á atravesar el Caño con el agua hasta la cintura, y quedó establecido debajo de la batería, en toda su prolongacion, esperando el aviso de los suyos de haberse apoderado del molino, el cual debia ser el redoble de los tambores, señal que no solo tenia por objeto indicar el momento en que debia empezar el ataque aquella tropa, sino engañar los retenes de la batería haciéndoles creer que el punto atacado era el molino á fin de que acudieran á él facilitando la embestida de los soldados ocultos en el Caño.

«Así sucedió, toda la guarnicion del Caño del Trocadero se sorprendió al oir el fuego de la fusilería y el toque de los tambores hácia el molino, y los retenes de la batería marcharon aceleradamente hácia el lugar que se conceptuaba en mayor peligro. Pero á los pocos pasos andados viéronse estos tambien sorprendidos con los disparos que se les hacian por la espalda, habiéndose apoderado sijilosamente el enemigo de la bateria. Como es consiguiente entró la confusion y el desórden aumentado por la oscuridad y los soldados se dispersaron por el campo.

«Este ataque se verificó entre dos y tres de la madrugada, y á medida que iba aclarando el dia los franceses se adelantaban para impedir que la guarnicion se embarcara en los lanchones que acudieron en su auxilio á un extremo del Caño. Agunos soldados se hicieron fuertes al

abrigo de unos almacenes que allí se encuentran, causando desde este punto varias bajas á los franceses; mas estos apoderados de la bateria volvieron los cañones y con sus fuegos obligaron á los españoles á renunciar á este su único conato de defensa. La guarnicion toda se apresuró á embarcarse en las lanchas perdiendo solo aquellos soldados que no pudieron llegar á ellas, y que en corto número quedaron prisioneros de los franceses.

«La toma del Trocadero (31 de agosto), fué anunciada por el duque de Angulema pomposa y exageradamente hasta el estremo de compararla con una de aquellas acciones que tienen el primer lugar entre los hechos heróicos, por lo que no me es posible (Copons) dejar de desmentirla por medio de la esacta relacion que acabo de hacer; de la cual se deduce que aquel importante punto *no se defendió*, á causa de su mal entendida fortificacion, y porque sus defensores, rendidos de la fatiga y mal dirijidos fueron sorprendidos. Cualquier general amaestrado en los campos de batalla no le hubiera dado la menor importancia militar, y hubiera confesado que tuvo la suerte de cojer desprevenido al enemigo. Los franceses dieron entero crédito á la falsa relacion de sus generales, y en aquel pais se cantaron himnos, se prodigaron alabanzas y se erijieron árcos de triunfo en honor del vencedor.»

La pérdida del Trocadero causó una profun-

da inquietud en Cádiz, por mas que el gobierno hiciera todo cuanto podia por atenuar sus consecuencias. Sin embargo, los franceses no adelantaron nada por los demas frentes atacados, y solo la escuadra del bloqueo fué la que puso en verdadero peligro la plaza.

«Como los barcos pequeños burlaban su vijilancia, y especialmente los procedentes del Mediterráneo que se introducian en Cádiz por el rio de Santipetri, al abrigo del castillo de este nombre construido en la prolongacion de la escollera, intentaron los franceses apoderarse de él, lo que verificaron á poca costa, aproximando á pleamar un navio cuyos formidables y certeros fuegos apagaron los del castillo poniendo fuera de combate la mayor parte de la guarnicion.

«En tanto que el navío los cañoneaba vieron los sitiados que los franceses montaron una batería por la parte de tierra cuyos proyectiles les causaban bastante daño. Apremiados por la necesidad, faltos de fuegos para contestar, y muerta ó herida la mayor parte de la guarnicion, y viendo que las lanchas de la escuadra se aproximaban con jente para dar el asalto, el comandante arrió la bandera española y enarboló la blanca. Los franceses se apoderaron del castillo donde habian quedado solo *cincuenta hombres útiles*. La toma de Santipetri fué no menos ponderada que la del Trocadero, hasta el punto de que el rey de Francia mandó cambiar el nom-

bre del navío que la habia realizado por el del castillo.»

Estos dos trascendentales reveses fueron causa de que el gobierno comprendiendo lo crítico de su situacion pensase en ensayar el medio de las negociaciones, para lo cual envió (4 de setiembre) al cuartel general del duque de Angulema una carta del rey proponiendo la suspension de armas para tratar de una paz honrosa. El portador de ella lo fué el general Alava á quien el generalísimo francés y varios de sus oficiales superiores conocían personalmente.

La contestacion del de Angulema fué que no trataria sino con el rey en libertad. El 5 replicó Fernando VII con otra preguntando que debería hacerse para que el rey se considerase libre. Contestó el Duque que debia pasar inmediatamente á su cuartel general, sin lo cual continuarian las operaciones militares. Apremiado el gobierno constitucional propuso todavía al duque (dia 7) que el rey pasaria á tratar con él en un punto que se neutralizaría, situado á igual distancia de ambos ejércitos, ó á bordo de un navío neutral bajo la garantía del pabellon. La respuesta del generalísimo fué prevenir al general Bourdesulle que intimase al gobierno de Cádiz, que si á las ocho de la noche de aquel mismo dia (el 7) no tenía contestacion satisfactoria, rompiese el fuego contra la plaza.

En conflicto tan estremo y no atreviéndose el gobierno a tomar sobre sus hombros todo el peso

de la situacion, resolvió convocar las Córtes extraordinarias cerradas hacía un mes, para compartir con ellas la responsabilidad de los grandes sucesos que se veian venir. Reuniéronse estas el dia 6 de Setiembre, y el 14 volviéronse á cerrar, sin haber acordado, en realidad, otra cosa que conceder ámplias facultades á la Junta de defensa.

Rotas las negociaciones con el Duque de Angulema, renováronse ejecutivamente las hostilidades por mar y por tierra. La escuadra bloqueadora compuesta de tres navíos, once fragatas y ocho corbetas, se puso en órden de combate, en tanto que una division naval, llamada *flotilla del Guadalete*, y formada con lanchas cañoneras y obuseras, habilitadas en el rio de Sevilla, se aproximó y situó á tiro de una cortina de la plaza, que era la menos defendida, y rompió el fuego que duró mas de tres horas, con bala y granada.

«La idea de los franceses fué apoderarse de la plaza por medio de inteligencias que en ella tenian (general Copons) porque confiaban segun se dijo, que les entregarian uno de los baluartes que defendía la cortina: por que á no ser así la operacion fué ridícula en todos sentidos, salvo el haber sido posible que pereciera alguna de las reales personas, porque fueron muchas las granadas de nueve pulgadas que reventaron á la inmediacion del real alojamiento y encima de sus azoteas.»

A estos ataques, á estas fuerzas relativamen-

te formidables, los sitiados no podian oponer una formal resistencia, careciendo casi de todo. Los víveres y las municiones escaseaban; los recursos pecuniarios del gobierno se reducian á lo que podian obtener dentro de la misma poblacion; la guarnicion estaba fatigada con lo penosísimo del servicio, y la fuerza moral del gobierno se habia hecho enteramente nula; el resultado, pues, de la lucha no podía ser dudoso; y el gran desastre era ya cuestion de dias, acaso de horas.

En los dias 16 y 17 tiraron los franceses algunos cohetes incendiarios á la Carraca, y ocasionaron un incendio que afortunadamente se pudo dominar pronto. El 18 volvieron á reunirse las Córtes estraordinarias; mas solo para darles conocimiento de las comunicaciones que habian mediado entre el gobierno y el generalísimo francés.

No obstante, todavía se podia prolongar militarmente la defensa, por mas que la Isla, llave de Cádiz, estuviese en poder de los franceses, y por mas que con la ocupacion del Trocadero y del castillo de Santipetri hubiese perdido la plaza sus principales puntos de apoyo. Mas el dia 23, en los momentos en que el bombardeo, mucho mas activo que en los anteriores, causaba bastante mal á la poblacion, el regimiento de San Marcial que cubria uno de los puntos mas importantes de la isla, y era tenido por el cuerpo mas liberal del ejército, se sublevó al grito de ¡Viva el rey absoluto! La sublevacion fué instantáneamente

ahogada, por el general Buriel, en la sangre de ocho de los principales cabezas de la insurreccion; pero todos conocieron que desmoralizado ya el ejército era imposible continuar la resistencia.

Antes de dar el ataque general que estaba acordado contra la plaza, el duque de Angulema quiso ensayar un medio de intimidacion para evitar la demasiada efusion de sangre. Al efecto, el dia 26 por la mañana, envió un parlamentario á Valdes amenazando con pasar á cuchillo á los ministros, á los diputados á Córtes, á los consejeros de Estado, generales y gefes de la plaza, si se atentaba á la vida del rey ó si se le embarcaba. Valdes contestó con altivez española que la fortuna de las armas no autorizaba á los franceses para insultar á los liberales. El gobierno por su parte reunió el Consejo de generales para consultarle sobre la posibilidad de continuar la defensa, y el consejo espuso la necesidad de terminarla.

En su vista, forzoso fué al gobierno y á las Córtes, ceder al peso abrumador de las circunstancias, y acordaron enviar una diputacion al rey diciéndole que quedaba en libertad para ir al cuartel general de los franceses desde el dia siguiente, 27 de agosto. Fernando VII envió en el acto á su Gentil-hombre, el Conde de Corres, para anunciar tan fausta nueva al duque de Angulema, y prevenirle que el dia señalado para su libertad se trasladaría al Puerto de Santa María.

No bien comenzó á circular por Cádiz la noti-

cia de la libertad en que las Córtes dejaban al rey, amotináronse los milicianos de Madrid y las tropas que guarnecian la plaza, indignados de que no se hubiera estipulado una capitulacion que los salvase del furor del partido absolutista, y declararon que no dejarían salir al rey. Sin medios el Gobierno para dominar la insurreccion, decidió enviar el dia 28 al general Alava al cuartel general francés, para informar al duque de Angulema de lo que ocurría en la plaza. Irritado el príncipe se negó á todo lo que no fuera la entrega á discrecion, y Alava regresó á Cádiz con tan desconsoladora noticia.

«Dirigiéronse entonces los ministros al rey á fin de inclinar su ánimo á la templanza en el goce del poder absoluto que iba á recobrar; y le hallaron tan benévolo, generoso y atinado en sus juicios acerca del estado de los partidos y de la nacion, que, á pesar de sus prevenciones contra la conocida doblez de sus palabras, confiaron en una ámplia amnistía y hasta en el establecimiento de un despotismo moderado. Mandó á los ministros que redactasen un manifiesto á la nacion en su nombre y en los términos en que acababa de espresarse para que fuese á los liberales como una prenda de seguridad. Hiciéronlo ellos, más á medida de su deseo que teniendo en cuenta las circunstancias; leyéronselo al rey, quien tachó algunas de sus frases para sustituirlas de su puño y letra con otras de mayor abnegacion y prudencia, añadiendo: *Así no debe quedar duda de*

mis intenciones. Acabaron con esto los ilusos de creer al rey amaestrado por la desgracia y reconocido de sus pasados errores.»

Este decreto apareció el 30 de setiembre. «Fué redactado por el ministro Calatrava, dice en sus *Apuntes Histórico-Críticos* el marqués de Miraflores, el cual por sí mismo le enmendó y le dejó tal como se publicó. *Existe el borrador en estos términos, lo que no honra á los autores de los acontecimientos sucesivos.*»

El mismo dia anunció el rey al generalísimo, que el primero de octubre por la mañana iría al Puerto de Santa María, como así se verificó saliendo de Cádiz entre salvas de artillería. Pocos momentos despues llegó á la playa del Puerto, donde le esperaban el duque de Angulema, el presidente de la Regencia de Madrid, los embajadores de la Santa Alianza, los magnates de la Córte y las bayonetas estranjeras á las que debia el restablecimiento de su trono absoluto. Al desembarcar arrojóse Fernando VII en los brazos del duque de Angulema, esclamando: *¡Ah primo mio, que servicio me habeis hecho!*

Algunas horas despues, Fernando VII que nunca supo olvidar ni jamás quiso aprender, cerrando los oidos á los sábios y prudentes consejos del príncipe que le sacó del recinto de Cádiz, y escuchando solo los del resentimiento que escitaba en su alma *un clero fanático y algunos individuos de corta capacidad* que le rodeaban, dió el *asqueroso decreto de 3 de Octubre* (marqués de Mira-

flores) que cortó brutalmente el nudo de la situacion política del país, en vez de desatarlo con paciencia y suavidad.

Aquel impolítico decreto contenía, despues de un incalificable preámbulo, dos artículos por los cuales mandaba el rey que todas las cosas *volvieran al ser y estado en que se encontraban antes del 7 de Marzo de* 1820. El desencanto no pudo ser mas completo para los que confiados en el de 30 de setiembre creyeron que Fernando, aleccionado por la costosa esperiencia que debió adquirir en *nueve años de cautividad* de los quince que contaba de reinado, sabria establecer un réjimen de gobierno tan distante del absolutismo como de la anarquía. El mismo duque de Angulema disgustado al ver la senda en que resueltamente entraba el rey sordo á sus consejos que eran los de la prudencia, se separó de los negocios y marchó á París, afligido por no haber podido «hacer triunfar la razon sobre las pasiones, y temeroso de que un dia podrian mancillarse las glorias de su ejército y del soberano de Francia, á quien la historia acusaría de haber hecho la guerra á España, no para hacer triunfar la lejitimidad sobre la revolucion, sino para reconquistar la influencia del clero, y con ella sus intereses; para entregar el fruto de sus fatigas en las bárbaras manos de una faccion fanática, ignorante y sangrienta; para hacer, en fin, el mal de la nacion.»

A la noticia de la rendicion de Cádiz y del decreto de 3 de octubre entregáronse todas las fuer-

zas constitucionales que pelearan hasta entonces por la libertad. Desde el 18 de octubre hasta mediados de noviembre rindiéronse á las armas absolutistas Ciudad-Rodrigo, San Sebastian, Miravete, Pamplona, Lérida, la Seo de Urjel, Barcelona, Monjuich, Tarragona, Hostalrich, Alicante y Cartajena últimas plazas en que ondeó la bandera constitucional.

Entre tanto el Fernando VII, se dirijía desde Andalucía á Madrid, caminando á cortas jornadas, siendo recibido en todos los pueblos del tránsito con un entusiasmo difícil de describir, y que esplotaron hábilmente para los fines de su medro y venganzas los hombres funestos que le rodeaban y mantenian en una opresion moral infinitamente mas aciaga para la pátria, que aquella en que habia estado pocos meses antes al pasar por el mismo camino. El dia 13 de noviembre de 1823, entró el rey con su real familia en la villa y corte, en medio del tronar de la artillería y de los víctores de la multitud; pero tambien entre las lágrimas y congojas de millares de españoles vejados, encarcelados ó perseguidos.

La reaccion fué absoluta y completa; nada dejó de retroceder al tenor de lo dispuesto en el decreto de 3 de octubre; y el ódio de los realistas y su sed de venganza contra los liberales, es decir, contra los hombres mas ilustrados, mas dignos y mas previsores de la nacion, incluyendo entre ellos una parte del clero, otra mucho mayor de la nobleza y de la majistratura, casi todo el ejérci-

to y la clase media llegó hasta el estremo de haberse inventado para espresarla, la frase *que se debia esterminar las familias de los negros hasta la cuarta generacion*.....

Puede asegurarse que durante el período constitucional del 20 al 23, así como durante el desenfrenadamente reaccionario que le sucedió hasta la ilusoria amnistía de 1.° de mayo de 1824, Andalucía fué una de las provincias de España donde menos escesos se cometieron, ya en nombre de la reaccion ya invocando el de la libertad. El espíritu público se manifestó, por regla general, mas bien adicto al gobierno constitucional que al sistema absoluto; y si bien en los albores de la revolucion pareció recibirla con indiferencia, como de ello dá testimonio la desgraciada espedicion de Riego, muy luego se identificó con ella, en términos de que el dia en que el acuerdo tomado por las grandes potencias en el congreso de Verona se puso en ejecucion, los poderes constitucionales viéndose en la imperiosa necesidad si habian de funcionar con cierto desembarazo, de alejarse del lugar que estaba llamado á ser el teatro de la lucha con el enemigo interior y con el estranjero, se refujiaron en Andalucía, no precisamente por estar mas distante de los azares y peligros de la güerra, sino porque en estas provincias contaban con mayores elementos políticos en su favor y con mas recursos de todo género para resistir la doble é impetuosa corriente reaccionaria conjurada contra ellos. Así es que pudieron mantenerse eco-

nómicamente, desde mediados de abril hasta fines de setiembre de 1823 con los recursos que les suministró el país, mientras que en todo el resto de España se los negaban al amparo de las bayonetas estranjeras.

Otra prueba bastante elocuente del espíritu liberal que animaba las provincias andaluzas, la tenemos en la adhesion que manifestaron al gobierno sus grandes ciudades y principalmente todas las del litoral, y en la imposibilidad en que se vió el partido realista de levantar facciones armadas contra el órden de cosas establecido, como aconteció en Galicia, ambas Castillas, la Mancha, Navarra y Cataluña. Si se esceptúa un conato de insurreccion contra-revolucionaria que se manifestó en la Serranía de Ronda, y que se deshizo por sí mismo, puede afimarse que la reaccion absolutista se ajitó en el vacío en las Andalucías, hasta que las divisiones del ejército francés ocuparon militarmente todo el país y derrocaron por la fuerza el sistema constitucional.

Si, como es indudable, la llamada *libertad del Rey* y su regreso á Madrid fué festejada en los pueblos de Andalucía con un entusiasmo que rayó en delirio, y si á partir del dia 1.° de Octubre de 1823, los hombres del partido reaccionario usaron de su victoria con imprudencia é inhumanidad contra los liberales, acúsese á la corriente general de las ideas que arrebataban por esos caminos á los pueblos, y á la naturaleza y aglomeracion de los extraordinarios sucesos que

tenian lugar, á la sazon, en Europa; pero hágase la justicia de reconocer y confesar que en los reaccionarios de Andalucía hubo menos sevicia contra los llamados *negros* que en cualquiera otra provincia de España, siendo notorio que en Cádiz no se persiguió á nadie por sus opiniones liberales; lo que hacia esclamar á un furibundo eclesiástico, que escribía en Madrid el periódico intitulado *El Restaurador*. «Desde que el rey ha salido de Cádiz han entrado en aquella plaza cuatrocientos ochenta *bribones y bribonas de la negrería*, no se puede andar por aquella ciudad *por que no se vé mas que esa canalla*; y como no tienen nada que hacer *se están todo el dia por las calles* como los judíos.»

Dadas las condiciones del carácter que la série de los acontecimientos históricos, así antiguos como modernos habian formado en los hijos de este privilejiado suelo, no debe causar estrañeza el encontrarlos mas cultos mas ilustrados, mas humanos y por consiguiente mas tolerantes que en otra cualquier region de la península. Su actividad comercial y sus relaciones con América y con Inglaterra los habia familiarizado con las teorías del gobierno liberal. Para ellos, hablando en tésis general, la forma del poder absoluto era solo un accidente de la constitucion político-social, accidente por el cual habian pasado los dos grandes pueblos, cuna de la libertad moderna, la Gran-Bretaña y los Estados-Unidos de América, con el conocimiento, de cuyas institu-

ciones políticas estaban familiarizados los hijos de Andalucía; y como esas instituciones y sus prácticas de gobierno y administracion no habian producido en aquellos paises, los crímenes, los escesos y la ruina que produjeron en Francia, únicos que tenian á la vista el partido reaccionario español, claro y evidente es que no debieron ver con horror ó con aversion el establecimiento de aquel sistema en su pátria, ni saludar con gritos de hiena su destruccion.

A mayor abundamiento; ¿no era entre ellos donde había nacido? En el triste y á la par glorioso período de la guerra de la Independencia. ¿No se había escrito y proclamado sobre el suelo andaluz la primera constitucion política de la monarquía española? Y á esa constitucion y á aquel gobierno constitucional nacidos ambos en medio del mar, en una concha nacarada como la Venus de la Mitolojía, ¿no debió España su independencia del yugo estranjero, sus glorias militares contra las veteranas y hasta entonces invencibles falanjes del Gran Capitan que tuvo durante tantos años encadenada la Europa á sus pies? ¿Cómo no habian de amar los andaluces aquella forma de Gobierno, y como no habian de ser muy numerosos sus partidarios, influyendo, pesando estas notables circunstancias en el ánimo de la reaccion para enfrenar sus escesos?

Así es que Andalucía que tiene la gloria de haber abierto en su suelo los dos primeros perío-

dos constitucionales de España, y el sentimiento de haber visto cerrarse en él el segundo, fué reputada en todos tiempos como la provincia mas liberal de la nacion, y aquella en que menos espansion podía darse á los instintos reaccionarios. Muy luego quedó plenamente justificada esta opinion con la patriótica actitud en que se mantuvieron sus provincias durante los años de guerra civil que sucedieron á la muerte de Fernando VII.

XIII.

SEGUNDA REACCION ABSOLUTISTA.

1824 á 1833.

El decreto de 1.° de mayo de 1824, publicado con el nombre de amnistía, se redujo en sustancia á un indulto; pero con tantas escepciones, que ni aun de ese pálido rasgo de generosidad pudieron disfrutar los perseguidos liberales, pues además de lo ilusorio de las concesiones, que el rey hacía en él, las autoridades de las provincias se guardaron muy bien de aplicarlo como no fuera en lo concerniente á las escepciones.

Sin embargo; recibiéronla los liberales como un testimonio de que la restauracion satisfecha ya en sus venganzas ó avergonzada de los inauditos escesos á que se entregaban sus corifeos, se mostraba dispuesta á entrar por la senda de la templanza y á adoptar una política que, sin dejar

de ser absoluta la pusiesen al nivel de los gobiernos á quienes no se puede negar en rigor el nombre de tales. Por el contrario los absolutistas se exaltaron hasta el delirio creyendo ver en el decreto de 1.° de mayo el anuncio de la próxima vuelta del sistema constitucional, y en su virtud se esforzaron en conjurar por todos los medios el peligro de que se suponían amenazados.

No mucho tiempo despues una tentativa liberal, tan insensata como desgraciada, cuyos autores elijieron por teatro los puertos de las costas de Andalucía, vino á justificar los temores del partido realista. El completo triunfo y los escesos de la reaccion habian obligado á los constitucionales á emigrar para salvar su vida á paises estranjeros, fijándose con preferencia en Francia é Inglaterra á la espectativa de algun grande acontecimiento que les abriera las puertas de la pátria. Algunos, los mas impacientes, permanecieron en Gibraltar, como punto mas cercano desde donde les fuera mas fácil aprovechar la primera coyuntura favorable para levantar el estandarte de la libertad. Creyeron encontrarla en la publicacion del decreto de amnistía, y se lanzaron con mas entusiasmo que prudencia á acometer la empresa. Al efecto un puñado de oficiales y algunos emigrados valientes acaudillados por el coronel Valdes, bizarro militar que se habia distinguido en la guerra de la Independencia y en el período constitucional combatiendo

á los realistas, salieron del Peñon divididos en dos cortas expediciones, que se desembarcaron la una en Almería y la otra en Tarifa, plaza esta última de que se apoderaron sin encontrar resistencia (3 de agosto) y donde se mantuvieron diez y ocho dias enviando desde allí una corta fuerza á Algeciras con la esperanza de levantar el pais. La noticia de aquel inesperado suceso llenó de sobresalto al gobierno, que careciendo de ejército por haber licenciado el constitucional, temia que los descontentos procedentes de aquellas filas acudiesen como un solo hombre á engrosar las de los insurrectos. Por fortuna para el Gobierno permanecian todavía los franceses en la Península, y un destacamento de estos, reforzado con algunos realistas, mandados todos por el coronel d'Astosg acudió sobre Tarifa, de donde lanzaron á los liberales despues de una obstinada resistencia, (21 de agosto) cogiéndoles treinta prisioneros, y fusilándolos á todos inmediatamente. La espedicion de Almería fué mas desgraciada, si cabe, que la de Tarifa, puesto que apenas saltaron en tierra fueron presos y pasados por las armas. Pocos dias despues el suelo de Tarifa, fué ensangrentado de nuevo con el fusilamiento de seis indivíduos de una partida liberal que levantara en Jimena D. Cristobal Lopez de Herrera. El mismo fin tuvieron otros alzamientos parciales que se verificaron en aquellos dias. El pais no se mostró hostil, mas permaneció indiferente ante aquella descabellada intentona, que solo

sirvió para irritar al partido absolutista y enardecer las persecuciones que comenzaban á mitigarse.

El decreto del 1.° de mayo tuvo el triste privilejio de no satisfacer á nadie, y de servir de pretesto para que los exaltados de todos los bandos se arrojasen á probar fortuna sobre el terreno de las armas. Es así que la intentona del coronel Valdes en Tarifa y Almeria, fué precedida de una conspiracion urdida en Aragon por la parte mas fanática del partido reaccionario, que acusando á Fernando VII de poca energía y carácter, y creyéndole supeditado á los liberales, se propuso sustituirle en el trono con su hermano el infante D. Cárlos. Mas descubierto á tiempo el compló fué preso por sus méritos el brigadier Capapé y varios oficiales, y destituido el capitan general de aquella provincia el general Grimarest.

Un nuevo decreto inspirado en sentimientos de tolerancia publicado en 4 de agosto de 1825, suprimiendo las funestas y sanguinarias comisiones militares, y la rotunda negativa de Fernando VII á restablecer el tribunal de la Inquisicion, dieron pretesto á los ultra-realistas, á quienes la opinion pública comenzaba ya á llamar *Carlistas*, para fraguar una segunda conspiracion contra el rey, que mas desgraciada que la de Capapé, fué ahogada en la sangre del proteo político llamado Bessieres, y de siete oficiales mas que se dejaran seducir por las pala-

bras de aquel traidor á todos los partidos.

De la misma manera que el mal éxito de las conspiraciones de Capapé y de Bessieres no fué obstáculo para que un tal Morales, porta-estandarte del regimiento de caballería tercero Provincial, urdiese en Granada un proyecto de sublevacion carlista, así como unos pocos oficiales de la guarnicion de Tortosa cediendo á las sujestiones del bando ultra-realista trataron de seguir la huella de aquellos, pagando unos y otros con la vida tan temerarios propósitos de la misma manera, repetimos, el desastre de las expediciones de Valdes no desalentó á los liberales emigrados, quienes acariciando prematuras esperanzas, realizaron en 18 de febrero de 1826, el desembarco en la costa de Alicante de una corta espedicion al mando de los hermanos Bazan, procedentes de Inglaterra. No bien hubieron saltado en tierra en Guardamar, cuando comprendiendo por la frialdad con que fueron recibidos que su causa estaba perdida. Quisieron reembarcarse á toda prisa, mas impidiéndoselo los vientos contrarios hubieron de acojerse á la Sierra de Crevillente. Acometidos por los realistas en Muchamiel, quedaron muertos, heridos ó prisioneros todos los espedicionarios; entre estos últimos lo fueron los hermanos Bazan. Mal herido el mayor, su hermano trató de abreviar sus padecimientos disparándole una pistola en el oido. Afortunadamente el arma no dió fuego, así como otra que volvió contra sí. Pocos dias despues

aquellos dos valientes fueron fusilados en Orihuela, y sus demás compañeros de infortunio, hasta el número de 18, sufrieron igual suerte en Alicante y otros pueblos.

Escarmentados los liberales renunciaron por el momento á derramar su sangre inútilmente, y dejaron libre el campo de la insurreccion al partido ultra-realista.

Aleccionado por la esperiencia y alarmado con el jiro que pudieran tomar los sucesos á resultas de la muerte del rey de Portugal, Don Juan VI, cuyo trono heredó su hijo Don Pedro, emperador del Brasil, príncipe ilustrado y liberal, Fernando VII se dispuso á adoptar una política conciliadora, ó si se quiere acomodaticia, que dió algunas esperanzas á los liberales, pero que al mismo tiempo le arrebató el respeto y simpatías del partido absolutista, quien decidió acometer resueltamente un cambio de situacion á mano armada.

Al efecto, á principios de abril el bando Apostólico puso en completa insurreccion la mayor parte de Cataluña, y á fines de agosto instalaba en Manresa una junta compuesta de frailes y algunos seglares bajo la presidencia de *Caragol* que se tituló *Junta Suprema del Principado.* Sabido en Madrid el suceso, así como la rebelion de Cervera, Gerona, Solsona, Lérida, Tarragona, Reus, y otras poblaciones importantes, indignóse el rey y mandó formar inmediatamente un ejército de operaciones en Cataluña para combatir los re-

beldes. Empero creciendo de un modo alarmante la insurreccion y apareciendo síntomas de estenderse por las comarcas aragonesas, dispuso el rey marchar á Cataluña, lo cual verificó saliendo en posta del real sitio de San Lorenzo en la mañana del 22 de setiembre. El 28 llegó á Tarragona, y el mismo dia dirigió una proclama al obstinado bando apostólico, fechada en aquella ciudad á 28 de setiembre de 1827, en la que pintaba en términos claros y esplícitos su situacion, condenaba el absurdo propósito de los rebeldes, y terminaba anunciando que si en el término de 24 horas las bandas sublevadas no entregaban las armas y sus caudillos no se ponían á la merced de su voluntad soberana, «la memoria del castigo ejemplar que espera á los obstinados durará por mucho tiempo.»

Los atinados conceptos y las tremendas amenazas contenidas en esta proclama, sembraron el terror entre las filas de los sublevados. Disipóse como el humo la junta de Manresa, y dispersáronse como las hojas barridas por el viento, *treinta y tres batallones* sobre pié de guerra y otros tantos sobre las armas que tenian los insurrectos en las poblaciones. Si á estas fuerzas formidables, dada la escaces que de ellas tenía el gobierno, agregamos la abundacia de los recursos, la proteccion de elevados personajes, el empuje del clero y el fanatismo religioso con que contaban los rebeldes, no acertamos á esplicarnos la fácil derrota de aquella imponente suble-

vacion de otra manera que achacándola al descrédito y flaqueza del absurdo principio político-religioso que proclamaba.

Prueba de ello es, que á tan rápido y brillante éxito contribuyó no poco el partido liberal, cuyos servicios fueron tan importantes para el rey como ferozmente pagados por el Conde de España. Las autoridades solo podian tener confianza en los liberales, y en ellos la depositaron cumplidamente. Los insurrectos predicaban una cruzada contra los *negros*, y estos pusiéronse al lado de sus enemigos segun se lo dictaba el interés de su conservacion.

Sofocada aquella torpe insurreccion, Fernando VII dando la vuelta por Aragon y las provincias Vascongadas regresó á Madrid donde entró el dia 11 de Agosto de 1828.

Con el triunfo del partido moderado-absolutista sobre las facciosas exageraciones de los apostólicos, coincidieron los benéficos resultados de la prudente administracion económica del ministro de Hacienda Ballesteros; de suerte que á su regreso altamente satisfecho el rey del celo y laboriosidad de su ministro y de la notoria sensatez con que se condujera el partido liberal en toda España durante la gravísima situacion pasada, se prestó á autorizar el plantamiento de una série de reformas político-administrativas, que revelaban un cambio en el sistema de gobierno seguido en España desde el 1.° de Octubre de 1823. Fueron las mas señaladas entre otras

la declaracion de puerto franco á Cádiz, *cuna de la libertad española*, para comerciar libremente con todas las naciones amigas de España (enero de 1829) sin otros derechos que los locales de anclage, sanidad, etc., permitiendo que los extranjeros se establecieran allí con las mismas garantías que los naturales; y la redaccion de un nuevo código criminal, que obligó á las autoridades de las provincias á moderar su escesivo celo en la persecucion de los liberales; con lo cual comenzó á establecerse en toda la nacion cierta tolerancia que anunciaba la proximidad del dia de la paz y de la concordia entre todos los súbditos y el Estado.

Escusamos ponderar la irritacion que estas medidas de prudente y previsora política causaron al bando apostólico, que tachaba ya sin rebozo á Fernando VII de príncipe liberal.

En 18 de mayo de 1829 falleció la reina Amalia, tercera esposa de Fernando, y en 11 de diciembre del mismo año contrajo nuevas nupcias con María Cristina de Nápoles, hermana de doña Luisa Carlota, esposa del infante D. Francisco. Muy luego hubo de sentirse embarazada la nueva reina; y Fernando cediendo al amor que la profesaba y ajustándose á lo prescrito en lo antigua, veneranda y *subsistente en derecho* lejislacion nacional en lo relativo á la sucesion al trono, publicó en 29 de Marzo de 1830 la Pragmática-Sancion por la cual, y conforme á lo acordado en las Córtes celebradas en 1783 en

el Buen-Retiro, convocadas por su padre Cárlos IV, derogó el auto acordado el año de 1713, ó sea la Ley Sálica, que escluia á las mugeres á la sucesion al trono, importacion francesa que se pretendió hacer subsistir en España, desde Felipe V fundador de la dinastía Borbónica.

Don Cárlos y sus partidarios, ó sean los apostólicos, los que en Aragon, en Getafe, y en Cataluña se levantaron en armas para destronar á Fernando VII, protestaron en silencio contra la Pragmática-Sancion que alejaba para siempre del sólio al hermano del rey; y en esta actitud se mantuvieron hasta el dia 10 de octubre en que el estampido del cañon anunció á España el nacimiento de la princesa María Isabel Luisa. A partir de aquel dia el secreto de los propósitos del bando Carlista se hizo público por medio de los furibundos artículos publicados por sus corifeos ó á sus instancias en los periódicos legitimistas de Francia. Una nueva guerra civil, mas de *principios que dinástica*, se veia en cercana perspectiva, y el partido liberal se aprestó para entrar en ella.

La situacion política de Europa en aquellos momentos alentaba grandemente sus esperanzas. Francia acababa de hacer su memorable revolucion de Julio de 1830, Bélgica se declaraba independiente de Holanda y la desventurada Polonia se aprestaba á recobrar su libertad. Favorecidos por las circunstancias y auxiliados por el nuevo gobierno de Francia, los emigrados es-

pañoles reuniéronse en la frontera de los Pirineos, y constituyeron una especie de gobierno, cuya presidencia se dió al veterano general Mina. Puesta muy luego esta Junta en relaciones con los liberales de España, organizó diferentes espediciones y sublevaciones en las provincias fronterizas á los Pirineos y al Norte de Portugal, que tuvieron todas un fin desgraciado batidas por las tropas realistas.

Tantos y tan repetidos reveses no intimidaron á los emigrados liberales, que lo atribuian mas bien que á su corto número, al carácter pronunciadamente absolutista de los habitantes de las provincias invadidas por ellos. Esto reconocido por ellos acordaron dirigirse hácia las provincias de Andalucía, en donde creian contar con mayor número de partidarios de la causa liberal. Al efecto, el general Torrijos desde Gibraltar envió dos confidentes á Algeciras para ponerse de acuerdo con los amigos que tenia en la ciudad. A pesar de haber sido descubiertos aquellos por las autoridades y fusilados, no desistió Torrijos, y el dia 28 de Febrero de 1831, verificó un desembarco con 200 hombres, en Aguada, punto cercano á Algeciras. Mas prevenidos los realistas recibiéronle con fuerzas tan superiores, que el caudillo liberal hubo de reembarcarse apresuradamente con su gente, teniendo no poca fortuna en poder regresar ileso á Gibraltar donde quedó desarmado.

Al poco tiempo el general Manzanares al

frente de unos ciento y cincuenta hombres, repitió la tentativa. Desembarcó en el puerto de Getares, corrióse hácia la Sierra Bermeja y monte del Duque con ánimo de unirse á una partida liberal que habia levantado en los Barrios, don Estanislao Fernandez: mas todos fueron derrotados por los realistas. Manzanares huyó con el resto de los suyos, y tomó por guia á un pastor qne se brindó, seducido por las ofertas que se le hicieron, á ponerle en salvo. El pérfido rústico en lugar de cumplir sus promesas, dió noticia á los realistas del paraje en que se ocultaban los emigrados, y volvió con gente armada adelantándose solo para mejor engañar á sus víctimas. Conocida la traicion, el general atravesó con su espada al villano á presencia de los realistas que destrozaron en el acto al bizarro Manzanares y fusilaron á los sesenta y uno que le acompañaban.

En combinacion con las desgraciadas empresas de ambos generales sublevároнse en Cádiz y en la Isla (3 de marzo) algunos paisanos y parte de la tropa de la guarnicion; dieron muerte al gobernador y subdelegado de policía de aquella plaza, mas hubieron de abandonarla combatidos por fuerzas superiores, marchando con intencion al parecer de unirse á Manzanares, cuya suerte ignoraban. Cercados por todas partes los pronunciados de la Isla, se defendieron con gran brio hasta que visto su desamparo se entregaron á discrecion.

Tan inútiles y deplorables tentativas hechas realmente sin plan ni concierto, agravaron la angustiosa situacion de los liberales. El gobierno restableció las comisiones militares (29 de marzo), reprodujéronse las persecuciones del 23 y 24 y se llenaron las cárceles con todos los que se hacian sospechosos al gobierno y á las autoridades. Entre tanto Andalucía continuaba suministrando víctimas ilustres á la crueldad de la reaccion. En Granada fué llevada al patíbulo, el dia 26 de marzo de 1831, la jóven y hermosa señora Doña Mariana Pineda, por haberse encontrado en su casa una bandera bordada para los liberales.

No bastó á los absolutistas que las víctimas se ofreciesen voluntariamente al sacrificio; quisieron para completar su triunfo ir á buscarlas fuera, y atraerlas á un fin desgraciado por medio de pérfidas asechanzas. Era en aquellos tiempos gobernador de Málaga el general Gonzalez Moreno, quien no sabemos si hostigado por sus naturales instintos ú obedeciendo á instrucciones superiores, púsose en relaciones con Torrijos, que continuaba en Gibraltar, y acabó por ofrecerle aquella plaza y su guarnicion para dar comienzo al levantamiento general de Andalucía. Confiado Torrijos en la palabra de un caballero, salió de Gibraltar al frente de cincuenta y dos compañeros de sus infortunios y destierro, y desembarcó en Fuenjirola, desde donde se dirijió á la Alquería del Conde de Molina, legua y media de

Málaga. Ya en ella, viéronse aquellos valientes cercados por un número considerable de tropas mandadas por el general Moreno en persona, quien viendo á sus víctimas dispuestas á vender caras sus vidas, les ofreció un tratamiento generoso si se rendian á discrecion. Entregáronse fiados en promesas solemnes; mas apenas llegaron á Málaga, Torrijos y sus compañeros fueron pasados por las armas, sin que se perdonara á uno solo. Aquella indigna proeza de Gonzalez Moreno le valió el sobrenombre de *el verdugo de Málaga*.

De su infame alevosía dá claro y evidente testimonio el siguiente documento publicado por el historiador de la *Guerra civil*, D. Antonio Pirala. Dice así:

«Número 266.—Subdelegacion principal de po»licía; provincia de Málaga.—Málaga 7 de diciem»bre de 1831.—Con esta fecha digo al Excelentí»simo Sr. Secretario de Estado y del despacho de »Gracia y Justicia, lo que literalmente copio. En »mi oficio de 30 del próximo pasado, manifesta»ba á V. E. que en el estado que tenia la *combi»nacion simulada con el rebelde Torrijos para »atraerlo á estas costas, marchaba yo á esperar»lo al punto de desembarco convenido*, como lo »ejecuté en la noche del mismo dia del citado »mes anterior, en la que no se presentó aquel, »ni en la siguiente 1.° del actual, en que tam»bien me dirijí al *mismo sitio*, por cuya razon »me restituí á esta ciudad; pero á las pocas ho-

»ras de mi llegada recibí aviso del comandante »de la columna, de hallarse á la vista buques »sospechosos. Con este motivo partí inmediata»mente, y con efecto, en todo el camino observé »habia dos que por su porte, movimientos, di»reccion y maniobras, parecian ser los que se »esperaban, permaneciendo en las posiciones que »ocupaban, desde las diez de la mañana del 2, »hasta que cerró la noche. Teniéndolos por los »conductores de los revolucionarios, *se hicieron »en tierra las señas ajustadas tanto de dia como »de noche, á que no respondieron*, bien que »mal podian hacerlo, cuando á la misma hora »desembarcó Torrijos y su gavilla en las costas »opuestas al O, obligados á ello por la persecu»cion de los buques de la empresa que les hizo »encallar.....»

Las hecatombes de los hermanos Bazan, de Manzanares, de Torrijos y tantas otras víctimas ilustres de nuestras discordias políticas, hicieron mas cautos á los liberales, quienes, además tenian la vista fija en Palacio, donde las disensiones de la familia real anunciaban un cambio de situacion que no podia menos de ser favorable á sus esperanzas. En efecto, el nacimiento en 30 de enero de 1832 de la infanta María Luisa Fernanda; la actitud francamente rebelde en que se colocó el infante D. Cárlos, viendo asegurada desde entonces la sucesion directa á la corona; la exhoneracion del ministerio Calomarde, en 1.° de octubre; el decreto de Fernando, fecha 6 del mis-

mo mes, habilitando á María Cristina para el despacho de los negocios en nombre del rey durante su enfermedad; las medidas que inmediatamente tomó esta señora para inaugurar un cambio gradual en sentido liberal aconsejada por un ministerio tolerante y justo, y finalmente, el decreto de amnistía que apareció el dia 15 de octubre, llenaron de júbilo á los liberales, anunciándoles que no solo habia pasado el tiempo de las persecuciones y de la mas feroz intolerancia, sino que se abria una nueva era de paz, de ilustracion y de prosperidad para esta desventurada pátria.

Un nuevo acto, que podemos llamar magnánimo en quien tan pocos de esta naturaleza acometió en su tormentosa vida, vino á principios de enero de 1833 á confirmar las esperanzas de los liberales, y á sembrar el espanto en el campo absolutista. Fernando VII, restablecido de su enfermedad y á pesar de hallarse con fuerzas suficientes para dirijir las riendas del gobierno, espidió con fecha 4 del citado mes, un decreto mandando acuñar una medalla *para perpetuar la memoria* de lo muy satisfecho que habia quedado del buen desempeño con que su esposa *habia correspondido á su confianza en el despacho de los negocios*; y en los mismos dias dirijió una carta á María Cristina no solo confirmando en ella el citado decreto, y declarando que *todas sus determinaciones sin escepcion* eran de su mayor agrado, sino que, y esto es lo mas importante, dándole parte en la gobernacion del reino por

que habiendo sido las *delictas del pueblo español* confiaba en que sería el *modelo de administracion á las reinas.*

Desde aquel dia María Cristina fué el blanco de los rencores de los absolutistas y el ídolo de los liberales. Formóse á su nombre un numeroso partido que no pudiendo llamarse todavia liberal, se denominó *Cristino.*

Continuando Fernando y Cristina por el camino de las reformas político-administrativas, dieron en 2 de febrero una nueva organizacion á los Ayuntamientos que aunque tímidamehte-liberal, fué un paso por la senda del progreso de la administracion municipal. En su vista, colmada ya la medida del sufrimiento, los carlistas viéndose en la alternativa de someterse ó pelear, optaron por el último estremo, y muy luego viéronse brotar en varios puntos de la península las primeras chispas del vasto incendio que solo pudo apagarse con torrentes de sangre española. En Colmenar Viejo, en Yebenes, en Olesa, en Molins del Rey, en Valsebra, en Alcocer, en Palencia, y en Avila, se dió el grito de rebelion proclamando á Cárlos V. Sofocáronse fácilmente aquellas intentonas; mas quedó probado que el partido carlista creciendo en audacia y brios iba á provocar indefectiblemente la guerra civil. En su virtud, el gobierno considerando peligrosa la presencia de D. Cárlos en España, aconsejó al rey su destierro. Condescendió Fernando y el dia 16 de marzo los infantes D. Cárlos y D. Sebastian, acompañados de sus

repectivas familias, salieron para Portugal entrando en Lisboa el 23 del mismo mes.

Estimando D. Cárlos, rotos para él todos los lazos de la obediencia que debia á su rey y hermano, se declaró en franca rebelion, manifestándolo desde luego así en sus cartas y manifiestos.

Algunos meses despues, verificóse en Madrid con toda la pompa y ceremonial de costumbre la Jura de la princesa Isabel (20 de junio, 1833). El acto tuvo lugar en la iglesia del monasterio de San Gerónimo del Prado y al terminarse entonó el *Te-deum* el eminentísimo cardenal arzobispo de Sevilla, y lo siguió hasta concluir la música de la capilla real.

Celebrada la Jura en Madrid, lo fué en todos los pueblos de España, con mayor ó menor júbilo distinguiéndose entre todas, las liberales poblaciones de Andalucía y en particular las de la provincia de Cádiz, donde el entusiasmo por la causa de la heredera del trono comenzó á manifestarse desde aquel dia con un carácter de espontaneidad que no se desmintió un solo instante durante todo el largo y sangriento período de la guerra civil.

A las tres menos cuarto de la tarde del 29 de setiembre de 1833, falleció de muerte casi repentina Fernando VII, á los cuarenta y ocho años de su edad, y veinte y cinco de su reinado, á contar desde la abdicacion de su padre Cárlos IV. Pocos reyes han tenido en España una existencia mas

trabajada, mas azarosa y mas nula para el bien de sus pueblos, y ninguno, acaso, dejó menos amigos al morir. Rebelde á su padre, cobarde ante las bayonetas extranjeras; ingrato con los hombres que recojieron del fango donde los habia arrojado el cetro y la corona que un dia gobernaran dos mundos; perjuro á sus juramentos; odiado por los absolutistas lo mismo que por los liberales, y hombre, en fin, sin carácter, sin enerjía, sin fé política, y de costumbres corrompidas como educado en la licenciosa córte del demasiado prudente y bondadoso Cárlos IV, solo tuvo una virtud, y esa apareció tan tarde en él, que no sabemos si nació de la debilidad de su cerebro. Esta virtud fué el mas entrañable amor á sus hijas, por quienes se *liberalizó* cuando todavía podia considerarse lejana la hora de su muerte, convencido que solo en el corazon de sus víctimas del año 1814 y del 23, se abrigaba toda la generosidad necesaria para derramar cuanta sangre circulaba en sus venas, en defensa de los derechos de la hija inocente de su despiadado verdugo.

XIV.

GUERRA CIVIL.

1833 á 1836.

La noticia de la muerte del rey fué la señal para que el partido carlista, que lo tenia todo dispuesto y solo esperaba aquel acontecimiento, levantase resueltamente el estandarte de la insurreccion. Talavera de la Reina en primer lugar, y luego las provincias vascongadas, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, Navarra, Asturias, Castilla la Vieja y en varios puntos de las demás provincias, se dió el grito de viva Cárlos V, y lanzáronse al campo numerosas partidas de realistas, que dieron desde luego un carácter imponente á la insurreccion.

Pero las provincias de Andalucía, donde habia pocos voluntarios realistas, y estos sin organizacion y casi sin armas, consecuentes con su antiguo espíritu liberal, no solo se negaron á for-

mar causa comun con los Carlistas, sino que su entusiasta juventud se dispuso á defender con las armas los derechos de Isabel, en cuanto representaban el restablecimiento, en un porvenir cercano, del sistema constitucional que sus padres habian fundado y defendido en España á costa de su sangre. Solo en Jerez de la Frontera se produjo en aquellos dias una pequeña alarma motivada por la intemperancia de un fraile dominico, que predicando el dia 4 de octubre en el convento de la Merced anunció la muerte del rey, que aun nadie sabia por no haber llegado el correo, presentándola como un segundo cólera enviado por Dios para castigo de los hombres.

El infante D. Cárlos permanecia en Portugal, alentando desde allí las esperanzas de sus partidarios; visto lo cual el Gobierno dió un decreto en 17 de octubre, declarándole reo de conspiracion y rebelion y mandando le fueran secuestrados sus bienes, rentas y las de su familia. A este decreto contestó el Pretendiente con dos manifiestos fechados en 28 de octubre y 4 de noviembre, en Castello-Branco, dirijidos el uno á la nacion y el otro al ejército.

Entre tanto, la guerra civil iba tomando proporciones alarmantes en las provincias Vascongadas, Castilla, la Mancha, Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia, donde y comenzaban á gozar de una justa ó funesta celebridad Zumalacárregui, Cabrera, el cura Merino, Tristany, Carnicer, Quilez, el Serrador, Palillos y el Locho,

dando á la insurreccion carlista un aspecto imponente, que muy luego tomó ese carácter de feroz esterminio, que distinguió en todos tiempos las contiendas civiles, á virtud del horrible sistema de represalías que adoptaron los belijerantes.

Como es de suponer, hiciéronse grandes y poderosos preparativos para sublevar las provincias de Andalucía en favor de la causa del Pretendiente: y tantos se hicieron, que el mismo D. Cárlos dirijió á los andaluces, con fecha 21 de enero de 1834 la siguiente proclama, firmada en su residencia de Portugal:

«Andaluces: la usurpacion se ha sentado sobre el trono de Recaredo y S. Fernando, y lleva consigo, como siempre, las arterías, la violencia y crueldad: á la sombra de aquellas, y con los golpes de estas, intenta impedir que yo posea pacíficamente el reino que me pertenece por las leyes fundamentales; pero vosotros sabeis distinguir la sucesion hereditaria de la sucesion á las coronas que hoy se quiere confundir con un juego de palabras. No ambiciono un cetro que trae anexas tantas desazones y trabajos para el mundo, y muchos peligros para la vida eterna; pero estoy muy distante de renunciar los derechos que Dios me concedió en el dia de mi nacimiento: derechos que solo son para mí lisonjeros, porque mi único objeto es contribuir al sosiego de la Europa, y hacer la felicidad de la España, digna de ser restituida á su antiguo esplendor y período,

á la paz, y de consiguiente á la union. Se reunirán los célebres Concilios nacionales, que *bajo la direccion del Santo Padre* gobernaron gloriosamente la Iglesia española. Andaluces, vuestras hermosas campiñas, y la naturaleza que se os muestra tan risueña, vuestras dilatadas costas marítimas serán el objeto de mis desvelos; es decir, la agricultura y comercio, las ciencias y las artes. Deseo que luego florezcan los tiempos de vuestros antiguos *paisanos* los sábios y ricos turdetanos. Andaluces: cuento con vuestra cooperacion de todos modos: tomad las armas y unios á las filas que defienden mi lejítima causa. —*Cárlos, Rey de España.*»

Desgraciadamente para la memoria de aquel mal aconsejado príncipe, el documento que acabamos de reproducir es perfectamente auténtico; y mas desgraciadamente todavía, para él, es el que siendo *rey absoluto*, no puede la historia hacer *responsables* de la reduccion de tan desdichada proclama á sus ministros. En un país como las Andalucías, donde la jovialidad es proverbial, y donde la sátira entra por mucho en el carácter de sus habitantes, eso de ofrecer para remedio de sus males, la convocacion de los *Concilios Toledanos* DIRIJIDOS POR EL SANTO PADRE, y eso de anunciar, al terminar el primer tercio del siglo XIX, á la pátria de tantos hombres eminentes en ciencias, letras y artes, la vuelta de la rudimentaria civilizacion de un pueblo que, segun el geógrafo Estrabon, suponia contar en

su tiempo seis mil años de existencia, eran conceptos demasiado grotescos para ganar prosélitos á una causa, que además de ser repulsiva al país, se condenaba á sí misma á la peor de las muertes, la del ridículo. Dicho se está con esto el caso que harian los andaluces del llamamiento á las armas que les dirijia *Cárlos, rey de España*.

Sin embargo, el partido carlista no perdia las esperanzas de vencer la resistencia que oponian los andaluces á *cooperar de todos modos* al triunfo de la causa del Pretendiente Así es que en la primavera de aquel año, cuando las partidas facciosas tenian infestada toda la Mancha, uno de sus mas audaces cabecillas, D. Manuel Adame (a) *el Locho*, penetró en la provincia de Córdoba por la parte que confina con el valle de la Alcudia; mas fué alcanzado y acometido por una columna compuesta de tropas y urbanos (19 de abril) al subir la cuesta de la Trapera, y puesto en completa dispersion. Los milicianos de los Pedroches, Pozo-Blanco y otros pueblos de aquella comarca se movilizaron en persecucion de los facciosos, y no les dejaron un momento de descanso hasta expulsarlos de su territorio. Pocos dias despues los cabecillas manchegos Barba, Rodera y otros, renovaron la tentativa para encender la guerra en la Serrania de Córdoba; pero tambien fueron batidos (28 de abril) por los urbanos de la Jundilla. Acosados los dispersos por todos lados fueron cayendo prisioneros unos des-

pues de otros, y fusilados los cabecillas.

Por entonces la intervencion armada del Gobierno español en los asuntos de Portugal, país que á la sazon conmovia una guerra civil semejante á la que ensangrentaba nuestro suelo, dió el triunfo á D.ª Maria de la Gloria, combatida por el partido absolutista, que habia aclamado por su rey al infante D. Miguel, y simultáneamente lanzó del territorio portugués al pretendiente D. Cárlos, quien se refugió en Inglaterra (principios de junio.) En 1.° de julio el Pretendiente abandonó su residencia en las cercanías de Lóndres, y completamente disfrazado y tomadas todas las precauciones para ocultar su fuga, se embarcó en el puerto de Brighton, saltó en tierra en el de Dieppe, atravesó la Francia, siempre con las mismas precauciones, llegó el 11 á Bayona, y el 12 entró en España por Elizondo, donde fué recibido por Zumalacárregui, á quien nombró en el acto teniente general.

Los repetidos desengaños sufridos por los carlistas sobre él suelo de Andalucía no fueron bastantes para hacerles desistir de sus locas esperanzas de encender en él el fuego de la guerra civil. Sin embargo, permanecieron tranquilos, al menos en la apariencia, desde la frustrada intentona del *Locho*, hasta los primeros dias del mes de enero de 1835. Bien es verdad que los grandes acontecimientos políticos y militares que se sucedieron durante los últimos seis meses del año 34, y la salvaje ferocidad con que se hacia la

guerra en las provincias del norte, orientales y del centro de la península, no les dejaban vagar para urdir conspiracion en los paises que no les eran nada afectos, en tanto que en aquellos que habian levantado resueltamente el estandarte de la rebelion ardian como volcanes ó se inundaban en sangre derramada sin piedad en la mas enconada y fratricida de las luchas.

Mas al concluir aquel año, habia mejorado su situacion de tal manera, que ya no era posible que los mas confiados liberales dejasen de preocuparse con la imponente fuerza que habian adquirido las armas carlistas, principalmente en el Norte. En efecto, perdidas para las tropas de la reina la mayor parte de las grandes poblaciones y retirado el ejército á Miranda de Ebro despues de haber sufrido una série de descalabros, que le tenian lleno de temor y sobresalto, en tanto que el de Zumalacárregui se presentaba brillante, admirable de entusiasmo y disciplina, podian darse casi por perdidas para la causa liberal las provincias Vascongadas, y á merced del Pretendiente, que ya amenazaba á Castilla. En tan próspera situacion intentaron los carlistas probar de nuevo fortuna en Andalucía; mas esta vez sin impetrar el auxilio de sus correlijionarios políticos de allende Despeñaperros. Contando con sus recursos propios, el dia 4 de enero de 1835, levantóse en la campiña de Tarifa un cabecilla llamado Buceta, quien á los pocos dias fué alcanzado, batido y estermi-

nado, hasta el punto de morir ahogado al vadear un rio. La misma suerte les cupo á la partida de Garmendia, levantada en las inmediaciones de Motril; á la del presidiario Luis Moreno, en el distrito de Jaen, y á la del Morito en la provincia de Málaga, todas las cuales fueron rápidamente destrozadas y sus gefes fusilados, con arreglo al feroz sistema de guerra sin cuartel, que todavía se seguia en España.

Entretanto, las vicisitudes de la guerra no preocupaban tanto el espíritu de los liberales, que no les dejasen tiempo para pensar en dar otra direccion á la marcha de los negocios públicos. La cuestion que se debatia sobre los campos de batalla, era en realidad mas de principios que de sucesion al trono; así lo comprendia la inmensa mayoría del país sin distincion de color político; mas el gobierno de la Reina Gobernadora, fiel á su sistema de cumplir el testamento de Fernando VII, la consideraba solo bajo el primer aspecto, y en su virtud creia haber satisfecho completamente las aspiraciones del país con cambiar el epíteto de *neto* con que se conoció el despotismo del último monarca, con el de *ilustrado*; resultando de aquí la existencia de esa forma de gobierno absurda, llamado por irrision *absolutismo ilustrado* que sublevaba la conciencia política de los absolutistas, y que indignaba profundamente á los constitucionales.

El universal descontento que producia este órden de cosas, al cual los liberales achacaban la

continuacion de la guerra civil, rompió al fin en sérios motines en varias ciudades importantes de la península, distinguiéndose entre ellas en su ódio contra el ministerio Zea, la capital de Andalucía, donde los amotinados cometieron punibles escesos, lanzados en este camino por las exposiciones dirigidas á la reina gobernadora pidiendo reformas políticas, por los capitanes generales de Castilla y de Cataluña, D. Manuel Llauder y D. Vicente Quesada (enero y diciembre de 1834). La caida de Zea y el llamamiento de Martinez de la Rosa fué una satisfaccion dada á los liberales, que aceptaron de manos del nuevo ministro, como el primer paso dado para el franco restablecimiento del sistema constitucional, *esa especie de Constitucion, ese enjendro que nació muerto, y que fué su propia negacion*, denominado ESTATUTO REAL.

Los primeros actos del nuevo ministerio dejaron completamente burladas las esperanzas del partido liberal; Martinez de la Rosa se mostró hostil á toda reforma que intentase adelantar un paso mas allá del límite que estaba señalado en la *carta otorgada*, y mostró la mayor prevencion contra el espíritu liberal de la época, incurriendo en el mismo error que Zea Bermudez, esto es, considerando la grave cuestion que política y militarmente se debatia en España, mas bien de sucesion que de principios. Vinieron á aumentar su descrédito las noticias que se recibian de frecuentes reveses militares esperi-

mentados por laś tropas de la reina, con lo cual acrecentado el descontento público comenzaron á estallar motines y sediciones precursores de una revolucion. El primer chispazo se manifestó en Madrid el dia 18 de enero de 1835. Un batallon del regimiento de Voluntarios de Aragon acaudillado por su ayudante, el jóven y entusiasta oficial D. Cayetano Cordero, se apoderó de la Casa Correos en la puerta del Sol; y al grito de viva la libertad, y abajo el ministerio, dió muerte de una descarga al general Canterac, que á la primera noticia de la insurreccion acudiera presuroso para someter á los rebeldes. Abismado el ministerio en su propio descrédito, transigió con los insurrectos y les otorgó una capitulacion en virtud de la cual, salieron de Madrid con su gefe á la cabeza, arma al brazo, tambor batiente y banderas desplegadas.

Dos meses despues, estalló en Málaga un motin popular, producido por el descontento público, y la falta de prudencia de la autoridad militar. Con motivo de darse una serenata en obsequio del Jefe político de la provincia, reunióse un crecido concurso de gentes. Entre los vítores que se dieron á la autoridad superior oyéronse algunos vivas á la Constitucion. Acudió con celeridad el comandante general, D. Nicolás Isidro, y reprendió agriamente á los que dieran aquellas voces. Al dia siguiente noticioso de que en el entierro de un urbano la música del cuerpo seguia el féretro dando al aire tocatas patrióti-

cas, mandó á un ayudante para que hiciese callar á los músicos. Esta manifiesta hostilidad de parte de quien en otras ocasiones habia tolerado y aun autorizado análogas demostraciones, colmó la medida de la exasperacion de los liberales, irritados además por las frecuentes provocaciones que les dirijian los carlistas de la ciudad. Excitados los ánimos, lanzóse el pueblo tumultuariamente á las calles, y las recorrió en numerosos grupos victoreando la Constitucion y entonando himnos patrióticos. La efervescencia crecia por momentos, y ya parecia inevitable una esplosion de terribles consecuencias, cuando el comandante general, Isidro, falto de fuerzas para reprimir el motin, dimitió el mando y se alejó de la ciudad. Acto contínuo el Ayuntamiento asociado á varias personas influyentes de la poblacion y á los gefes de la milicia, reasumió la autoridad, y aplacó en horas el tumulto.

Dado el primer impulso, la insurreccion tenia que recorrer fatalmente todo su camino. Es así, que á los pocos dias estalló en Zaragoza, luego en Murcia y con cortos intérvalos en Reus, en Tarragona, en Barcelona, en Mataró, en Valencia, Mallen, Monzon, Tarazona y la mayor parte de las grandes ciudades, en términos que á fines de agosto la revolucion triunfante se enseñoreaba de toda España, las provincias se habian declarado independientes de la capital de la monarquía á escepcion de Castilla la Vieja, de modo que el poder del go-

bierno estaba circunscrito á Madrid.

Andalucía no podia dejar de ser arrastrada por el torrente revolucionario, engrosado cada dia mas y mas con los errores y el desprestigio del ministerio de Martinez de la Rosa, y el del conde de Toreno que le sucedió, opuestos ambos á toda reforma en el sentido que las reclamaba el espíritu liberal descontento con el *Estatuto* y acusados tambien ambos de impotentes, cuando no nulos, para vencer al carlismo cada dia mas pujante y amenazador. Andalucía, repetimos, tomó una parte activa en aquel alzamiento general de la nacion; mas no manchó su bandera con los escandalosos desórdenes, los inauditos crímenes y las sacrílegas profanaciones de que fueron teatro Zaragoza, Reus, Barcelona y otras importantes ciudades centros de la insurreccion. El 23 de agosto se pronunció Málaga proclamando la Constitucion de 1812; su guarnicion compuesta de un regimiento de línea fraternizó con la milicia, y arrestó algunos de sus oficiales que intentaron oponerse al movimiento, embarcándolos para Céuta. Nombróse una junta directiva de gobierno, bajo presidencia del gobernador militar Santa Cruz, cuyos primeros actos fueron dirijir una exposicion á la reina gobernadora manifestándole los deseos del pueblo malagueño, destacar una columna de dos mil hombres sobre Granada para propagar el movimiento revolucionario, y dictar varias medidas administrativas en alivio de la poblacion.

Dos dias despues, esto es, el 25, el pueblo de

Cádiz en union con un regimiento que mandaba el coronel Osorio, se pronunció al grito de viva la Constitucion. Formóse una junta cuya presidencia aceptó el gobernador de la plaza Hore, é inmediatamente se redactó una exposicion á la reina gobernadora, pidiendo la caida del ministerio y la convocacion de Córtes Constituyentes. Noticiosa la Junta de que Aljeciras y San Roque se habian pronunciado en el mismo sentido, envió una columna de tropas al mando de Osorio, para insurreccionar todos los pueblos de su provincia. El comandante militar del Puerto de Santa María quiso oponerse al movimiento, y al efecto ordenó la salida de las fuerzas de que podia disponer para batir las tropas pronunciadas; mas aquellas se pasaron á los constitucionales no bien los avistaron. Con tan inesperado refuerzo gozoso y confiado Osorio marchó sin pérdida de tiempo sobre Jerez y Sanlúcar de Barrameda, en cuyas poblaciones entró.

Entre tanto la capital de Andalucía tascaba impaciente el freno con que la sujetaba el capitan general, príncipe de Anglona, hasta que al fin agotado el sufrimiento, los urbanos se reunieron tumultuariamente en su cuartel resueltos á verificar el pronunciamiento á toda costa. Toda via pudo dominar la situacion la autoridad militar superior de Sevilla; mas fué por poco tiempo, pues habiéndose recibido noticias fidedignas de la próxima llegada de los milicianos de Utrera y otros pueblos de la provincia que

acudian á la capital decididos á dar auxilio á sus compañeros, el jefe político convocó una junta de personas notables para discutir los medios de resolver el conflicto que amenazaba á la poblacion, sin derramamiento de sangre. Deliberando estaba la Junta cuando llegó al oido de sus vocales el grito de viva la Constitucion, con que los voluntarios lijeros de Andalucía les indicaban la única solucion que tenia el conflicto. Viéndose abandonado por sus tropas el príncipe de Anglona se vió en la imperiosa necesidad de ceder á la fuerza de las circunstancias, y resignó el mando en el marqués de la Concordia. En vista de la resuelta actitud en que se habian colocado la milicia y la guarnicion de la plaza, el gefe político y el nuevo capitan general se pusieron al frente de la junta de gobierno.

A principios de agosto hubo en Granada conatos de insurreccion que fueron sofocados por la energía de sus autoridades; mas al saberse la llegada de los constitucionales de Málaga, estalló el movimiento insurreccional tan imponente que ya no fué posible contenerle. Así es que apenas se tuvo noticia de la entrada de aquellos en Alhama, cuando la guarnicion de Granada en union con la milicia aclamaron la Constitucion (26 de agosto). El 29 entró la columna de Málaga fuerte de 3,000 hombres entre tropas, urbanos y paisanos armados, y el mismo dia D. Vicente Abello, que habia reemplazado al capitan general Rojas, dirigió una exposicion á la reina go-

bernadora pidiendo una constitucion que las *Córtes debian establecer*; y entre tanto proclamó la de 1812, (31 de agosto) hízola proclamar en todos los pueblos de la provincia en los que instaló ayuntamientos constitucionales.

Ronda, Almería, Jaen, Córdoba, en suma, todas las ciudades y villas de Andalucía secundaron el movimiento insurreccional que se estendia por todos los ámbitos de la península contra el gabinete de Madrid, encerrado dentro de las *tapias* de la coronada villa; y en tanto que en todas partes se pedia la destitucion del ministerio que el país liberal consideraba como enemigo, Cádiz declaraba á una voz al conde de Toreno reo de alta traicion y en Sevilla se decia, que no habiendo conseguido el gran capitan del siglo subyugar á España, era delirio pensar que lo realizaran un *poeta* y un *ajitador*.

Y todavía hizo mas Andalucía en favor de la causa genuinamente constitucional; y fué el organizar una fuerte division que á las órdenes del brigadier Villapadierna, y en los comienzos del mes de setiembre se puso en marcha sobre Madrid. Alarmado el gobierno ante la perspectiva de los graves conflictos que no podria menos de ocasionarle la llegada á la capital de aquel ejército revolucionario, envió inmediatamente tres mil hombres al mando del general Latre hácia Despeñaperros para oponerse á la marcha de las tropas de Andalucía. Avistáronse las dos divisiones, y la de Lastre se pasó á las

filas constitucionales, dejando al general solo con algunos artilleros.

La revolucion, pues, triunfaba en todas partes; el pueblo liberal, sin esceptuar clase alguna de la sociedad, con su sentido práctico mas esacto que el de Zea Bermudez, el de Martinez de la Rosa, y el del Conde de Toreno, para quienes los acontecimientos de 1810, 11, 12, 14, 20 y 23 no encerraban por lo visto lecciones provechosas, habia comprendido que la guerra que á la sazon desangraba y empobrecía á España, solo podia ser vencida por los liberales, siguiendo estos el ejemplo de los absolutistas, esto es, fiando tanto ó mas que en las armas, en la fuerza incontrastable de los principios francamente aplicados al gobierno de la cosa pública.

Gravemente comprometido el gobierno con aquel triunfo, con la creciente prosperidad del partido carlista, y falto de prestigio, de amigos y de dinero, echóse en brazos de D. Juan Alvarez Mendizabal, cuyo advenimiento al poder fué saludado con júbilo por el partido liberal, que fundaba en él grandes esperanzas, realizadas muy en breve por aquel hombre, uno de los mas notables como administrador y hombre de Estado que ha tenido el tercer período constitucional de España.

Muy luego se tocaron los grandes resultados de la administracion de Mendizabal; renació la confianza, mostróse satisfecho el espíritu liberal, la guerra contra los carlistas recibió un podero-

so impulso, la autoridad del gobierno se vió reconocida, y las Juntas se sometieron gustosas y espontáneamente unas despues de otras, si se esceptuan las de Andalucía, que continuaron gobernando como soberanas los pueblos que las habian elejido, hasta que viéndose aisladas y teniendo que lamentar algunas desagradables escenas ocurridas en Sevilla y Cádiz, acabaron por someterse, contribuyendo por su parte con cuanto pudieron para poner término á la discordia que dividia la gran familia liberal, mas á la sazon en que se veia amenazada.

«La Junta de Cádiz, impulsada por su secretario D. J. G. de Villalta, (Pirala, *Historia de la guerra civil*) mostró una resistencia decidida á someterse. El dia 23 dió un manifiesto en el que decía:

«Háblase de la reunion de los Estamentos, segun las bases de la real órden, llamada por un ridículo y fementido paralogismo, Estatuto Real, y se trata así de obstruir el único camino de salud que á la pátria le queda, que consiste en la reunion de Córtes Constituyentes. La Junta faltaría á sus deberes si no manifestase en términos esplícitos los sentimientos que la animan. El llamado Estatuto Real y el sistema por él establecido, son, respecto á la libertad política de la nacion, lo que la hipocresía respecto á la virtud, Los españoles libres, no quieren parecer libres sin serlo. No han tomado las armas solo para derribar al traidor Toreno, cuyo nombre manci-

llara el decoro gubernativo, sino para derrocar el *principio* de la tiranía, y solo las depondrán cuando lo hayan conseguido.»

Revocó luego los poderes de los procuradores de su provincia, declarando nulos los actos que en el ejercicio de ellos hiciesen, y lo comunicó así á las demás juntas para que la imitasen.

«Otra esposicion dirigió á Mendizabal, en la que, á la par de los elogios que le dispensaba, decía:

Antes verán sus hijos destruidos piedra á piedra los muros de esta capital; antes teñida en sangre la mar que los circunda, y abrumadas de los cadáveres sus olas, que depongan las armas sin ver ya establecido el Congreso Constituyente que han pedido, compuesto no de cien hombres venales que inunden y asedien las antesalas del ministerio, sino elegidos por la nacion, segun los principios de aquellas leyes que dictó la nacion misma deliberando bajo el fuego de la artillería enemiga..... Si por salvar los fragmentos de un sistema desacreditado, se sitúa V. E. entre los enemigos del bien: si permite que se empiece la lucha en defensa de una teoría sofística; si un solo fusil se dispara, la Junta de Cádiz previene á V. E. del modo mas solemne, que será responsable á la pátria, y ante la representacion nacional se le pedirá estrecha cuenta de la sangre derramada de sus hermanos.»

A pesar de estos fieros alardes de virilidad y patriotismo exajerado, á los pocos dias se so-

metió la junta de Cádiz, y la no menos entusiasta de Córdoba y otras.

Mayor resistencia opuso la de Andújar que era la central de las ocho provincias andaluzas, y se hallaba instalada desde el dia 2 en aquella poblacion. Tenía de presidente al conde de Donadio, diputado por Jaen, liberal entusiasta y de los principales jefes de la sociedad *Isabelina*. Hizo algunos nombramientos militares, y el 3 dirijió una proclama á los andaluces, anunciándoles el deseo de la formacion de un código fundamental por Córtes Constituyentes, y, «que no dejarian las armas hasta consolidar el trono por este medio, y esterminar al príncipe rebelde.» Anunció su instalacion al gobierno; trató de reducir á las juntas de Sevilla y Córdoba, que se habian sometido; envió para ello algunas fuerzas á las órdenes de los coroneles Osorio y Lancha, pero se resistieron los liberales sevillanos y prendieron á Osorio á quien enviaron á Badajoz. Al saber estos acontecimientos, Lancha no se atrevió á cumplir la mision que llevaba á Córdoba, y esperó órdenes de Sevilla ó de Madrid. Al mismo tiempo se sublevaron en Andújar contra la junta misma las fuerzas que ella habia creado, y se marcharon á Villa del Rio, donde se sometieron á la reina.

La junta veia ya desmoronado su poder; pero le alentaron los nuevos sucesos de Cádiz, donde se reinstaló la junta, si bien á los pocos dias se sometió completamente al gobierno.

Las de Málaga, Granada, Almería y Jaen, conservaban su actitud decididamente hostil de acuerdo con la central de Andújar; pero tales escándalos suscitaron, que estuvieron á punto de venir á las manos unas provincias con otras, y la consecuencia de aquellos desórdenes fué su desprestigio.

El conde de las Navas, (que marchaba con la division espedicionaria de Villapadierna) continuaba, sin embargo, firme en su propósito de hacer triunfar sus principios en Madrid; y cuando vió la defeccion de los soldados de la division del general Latre, se consideró ya bastante fuerte. En vano envió el gobierno á que le redujeran á su pariente y cólega D. Rodrigo Aranda, á sus íntimos amigos el diplomático Aguilar y el procurador Chacon, á los periodistas Espronceda y Bernabeu, y hasta al comandante general de la provincia, D. Narciso Lopez. Aun á Quiroga detuvo en Manzanares, sin permitirle que continuase su viaje á Granada, cuya capitanía general acababa de conferírsele.

Pero pocos dias despues todo terminó, y las buenas intenciones del gobierno fueron reconocidas por los liberales.»

Así concluyó felizmente aquella revolucion que tuvo dos objetos; primero, la supresion de los conventos que el pueblo consideraba como focos ardientes de la guerra civil, depósito de reclutas de los carlistas y almacenes de todos cuantos recursos necesitaban para mantenerse en cam-

paña, y segundo lanzar al gobierno, lanzar al país en el camino de las grandes reformas políticas, único medio de asentar sobre bases sólidas é indestructibles el engrandecimiento de la pátria y el trono de Isabel II, que debia abrir la nueva era constitucional española.

Desde el dia de la completa disolucion de la Junta central de Andújar, hasta entrado el otoño del año siguiente, 1836, puede decirse que la pública paz no se vió alterada en las provincias de Andalucía, ni por conmociones políticas, ni por sérias conspiraciones carlistas, ni por la guerra, cuyos contínuos y horribles estragos inundaban en sangre el país Vascongado, Navarra, el bajo Aragon, Cataluña, Valencia y la Mancha; es decir, el Norte, el Oriente y el centro de la Península. Mas en aquella última fecha, viérónse invadidas de improviso y contra todos los cálculos, por un pequeño cuerpo de ejército carlista, organizado en el cuartel general de D. Cárlos, que durante dos meses largos, se enseñoreó de nuestras hermosas y codiciadas comarcas del centro, cruzándolas todas dos veces en su longitud de Norte á Sur y de Sur á Nórte.

Nos referimos á la célebre espedicion del mariscal de campo del ejército carlista, D. Miguel Gomez, uno de los episodios militares mas curiosos é interesantes de la guerra civil, y que á la par que enaltecen el génio, actividad y perseverancia del caudillo que la dirigió, así como el valor, la constancia y la disciplina de sus solda-

dos, manifiesta claramente cual era el espíritu del país en la inmensa mayoría de las provincias no dominadas por los defensoses del pretendiente, puesto que en ellas no pudo fijar ni un momento su planta el cuerpo espedicionario carlista.

De este señalado hecho que tan marcado trazo dejó en las comarcas centrales de la alta y baja Andalucía, dice lo siguiente D. Antonio Pirala, en su *Historia de la Guerra Civil.*

«Una espedicion que, no contando tres mil »hombres, se abre paso peleando, ocupa á Oviedo, »Santiago y Leon, á pesar del enemigo que la si»gue, de la derrota de Escaro y de los obstáculos »que se le ponen; que despues de conmover al »principado de Astúrias y á Galicia, despues de »alarmar á Castilla la Vieja, encendiendo en to»das partes ó atizando el fuego de la rebelion, »engrosando sus filas y aumentando sus recursos, »se detiene en Palencia, pasea sus llanos, viene »hasta Jadraque y acaba en Mantilla con la co»lumna de Lopez; recorre á su placer la Alcarria, »descansa en Utiel, y entra en Albacete; reunida »con Cabrera, Quilez y Miralles, osó amagar á »Madrid, y cuyos planes frustró su derrota de »Villarrobledo: que ocupa á Úbeda, Baeza, Bai»len, Andújar y Córdoba; que dueña de los cam»pos de Alcaudete sigue aprovechándose de los »recursos que la ofrecen las grandes poblaciones »de la provincia de Córdoba, Cabra, Lucena, Mon»tilla y otras; que desde los confines de dicha pro»vincia, cambiando bruscamente de direccion,

»se presenta en Almaden y casi á la vista de Ro»dil y Alaix, le sitia y le rinde con sus numero»sos defensores, y dispersa sus adversarios en »Guadalupe, y penetra en Extremadura ocupan»do á Cáceres y á Trujillo, siempre cerca el ene»migo, é invade la Serranía de Ronda, enseño»reándose otra vez de la rica Andalucía, y entra »en Ecija, en Ronda, en San Roque y Aljeciras, »deteniéndose solo ante el mar, en la Línea, y »ante los muros de Gibraltar; derrotada en los »Arcos y Alcaudete, y acosada por tantas tropas, »tiene al fin que regresar al país donde salió, sin »sensible descalabro, entrando en él casi con las »mismas fuerzas, con el orgullo de señaladas »victorias, habiendo encerrado al enemigo en el »campo neutral y al amparo de las baterías del »Peñon, y paseando los pendones de D. Cárlos »desde las costas de Cantabria á las columnas de »Hércules, bien es digna de que la consagremos »estensos detalles.» Y en efecto, el imparcial y laborioso historiador de la Guerra civil, dedica á este memorable episodio militar 151 páginas (desde la 190 á la 341) del tomo III de su aplaudida obra.

Nosotros tomaremos un estracto de lo que en ellas se contiene referente á la espedicion de Gomez en Andalucía.

XV.

Invasion de Andalucía por los carlistas.

1836.

Sorprendida y completamente derrotada en Villarrobledo (20 de setiembre) por el general Alaix, que habia reemplazado provisionalmente en el mando á Espartero, detenido enfermo en Lerma, la division espedicionaria carlista en lugar de dirigirse á Madrid, segun tenia proyectado su caudillo Gomez, vino sobre Andalucía por la Osa de Montiel, Villahermosa y Chiclana de Segura, y entró en la provincia de Jaen por Villanueva del Arzobispo, penetrando en Úbeda el 24, y descansando en Baeza hasta el 26. De aquí marchó por Bailen y Andújar sobre Córdoba, á la vista de cuyas murallas llegó sin haber encontrado resistencia, el dia 30. Encontrábase á la sazon la ciudad desguarnecida, y sin mas defensores que su milicia nacional, poco numerosa y

menos aguerrida. Así es que los carlistas se sorprendieron agradablemente al ver la impunidad con que desde luego penetraron por sus calles, donde en vez de enemigos solo hallaban adictos que los victoreaban y se unian á ellos para ayudarles en su fácil conquista. Sin embargo, los milicianos nacionales se refugiaron y atrincheraron en los edificios de la Inquisicion, palacio obispal y Seminario, donde se propusieron defenderse hasta recibir los socorros que creian llegarles, procedentes de Sevilla, Málaga y Jaen.

Contra aquellos fuertes se dirigieron los carlistas guiados por los paisanos.

El primero que atacaron fué el palacio, donde se habian encerrado las autoridades, con unos dos mil nacionales de infantería, doscientos caballos y tres piezas de artillería. A la primera embestida se apoderaron de la puerta principal del edificio, cuyos defensores se retiraron al recinto interior. Simultáneamente combatieron el fuerte de la Inquisicion, defendido con vigor por los nacionales, hasta que el enemigo convencido de lo costoso que habia de serle su espugnacion á viva fuerza, propuso á los nacionales una capitulacion que estos rechazaron. Entre tanto los carlistas se habian apoderado del palacio é incendiado el Seminario con camisas embreadas, de suerte que los nacionales se vieron reducidos al fuerte de la Inquisicion, donde continuaron su desesperada resistencia, hasta que faltos de agua, intentaron abrirse paso por medio del enemigo

que los tenía cercados. Rechazados en su salida, viéronse en la necesidad de proponer una honrosa capitulacion que les fué negada por Gomez; en cuya virtud renovaron el fuego con tanto ardor, que vivamente alarmadas sus familias por las desgracias que no podian menos de sobrevenir á la ciudad, solicitaron y obtuvieron del caudillo carlista, una suspension de armas para conferenciar con los defensores del fuerte. Las exhortaciones de aquellas prendas queridas del corazon produjeron el anhelado objeto. Rindiéronse los nacionales bajo capitulacion verbal con promesa de ser dejados en libertad, lo cual no cumplieron los carlistas. Considerables fueron las riquezas de que estos se apoderaron; pues además de la plata de las iglesias, que se recojiera en el fuerte para librarla de la rapacidad de los invasores, los particulares mas comprometidos y los comerciantes habian llevado á él sus alhajas, caudales, efectos y géneros mas preciosos. En suma; apoderóse el vencedor de tres á cuatro mil fusiles, tres cañones y otras muchas armas y efectos militares, municiones de boca y guerra en abundancia y de los fondos públicos y particulares. Dueño de Córdoba, Gomez nombró una Junta de gobierno, presidida por el dean de la catedral, estableció autoridades, llenó sus cajas con las fuertes contribuciones de guerra que impuso á los liberales, engrosó su division con mas de dos mil hombres que voluntariamente se unieron á sus filas, formó dos nuevos escuadrones

con los caballos que requisó, y obró, en fin, como si hubiese de permanecer mucho tiempo en el país.

Los carlistas de Córdoba se entregaron al mayor regocijo que manifestaron con suntuosas funciones religiosas, músicas, iluminaciones y fuegos artificiales, así como tambien cometiendo todo género de escesos contra las personas señaladas por sus opiniones liberales, cuyas casas fueron saqueadas por el populacho de los barrios de San Lorenzo y Santa María, hasta el extremo que Gomez se vió en la necesidad de mandar fusilar cinco paisanos y tres soldados cojidos *in fraganti*, para restablecer el órden.

La facilidad con que el gefe carlista se habia apoderado de aquella importante capital llave de toda la alta Andalucía, la actitud del país y la libertad de accion en que le dejaban las tropas de la reina, le alentaron para proseguir su conquista y continuar su propósito de levantar toda la tierra en favor de la causa del pretendiente. Al efecto salió de Córdoba con Cabrera el dia 4 de octubre, y desde aquella fecha hasta el 12 del mismo mes, paseó su triunfante bandera por Baena, Alcaudete, Cabra, Lucena, Montilla, y otros pueblos importantes de aquella provincia, sosteniendo algunos encuentros favorables á sus armas y retrocediendo de nuevo sobre Córdoba donde entró el dia 12 cargado de botin. Dos dias despues la alegría de los carlistas se convertia en tristeza y confusion, al saber que las tropas

de la reina avanzaban sobre ellos por diferentes puntos, y con fuerzas tan considerables que su esterminio era seguro si demoraban un momento mas su permanencia en Córdoba. En su consecuencia, Gomez dió la órden para evacuar la poblacion; lo cual verificaron los carlistas á las tres de la madrugada del dia 14, hora en que la division de Alaix llegaba á la ciudad, donde entró despues de haber hostilizado la retaguardia de los fugitivos.

Era el propósito de Gomez acercarse á Estremadura por Ciudad-Real, y á este objeto se dirigió á Villarta por Sierra-Morena apartándose de Despeñaperros por si las tropas de la reina ocupaban aquella importante posicion. El 15 llegó á Pozoblanco donde puso en libertad al gran número de prisioneros que sacara de Córdoba cuya guarda y manutencion embarazaban mucho sus rápidas marchas. Desde aquí se dirigió sobre Almaden, al pié de cuyas tápias llegó en la mañana del dia 23, pidiendo á su alcalde doce mil raciones de pan, otras tantas de carne y dos mil quinientas de cebada, cosas todas de que tenia gran necesidad la division espedicionaria que desde algunos dias venia alimentándose solo de gachas y miel, muy abundante en la Sierra.

La contestacion del alcalde fué la siguiente; *En Almaden no se dan raciones, se conquistan á balazos.*

Vistó lo arrogante de la contestacion, Gomez dió órden para atacar inmediatamente la villa,

cuya guarnicion compuesta en su mayor parte de nacionales movilizados se preparó briosamente á la defensa, al abrigo de las tapias aspilleradas que circuian el pueblo y de dos parodias de fuertes llamados la *Enfermería* y *Cristina*. Atacaron los carlistas con el ímpetu y confianza que les inspiraba su incontrastable superioridad; mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra la serenidad y valor de aquellos improvisados soldados que por primera vez oian silbar las balas. Todo el dia 23, la noche siguiente hasta las cuatro de la tarde del 24, duró la empeñada y mortífera refriega, hasta que la falta de municiones y el incendio general que devoraba la poblacion obligó á sus defensores, y á su bizarro caudillo Aranguren, superintendente de las minas, á rendirse á discrecion.

Ufano con aquel triunfo obtenido casi á la vista de las tropas de la reina, mandadas por Rodil, ministro de la guerra á la sazon, prosiguió Gomez su marcha, sin abandonar prudentemente la Sierra, en direccion de Cáceres. Llegó el 28 á Logrosan, pasó á Trujillo y el 31 entró en Cáceres abandonada por sus autoridades y escasa guarnicion. En esta ciudad desaviniéronse Cabrera y el general en gefe del cuerpo espedicionario, separándose y regresando el primero al antiguo teatro de sus operaciones, y el segundo viéndose acosado de cerca por tres divisiones del ejército de la reina, determinó regresar á Andalucía; lo que llevó á cabo con for-

tuna vadeando el Guadiana por Rena y caminando por Zalamea, Berlanga á Guadalcanal donde llegó y descansó el dia 8 de noviembre.

En esta última villa supo que los generales de la reina completamente desorientados de su paradero, habian hecho alto con sus divisiones hasta saber la direccion que llevaban los carlistas que así podria ser sobre la provincia de Córdoba como sobre la de Sevilla. Gomez supo aprovecharse de aquella indecision para moverse aceleradamente hácia la Serranía de Ronda, país en el que contaba algunas simpatías y que era á propósito para encender y mantener la guerra civil en Andalucía.

El dia 9 marchó por Alanis y Constantina á Palma del Rio, por cuyo punto cruzó el Guadalquivir, por un vado la caballería y por barcas y un improvisado puente de carros la infantería. En Palma (dia 10) tuvo aviso el caudillo carlista que las autoridades de Córdoba con temor de verle de nuevo dentro de los muros de la ciudad, habian salido con un batallon de marina y algunos nacionales en direccion á Sevilla, é inmediatamente dispuso que saliesen dos escuadrones á Fuentes de la Campana para cortarles el paso. Los carlistas llegaron tarde para conseguir su objeto; pero se apoderaron de carros que conducian armamento y vestuario del provincial de Ecija é hicieron prisioneros treinta y tres hombres que los custodiaban.

El dia 12 llegó la espedicion á Ecija; el 13 á

Osuna, y marchando sin tropiezo y abundantemente provista de todo cuanto podia necesitar, siguió por Marchena y Olvera hasta Ronda donde entró el 16. La poblacion habia sido evacuada pocas horas antes por el brigadier Ordoñez que tenia á sus órdenes 1,500 infantes y 100 caballos.

Dos dias permaneció Gomez en Ronda dando el necesario descanso á su infatigable tropa y providenciando lo que estimaba conveniente para un levantamiento general de toda la Serranía; á cuyo efecto nombró un comandante general de aquel distrito, autorizó la formacion de partidas sueltas y distribuyó dos mil fusiles y abundantes municiones para que entrasen inmediatamente en campaña. Sin embargo, tantos esfuerzos no dieron resultado alguno, pues faltaban gefes además de ser Andalucía país poco afecto á la causa de D. Cárlos. De la pobreza de los recursos con que contaban los carlistas y de lo precario de su situacion, nos dará idea cabal la siguiente curiosa carta escrita en aquellos dias por uno de sus mas activos ajentes, y publicada por Pirala. Dice así:

«El Romano está ya escondido en mi lagar esperando á Vd. pues no quiere salir sino es con Vd. y el de Alcalá: dice que no lo hace como no le den cien caballos, de modo que tenemos setenta y uno hace mas de un mes, costando su manutencion, y repartidos en diferentes puntos, y gracias que el Paquete se ha ofrecido á socorrer

y mantener veintiun hombres; alistar la gente.... Al de Tarifa le ofrece Gomez que para Noche-Buena le dará un abrazo en aquellas inmediaciones, y comerán juntos las poleadas..... Venirse á la choza del Cura Feo, en donde tiene siete caballos, y Antonio con instrucciones para llevar á Vd. donde estuvimos reunidos los cincuenta y uno..... No venga Vd. con ningun extranjero, porque en Jerez la casa de Gordon ha esparcido la noticia que el coronel Benbenuti está reclutando gente.... Su presentacion urje demasiado, que hay mucha gente comprometida, y ya les parece se les engaña. El Cojo se unirá á Vd. luego que tenga suficiente fuerza, pues que de otro modo era denigrar su clase; ha dado dos caballos y armas, y puesto en venta las cabras para el gasto; el otro de su misma clase, con su panza, dice se unirá con Gomez. Trece presidarios facciosos, aragoneses, que estaban trabajando en la obra de la Catedral, han desaparecido y dicen que el obispo fué el seductor; pero nada se ha podido probar, y de todas parte van desapareciendo los realistas.»

Pero ni esta ni otras grotescas comunicaciones análogas, ni las alharacas de los contados carlistas andaluces, ni la actividad de los agentes de D. Cárlos que desde la plaza de Gibraltar mandaban ú ofrecian todo género de auxilios, bastaron para producir el resultado á que aspiraba Gomez y los ilusos que le recibieron como á un redentor.

Entre tanto los carlistas aprovechando los dias de descanso que disfrutaban en Ronda, dieron una nueva organizacion á sus fuerzas, distribuyéndolas en dos divisiones, formada la una con los batallones castellanos y la otra con los aragoneses y valencianos. Prometíanse de esta suerte dar un vigoroso impulso al levantamiento general de la Serranía, donde tenian no pocos adictos, cuando vino á desvanecer sus ilusiones la noticia de la llegada de la brillante division mandada por el general Ribero, que en tres dias de marchas forzadas, desde Marchena, se habia acercado á cuatro leguas de la ciudad. Alarmado Gomez no estimó prudente esperar el ataque de las tropas de la reina, á pesar de su ventajosa posicion y del mayor número y completo descanso de sus soldados. Así que abandonó precipitadamente á Ronda el dia 19 á las cuatro de la tarde, llegando aquella noche á Atajate, de donde á las pocas horas le obligó Ribero á levantar el campo; tanta actividad desplegó el general de la reina en la persecucion de los carlistas. En tan crítica situacion, siéndole notorio el movimiento de concentracion que operaban los constitucionales para encerrarle en un círculo de hierro, propúsose Gomez un movimiento estratégico merced al cual salvase su division espedicionaria del peligro que la amenazaba. Al efecto, aceleró su marcha, iniciándola por Gaucin hácia el campo de San Roque, para llamar la atencion de Ribero sobre este punto, y

luego contramarchar sobre la derecha á buscar la salida por los Arcos; calculando que aunque este paso estuviese ocupado por el enemigo, como lo estaba efectivamente, podria verificar su retirada por escalones en el caso de no poder dar un golpe decisivo que le sacara de la situacion comprometida en que se encontraba.

Encontrándose Gomez el dia 20 en Gaucin, destacó á la villa de Casares un batallon, los prisioneros, la brigada y el hospital, acompañados del comandante de injenieros, con objeto de fortificar sólidamente aquella importante posicion y hacerla una de sus bases de operaciones. Comenzadas las obras y el acopio de los víveres, tuvieron los carlistas que abandonar aceleradamente su propósito noticiosos de haber caido las tropas de la reina sobre Gaucin. Mucho sintió Gomez este contratiempo pues se habia lisonjeado con poderse mantener todo el invierno en aquel pais que tantos recursos y esperanzas le ofrecia.

Acosado de cerca por las tropas constitucionales, el caudillo carlista salió el 21 de Gaucin dirigiéndose hácia S. Roque. Cerca de este punto divisó la columna del brigadier Ordoñez y maniobrando sobre ella la obligó á ampararse del cañon de Gibraltar. Al amanecer del dia 22, trasladó Gomez su cuartel general con la primera division, á la ciudad de Algeciras. Caminando en parte por la playa, y hostilizado desde el mar por una fragata inglesa, una corbeta por-

tuguesa y varios guardacostas españoles cuyos fuegos la mataron un oficial y varios soldados, llegó al medio dia á aquella ciudad que tan célebre se hizo durante la dominacion de los musulmanes en Andalucía.

Con la segunda division carlista que permaneció en San Roque en observacion de las tropas de Ordoñez, quedóse la Junta de Córdoba que habia seguido constantemente la expedicion desde su salida de aquella capital. Fatigados sus individuos de aquella vida errante y llena de sobresaltos, y comprendiendo demasiado tarde que no es lo mismo hacer votos que andar á balazos por el triunfo de una causa, pidieron y obtuvieron permiso de Gomez para refugiarse en Gibraltar. Con esta mira pasaron á Algeciras donde se acogieron al pabellon francés en el consulado de esta nacion. Embarcáronse para Gibraltar el dia 23; mas tuvieron la desgracia de ser apresados casi en la misma boca del puerto por dos lanchas guardacostas. Conducidos á Sevilla, fueron procesados y condenados á ser deportados á Ultramar.

Tres horas despues de la prision de los vocales de la Junta de Córdoba, las dos divisiones carlistas emprendieron la marcha desde sus respectivos acantonamientos, en direccion de Alcalá de los Gazules, noticiosas de la próxima llegada de las tropas de la reina al campo de San Roque. En Alcalá supo Gomez que Ribero se habia situado en Jimena, que Alaix habíase dirigido

hácia la costa de Málaga, que Narvaez ocupaba á los Arcos, y que los nacionales de Sevilla, Cádiz, y Jerez se encontraban con Espinosa en Chiclana y Medina-Sidonia. Solo un golpe de audacia podia salvar la division espedicionaria carlista de ser esterminada en horas por fuerzas tan superiores. Este golpe lo intentó Gomez, saliendo al amanecer del dia 25 hácia los Arcos, donde tambien se dirijió el brigadier Narvaez con su division.

Frustrado tan impensadamente el proyecto de Gomez, no pudo rehuir la batalla que tanto deseaban las tropas liberales como empeño y necesidad tenian los carlistas de rehuirla. Empeñóse bravamente por los batallones de Valencia y Aragon á quienes tocara aquel dia ir de vanguardia, y muy luego se generalizó á pesar del cuidado que puso Gomez por evitarlo. El entusiasmo con que atacaron las tropas de la reina que veian al fin realizado su mas ardiente deseo, y el temor de los carlistas de verse envueltos por la division del general Ribero que tenian á su espalda puso término al combate despues de hora y media de fuego; retirándose los carlistas en órden y por escalones, hasta que la confusion entró en sus filas convirtiendo en completa derrota la que en un principio fué ordenada retirada. Los vencedores persiguieron encarnizadamente á los fujitivos hasta muy entrada la noche.

Este reñido encuentro conocido en la historia

de la guerra-civil con el nombre de accion de Majaceite, desconcertó á los carlistas y les infundió tal terror, que yá solo pensaron en repasar el Ebro, renunciando por completo á sus locas esperanzas de sublevar la liberal Andalucía.

Desde los campos de Majaceite pasaron los carlistas á Villamartin donde permanecieron el dia 25 rehaciéndose trabajosamente del anterior descalabro. De aquí continuaron su marcha acelerada por Moron, Osuna y Estepa donde descansaron la noche del 26. El 27 llegaron á Cabra por Puente don Gonzalo antes del anochecer. En este punto supo Gomez que toda la caballería de Alaix y Narvaez se encontraba á una legua de Lucena, y su infantería á dos. En su vista, rompió aceleradamente la marcha hácia Alcaudete, donde entró poco antes de la puesta del sol del dia 29, despues de una marcha forzada y sin haber permitido á sus tropas dormir la noche anterior. Esto no obstante, todavia quiso el infatigable caudillo proseguir hasta Martos; pero los gefes le hicieron presente que la tropa estaba rendida por la fatiga, pues desde el 23 en que salieron de Algeciras las marchas habian sido largas, penosas y sin descanso, lo que obligó al general á renunciar á su propósito.

No podía ocultarse á Gomez lo crítico de su situacion dado el riesgo de una sorpresa; así que mandó que el servicio de retenes, grandes guar-

dias y avanzadas fuese mas numeroso y se hiciese con esquisita vigilancia. En cumplimiento de sus órdenes entró de servicio la mitad de la fuerza de todas armas. Pocas horas de descanso llevaban los ascendereados carlistas, cuando al toque de llamada redoblada los puso precipitadamente en pié. El general Alaix habíase adelantado seguido de su escolta, á reconocer el pueblo; detenido un momento por las avanzadas de caballería del enemigo, los soldados de la reina acabaron por arrollarlas á pesar de su tenaz resistencia y entraron mezclados y confundidos unos y otros en las calles de la población. Entre tanto Alaix circunvalaba el pueblo con cuatro compañías de preferencia, penetrando luego en él al frente del batallon de guias, que desalojó á los carlistas á bayonetazos, y les obligó á retirarse precipitadamente por el camino de Martos.

En aquella noche calificada por los mismos espedicionarios de aciaga, no solo tuvieron pérdidas considerables en gefes, oficiales y soldados, sino que dejaron en poder del vencedor ciento cuarenta y tres prisioneros entre ellos un comandante de escuadron; los equipajes, caudales, la brigada, el hospital, muchas armas y efectos de guerra, y sobre todo la esperanza de salvarse de otro modo que no fuera por la huida precipitada.

La sorpresa de Alcaudete en la noche del 29 al 30 de noviembre, á pesar de la esquisita vigi-

lancia que para prevenirla usaron los carlistas, se esplica con las mismas palabras de uno de sus adictos, historiador de la espedicion. «En muchas partes, dice el autor aludido, los nacionales nos circunvalaban en los acantonamientos, impidiendo la salida y entrada de todas las personas, á quienes detenian, quitándonos asi la confidencia, no siendo este el menor de los perjuicios que nos causaban y con el que nos esponian á consecuencias bien funestas; y en Alcaudete sin duda sucedió esto porque no tuvo el general otro aviso de la llegada del enemigo, que el parte de la avanzada, camino de Priego.» Y mas adelante dice: «La pérdida moral que tuvimos en Alcaudete fué de tanta consideracion que desde aquella noche vimos que para salvarnos no habia otro remedio que volvernos reunidos á las Provincias, porque diseminados seria segura nuestra destruccion con tantas fuerzas sobre nosotros.»

Así lo comprendió y verificó el caudillo Gomez quien al amanecer del dia 30 salió de Martos en buen órden, y despues de un corto descanso en Torrecampos llegó á Menjibar, pasó el Guadalquivir, por la barca grande y el vado, y entró en Bailen á las diez de la noche.

Alaix se detuvo en Alcaudete no emprendiendo la persecucion del enemigo hasta el amanecer del dia 30, es decir, cuando este se habia adelantado tres ó cuatro leguas.

Llegado á Torrecampos, por donde pocas ho-

ras antes habian pasado los carlistas, Alaix torció hácia Jaen apartándose del enemigo, y durmió aquella noche en Villagordo, donde permaneció todo el dia siguiente (1.° de diciembre) dando lugar á que los fugitivos descansasen á sus anchas hasta las ocho de la mañana de aquel mismo dia, y continuasen con mas de cuatro leguas de ventaja su movimiento de retirada por la Carolina á Santa Elena, donde vivaquearon holgadamente sin temor á ser alcanzados por las tropas de la reina. El 2 alzaron muy de mañana el campamento y pasaron sin contratiempo el desfiladero de Despeñaperros.

Así concluyó la novelesca espedicion carlista en Andalucía, nacida de la sorpresa de Villarrobledo, y terminada con la de Alcaudete, acaecida setenta y un dia despues de la primera.

Puede decirse que durante aquella corta campaña la fortuna se mantuvo, hasta última hora, constantemente propicia al valiente y estratéjico general carlista, que con una division de tres á cuatro mil hombres burló la persecucion mas ó menos activa de tres fuertes divisiones de tropas, mandadas por generales que gozaban mucho crédito en los ejércitos de la reina. Verdad es, que, como dice con acierto Pirala, *aquella guerra era de piernas, no de combinaciones ni planes de campaña.*

Por eso, el estratégico y previsor Gomez y sus infatigables soldados, pudieron burlar impunemente las lentas combinaciones del general

Rodil, *el de las paralelas*, como dió en llamársele; porque en sus marchas y contramarchas se mantenía siempre á los costados de la division espedicionaria, á fin de no verse privado de recursos siguiendo al enemigo por los mismos pueblos y caminos que dejaba agostados á su paso.

No siendo pertinente á nuestro objeto hacer consideraciones sobre esta campaña, mirada bajo su punto de vista militar, debemos prescindir de ellas atentos solo á esponer brevemente aquellas que se refieren á su importancia política en las provincias andaluzas que recorrió.

Es de toda evidencia que en sus rápidas marchas de levante á poniente, de poniente á sur y de sur á norte, durante dos meses y medio, la espedicion carlista se enseñoreó de las provincias de Jaen, Córdoba, Sevilla, parte de la de Málaga y parte de la de Cádiz, y que en ninguna de ellas, si se esceptúa la ciudad de Córdoba, y la Serrania de Ronda, encontró número de adictos, ni elementos ni recursos suficientes no solo para realizar sus planes de levantamiento general de Andalucía á favor de la causa de D. Cárlos, sino que ni aun medios bastantes que le permitieran prolongar su estancia en el pais. No siendo posible atribuir este resultado ni á la persecucion, poco activa, que sufriera de los generales de la reina, ni á derrotas que no esperimentó, ni á la indignacion que su conducta produjera en las comarcas que atra-

vesaba, puesto que es notorio que los carlistas se condujeron en Andalucía como tropas regulares y perfectamente disciplinadas, no tomando en los pueblos mas que aquello que las necesidades de la guerra hacian indispensable ó justificaban, y cuidando su general de dar todo género de seguridades á los habitantes pacíficos; como aconteció, por ejemplo, en Ronda, donde noticioso Gomez de que la mayor parte de las jóvenes principales se habian refugiado en los conventos de monjas, se apresuró á tranquilizarlas y á poner de su parte cuanto pudo para que volvieran al seno de sus familias; siendo esto, repetimos, de toda evidencia, forzoso nos será fijar la causa de la ruina de las esperanzas que los carlistas habian alimentado respecto á Andalucía, en la hostilidad ó indiferencia con que los recibió el pais, en el espíritu eminentemente liberal que en él reinaba, del cual nos suministra una elocuente prueba la actitud batalladora, que segun testimonio de los mismos carlistas, tomaron los nacionales en todas partes, y en la leal adhesion á la causa de la reina en que se mantuvieron todas las ciudades y villas, con escepcion de Córdoba, obligada por la fuerza de las circunstancias superior á la fuerza de voluntad de la mayoria de sus moradores, durante el tiempo de la permanencia de la espedicion sobre el suelo andaluz.

Y hay mas todavia, y lo citamos como la prueba mas concluyente, conocida la animosidad con

que en España se tratan los partidos en sus dias de triunfo y en sus dias de desgracia, del liberalismo de Andalucía y de lo antipática que era en su suelo la causa que se personificaba en D. Cárlos, que ni antes ni despues del paso por Despeñaperros de la fugitiva division espedicionaria, los carlistas naturales ó residentes en el pais tuvieron que sufrir las consecuencias de sus alharacas y de su derrota; siendo contadas, si acaso se cometió alguna, las venganzas que contra ellos ejercieron los liberales que en Córdoba vieron saqueadas sus casas, y que en otras poblaciones tuvieron que sufrir las vejaciones de los que contando con un triunfo seguro, dieron rienda suelta á sus *esperanzas* absolutistas.

Andalucía que animada por el espíritu liberal de la Constitucion de 1812, nacida en su suelo, defendió durante tres años de incesante y sangrienta guerra la libertad é independencia de la pátria contra los soldados de Napoleon; que en 1820 fué la primera en levantarse contra el mas cruel é injustificado despotismo, y que en 1823 la última que sucumbió en la lucha entre la libertad y el absolutismo, no era ni podia ser carlista; es decir, adicta á una causa que intentaba renovar las fechas del 4 de mayo de 1814 y la del 1.° de Octubre de 1823.

La espedicion de Gomez pasó por su suelo como un meteoro opaco; fué una tempestad de verano en los climas meridionales, que refrescan en vez de asolar los campos. Regresó á las

Provincias sin sufrir descalabro alguno durante su larga retirada, y entró en Orduña el dia 19 de diciembre; llevando un triste desengaño de Andalucía, y dejando en ella solo el recuerdo de un sueño molesto.

Cinco dias despues, esto es el 24, ganaba el ilustre Espartero el puente de Luchana, y al siguiente hacia su entrada triunfal en la invicta Bilbao.

La causa de D. Cárlos recibió en el mismo mes y en las provincias mas diametralmente opuestas de norte á sur de la Península, dos golpes, que si no prepararon, aceleraron su completa ruina.

Andalucía y Bilbao en diciembre de 1836 afianzaron el trono de Isabel II, y el régimen constitucional en España.

ÍNDICE DEL TOMO SÉTIMO.

PÁGINAS.

I.

Reinado de Cárlos III. Colonizacion de Sierra-Morena. 1770. 5

II.

Sitio de Gibraltar. 1782. 25

III.

Reinado de Cárlos IV. Combate de Trafalgar. 1803. 48

IV.

Guerra de la Independencia. Primera campaña de los franceses en Andalucía. Batalla de Bailen. 68

V.

La Junta Central en Sevilla. 1809. . . . 103

VI.

Invasion de Andalucía por los franceses. Segunda campaña. 1810. 117

VII.

Sucesos políticos en Andalucía. Tercera campaña. 1811. 138

PÁGINAS.

VIII.

Jura de la Constitucion en Cádiz. Cuarta campaña. Salen los franceses de Andalucía. 1812. 158

IX.

Sucesos políticos y militares. Reaccion absolutista. 1813 á 1820. 179

X.

Segundo período constitucional. 1820, 21 y 22. 200

XI.

El Rey y las Córtes en Sevilla. Sitio de Cádiz. 1823. 221

XII.

Capitulacion de Cádiz. Caida del sistema Constitucional. 242

XIII.

Segunda reaccion absolutista. 1824 á 1833. 265

XIV.

Guerra civil. 1833 á 1836. 284

XV.

Invasion de Andalucía por los carlistas. 1836. 307